POR LA AUTORA DE *LOS DIOSES DEL NORTE*

JARA SANTAMARÍA

LA ÚLTIMA BRUJA

B DE BLOK

JARA SANTAMARÍA

LA ÚLTIMA BRUJA

B DE BLOK

Para Víctor,
por ayudarme a encontrar Alboria

En el momento en que caiga la última hoja de los almendros
y la magia se marchite en un invierno eterno,
el cielo se partirá en dos
y se estremecerán sus criaturas.
Pero, antes de su último aliento,
el Último Brujo emergerá de las aguas turbulentas.
Su corazón joven
portará la marca del agua
y traerá consigo la llave
que libre a la magia de su destrucción,
prometiéndole un nuevo amanecer.

1

Canica

Dicen que la primera vez se siente como unas cosquillas en los dedos. Una sensación que es tan leve que puede incluso parecer producto de la imaginación.

No fue así para mí.

No hubo sutileza.

La primera vez que sentí la magia, la noté como si una fuerza devastadora me arrastrase desde lo más profundo de su estómago, arrollándome por completo y cambiando mi vida en apenas un instante.

Yo no lo sabía, claro. No podía saberlo.

Pero, desde ese momento, nada volvió a ser como antes.

—¡Eh, Canica!

Ya estábamos otra vez. Era la… ¿quinta aquel día? Ah, no. Habían sido seis. Seis si contábamos con la de la fila del desayuno. Sí, cómo olvidarla: Leire había recortado un trozo de su tostada para fabricar

una especie de parche pirata y había insistido en que me lo probase, «por mi bien». La verdad es que, al menos, debía reconocerles que esa broma había sido un poco original.

Pero lo de Canica no era nuevo. No sé muy bien cómo, pero es un apodo que termina llegando. A veces es más pronto, a veces les cuesta más, pero siempre hay alguien que recibe la iluminación divina, contiene la risa a duras penas y lo exclama por primera vez. Estaba acostumbrada, vaya, como para no estarlo. Y aun así… ¿seis veces antes de las cuatro de la tarde? Puede que fuera demasiado, incluso para mí.

Los campamentos de verano son una experiencia lo suficientemente intensa para cualquier chica de trece años, pero, si además resulta que eres una chica de trece años que no encaja en ningún sitio, te prometo que puede llegar a ser una pesadilla. Normalmente, en el colegio…, bueno, sí, las bromas, las imitaciones y todo eso empezaban según pasaba por la puerta, a modo de saludo: «ey, Canica», «buenos días, Ojoloco», aunque, si tenía un poco de suerte, me daban un poco de tregua durante las clases. A menos que hubiera algún trabajo de grupo o que tocase clase de gimnasia, evidentemente, pero, en cualquier caso, en el colegio, las clases acababan. Y ya está. Por muy horrible que fuera, siempre llegaban las tres de la tarde y te ibas a casa, un lugar donde los motes y las burlas desaparecían y podías mandar secretamente a todo el mundo a freír espárragos. Pero ¿en un campamento? Ah, no. Nada de eso. ¡Todo un día lleno de actividades y dinámicas! ¡Claro que sí, que no decaiga! Si no era momento de un deporte colectivo (matadme, por favor), entonces tocaba una actividad tremendamente cursi sobre hablar alrededor del fuego y compartir anécdotas, o decir algo bonito de tu compañera de la derecha, o algo así. Para hacer grupo, decían. Sí, solía funcionar fenomenal, especialmente para gente como yo. En realidad, salvo que fueses una de Ellas (ya sabes, de esas chicas prácticamente perfectas en todo, de coleta lisa y plisada, piel maravillosa que no ha visto un granito en su vida, buenas en los deportes y delicadas como una flor), era bastante probable que te llevases una inocente bromita. A mí, por ejemplo, siempre se las apañaban para recordarme lo especial que era, lo diferente que era, lo muchísimo que les gustaban mis ojos.

Ellas apenas podían contener la risa. Y mira que se esforzaban.

¿Y los monitores?

Bueno.

Digamos que no se enteraban de nada. O no querían enterarse, la verdad. O bien sus comentarios les parecían verdaderamente inocentes o decidían que no era su trabajo intervenir en nuestras rencillas. Entre tú y yo: lo primero me parece un poco más difícil de creer, así que tampoco se habían convertido precisamente en mis personas favoritas. No conseguía comprender por qué se empeñaban tantísimo en crear un ambiente lleno de palabras grandes como compañerismo, fraternidad, convivencia… y después estaban demasiado ocupados para ver lo que ocurría, todos los días, delante de sus narices.

Pero ¿por dónde iba? Ah, sí.

—¡Eh, Canica!

Ahí.

En ese preciso instante en que Laura y yo tratábamos de escabullirnos del balón prisionero al que iban a jugar todas en el patio, precedidas por Montse, una monitora que tocaba el silbato insistentemente.

Ana nos había descubierto. Y no solo Ana, claro, porque nunca iba sola. En realidad, si lo pensaba con frialdad, cosa que me esforzaba en hacer a menudo, podía darme cuenta de que todo ese rollo parecía formar parte de una coreografía. Todos los días ocurría un poco lo mismo. Si lo imaginaba así, me resultaba un poco más fácil encajarlo y dejar que pasase rápido. Era como observar un espectáculo desde fuera.

Primero, se acercaban a mí. Siempre juntas. Siempre en grupo. Si estaban solas, no me miraban, caminaban más deprisa. Pero juntas se envalentonaban. Mantenían la formación, casi idéntica todos los días. Casi hasta juraría que se ponían de acuerdo en cómo caminar: Ana en medio, cabeza erguida, caminar seguro y una mueca burlona que le salía sorprendentemente natural. Paula a su izquierda, Sonia y Leire a su derecha.

A esas alturas, debería haber estado acostumbrada. Al menos, tenía la pose ensayada. Encogerme de hombros, cruzarme de brazos, evitar a toda costa expresar ningún atisbo de emoción y esperar a que se pasase. Porque normalmente se pasaba.

—¿Qué pasa, Canica? —dijo Ana, con una expresión exageradamente triste en la boca—. ¿No te animas a jugar al balón prisionero?

—¿Es por si te damos? No te preocupes, que vamos con cuidado…

Ana asintió con la cabeza y añadió:

—Leire, lo que pasa es que le preocupa que le des un golpe y se le salga el ojo de cristal —dijo, señalándome el ojo izquierdo—. Tú imagínate la canica rodando por ahí, como para encontrarla luego, pobre…

¡Guau, dos insultos seguidos sobre mi ojo!

Qué imaginativas. Qué ingeniosas.

Como si fueran las primeras en haberse dado cuenta. De haber sido un poco más valiente o respondona, me habría encantado hacerles ver su falta de originalidad. Ser capaz de reírme de ello y hacerlas conscientes de que cualquier cosa que me dijeran la había escuchado ya. ¿De verdad creían que hasta ellas nadie, en ninguno de los tres colegios en los que había estado ya, se había dado cuenta de que tenía un ojo de cada color? Si hasta podría hacerles una lista para enriquecer su repertorio: husky, pirata, ojoloco, canica, ojo caca…

A mi lado, Laura miraba al suelo, tan callada como yo, sigilosa, como si quisiera fundirse con el entorno y que no reparasen en ella.

La monitora Montse silbó más fuerte y eso distrajo al grupo de chicas por un instante, un par de segundos en los que Laura aprovechó para cogerme la mano y apretarla en una señal que conocía a la perfección: «Vámonos de aquí».

—No me digas que no lo ves… —dije, un rato después.

La hierba me hacía cosquillas en las orejas. De fondo, muy de fondo, se escuchaban los chillidos del balón prisionero, tan a lo lejos que me resultaba deliciosamente reconfortante. Laura y yo habíamos encontrado un lugar en el que nunca reparaban los monitores, vete a saber por qué, y lo habíamos nombrado nuestro escondite oficial.

El campamento estaba en medio de la sierra, relativamente cerca de un pueblo, lo suficientemente lejos como para necesitar coger la furgoneta para hacer la compra. Sospechaba que en algún momento

fue un colegio, o un internado o algo así. Tenía muchas habitaciones grandes, llenas de literas, paredes blancas de gotelé; fuera, un patio exterior con columpios viejos. No había vallas. Nada lo separaba del descampado. Simplemente, el hormigón terminaba fundiéndose con el bosque. Laura y yo habíamos aprendido que, detrás de los balancines amarillos, si nos desviábamos un poco hacia la derecha, nos encontrábamos con un desnivel que nos escondía en el horizonte. Allí, tumbadas en la hierba, resguardadas por la altura de los pinos, no nos encontraba nadie. Nos sentíamos invencibles.

—Que si no veo el qué —murmuró en medio de un bostezo.

—El barco.

—Qué va. ¿Dónde ves el barco?

—Allí —insistí, y alcé el brazo para señalar la nube que, inequívocamente, hacía el dibujo de una nave—. Mira ese trozo así más alargado, ¿ves? Es la vela.

—A mí me parece una berenjena.

Aquello me hizo reír. Mucho más de lo que esperaba. Y me di cuenta de que era probablemente la primera risa tranquila, la primera risa de esas de verdad, que te salen solas del estómago y hacen que te duela la tripa, que había tenido en seis días. ¿Que cómo lo sabía? Bueno, era fácil. Llevábamos seis días en ese campamento. Quedaban ocho y seríamos libres. Habíamos encontrado hasta un árbol en el que marcar con palitos cada día que pasaba hasta la meta, como si estuviéramos en la cárcel. «¿Y no lo estamos?», me decía Laura, positiva como era ella siempre.

No, eso distaba mucho de ser una cárcel.

Si no fuera por Ellas, la verdad es que podría llegar a reconocer que no estaba tan mal. A fin de cuentas, nos encontrábamos en medio de la naturaleza, con montañas en el horizonte, verde por todas partes…, y eso me recordaba a casa. Suponía que era uno de los motivos por los que mis padres decidieron apuntarme. Nosotros, prácticamente desde que tengo uso de razón, vivimos en una caravana: mi padre, mi madre, nuestra perra y yo. Nos movemos mucho, no aguantamos demasiado en un mismo lugar, así que el paisaje a menudo cambia, pero siempre hay algo que se mantiene: verde, mucho verde por todas partes, un río cerca, el olor a tierra mojada, olor a montaña. «Somos unos privilegiados», me decían

siempre.

Y no podía estar más de acuerdo, aunque, como te imaginarás, además de unos privilegiados, éramos unos bichos raros. A ver cómo le explicarías tú a tus nuevos compañeros de colegio (porque con tanto cambio ya llevas unos cuantos) que tus padres viven en una autocaravana en medio del monte y que ambos tienen un trabajo un poco raro. Mi padre era escritor, así que no necesitaba mucho más que un ordenador portátil y «espacio, mucho espacio», nos decía, y por eso se iba a dar paseos larguísimos con nuestra perra: Chispa. Y mamá, ¡más raro todavía!, era ornitóloga, es decir, que iba de aquí para allá estudiando los pájaros, sus movimientos migratorios… En fin, que ninguno de los dos tenía un trabajo que implicase tener que ir a una oficina precisamente y eso nos había permitido vivir así, como siempre habían querido los dos, cerca del campo, de los animales y «de todo lo importante», según decía mamá.

Esta última vez, hacía un par de meses, nos habíamos mudado más cerca de una ciudad. Todavía en nuestros términos, en una zona un poco apartada en medio de la sierra, pero relativamente cerca de Madrid y de un pueblo en el que yo podría ir al instituto. Empezaban a darse cuenta de que tanto cambio no me estaba ayudando precisamente a hacer amigas. ¡Que no es que yo me quejase! Créeme, yo estaba perfectamente tranquila a mi rollo, paseando a Chispa, escuchando mi música y sin nadie que me molestase, pero mis padres habían empezado a preocuparse un poco por el asunto, muy a mi pesar.

Empiezas a sospecharlo, ¿verdad?

Efectivamente: de ahí su furor por enviarme a un campamento por primera vez en mi vida, a mí, que el máximo tiempo que había pasado rodeada de tantos seres humanos había sido en el colegio, y no había sido una experiencia precisamente satisfactoria. Querían que hiciera amigas por la zona, para que el cambio de instituto me resultase más fácil en septiembre.

Me lo dijeron un día en la cena. Papá preparó una cena inusualmente rica y se sentaron a explicarme El Plan. ¿Y qué era El Plan? Pues bien: que eso de cambiarnos tanto de sitio con la autocaravana iba a parar durante un tiempo, al menos hasta que acabase el instituto, porque era un momento importante para mí y

querían que tuviera una vida «lo más normal posible». Y, dentro de El Plan, entraba el campamento, claro, una idea genial, una experiencia… ¿Cómo la llamó mamá? ¿Enriquecedora?

Acepté, claro. ¿Cómo no iba a aceptar? Es difícil ver a tus padres así, con esos ojitos de cordero degollado, preocupados por tu vida social (aunque a ti, en realidad, te importe un comino). Pero nadie quiere decepcionar a sus padres, así que me puse mi mejor sonrisa y la espantosa camiseta del campamento y allí estaba.

Pobres mamá y papá. No podían saberlo, pero su experimento estaba fracasando estrepitosamente. Porque es que, a ver, es cierto que lo de cambiarme tantísimo de colegio no ayudaba, pero esa no era la razón principal por la que siempre acababa en el blanco de todas las bromas. Ni de lejos. Pensar eso sería quedarse muy corto o no enterarse de nada.

Mi problema… Mi problema eran mis ojos.

Así de claro.

Aunque mis padres hubieran tenido que viajar de una punta a otra del mundo y me hubieran llevado de Nueva York a Pekín, de alguna forma suponía que no sería tan difícil haber hecho alguna amiga de cuando en cuando. Si fuese una chica como todas las demás, quiero decir. Si pudiera, simplemente, pasar un poquito desapercibida al principio. Si mis ojos tuvieran los dos el mismo color, vaya, como los de todo el mundo. ¿Cómo no iban a fijarse? Si era imposible no verlo. Un ojo era marrón, oscuro, tan poco llamativo como el de la gran mayoría de las personas que puedes ver en cualquier parte. El otro, en cambio, era de un azul claro impactante, con dibujos en un tono más oscuro que dan el aspecto de…, bueno, de una canica. No es que fueran un poquito diferentes, no. Es que parecían la noche y el día.

A esas alturas, lo había intentado todo para ocultarlo. Durante un buen tiempo, preferí cubrir el oscuro con un flequillo un poco más largo de la cuenta hacia el lado derecho de mi cara. Porque al principio mi ojo favorito era el claro, evidentemente. ¿No le gustan a todo el mundo las personas de ojos azules? Yo estaba convencida. Me parecía de algún modo que mis dos ojos estaban destinados a ser así, clarísimos y llamativos, y que el marrón era un error, una marca de nacimiento, un defecto o algo parecido. Además, el azul encajaba con mi color de piel, tan pálida, con las pecas de mi nariz, con el color

algo anaranjado de mi cabello.

Error garrafal. No tardé en darme cuenta.

Mi ojo azul, azulísimo, clarísimo y tan raro llamaba poderosamente la atención y acaparaba demasiadas miradas. Y entonces, cuando descubrían el secreto, era mucho mucho peor. ¡Ah!, ¿que el otro ojo, el que no se veía, era FEO? Los abusones se frotaban las manos. Allí fue cuando nació el mote de «ojo caca»: mi ojo marrón, descubierto tras mis intentos de ser escondido, se convertía sin remedio en el protagonista de todos los insultos.

Ahora, mi flequillo pelirrojo se curvaba hacia la izquierda, para tapar ligeramente el ojo azul, con la esperanza de mimetizarme en la supuesta normalidad. Pero tampoco estaba dando mucho resultado. Y mi ojo, un ojo que en otra época me había llegado a parecer bonito, cristalino, enigmático…, ahora había quedado reducido a una triste canica que a mí ya tampoco me gustaba.

Es curioso lo que los comentarios de los demás pueden hacer con nuestra percepción del cuerpo.

—Ingrid.

Me sobresalté. Estaba tan metida en mis pensamientos que tardé unos segundos en recordar que seguía allí, tirada en la hierba, jugando a mirar las nubes con Laura y que ella, tumbada a mi lado, me estaba llamando por mi nombre.

—¿Hum? —murmuré.

—¿Qué es ese anillo que llevas ahí?

—¿Eh? —Miré mi mano. Me estaba tocando inconscientemente el anillo de mi dedo pulgar. Le daba vueltas y vueltas con el dedo corazón. Era un movimiento mecánico que hacía sin darme cuenta—. Ah, era de mi tía abuela.

—Es muy grande, ¿no? —Se incorporó—. Pero es bonito. ¿Puedo verlo?

Me lo quité y se lo tendí, aunque inmediatamente me sentí un poco rara. No me lo quitaba nunca. Jamás. Era tan parte de mí como mi pelo, como mi boca. Me duchaba con él, dormía con él, lo llevaba a todas partes.

La verdad es que no me extrañó que le llamara la atención. También a mí me llamó la atención la primera vez que se lo vi a mi tía abuela, y le pedí una y otra vez que me dejase probárselo antes de que

finalmente me lo regalase, supongo que por ser un poco pesada. Era de oro, aunque la parte metálica estaba ya un poco ennegrecida por el paso del tiempo, y sujetaba una piedra de color azul verdoso que parecía partida, como si le faltase la otra mitad. A veces, no sé muy bien el motivo, parecía cambiar un poco de color. Era bastante imperfecto, a decir verdad, no solo la piedra parecía rota, sino que además los ribetes dorados que adornaban la piedra estaban torcidos. Pero creo que eso era lo que más me gustaba, porque lo hacía parecer antiquísimo, como si hubiera sido rescatado de un tesoro hundido en el mar.

Laura alzó la mano al cielo y miró el anillo. A ella le quedaba enorme en todos los dedos, incluso en el pulgar.

—Es gigante —dijo.

—¿Verdad? Pues ella lo llevaba en el anular —sonreí—. Siempre me dijo que me acabaría viniendo bien, pero… no sé. Me tienen que crecer mucho las manos para eso.

—Tendrás que hacer ejercicio —se rio y empezó a hacer movimientos enérgicos, abriendo y cerrando la mano—. ¿No hay ninguna rutina por ahí para hacer músculo en los dedos?

—O siempre me lo puedo poner como un collar.

Me lo devolvió y me lo puse muy rápidamente en el pulgar. Ella me miró con curiosidad.

—Ahora en serio —dijo—. ¿Por qué no te lo ajustas? ¿No te da miedo que se te caiga?

Me quedé en silencio un instante, meditando la respuesta y sin saber bien cómo explicarlo. No se me ocurría nada que pudiera decir para hacerle entender que no quería tocar el anillo ni ajustarlo ni hacerle algo que hiciera que dejase de ser exactamente como era la última vez que vi a mi tía abuela con vida, Abu para mí, la misma tarde que me lo regaló.

No quería hablar de ello para nada.

En los últimos años, era bastante posible que Laura fuera lo más parecido que había tenido nunca a una amiga. Al menos, era una persona con la que tenía un escondite secreto, ¿no? Nos escapábamos a adivinar las formas de las nubes o a hablar de cualquier cosa o a simplemente no hacer nada, porque las dos pasábamos por completo del balón prisionero y, en general, de la mayoría de la gente. Además,

y esto puede que fuera lo más extraordinario, ella nunca me había preguntado por mis ojos. Jamás. El segundo día del campamento, en medio de una pelea de globos de agua, escuchó que Ellas se inventaban el mote de Canica y se recreaban en repetirlo una y otra vez con pretextos cada vez más absurdos. Recuerdo que yo me alejé para llenar un nuevo globo en la fuente y ella se acercó a mí, me ayudó a cerrarlo (con los nervios por toda la situación, la goma se me resbalaba y no acertaba) y me dijo que no les hiciera ni caso, que eran idiotas. Se me formó un nudo en la garganta tan raro. Un nudo que no habían conseguido provocarme ni Ellas y que se activó ante esa manifestación tan espontánea de empatía, así porque sí. Al día siguiente, me senté a su lado en el desayuno y ya no nos separamos.

Me había costado mucho tener una conexión de ese tipo con alguien. No sabía del todo qué debía hacer para mantenerla y todavía me sentía extraña a su lado, un poco recelosa o alerta, como si en el fondo estuviese esperando el momento en el que yo haría o diría algo lo suficientemente raro como para alejarla a ella también.

Hablarle de Abu sería… No sé. Es que Abu no era una tía abuela normal. No sé si mucha gente tiene tanta relación con su tía abuela, para empezar. Pero es que ella era increíble. No la veíamos mucho, porque viajaba por todo el mundo. Lo había recorrido entero. Entero, en serio. Y, cada vez que volvía a España, encontraba un momento para visitarnos en la caravana, estuviéramos donde estuviésemos, para contármelo todo y traerme regalos de aquellos lugares tan remotos. Abu siempre tuvo una conexión especial con mi madre. Creo que sospechaba que, de toda la familia, era quien más se parecía a ella. Ambas tenían un espíritu muy libre y presumían de haber hecho siempre lo que les había dado la gana. Pero a mí me parecía, o al menos eso quería creer, que sobre todo tenía una conexión especial conmigo. Que había algo entre ella y yo, una complicidad especial que no teníamos con nadie más. Los regalos estaban muy bien, pero a mí lo que más me gustaba era que siempre me contaba cuentos. Después de cenar, cuando mis padres estaban recogiendo, Abu me arropaba y me hablaba de pueblos llenos de misterio, de historias mágicas e increíbles que decía que vivía cuando viajaba, de lugares extrañísimos que visitaba y de los que era mejor que no le hablase a nadie.

Nunca me importó si eran verdad o mentira. Para mí, si ella lo

decía, era verdad y punto. Yo la escuchaba fascinada, emocionada, como si compartiésemos un secreto.

Cuando se fue, también se fueron con ella sus historias.

Solo me quedó su anillo.

Claro que me habría gustado hablarle a Laura de Abu, pero creo que, en el fondo, todavía no estaba preparada para hablarle de ella. Además, una parte de mí quería parecerle, no sé, ¿un poco más normal? Tampoco hacía falta que conociese todas mis rarezas de golpe, bastante tenía ya. Si alguien organizase un bingo de bicho raro, cantaría línea demasiado rápido. Lo cumplía todo: pocos amigos, un ojo de cada color, padres hippies, vida en una caravana, tres colegios diferentes, ¡ah!, y una fobia irracional al agua que me obligaba a mentir cada vez que surgía un plan de piscina, ¡que casi me olvidaba de eso! No. Definitivamente no necesitaba que supiera además que me aferraba desesperadamente al anillo de mi tía abuela porque no superaba su muerte. Estaba bien así, gracias.

Un chillido a lo lejos llamó su atención y se apoyó sobre los codos.

—Están llamando a cenar —me dijo.

Por un momento, me alegré de haberme librado de contestar.

Hasta que comprendí lo que me estaba diciendo y lo que significaba. Entonces arrugué la frente.

—¿Ya? —pregunté.

¿Cómo era posible? Si me parecía que solo llevábamos allí cinco minutos. Cerré los ojos con fuerza y emití un gruñido.

—Noquieronoquieronoquiero. —Me estiré en la hierba, sin abrir los ojos—. No quiero ir al comedor, no quiero merluza a la romana otra vez y, por encima de todo, no quiero hacer fuego de campamento.

—Uf. ¿Toca fuego de campamento?

—Lo ponía en el corcho —afirmé—. Hoy, fuego de campamento. Mañana, teatro. Pasado… ¿baile? Creo.

El gruñido esta vez emergió de la boca de Laura. Luego me imitó, se dejó caer sobre la hierba y empezó a rodar a mi lado.

—¿Nos escapamos? —propuso—. Podríamos huir haciendo la croqueta.

—Suena a un plan perfecto.

—¡Sin fisuras!

—Buf, solo con imaginarme la cara de Montse… Yo creo que le

daría un infarto, ¿te la imaginas? —agudicé mucho la voz para imitarla—. «¡Me faltan dos niñas! ¡Todo el mundo en fila otra vez! ¡Recuentooo! ¡Me lleváis por el camino de la amargura…! ¡Re-cuen-tooo!».

—«¡Re-cueeen-tooo!» —la imitó también Laura, respirando a duras penas, con la mano en el costado.

Un silbido agudo, y bastante más cerca de lo previsto, nos cortó la risa de golpe.

La figura inconfundible de Montse se adivinaba en el horizonte y no parecía nada contenta.

Aquella noche no solo nos quedamos sin postre, sino que los monitores tuvieron la excelente idea de nombrarnos líderes de grupo en las actividades de después de la cena, para asegurarse de que nos integrábamos por completo en la cultura del campamento.

Ahora lo recuerdo y me hace hasta un poco de gracia. Porque estaba de tan mal genio, tan cabreada con el mundo, con las actividades y con Montse, que no supe darme cuenta de que aquella iba a ser la última noche tranquila que pasaría en mucho mucho tiempo.

2

En las profundidades

El sol estaba justo en el centro del cielo, bien arriba. Era ese momento del día en que abrasaba el suelo y picaba fuerte en la piel. Mamá me extendía una gran capa de crema sobre los hombros, en la espalda, dejándome pringosa, y después, con lo que le sobraba en las manos, se frotaba sus propios brazos hasta dejarlos casi tan blancos como los míos.

Veía mi reflejo en sus gafas de sol: una niña de siete años llena de pecas, con un bañador verde y rosa que tenía un dibujo bien grande de *La sirenita*. Mi pelo, más rojo que nunca, estaba lleno de rizos y a duras penas se mantenía sujeto en dos moñitos, uno a cada lado de la cara.

Dejó sus cosas con papá: la bolsa, el bote de crema y su cartera, y me dijo: «¿Vamos al agua?». Yo le tendí la mano, emocionada. Llevaba esperando ese momento todo el día y tiré de ella, correteando con mis cangrejeras entre las piedras, impaciente. Había bastante gente en ese pantano. Era lo normal en esa época del año y más siendo fin de semana. Aquello estaba lleno de familias que, como nosotros, habían cogido su nevera portátil y sus toallas y se habían venido a pasar el día a lo más parecido que había a una playa en Madrid.

—Espera, no vayas tan deprisa, que te vas a caer —dijo mamá.

¿Caerme? A mí eso me daba igual. Yo no me iba a caer. A mi nariz impregnada de crema llegaba el olor inconfundible del agua y eso me confería una seguridad inexplicable, un superpoder, una certeza absoluta de que tenía que llegar hasta ella.

Metí los pies. Estaba fría. Mucho. El contraste con el calor del exterior me puso la piel de gallina. Me miré los pies envueltos en el pantano y me quedé así un rato, observando cómo el agua los deformaba. Había algo en ello que me llamaba poderosamente la atención, que me atraía irremediablemente. Empecé a caminar, un pasito por delante de ella. Primero los tobillos, luego las pantorrillas, los muslos, la cintura.

De pronto, una pelota emergió de la nada, cruzando el cielo a toda velocidad.

La vi pasar a escasos centímetros de mí, pero me libré del golpe.

El impacto sonó a mi lado, muy cerca. Había ido a parar directamente a la cabecita de uno de los niños que estaba chapoteando a escasos metros de nosotros. Todos se giraron hacia él. El chico era más pequeño que yo y el impacto lo había tirado al agua, así que por supuesto que se armó un gran alboroto: su madre, asustada, corría desde la orilla, mientras los que estaban a su alrededor se agolpaban para asegurarse de que estaba bien.

Todo eso ocurría a mi alrededor, sí, pero la realidad es que yo no los miraba.

No podía.

Delante de mí, se extendía el pantano brillante, enorme y enigmático.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

Miré de reojo a mi madre. También ella se había girado para comprobar que, efectivamente, el niño estaba bien y no le había pasado nada. A lo lejos, alguien reprendía a los dueños de la pelota y les decía que eran unos irresponsables. Pero, para mí, el burbujeo que me recorría el cuerpo era tan intenso que creía que se me iba a salir por las orejas. Mamá no me dejaba bañarme donde no hacía pie. Jamás. Era peligroso, decía, pero había algo en esa palabra que hacía que solo me apeteciese intentarlo un poco más.

El agua reflejaba el cielo, los dibujos de las montañas. Parecía tan

tranquila… Pero no lo estaba. Yo lo sabía. No estaba quieta. Si me fijaba bien, podía descubrir un sutil movimiento en su superficie. Movimientos de arriba abajo, rítmicos, como los latidos de un corazón. Parecía que agua estuviera bailando. Es más: parecía que quisiera invitarme a bailar a mí también. Un cosquilleo me recorrió el cuerpo entero. Empecé a caminar.

El agua me trepaba por la espalda. Por los hombros. Por el cuello. De pronto, tuve que ponerme de puntillas. ¿Cómo era posible? ¿En qué momento había avanzado tanto? Nunca había llegado tan lejos. La excitación me hizo dar un par de brazadas más hacia el fondo y, finalmente, meter la cabeza y sumergirme por completo.

Cuando el agua tocó mi cara, sentí como si algo se expandiese en mi pecho. Una sensación de calma inmensa, un alivio que me recorría el cuerpo y me relajaba las extremidades. Era una sensación extrañísima. Algo inexplicable. Pero era tan poderoso, tan bonito, que sentí ganas de reír.

«Ingrid…».

Mis ganas de reír se esfumaron de golpe.

Aquel susurro, apenas perceptible, parecía haber emergido de lo más profundo del pantano. Me paralizó. ¿Había oído bien? Abrí los ojos con cuidado, pensando que me escocerían, pero me sorprendió la facilidad con la que se acostumbraron al nuevo medio y la claridad con la que vi el interior de ese pantano. El agua era oscura ahí abajo, grisácea, un poco verdosa, dibujaba ondas de colores. Era lo más alucinante y, a la vez, lo más terrorífico que había visto nunca.

«Ingrid…».

Esta vez no había dudas. Algo, alguien, había dicho mi nombre. Esa voz me sacudió por dentro. Sonaba por todas partes, se mezclaba con el agua a mi alrededor y hacía temblar cada milímetro de mi cuerpo. Fuera lo que fuese, esa voz no era humana.

Empecé a mover brazos y piernas. Me había cansado de mi aventura, quería llamar a mamá, quería salir a la superficie, pero no podía. Mis brazos, torpes, no sabían empujarme hacia arriba.

El agua me envolvía, me arrastraba hacia las profundidades, asfixiándome.

—¡Ingrid! —A lo lejos un grito, un grito sordo, esta vez era una voz familiar.

Después, dos brazos que me sacaban del agua por las axilas, con una fuerza que solo da la angustia de una madre.

—¡Ingrid!

Su grito me hizo despertar.

Abrí los ojos.

El somier de la litera superior se encontraba a escasa distancia de mi cara.

Estaba en el campamento.

Estaba bien.

Solo era esa pesadilla otra vez. La misma pesadilla de siempre. Antes, solía pasarme muy de vez en cuando, pero últimamente se repetía casi todas las noches, cada vez con más nitidez, añadiendo aún más nivel de detalle. Había llegado un punto en que era tan real que, cuando me despertaba, casi podía notar el pelo mojado y el olor del pantano en mi piel.

Volví a cerrar los ojos y respiré hondo, como había aprendido a hacer. No estaba en el agua, me dije. No podía ahogarme, no estaba en el agua. Debajo de mí, había una cama y, debajo, tierra firme; estaba a salvo. Mi cuerpo fue calmándose poco a poco, mi respiración encontrando su ritmo natural, pero el terror permaneció dentro de mí unos cuantos minutos más.

No tendría por qué ser tan terrible, ¿no? Si solo fuera una pesadilla. Pero aquello era peor que una pesadilla: era un recuerdo. Un recuerdo vívido y real que había permanecido en mi memoria desde que tenía siete años. Concretamente, el recuerdo del último día que me atreví a meterme en el agua en mi vida. Ojalá hubiese sido solo una pesadilla. El poder de un recuerdo es mucho más difícil de combatir que cualquier producto de tu imaginación.

Alguien me tiró una toalla a la cara y di un respingo. Abrí los ojos para descubrir que casi todas mis compañeras estaban ya vestidas, preparándose para un día más en el campamento.

—¡Canica, que te duermes!

3

La excursión

Montse llevaba la camiseta del campamento metida por dentro de los pantalones. No era de su talla (le habían dado una demasiado grande), lo que hacía que el logo se deformase a la altura de la cintura y la mitad de sus letras desaparecieran bajo la tela vaquera. En su espalda, eso sí, la palabra «monitora» se distinguía perfectamente, diferenciándola de todas nosotras. Su silbato rojo le colgaba del cuello con una cadenita, pero en realidad era puramente decorativa: el silbato parecía estar siempre sujeto entre los labios, siempre preparado, alerta ante cualquier oportunidad de utilizarlo para poner orden.

Pitaba varias veces seguidas, pitidos cortos y rítmicos, si quería que la siguiésemos o que supiéramos que era el momento de empezar una actividad. Optaba por un único pitido, más largo y contundente, si lo que pretendía era llamar la atención de alguien que estaba haciendo lo que no debía. Dos pitidos largos significaban que estaba perdiendo la paciencia. Un montón de ellos, estridentes, largos, cortos, largos otra vez, eran la prueba definitiva de que nadie le estaba haciendo ni caso.

Hoy tocaba excursión y todos los preparativos y la logística que

implicaba parecía tenerla especialmente de los nervios. Primero, la cola de los bocadillos, todas en fila de uno junto al tobogán verde pistacho que había en el patio, «tranquilas, que hay para todas», después cada una recogía una botella de agua y, mientras tanto, ella trataba de asegurarse a gritos de que no olvidásemos nada importante: «Acordaos de echaros crema del cincuenta», «¿Falta alguien?», «¡Re-cuen-to!».

Laura y yo nos encontramos frente a frente con ella al final, cuando el resto de las chicas ya estaban listas y no nos quedó más remedio que avanzar en su dirección.

—Vaya, hombre, las últimas de la cola, qué casualidad. —Nos dedicó una mirada vigilante, antes de darnos un bocadillo envuelto en papel de aluminio a cada una—. Venga, al autobús, que el conductor está a punto de irse.

Laura, en cambio, le dedicó una sonrisa amplia, tranquila.

—Si quiere ir tirando… —dijo—. Por nosotras encantadas, ¿eh? Nos gustaría tener más tiempo para disfrutar de estas maravillosas instalaciones.

Miré «las instalaciones»: un patio donde hubo un tiempo en que había dibujada en el suelo una cancha de baloncesto y que ya era apenas perceptible, dos canastas oxidadas, columpios de colores tan vivos como desconchados por el tiempo y una fuente amarilla donde todas nos apelotonábamos para rellenar el agua y que en ese preciso instante estaba plagada de avispas.

Tuve que morderme el carrillo para evitar reírme. Laura tenía un don natural para hacer rabiar a Montse.

—De eso nada; esta actividad es obligatoria. —Alargó el brazo para coger las botellas de agua y me tendió una—. Además, os va a encantar. Vamos a hacer kayak.

La botella se me cayó al suelo.

Trata de imaginar tres monitores, cuarenta y ocho chicas y veintiséis kayaks en un único río. Aquello era un caos. Las que no se quejaban de que su chaleco estaba roto, no encontraban pareja o se habían olvidado el bañador en el campamento. Mientras, las más avanzadas

habían corrido (literalmente) para ser las primeras en lanzarse al río y habían empezado a remar pese a los diecisiete recordatorios de que nadie debía meterse en el agua hasta que nos hubieran dado todas las instrucciones de seguridad. El drama estaba servido. Montse, que compartía canoa con uno de los especialistas, había tenido que montarse a todo correr para seguir su ritmo y remaba a una velocidad vertiginosa, aprovechando milésimas de segundo entre los movimientos de sus brazos para sujetarse la gorra.

—¡Esperaaad! —se la oía gritar por el río—. ¡¿Qué habíamos dicho?! ¡Los monitores primero! ¡Monitores en la cabeza y en la cola siempre! ¡Siempreee!

A mi lado, Laura observaba el espectáculo riéndose. Yo, en cambio, no me reía. Estaba rígida, con los dedos aferrados al cierre del chaleco salvavidas.

Laura se giró hacia mí y me lanzó el remo sin avisar.

—¡Ay! —me sobresalté. Conseguí cogerlo de milagro, sujetándolo entre el pecho y mi antebrazo izquierdo.

—¿Delante o detrás? —me preguntó.

Su sonrisa dejaba ver el espacio que había entre sus paletas.

Miré nuestro kayak, aparcado todavía entre las piedrecitas del río. No muy lejos de nosotras, unas chicas ya habían conseguido volcar el suyo y trataban a duras penas de darle la vuelta. Eché la vista más hacia el fondo, allá donde el río se perdía en el horizonte. Algunas de las canoas parecían ir francamente rápido.

Tragué saliva.

Mi mente exploró a toda velocidad los cientos de millones de excusas que se me podían ocurrir para librarme de esta actividad. Ya lo había hecho antes, ¿no? Me estaba volviendo muy buena en librarme de nadar. Los años de fobia al agua me habían vuelto notablemente creativa: me ha sentado mal el desayuno, me encuentro mal, acabo de echarme la crema, estoy esperando a terminar la digestión, ya me baño luego… Séptimo día de campamento y había conseguido no tener que meterme en el agua ni una sola vez.

Pero aquella vez, en cambio, no se me ocurría ninguna. Estaba sencillamente paralizada. No hacía ni cuatro horas que me había despertado de una versión extremadamente realista de mi pesadilla y todavía podía notar la presión en mi pecho al recordar que me

ahogaba siendo una niña. Había sido demasiado intenso y no había tenido tiempo de recuperarme. ¡¿Y ahora pretendían que me subiera a un kayak por el río?!

Laura me miraba expectante.

—Igual me… No sé si… Es que yo no… —titubeé. Tenía la boca seca—. Mira, no sé, igual… ¿Igual tú delante?

Genial, Ingrid. Elocuente y directa. Pero ¡¿en qué estaba pensando?! ¿Los pitidos del silbato de Montse habían acabado por derretirme el cerebro del todo?

Ajena a mi crisis, Laura caminó hacia el kayak sin darme tiempo a retractarme. Después, lo arrastró hacia el agua y se sentó en el asiento delantero, decidida. Yo, en cambio, me quedé allí parada unos segundos más, sopesando mis opciones. Por supuesto, podía contarle que tenía una fobia terrible al agua desde pequeña, decirle que había tenido una pesadilla al respecto aquella misma mañana, pero ¿quería hacerlo? Lo medité un instante.

—¿Vienes o qué? —me dijo.

Buena pregunta.

—¡Voy! —respondí, sin saber muy bien de dónde salió aquello si me moría de ganas de gritar justo lo contrario: que de ahí no me movía, que no contasen conmigo, que estaban locos si creían que yo me iba a subir a ese instrumento de tortura.

Pero, aparentemente, aquel día mi cuerpo no pensaba obedecerme. Se movía como un autómata, como una marioneta torpe, y no se detuvo hasta sentarse en la parte trasera del kayak. Cerré los ojos con fuerza, maldiciéndome a mí misma, mientras mis dedos temblorosos intentaban volver a comprobar por decimotercera vez las sujeciones de mi chaleco salvavidas. Quería que me tragase la tierra.

—¿Todo bien por ahí atrás? —preguntó sin mirarme—. Tenemos que ir coordinadas, ¿vale? Empezamos con la izquierda. Ahora derecha, izquierda, derecha… ¿Bien?

No me vi capaz de hablar, así que supuse que no me quedaba otro remedio que seguir sus instrucciones. Lo hice, al principio de forma superficial, sin reunir la fuerza suficiente en los brazos como para poder impulsarnos de verdad hacia ningún sitio. Finalmente me atreví a imitarla y a sumergir bien el remo, y eso nos ayudó a avanzar. Llegadas al punto en el que estábamos, supuse que, cuanto antes

llegásemos, antes se acabaría mi sufrimiento, así que puse todo mi empeño en concentrarme en esa coreografía de brazos y remos. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Para mi sorpresa, eso consiguió evitar durante un buen rato que me fijase en mi alrededor.

La barca parecía… ¿estable? Más de lo que hubiera imaginado, quiero decir. Nada más verla, habría jurado que se volcaría a la primera de cambio o que nos arrastraría con una rapidez incontrolable por la corriente, pero de momento nada de eso había sucedido. Al contrario, parecía que solo se movía si nosotras queríamos: si remábamos, nos obedecía; si empezaba a virar hacia la derecha, bastaba con que remásemos solo en el lado izquierdo para rectificar el rumbo. Igual… ¿Igual no era tan terrible?

Sabía que podía ser una mala idea, pero, al cabo de un rato, sentí que mis movimientos eran lo suficientemente automáticos como para atreverme a levantar la vista.

El corazón se me encogió un poco.

El agua estaba tranquila, pero su corriente nos ayudaba a avanzar y la espesura del bosque en las orillas se desplazaba con rapidez a nuestro lado. Sentía el viento soplando en mi cara, despeinándome el pelo que se escapaba de mi coleta. Después de un primer estallido de miedo, me sentí extrañamente orgullosa. ¡Estaba remando! ¡Estaba remando en un kayak! ¡Yo, que llevaba siete años sin meterme en el agua! Cuando se lo contase a mis padres, no me iban a creer. ¡Lo había hecho!

Remamos unos minutos más, siguiendo el baile de brazos en una coordinación casi perfecta. Por un momento, casi hasta dejé de escuchar los gritos de todas las compañeras que nos iban adelantando y mi cabeza consiguió concentrarse únicamente en nuestros movimientos, en el sonido que hacía el remo al romper el agua, en el burbujeo de alguna cascada lejana.

Respiré hondo, satisfecha.

—Uy. —Laura me devolvió a la realidad de golpe.

—¿Qué pasa? —dije y asomé la cabeza hacia un costado para ver lo que tenía delante.

El burbujeo que había escuchado no estaba tan lejos como creía. Delante de nosotras, ligeramente hacia nuestra derecha y, sobre todo, peligrosamente cerca de nosotras, se había formado un remolino de

agua que aceleraba la corriente. Podía ver las ramitas de los árboles dirigiéndose a él a toda velocidad, hundiéndose en la espuma y emergiendo varios metros más tarde.

Dejé de remar de inmediato.

—No creo que sea por aquí —dije.

—¿Qué? —Laura apenas pudo girar para mirarme—. Yo creo que sí, ¿no ves? Mira delante, ahí va Montse con el guía.

—Ya, pero parece… No sé, igual si echamos para atrás, podemos esquivarlo. —Solté el remo con una mano y señalé el remolino y el punto preciso en el que se desviaba en un afluente por el que, desde luego, no parecía para nada que tuviéramos que ir.

—¡Solo son unos rápidos! —dijo con calma—. Es cuestión de parar de remar cuando estemos justo encima. Nos llevará la corriente.

—¡¿Cómo que nos llevará la corriente?! —chillé.

—Pero solo un segundo, ¿ves? —Su voz transmitía que lo tenía todo bajo control—. Si es un rápido pequeñito.

Laura podía estar tranquilísima, pero a mí eso no me servía de nada. Yo sentía el chaleco oprimiéndome el pecho, clavándose en mis costillas, impidiéndome respirar. No podía hacerlo. No podía. ¿Cómo no se daba cuenta? Era imposible. Íbamos a volcar. Y yo no iba a saber nadar. Porque yo ya no sabía nadar, no podía, era imposible. Lo habían intentado antes y era inviable, el terror me paralizaba, no iba a saber hacerlo.

Tenía que irme de allí. Ya.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que en aquel momento no tenía ninguna manera de salir, porque estábamos rodeadas de agua y las orillas estaban completas por una vegetación espesa. Aquello lo empeoró todo aún más. Estaba empezando a marearme. Me revolví en mi asiento.

—¿Ingrid? —me preguntó Laura desde delante, todavía sin mirarme—. ¿Todo bien? Paro si quieres, ¿eh?

Traté de contestar. Tenía la nuca empapada en un sudor helado.

—Para —dije, ahora sí.

Para mi alivio, Laura me obedeció al instante y consiguió clavar el remo en unas rocas, lo suficiente como para que el kayak se detuviera a escasos metros de los rápidos.

Se dio la vuelta. Al quedarnos quietas, fue más evidente que todo

mi cuerpo estaba temblando como una hoja. Laura me miró de arriba abajo. No me hizo falta meterme en sus ojos para adivinar lo que veía: mi frente sudorosa, mi piel pálida, mi pecho subiendo y bajando con violencia.

—¿Qué te ha pasado? —me dijo, arrugando la frente—. ¿Te da miedo el agua?

Mi primer instinto fue negarlo, como hacía siempre. Decirle que no, que simplemente me dolía la barriga o la cabeza ¡o un pie, yo qué sé! Normalmente, solía colar. Pero también era cierto que nunca me había visto en esa situación, subida en un kayak en medio de un río, lívida, en pánico por haberme encontrado con unos rápidos que probablemente a ella le parecerían ridículos.

No me quedaba otro remedio que decir la verdad.

—Un poco. —Me costó proyectar una voz que no temblase, así que supongo que no fui demasiado convincente. Laura arqueó una ceja—. Vale, sí, me da miedo. Tuve una… mala experiencia cuando era pequeña.

—¿Qué te pasó?

Me encogí de hombros.

—Tenía siete años, no me acuerdo muy bien —mentí—. Estaba con mis padres en el pantano, me escapé un poco por mi cuenta y estuve a punto de ahogarme. Desde entonces, pues eso.

Al principio me miró con algo parecido a la compasión. De repente, alzó mucho las cejas.

—¿Por eso te escaqueaste el otro día en la piscina? —exclamó, más alto de lo que me habría gustado. Hice un gesto con las manos para que bajase la voz. Rio—. Perdona. Pero es que ¡qué fuerte! Vamos, no tenía ni idea. Si me dijiste que te encantaba la naturaleza, que si pasear por el río con tu perra, que si los pajaritos…

Me reí también, mortificada.

—¡Que sí que me encanta! Y pasear por los ríos. Pero…, pues eso, desde la orilla.

Se le afilaron los ojos.

—Aventurera pero no mucho. —Enmarcó su frase con las manos.

Le di un golpecito en la espalda, ofendida.

—Ahora en serio, me lo podrías haber dicho —insistió—. Podría haberte ayudado a escapar si querías.

—Ya, lo sé, tienes razón, pero es que… —empecé a decir, aunque no supe seguir. De pronto, viéndola reaccionar así, me sentía un poco tonta por no haberme atrevido a contárselo antes.

—Que lo entiendo, ¿eh? De verdad. A nadie le gusta que se sepan esas cosas. Pero que es normal, vaya, yo qué sé. A mí me dan miedo las alturas y tampoco es algo que pueda evitar… Espera, ¿y la playa? —se interrumpió de repente, al caer en la cuenta. Ahogó un grito, hinchándose de dramatismo—. ¡Dime que te bañas cuando vas a la playa!

No me dio tiempo a contestarle y decirle que jamás pasaba de la altura de las pantorrillas porque lo veía imprudente e innecesario. Ella probablemente se hubiera reído de mí otra vez más y me hubiera dicho que era una miedica, pero no nos dio tiempo porque un golpe en nuestra embarcación nos sobresaltó a las dos. Alguien nos había tirado una piedra de un tamaño considerable, pero había impactado directamente sobre el plástico del kayak.

Laura y yo nos miramos rápidamente, asustadas.

—¡Canicaaa!

El bramido llegó a mis oídos antes de que pudiera identificarlas con la vista.

Eran Ellas.

Ana y Leire compartían canoa y remaban hacia nosotras, seguidas por Sonia y Paula, que mantenían el ritmo aunque con una evidente descoordinación. Una parte de mí sintió un pequeño alivio al ver que al menos había algo en este mundo que no se les daba bien hacer.

Tardaron tres segundos en llegar a nosotras. Tres segundos que tal vez fueron los más largos de mi vida. Tres segundos en los que me planteé coger el remo y avanzar, salir de allí, huir de Ellas antes de que pudieran alcanzarnos. Pero los rápidos estaban ahí, delante de mí. El agua se movía deprisa, incontrolable, en todas las direcciones.

Mi cuerpo entero se quedó congelado, rígido.

—¿Qué pasa, Canica? —El remo de Leire golpeó mi kayak. Ya era demasiado tarde—. ¿Qué hacéis aquí paradas? ¿Disfrutando de las vistas?

Esta vez le siguió Sonia:

—Igual tiene vistas especiales con ese ojo. Visión estratosférica. ¿Te imaginas?

Allá iban otra vez. «La coreografía, ¿recuerdas? —me dije—. Vienen, dicen dos bromas y se van, ya está. Tú aguanta, déjalas, que se cansan solas». Pero es cierto que el agua añadía un ingrediente distinto y peligroso. Ese no era mi entorno. Ni mucho menos. Eso estaba muy lejos de ser el patio del campamento, donde podía simplemente respirar hondo, ignorarlas y seguir con mi vida. Allí había agua por todas partes. Agua natural, salvaje, impredecible. Sentía que mi pánico era un animalillo encerrado en mi cuerpo, luchando por salir a la superficie. Era imposible que no lo vieran, que no se dieran cuenta. Pero que lo vieran era lo peor que podía suceder. El miedo era la gasolina para personas como Ellas.

«Respira hondo, Ingrid. Tú aguanta, aguanta y ya está. Se irán rápido, no digas nada».

—Eh, responde, Canica. —Sonia otra vez. Se estaban acercando mucho. Tanto que ya teníamos un kayak a cada lado del nuestro. Arrinconándonos—. ¿Tienes visión estratosférica? ¿Por qué no nos lo quieres contar?

No sé muy bien por qué busqué a los monitores en el horizonte. Fue un gesto tan instintivo como absurdo: se hallaban ya muy lejos y, aunque hubieran estado cerca, estaba segura de que habrían querido ver en la situación un rifirrafe infantil en el que los adultos no debían meterse; cosas de niños. Igual de absurdo e inútil fue mirar a Laura. Ya la conocía lo suficiente como para poder adivinar que, una vez más, se quedaría muy quieta, callada, como si nada de todo eso tuviese algo que ver con ella. Todo ese arrojo y chulería que se apoderaba de ella para desafiar a los monitores del campamento, toda esa valentía que demostraba cada vez que nos saltábamos las normas…, se difuminaba de inmediato en cuanto Ellas entraban en escena. Laura quedaba relegada a un fantasma, a un camaleón, a un insecto palo.

La conocía perfectamente. Pero no por ello pude evitar esta vez sentir una pequeña punzada de dolor cuando comprobé que evitaba mi mirada.

—¿Pues sabéis lo que creo yo? —Cuando Ana avanzó hacia mí, su remo impactó directamente en nuestra canoa. No pareció casualidad —. Que yo creo que ese color es de mentira. Por eso no nos dice nada. Mirad, si es que parece que se haya olvidado de ponerse la segunda

lentilla.

—Ya ves —jaleó Leire.

—¿Es eso? ¿Es una lentilla? ¿Qué quieres, llamar la atención?

—Fijo —apostilló nuevamente Leire.

No debí hacerlo. Por nada del mundo. Habían hecho una broma, después otra, no debía de quedarles mucho arsenal. Iban a cansarse, no les quedaría más remedio cuando vieran que no entraba en el juego y ya se les habían agotado todas las bromas. Yo lo sabía. Pero el kayak se balanceaba, inestable, y a mí me temblaban las rodillas. Se estaban acercando demasiado. Podía oler el champú de albaricoque que utilizaba Ana. La tenía a escasos centímetros de mí.

No lo pude evitar.

—Déjame en paz —exploté—. No tiene gracia.

Me arrepentí de inmediato. Antes, incluso, de ver el estallido de felicidad en los ojos de Ana. Mi frase había sido tan inútil como patética.

—¡Anda, si habla! —dijo. Se apoyó sobre mi kayak, provocando que se inclinase un poco hacia la derecha. En ese momento cometí mi segundo error: me asusté y me apresuré a sujetarme a los extremos de canoa, toda la tensión acumulada en mis puños cerrados. Ana no pudo ni quiso controlar su carcajada. Estaba pletórica—. ¡Ay, si le da miedo!

El comentario provocó un estruendo de risas entre el grupito de chicas que la rodeaban. Y, lo que es peor, les descubrió una nueva y mejorada manera de torturarme. Las bromas y especulaciones sobre mi ojo se desvanecieron y, en su lugar, llegaron los balanceos de la canoa de uno a otro lado, los salpicones de agua, la amenaza inminente de volcar.

Me pareció escuchar a Laura, esta vez sí, decir algo parecido a «parad ya», pero en una voz tan bajita, tan pusilánime, que quedó escondida entre los chapoteos y los jaleos de nuestras abusonas.

No sé qué me llevó a cometer el tercer error, pero fue el peor de todos. La barca se movía, cada vez alcanzaba una posición más vertical hacia los lados y nos era más difícil mantener el equilibrio; supongo que mi cuerpo decidió activar su modo supervivencia. No sé qué clase de lógica encontró mi cerebro, pero, para cuando me di cuenta, estaba comprobando que mi pulgar todavía tenía puesto el

anillo de mi tía abuela. Ese gesto no escapó del radar de Ana y tardó menos de un segundo en arrancármelo de un manotazo.

Me pilló totalmente desprevenida, luchando por no perder el equilibrio dentro de la canoa, y no fui capaz de impedirlo. Había pasado demasiado rápido y me costó procesar lo que estaba viendo. Ana, mi mayor némesis, el ser más odioso de todo el campamento y probablemente en el podio de las peores personas que había conocido en mi vida, sujetaba entre su dedo índice y el pulgar el objeto más importante para mí.

La miré, aturdida.

—Devuélvemelo.

Lo dije muy bajito.

Ella aguantó la risa.

—¿El qué? —Empezó a sacudir la mano—. ¿Esto?

—He dicho que me lo devuelvas —repetí, esta vez más alto. Mi voz era una mezcla de desesperación y amenaza.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿O si no qué?

Eso fue lo último que dijo. Lo último antes de, con un gesto tan grácil como chulesco, lanzar el anillo tras de sí, dejando que se perdiera en la inmensidad del agua. Me mantuvo la mirada en todo momento.

—Ups —dijo, desafiante.

Sentí que mi corazón dejaba de latir.

Todo daba vueltas y vueltas a mi alrededor y las risas de las chicas se deformaban, se alejaban de mí, mientras una sensación asfixiante se dilataba en mis oídos, en mi cabeza, dentro de mi boca. Miré a Laura, esta vez sí la obligué a mirarme, suplicándole ayuda con los ojos, esperando que entendiera, porque tenía que entenderlo, que ese anillo significaba más para mí que cualquier otra cosa que me hubiera traído al campamento. Pidiéndole: «Por favor, tírate al agua, por favor, ayúdame, por favor, sabes que yo no puedo, que no podría, que me ahogaría, por favor».

Sus ojos dudaron. O, al menos, eso me pareció. Sí, creo que hubo un atisbo de duda, un instante de lucha dentro de la cabeza de mi amiga. Pero, en cualquier caso, mi bando perdió la batalla demasiado rápido. Porque Laura se miró las rodillas, impotente, y yo entendí que

no iba a ayudarme.

El nudo de mi garganta empezó a arder, pero no tuve tiempo de prestarle atención porque mi cuerpo actuó por su cuenta. No previ nada de lo que iba a hacer. No lo planeé, no lo pensé bien y, si alguien me hubiera dicho que iba a ser capaz de hacer algo así, le habría tomado por loco.

Pero lo hice. Me incorporé en la canoa hasta quedarme de rodillas, apoyé la planta de un pie y me di impulso. Me lancé directa al agua, en dirección adonde había creído ver caer el anillo.

Primero, sentí pánico.

Un pánico gélido, punzante, que se me clavó en el estómago cuando mi cuerpo fue consciente de que había saltado al agua. Por un momento, me arrepentí y quise chillar, pedir ayuda, volver a subirme al kayak, olvidarme del anillo.

Pero entonces… llegó la rabia. Una rabia que empezó a latir dentro de mí hasta volverse más poderosa todavía que el miedo. Ese anillo era lo único que me quedaba de Abu. Se lo había visto durante años, brillante en esos dedos largos y finos que tenía, que parecían de pianista. Estaba tan contenta cuando me lo dio, aunque me quedase enorme. Me dijo que sabía que yo lo cuidaría muy bien, que ese anillo estaría mejor conmigo.

Ana podía insultarme. Podía hacerme la vida imposible en el campamento, reírse de mí, inventarse motes…, pero no podía arrebatarme eso. Eso no. No se lo iba a permitir.

Quise avanzar, bucear, pero pronto me di cuenta de que mi chaleco me entorpecía y me devolvía una y otra vez a la superficie, así que no lo pensé y me lo desaté deprisa, dejando que emergiese por su cuenta. Creí escuchar los gritos de Laura muy a lo lejos, ensordecidos por el agua, pero los ignoré. Delante de mí, me había parecido ver un brillito dorado y eso era todo cuanto importaba. Nadé y nadé con todas mis fuerzas, siguiendo ese destello como si fuera lo único capaz de mantenerme con vida.

El agua estaba helada, pero no me importó. No me importaba nada ni nadie. Estaba tan concentrada, tan decidida, que no me di cuenta de que llevaba unos cuantos segundos sin sacar la cabeza a la superficie. Empezaba a marearme por la falta de aire cuando, de pronto, algo me arrastró consigo. Primero sentí como si me sujetasen

las piernas, después la cintura y, por último, los brazos. Y entonces algo tiró de mi estómago con una fuerza descomunal.

Los rápidos, comprendí. Había ido a parar a los rápidos. La corriente me estaba arrastrando a toda velocidad. Comencé a girar sobre mí misma sin control, formando volteretas, perdiendo por completo la percepción del espacio y sin ser capaz de distinguir en qué dirección estaba la superficie.

Traté de nadar con todas mis fuerzas, desesperada, moviendo mis extremidades en todas las direcciones, intentando agarrarme a algo, luchando por salir de allí. Pero era inútil. La corriente volvía a arrastrarme en bucle, hundiéndome cada vez más hacia el fondo. Y a mí cada vez me faltaba más aire.

Por un instante, creí que era el fin.

Pero entonces ocurrió algo extraordinario. Algo imposible. Algo que, de no haber estado en aquel preciso instante, con toda aquella agua y oscuridad girando a mi alrededor, me habría hecho gritar. En medio de todo ese caos, del remolino de agua, que giraba a mi alrededor sin control, había un objeto que se mantenía absolutamente quieto, suspendido a escasos centímetros de mí.

Sentí que el corazón volver a la vida en mi pecho.

¡Mi anillo!

Estaba allí, intacto, con la piedra reflejando el agua en un millón de colores. Se quedó quieto a la altura de mis ojos, ajeno al movimiento turbulento del río. ¡Era mi anillo de verdad! ¡Lo había encontrado!

Cuando me incliné para recuperarlo, me di cuenta de que lo sujetaba una masa de agua compacta que parecía tener la forma de una mano gigante.

En cualquier otro momento, eso me habría aterrorizado. ¡Una mano gigante hecha de agua, justo delante de mí! Pero supongo que estaba demasiado agitada, demasiado cansada y desesperada como para procesar de verdad lo que estaba delante de mis ojos. Porque a mí solo me importaba mi anillo y estaba allí, frente a mí. Lo había conseguido.

Me lo coloqué en el pulgar y apreté mi mano contra el pecho, con un alivio casi desesperante. Y entonces esa mano, esa masa enorme que probablemente fuera fruto de la falta de oxígeno de mi cerebro, se

disolvió en un millón de burbujas que emergieron hacia la misma dirección, allá donde se adivinaba algo parecido a un rayo de sol.

«Ingrid…».

Una voz emergió desde el fondo del agua.

Mi corazón se me revolvió en el pecho, luchando por seguir con vida. Había escuchado esa voz una vez, hacía mucho tiempo.

No sé cómo lo hice ni cómo conseguí no dejarme llevar por el pánico ni qué me llevó a actuar tan deprisa. Pero sí sabía que me estaba quedando sin aire y que no aguantaría mucho más tiempo bajo el agua. Aquel ser, fruto de mi imaginación o no, quería ayudarme a salir del agua. Y probablemente era mi única esperanza.

Empecé impulsándome con las piernas, con los brazos, hasta que entendí que la propia agua me estaba empujando por la espalda, por las plantas de los pies, ayudándome a avanzar.

Y, entonces, presa más del cansancio que de la confianza, cerré los ojos.

Y me dejé llevar.

4

Despierta

Mi boca emergió del agua desesperada.

Respiré. Estaba viva.

¡Estaba viva!

Los primeros segundos, toda mi atención se volcó en tratar de flotar, en asegurarme de que conseguía recuperar el ritmo normal de mi respiración. Tardé unos cuantos más en mirar a mi alrededor y darme cuenta de que todo cuanto me rodeaba había cambiado por completo. Entonces, sí, sentí como el corazón se encogía en mi pecho.

No había nadie.

Nadie a mi alrededor, nada. Ni Ana ni Leire, ni siquiera Laura ¡ni ninguna otra compañera del campamento! Si habíamos llenado el río entero de kayaks. Era imposible. Para que realmente hubiera acabado allí, sin absolutamente nadie conocido, habría tenido que ser arrastrada por la corriente durante…, no sé, ¿horas? Pero no había sido así, ¿verdad? Me habría dado cuenta.

¿O tal vez no?

De pronto, volvieron a mí las sensaciones que había vivido, esa voz, esa enorme mano de agua que me había entregado el anillo… Estaba claro que había tenido alucinaciones. ¿Habría perdido la

conciencia de verdad? Porque eso sería muy muy malo. Si ni siquiera reconocía el paisaje y hasta los árboles parecían haber cambiado… ¿Dónde demonios había llegado?

Y lo que era más importante de todo: ¿cómo iban a encontrarme?

Empecé a notar el miedo atenazando mi cuerpo. Apreté los dientes mientras seguía intentando mover los brazos para flotar, pero los noté agarrotados, torpes.

«Ingrid, no, vale ya». Eso era justo lo contrario a lo que necesitaba en aquel momento. Ese miedo no iba a ayudarme en absoluto a salir de allí. Mi cuerpo seguía deslizándose río abajo y no tenía ni idea de dónde podía terminar. Mi vista no alcanzaba a ver el final del río ni si acababa en una cascada que me condenaba a una muerte segura. Nada, no veía nada. A duras penas conseguía mantener la cabeza fuera del agua. No podía quedarme ahí pasmada y dejarme llevar por la corriente. Tenía que salir del río. Y tenía que hacerlo ya.

Reuní todas mis fuerzas e intenté remar hacia la orilla, luchando contra la presión que tiraba de mí río abajo. No era fácil. Apenas podía ver nada de lo que sucedía ni si nadaba en la dirección correcta, y mis brazos pesaban y se quejaban por el esfuerzo. Justo en el momento en que sentí que las fuerzas iban a flaquearme por completo, descubrí la raíz de un árbol asomándose por la superficie del agua y alargué el brazo hasta llegar a ella. Sin pensármelo dos veces, la agarré entre los dedos. Crujió por un momento y pensé que se rompería, pero aguantó lo suficiente como para permitirme impulsarme y aferrarme a otra raíz con mi mano libre.

«Vale».

«Vale, Ingrid».

Aproveché el descanso para dejar caer el peso de mi cuerpo sobre una de las raíces y respirar hondo. El ruido del agua que me rodeaba era ensordecedor. Estaba agotada y todo mi cuerpo parecía pedirme a gritos descansar, quedarme allí, dejar de luchar contra la corriente, pero sabía perfectamente que esa no era una opción. «Ya casi estás allí —me dije—. Vamos. Solo un poco más». Ya casi podía tocar la orilla con la punta de los dedos.

Como pude, me estiré hasta encontrar un nuevo punto de apoyo y así, tirando de las raíces de un árbol semisumergido en el río, conseguí arrastrar mi cuerpo dolorido fuera del agua.

Me dejé caer sobre la tierra mojada y empecé a toser violentamente. Sentí como si mis pulmones hubieran aguantado la tensión y ahora estuvieran liberándose del todo. Tosí un buen rato más y me dejé hacer, sintiendo las sacudidas en el pecho con los ojos cerrados, dejando que se hicieran cada vez más suaves y pausadas. Menos dolorosas. Me pareció ver, en el espacio que dejaban mis pestañas, que efectivamente mi anillo estaba ahí, sujeto en mi dedo pulgar. Y me quedé dormida.

Me despertaron unas voces a lo lejos. Unos cuchicheos. De vez en cuando, unas risas alegres, encadenadas, de esas que contagian despreocupación. Por un momento, antes incluso de llegar a abrir los ojos, imaginé que estaba en el camping. Mis padres y yo habíamos encontrado uno este verano, no muy lejos de la caravana, e íbamos de vez en cuando. Esas risas me llevaron directamente a ese césped, se transformaron en las risas de los niños que jugaban alegres y me trajo al olor de los bocadillos de tortilla que mi padre dejaba preparados en la bolsa de rafia. Sonreí de manera inconsciente.

Al menos, hasta que comprendí que no era posible que estuviera allí. Que, si abría los ojos, no iba a encontrarme a mis padres echándose crema en la espalda ni a Chispa olisqueando entre nuestras cosas para encontrar los bocadillos. «El campamento —pensé al principio—. No puedo estar en el camping porque estoy en el campamento». Y la sonrisa murió en mi boca.

Todavía tardé unos segundos más en recordar que tampoco podía estar allí, que hacía tiempo que había dejado de estar en el campamento y que mi situación había empeorado considerablemente.

Mi corazón comenzó a bombear con fuerza mientras todo lo sucedido en las últimas horas se reproducía en mi cabeza: Ana tirando mi anillo al río, la mirada impotente de Laura y después todo lo demás, el río cuesta abajo, el agua cubriéndome por todas partes, esa sensación tan extraña, tan agonizante, al descubrir una mano gigante de agua que me devolvía el anillo y me ayudaba a salir a la superficie. Había sido una alucinación tan loca, tan intensa… Sería mejor que no se la contase a nadie. No ayudaría nada a mi ya maltrecha

popularidad.

Un momento, ¿eso que notaba en el dedo…?

Abrí los ojos.

Mi anillo estaba allí, brillante en mi dedo pulgar, más resplandeciente que nunca después del chapuzón. Lo hice girar hacia un lado y hacia el otro como hacía siempre. ¿Eso significaba que todo había sido real? ¿Que no había sido una alucinación? De verdad había conseguido recuperar mi anillo de las profundidades del río, algo que a todas luces era absolutamente imposible. Sentí ganas de vomitar.

Decidí volver a cerrar los ojos. Permanecí así unos segundos más, sin moverme, esperando en secreto estar soñando y poder despertarme en cualquier otra parte. Lejos de allí. Porque tenía que ser eso, ¿verdad? Seguía dentro de la alucinación. Tarde o temprano me despertaría y me reiría de mi exceso de imaginación. Tenía que pasar, me despertaría y punto. ¡Hasta me conformaría con despertarme en la litera del campamento! Aunque tuviera que volver a comer merluza a la romana y volver a ver la cara de Montse, o aunque tuviera que ir directa a las actividades de la noche. Incluso… ¡Incluso aunque me tocase en el mismo grupo que Ana!

Bueno, tal vez no.

—¡Se mueve! —A las risas se le había sumado un chillido agudo, mezcla de emoción y miedo, que sonaba peligrosamente cerca de mis orejas.

Eso sí me hizo abrir un ojo.

La luz cegó mi visión por un instante y me obligó a parpadear varias veces hasta que distinguí tres cabecitas mirándome con curiosidad. Me incorporé despacio, apoyando el peso de mi cuerpo sobre el codo, y mi movimiento provocó que corrieran en espantada, aunque muertos de la risa.

—¡Eh, esperad! —grité, pero eso solo provocó una nueva carcajada y que aumentasen su velocidad.

Para ellos era un juego. Me di cuenta de que se giraban para mirarme cada pocos pasos. Esperaban que los siguiera. Resoplé con fastidio y me puse de pie.

—¡No corráis! Necesito… ¡Necesito ayuda! —chillé en vano. Ellos seguían su rumbo, emocionados.

Lo que me faltaba. Al parecer, no tenía suficiente con todos los

acontecimientos del día… No, ahora también debía jugar al escondite para conseguir que alguien me ayudase a volver al campamento.

Mamá a veces solía decir cosas raras. Cosas que parecían muy sabias o muy antiguas. Cosas como «el tiempo pone a todo el mundo en su lugar» o «eso ha sido el karma». Yo no siempre entendía lo que quería decir, pero ella lo decía muy convencida. Le parecía que había una especie de fuerza exterior, superior a ella y a mí, que se encargaba de impartir justicia en el mundo para generar un equilibrio. «Si haces el mal, el mal volverá a ti», me decía. Algo así.

Así que yo, mientras escurría mi camiseta empapada con el logo del campamento más horrible de la historia y me preparaba para salir corriendo detrás de unos niños que querían tomarme el pelo, me preguntaba qué demonios había tenido que hacer para haber acabado así. ¿Sería algo de mi otra vida? ¿Mi anterior yo se había dedicado a robar gatitos? No se me ocurría una explicación mejor para ser tan pringada.

Los niños corrían rápido, eso era verdad. Pero no tendrían mucho más de seis años y sus piernas cortas, aunque se movían con una agilidad impresionante, perdieron enseguida la ventaja que habían conseguido. Un par de zancadas me bastaron para alcanzar al más pequeño. Lo agarré del brazo para que se detuviera.

—Oye —dije, tratando de recuperar el aliento—. ¿Dónde están vuestros padres? Necesito…

Pero la frase murió en mi paladar antes de que pudiera terminar de pronunciarla cuando observé el cuerpo del niño. Vestía una túnica blanca, holgada, envejecida y amarillenta, sujeta por un cinturón de cuero. En los pies llevaba unas babuchas que parecían sacadas de hace un par de siglos. Un disfraz, ¿no? Parecía un disfraz. Un disfraz sorprendentemente conseguido, eso sí.

—¿Dónde están tus padres?

El niño no respondió con palabras. En su lugar, señaló con la cabeza el pueblo que empezaba a adivinarse a lo lejos.

Vale, bien, un pueblo. Eso era una buena noticia. Un pueblo significaba que habría gente que podría ayudarme. Seguro que alguien podía prestarme un teléfono móvil o llevarme de vuelta al campamento en coche. El niño comenzó a tirar de mi mano de nuevo, esta vez en dirección al comienzo de sus casitas.

Y yo me dejé llevar.

Según nos acercamos, me di cuenta de que no estábamos ante un pueblo cualquiera. El pueblo estaba protegido por una muralla alta que parecía reflejar los rayos del sol y, en medio de ella, había un imponente portón que estaba abierto pero custodiado por un par de guardias. Había un gran ajetreo de gente pasado ese portón, gente parloteando y dificultándonos el paso, haciéndose camino hacia lo que parecía un mercadillo ambulante. Había decenas de tenderetes por las calles, puestos de madera con toldos de colores llamativos desde los que los comerciantes exhibían sus mercancías a voz en grito.

El chico seguía tirando de mí, esquivando a la gente y hasta a alguna gallina que correteaba por el camino, y no se detuvo hasta llevarme a una plaza más grande. Cuando por fin pude mirar el escenario que se desplegaba ante mí, me detuve en seco. La plaza era bastante grande, pero estaba llena de gente. Las casas que la cercaban eran muy bajitas y tenían dos alturas: la de abajo en realidad era una especie de pórtico lleno de columnas y, encima, se situaban lo que parecían las viviendas, con balcones desde los que se asomaban los habitantes curiosos.

En medio de la plaza, un grupo de músicos tocaba una canción animada con tambores, flautas… Pero había algo en su ropa que era extraño. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no solo eran los músicos. Había algunas personas en vaqueros como yo, pero a mi izquierda vi un grupo de mujeres que llevaban vestidos largos, la falda ribeteada con motivos bordados, el pelo recogido con una cinta de colores. Fruncí el ceño. ¿Eran carnavales en pleno mes de agosto?

No muy lejos de nosotros, un anciano vestido con una túnica verde hacía una demostración junto a un carromato de madera.

—¡Raíces de angélica! ¡Semillas de alcaravea del sur!

—¿Alcaravea? ¡Ja! ¡Imposible! —bramó un señor regordete detrás de mí. Miré en su dirección—. No se pueden encontrar en ningún lado.

El comerciante rio.

—No es imposible si tienes los contactos adecuados.

—¡Tonterías! No le escuchéis. —Puso los brazos en jarras—. No he visto ninguna desde el comienzo de la Gran Guerra. Han de ser falsos.

—¡Su excelencia me ofende! ¡Jamás vendo productos falsos! —Sacó el saquito y se echó un poco en la mano, se la tendió para que pudiera llegar a ellas—. ¡Compruébalo tú mismo!

El señor las olió y pareció dudar. La gente empezó a agolparse a nuestro lado, pendiente de su reacción, pero el hombre no dijo nada; se limitó a olisquear las semillas y arrugar las cejas.

El comerciante se envalentonó:

—¿Lo veis? ¡Auténticas y verdaderas semillas de alcaravea para hacer las delicias de todos los alquimistas de la comarca! ¡Pociones como antes de la guerra!

La algarabía se incrementó. La gente enloqueció y se arremolinó alrededor del carromato.

—¿Qué más tienes? —preguntó el señor—. ¿Sigue sin haber perlas de hisopo?

Desde uno de los balcones, se asomó una mujer joven con un niño arropado en sus brazos. Las casas eran tan bajas que el balcón estaba prácticamente a pie de calle y sus gritos sonaron como si estuvieran justo a nuestro lado:

—¡Eso, muy bien, alimentad a los contrabandistas! —exclamó, airada. Miró al comerciante con tal desprecio que por un momento me dio la sensación de que le fuera a escupir desde ahí arriba—. ¿Estamos en guerra y os dejáis el oro en comprar hierbas? ¡Eso no dará de comer a nuestros hijos! ¡Tenemos hambre!

Ahora fue el señor regordete quien alzó los brazos para expresar abiertamente su indignación.

—¡¿Y cómo habremos de atenderos los alquimistas si no tenemos suministro para elaborar las pociones?! ¿Qué esperáis que hagamos cuando enferméis, eh? ¡Bah! —El señor se giró dándole la espalda, decidiendo que aquella conversación no merecía la pena.

—¡Estafadores! —repitió la mujer—. ¡Os aprovecháis de los horrores de la guerra! ¡Os lucráis con ello, debería daros vergüenza!

Había una evidente tensión en el ambiente. Parecía que en cualquier momento alguien fuera a recibir un puñetazo. Todo ello me habría alertado, pero estaba demasiado mareada como para procesarlo bien. Llevaba un rato quieta, asistiendo a ese espectáculo sin decir ni

pensar nada. Parecía estar viendo una película.

¿Pociones? ¿Alquimistas? ¿Guerra?

¿Era una especie de teatro ambulante?

De pronto me di cuenta: el niño seguía a mi lado. Me giré hacia él.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—En el mercado —dijo, jovial, como si fuese lo más natural del mundo. Señaló al comerciante—. Ese es mi papá.

—Ah —respondí, confusa. Para el niño, toda esa situación parecía cotidiana. La gente, el espectáculo, la discusión con la señora del balcón—. ¿Sois una compañía de teatro?

Entonces sí me miró como si acabase de decir una tontería.

—Claro que no. Mi padre es comerciante. Hemos traído las mejores pociones de todo el continente, ¡directos desde Meridiem! —Hinchó mucho el pecho—. Algún día yo seré comerciante como él.

Se me escapó una risa nerviosa. Estaba claro que el niño se estaba quedando conmigo.

—Pociones —repetí, a ver si así también se reía. Pero el chico me miraba muy serio, muy convencido, como si me estuviese contando que su padre vendía mandarinas—. ¿Pociones como de hacer hechizos o qué?

Agitó la cabeza, espantado, ofendido ante mi comentario.

—¿Cómo va a…? Qué tontería. ¡Los hechizos los hacen los hechiceros! Los alquimistas hacemos pociones. Y las opciones pueden ser curativas, ofensivas, magnánimas, repelentes, defensivas… ¿Cómo puede ser que no lo sepas? —De pronto se quedó callado, me miró de arriba abajo y abrió mucho los ojos—. ¡Hala! ¡Es tu primera vez!

—¿Cómo?

—Acabas de cruzar el portal por primera vez, ¿verdad? —La idea parecía emocionarle muchísimo. No pudo contener un saltito—. Qué guay, nunca había conocido a ninguna. Últimamente ya casi nadie viene de Oscúritas.

—Oscúritas —repetí.

—Sí, tu mundo. —Agitó las manos en el aire—. El de abajo. El que no tiene magia.

Sentí que el estómago me daba un vuelco. Lo miré un segundo más esperando que ahora sí, por favor, rompiese a reír. Pero el niño me miraba muy seguro, segurísimo, y yo nunca había visto a un niño

vacilarme de esa manera sin que al menos se le escapase una sonrisa. Cuando menos, el chiquillo estaba convencido de lo que estaba diciendo.

Traté de calmarme.

Era evidente que había tragado demasiada agua. Podía ser eso, ¿verdad? Yo creía que me había despertado, pero por lo visto debía de seguir soñando, dormida en algún lado. Probablemente en cualquier momento me despertaría en una litera del campamento o, peor aún, en la cama de un hospital.

Una chica nos dio un empujón al pasar por nuestro lado. Iba a toda velocidad tratando de perseguir a alguien que, por lo que chillaba, le había robado.

—¡Espera ahí! ¡Ladrón! —gritaba, hasta que trastabilló y cayó al suelo.

Parecía que su ladrón se le escapaba hasta que alzó la mano con firmeza hacia el frente. La chica murmuró algo, apenas perceptible, como un susurro. Y entonces, como si nada, una bolsita de tela cruzó el aire a toda velocidad hasta llegar a su mano. Ella suspiró con alivio y la metió de nuevo dentro de su chaqueta.

Yo abrí mucho los ojos, aturdida.

Un momento, ¡un momento! ¿De verdad acababa de ver lo que creía que había visto? ¡Esa bolsa había volado! ¡Directamente a la mano de esa chica! ¡Y estaba todo el mundo como si nada!

El niño a mi lado me dio un golpe en el brazo.

—¿Ves? Esa es una hechicera —me explicó, tranquilamente.

Vale, estaba delirando. Definitivamente, eso era. Había tragado demasiada agua en el río y se me estaba yendo la olla. Primero la mano gigante en el agua, después la feria medieval y ahora objetos que volaban por los aires. El sueño se me había ido de madre.

—No —dije, no sé si para el niño o para mí. Lo repetí una vez más, para cerciorarme, y di un paso hacia atrás—. No estoy aquí. Esto no es real. Estoy soñando.

Porque tenía que ser eso. No había otra alternativa. Estaba soñando. Un sueño extraordinariamente real y lleno de detalles, eso sí, ¡si hasta estaba convencida de que podía sentir el olor de un puesto de dulces!, pero tenía que ser un sueño al fin y al cabo. ¿Y qué podía hacer? Pues lo único que se me ocurrió que haría en los sueños:

correr, correr muy deprisa, correr hasta que mi cuerpo se agotase y eso consiguiera despertarme. Y así lo hice. Dejé atrás al niño, que me miraba como si estuviera delante de una persona desquiciada (un poco de razón tenía), a los comerciantes, a los curiosos y a la supuesta hechicera y me fui de allí, corriendo entre los tenderetes y las calles empedradas de aquel lugar tan extraño. «Despierta, Ingrid, despierta, despierta, despierta». No funcionaba, ¿por qué? ¿por qué no funcionaba?

De pronto, me di de bruces con un chico. Iba corriendo tan deprisa que ni siquiera lo había visto cruzar la esquina e impactamos el uno contra el otro hasta casi hacernos caer al suelo.

—¡Mira por dónde vas! —dijo.

—Perdona —murmuré.

Intenté esquivarlo deprisa y seguir corriendo, pero por un instante nos miramos. Era un chico moreno que tendría tal vez un par de años más que yo y que me sacaba algunos centímetros. Me miró las pintas: mi ropa empapada, mi pelo. Cuando llegó a la altura de mis ojos, su mirada oscura cambió al instante y se le alzaron dramáticamente las cejas.

Genial.

Mis ojos, otra vez. ¿También en mis sueños la gente tenía que fijarse en ellos de esa manera tan irritante, como si acabasen de avistar un ovni? Eran uno de cada color, sí, ¿de verdad era para tanto? Yo estaba en un pueblo donde la gente estaba chiflada y hablaba de hechicería, ¡cualquiera diría que mis ojos podrían no ser para tanto!

Ni siquiera quise enfrentarme a él por ello, así que lo bordeé por la derecha y proseguí mi carrera. No tenía tiempo para esas tonterías. Quería irme de allí. ¿Adónde? Ni idea, pero tenía que salir de allí, correr, volver a casa, fuera como fuese, despertarme, ¿cómo podía una despertarse? Pellizcándose, decían, ¿no? Pero no funcionaba. Maldita sea, por qué no funcionaba. Esta vez me asaltó un comerciante que se interpuso en mi camino.

—¡Telas, telas para túnicas! ¡Chica, echa un vistazo, tengo de todo! —Abrió su brazo y enseñó varias telas y artículos—. Túnicas de alquimista, guantes de hechicero, cintos de cambiaformas, ah, pero mira, ¡toca! ¡Son del mejor cuero de la comarca!

—¿Qué? —balbuceé. El señor, en su afán, me había agarrado del

brazo—. ¡Suéltame!

—Ah, adivina entonces, ya veo. Público difícil. —Hizo un mohín con los labios—. Me temo que una dama acaba de llevarse la última cofia, pero tal vez le in…

—¡Déjame! —lo interrumpí—. ¡Estáis todos locos! ¡Quiero despertarme! No quiero estar aquí. No estoy aquí.

Me libré de él, que a su vez parecía bastante confuso. Por un momento, creí que iba a responderme, pero la voz de una mujer a nuestro lado interrumpió sus intenciones.

—¡Aquí vienen! —alertó a la gente—. ¡Caballeros a la vista!

Aquello fue una voz de alarma que desató el caos en segundos. Algunos comerciantes empezaron a recoger sus bártulos a toda prisa, escondiéndolos en mantas y sustituyendo a toda velocidad los productos de sus tenderetes. Yo no comprendía nada, ni quiénes se suponía que eran esos caballeros ni por qué tanto revuelo, pero estaba decidida a aprovecharlo para escabullirme entre la multitud. No tenía ni idea de adónde iba, pero, por lo pronto, tenía una necesidad imperiosa de salir de allí, de donde estaba todo el mundo. Necesitaba pensar. Necesitaba respirar. Y no podía hacerlo si toda esa gente no paraba de decir tonterías y de interpretar esa especie de obra de teatro comunitaria.

—¡Eh!

Maldita sea.

Ese chico otra vez. El chico de los ojos negros que hacía un rato me había mirado de una forma tan extraña. Me había encontrado y, por algún motivo, venía muy decidido hacía mí.

No le di tiempo a que dijese o hiciera nada más y retomé la carrera hacia el primer callejón que me pareció vacío. Me equivoqué. No lo estaba. Tuve que sortear a varias personas que iban sorprendiéndose y armando un gran bullicio a mi paso. Me iba a resultar difícil pasar desapercibida así, con esa estúpida camiseta del campamento tan chillona y el pelo mojado. Por un instante, me arrepentí de no haber cogido esa tela del comerciante para seguirles un poco la corriente hasta poder marcharme de allí, porque el chico no daba tregua, me iba siguiendo cada vez más cerca. Podía notarlo repitiendo mis pasos, salvando los mismos obstáculos y gritándome a lo lejos.

—¡Espera! ¡Eh! ¡Chica! Espérame. ¡No corras!

La gente gritaba. Corría. Recogía mercancías y se daban instrucciones los unos a los otros. Las multitudes se arremolinaban bajando por las calles, cargando con sus pertenencias y aupando a los niños más pequeños que lloraban ante tanto ajetreo. Se escuchaban caballos, cada vez más cerca.

—¡Caballeros del Culto! —escuché gritar a lo lejos.

—Sígueme. —La voz detrás de mí me sobresaltó, y aún más cuando descubrí que pertenecía al chico que estaba persiguiendo.

Pero ¿qué demonios le pasaba conmigo?

Mi primera reacción fue huir de él, pero la idea se esfumó cuando comencé a notar el temblor del suelo bajo mis pies. Eran los caballos que se acercaban a lo lejos. Lo miré entonces a los ojos, buscando una respuesta en ellos. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba? ¿Por qué todo el mundo se comportaba de una forma tan rara? ¿Y quién demonios eran esos caballeros a los que todo el mundo tenía tanto miedo? Él debía de saberlo. Tenía que decírmelo. Tenía que decirme que todo era un sueño y que en cualquier momento me iba a despertar.

—Estás mojada —observó.

—¿Qué? —Eso sí que no me lo esperaba. Lo miré, entre confusa y ofendida. Por un momento, pensé que me estaría vacilando, pero su mirada era seria y firme, como si mi pelo empapado fuese un asunto muy serio que hubiera que tratar de manera urgente—. Bueno, sí, y qué.

—¿Ha sido así? Dímelo.

—¿Qué? ¿El qué ha sido así?

Agitó la cabeza.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Ha sido así? —enfatizó la palabra «así», bajando un poco el tono de su voz, como si temiese que nos escuchasen.

—¿Cómo que…? Si no sé ni dónde estoy. Yo estaba en el campamento y de repente…

Algo de lo que dije pareció alertarlo.

—Espera. ¿Es tu primera vez? —dijo. Ante mi expresión, que debía de ser el colmo de la confusión, el chico cerró un instante los ojos y reformuló su pregunta—. ¿Nunca habías estado aquí antes?

Negué con la cabeza. De eso sí estaba segura.

—Vale —respiró hondo y repitió—: Vale. ¿Y has venido aquí sola? Sin mentor, has venido por ti misma, ¿no?

—¿Mentor? ¿De qué me estás hablando? —resoplé, desesperada —. Dime que no vas a volver a decirme esas tonterías que me ha dicho un niño. Lo del portal, las pociones, Oscúritas… Te juro que como escuche una tontería más…

El chico llevó su mano a mi boca. Los caballos sonaban peligrosamente cerca.

—Aquí no —susurró—. Estás llamando demasiado la atención. Si el culto te encuentra, te apresarán.

Entreabrí los labios, demasiado confundida como para saber qué responder. En cualquier caso, no tuve tiempo. El chico tiró de mi brazo y echó a correr. Lo seguí sin saber cómo reaccionar ni qué decir. Las preguntas se agolpaban en mi boca, pero ninguna parecía querer salir a flote. ¿Que me iban a apresar? ¡Que me iban a apresar! ¡A mí! ¡Si yo no había hecho absolutamente nada! La pesadilla estaba llegando demasiado lejos. A un nivel de detalle que no habría podido ni imaginarme, digna de un Oscar.

El chico corría muy deprisa, tanto que me faltaba el aire, sorteando las multitudes que se arremolinaban a recibir a esos caballeros tan temibles. Aprovechó el barullo para torcer hacia la izquierda en una callecita estrecha que parecía llegar a las lindes de la ciudad. Corrió conmigo detrás. Entonces lo vi. Delante de mí. Una visión innegable. Un olor absolutamente delator: estábamos llegando al mar.

Me paré en seco.

—Hay mar —balbuceé, aturullada—. ¿Cómo va a haber mar? Si yo estaba… Yo estaba en Madrid hace una hora. Esto es imposible. ¿Dónde estamos?

El chico se giró hacia mí. Echó un primer vistazo a la ciudad que dejábamos atrás y después me miró a mí.

—Eh —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Ingrid.

—Vale, Ingrid. No tenemos mucho tiempo y vas a tener que confiar en mí. ¿Vas a confiar en mí?

¿Estaba de broma?

—¡Si no te conozco de nada!

—Chica lista. Te irá bien por aquí —dijo. Me pareció que sonreía un poco, pero su mirada se ensombreció de nuevo en el momento en el que un rugido entre el gentío se escuchó a nuestras espaldas—. Lamentablemente, esta vez no te queda otro remedio.

Me hablaba con una firmeza que no conseguía comprender. ¿Por qué había decidido ayudarme? ¿Y por qué se suponía que yo, entre todas las personas, corría peligro? Sus ojos se cruzaron con los míos y abrí la boca, buscando algo que decir, pero no me salía nada coherente, nada que no fueran un millón de preguntas desordenadas. Solo conseguí emitir un pequeño sonido, parecido a un gruñido desesperado, absolutamente patético. En cualquier otra ocasión, habría metido la cabeza en una cueva y me habría escondido allí para siempre.

Respiró hondo.

—De verdad no tienes ni idea de lo que está ocurriendo, ¿eh? —dijo, aunque me pareció que hablaba más para sí mismo que para mí.

«No es real, Ingrid. No es real, nada de esto es real».

—Solo quiero irme de aquí —dije.

Pareció entenderme. Asintió y me tendió la mano.

La acepté, en fin. Francamente, no tenía ni idea de dónde me estaba llevando y su estrategia carecía por completo de sentido para mí, pero tampoco creía tener muchas más opciones. Él tiró de mí y avanzamos un rato más en dirección al mar, subiendo una colina llena de piedras y desniveles que hacían que fuera muy difícil mantener el ritmo.

Cada vez estábamos más altos. Me sujeté las costillas, tratando de recuperar el aliento.

—Date prisa. Tienes que irte ya —dijo sin girarse hacia mí—. El culto no tardará en encontrarte.

—¿El culto?

No me respondió, pero tampoco habría podido escucharle si lo hubiera hecho. Habíamos llegado a lo más alto del monte y el viento salado azotó mi cara y me revolvió el pelo. A nuestros pies, solo había un acantilado, un mar embravecido que mordía la superficie de las rocas. En serio, ¿a qué venía lo de acercarnos tanto al mar? Las rodillas empezaron a temblarme sin control.

El chico se acercó peligrosamente al borde.

—¡¿Qué haces?! —grité, espantada.

Pero no me respondió.

Tiró de mi brazo con ambas manos y me hizo subir al peñasco en el que estaba él. Mi instinto era apartarme de un manotazo, soltarme de él, pero mi cuerpo estaba paralizado por el miedo. Si miraba abajo, hacia esa inmensidad de agua, a la verticalidad de la caída, me veía incapaz de moverme un solo milímetro. Así que no hice nada. Nos sostuvimos frente a frente, los cuatro pies juntos en una piedra ridícula que amenazaba con caerse en cualquier momento. Lo miré desafiante, luchando contra mi impulso de cerrar los ojos.

—¿Por qué me has traído aquí? —dije—. ¿Estás completamente loco?

—Tienes que saltar —me lo dijo muy despacio, con toda la calma del mundo, como si no fuera la idea más estúpida, peligrosa y ridícula que me hubieran dicho en años.

No tenía ni idea de esto, pero viendo los metros que nos separaban del agua, estaba segura de que no había ninguna posibilidad, ni la más remota, de que saliera de allí con vida. Y, aunque sobreviviera al salto (que era imposible), ¿cómo narices pensaba que iba a conseguir nadar? ¡¿Es que no estaba viendo cómo estaba el mar?!

—Estás mal de la cabeza si piensas que… —empecé a decir, pero no me dejó terminar.

—Escucha. —Me miró muy serio—. ¿Qué es lo último que recuerdas antes de llegar aquí? ¿Es posible que estuvieses nadando en alguna parte? ¿O que cayeses a un lago, al mar, a un río…?

Tragué saliva. Asentí despacio, recordando el kayak y mi salto en el río.

—Entonces tienes que confiar en mí —dijo, muy seguro de sus palabras—. Todo irá bien, te lo prometo. Cuando caigas, piensa en Zaida, ¿de acuerdo? Zaida. Ella sabrá qué hacer.

—¿Zaida?

¿Quién demonios era Zaida?, quise preguntar. ¿Y por qué tenía que pensar en ella? Creí que iba a vomitar. ¿De verdad esperaba convencerme de que era una buena idea arriesgarme a lo que a todas luces parecía una muerte segura? No sabía si él lo conseguiría, no

tenía mucha pinta, pero ¿yo? Ja. Yo no. De eso estaba segura. No con mi miedo al agua. Era imposible que yo saliese nadando de allí. Sencillamente inconcebible. Mi corazón se pararía mucho antes de entrar en contacto con el agua.

Acercó su mano a la mía y yo la rechacé como si su piel estuviera en llamas.

—No puedo, no puedo, no lo voy a hacer —dije muy seguido, sin respirar. Todo mi cuerpo temblaba como una hoja—. No voy a saltar.

Él miró a nuestro alrededor. A mi izquierda y a mi derecha y, después, a la ciudad que dejábamos atrás. Por un momento, tuve esperanzas de que hubiera encontrado una alternativa, porque apartó ligeramente los pies de la línea que lo separaba del abismo y se colocó a mi lado. Pero entonces me miró a los ojos.

—Tienes que hacerlo —dijo.

Y me empujó.

5

Zaida

Todavía tenía su nombre quemándome en los labios cuando abrí los ojos. Zaida.

¿Zaida?

Debajo de mí, sentí un colchón mullido, una almohada blanda bajo mi cabeza. Estiré los brazos y las piernas, abrazada por el calor de las mantas. ¡Sí! Quise gritar. Nunca había pensado que me alegraría tantísimo de estar en una cama. ¡Al fin había despertado! ¿Qué importaba ahora el nombre de Zaida? Ya había acabado todo. Por fin, la pesadilla más absurda y larga de mi vida pasaba a ser una anécdota. Seguro que Laura se reiría durante horas cuando se lo contase. Casi pude oír su voz en mi cabeza: «Este campamento nos está volviendo locas, Ingrid, te dije que pasaría. Dos días más aquí y empezaré a soñar que escapo volando a lomos de un dragón». Me quedé así unos segundos, mirando al techo, sonriendo para mí mientras me la imaginaba con esa expresión tan suya, pero la sonrisa se me congeló de golpe cuando me di cuenta de que mis ojos estaban efectivamente mirando al techo y que allí no había ninguna litera superior.

Oh, no.

Un mal presentimiento se apoderó de mí. Si allí no había litera superior, ¿eso significaba que no estaba en el campamento? Miré hacia abajo, en un intento desesperado de ver si por algún motivo extraño me habían cambiado a la cama de arriba, pero solo descubrí un suelo de madera que frustró toda mi esperanza.

No estaba en el campamento.

A mi alrededor no había más camas y, de hecho, esa salita no me sonaba de absolutamente nada. La examiné a conciencia: a mi lado tenía una mesita de noche con una vela a medio gastar (¿En serio? ¿Quién demonios usaba velas en pleno siglo XXI?), un frasco de cristal con una sustancia azul y un jarrón con un par de flores frescas. Entrecerré los ojos, ¿un hospital? No, aquello no era un hospital. Habría máquinas, pantallas de esas que muestran los signos vitales, una tele en la pared. Allí no había nada de eso: tan solo una cómoda de madera con tiradores dorados con forma de hojas, un sillón de brazos con una pila de sábanas plegadas y una ventana tapada por una cortina tupida de color granate.

No. No, no, no, no, no. «Calma, Ingrid, calma». Aquello tenía que ser un ala distinta del edificio del campamento, ¿no? Un ala en la que no había estado nunca y que era infinitamente más bonita que las habitaciones blancas en las que nos hacían dormir a nosotras, pero seguía siendo una posibilidad. Tal vez me encontraba en la zona donde dormían los monitores. ¿A lo mejor la caída al río sí había sido real? Me costaba discernir cuándo había comenzado de verdad la pesadilla, pero esa posibilidad tenía una lógica aplastante: me había tirado al agua, había tenido problemas para salir, me habían rescatado y me habían dejado en esta habitación para recuperarme del accidente. Tenía que ser eso, ¿verdad? Claro que sí. En cualquier caso, solo había una forma de comprobarlo. Miré a la ventana de la pared. Si me estiraba lo suficiente, tal vez podía llegar a correr la cortina.

Me incorporé en la cama despacio y descubrí que era un movimiento más difícil de lo que había previsto. Tenía las piernas entumecidas, aletargadas como si no las hubiera usado durante años. Las rodillas me fallaron cuando traté de apoyarme sobre ellas en el colchón. Sin embargo, no me rendí. Apoyé la mano izquierda en la pared para ganar estabilidad y estiré el brazo izquierdo todo lo que pude hacia la cortina. Por aparatosa que pareciera mi maniobra,

seguía resultándome más realista que tratar de ponerme de pie. Ya casi lo tenía, estaba a menos de un centímetro de rozar la tela con la yema de los dedos, cuando una voz se coló en mi habitación.

—¡Estás despierta!

Caí de bruces al suelo, toda yo, primero con las palmas de las manos y después con el resto del cuerpo.

—¡Oh, no! —El dueño de la voz dejó una bandejita sobre la silla y corrió deprisa en mi auxilio—. Perdóname, no quería asustarte. ¿Te has hecho daño?

Me tendió la mano y la cogí con más fuerza que dignidad. Ante mí se alzaba un chico bajito y regordete que me miraba detrás de unas gafas ovaladas.

—Estoy bien —dije como pude. Lo cierto era que, en mi caída al suelo, me había dado un buen golpe contra la mesilla.

El chico me examinó con una expresión escéptica y me recolocó de nuevo sobre la cama con una sorprendente gracilidad. Me puso varios cojines tras la espalda, metió el sobrante de las sábanas bajo el colchón y se apresuró a recuperar la bandeja que traía para mí.

—Esperaba que despertases hoy —dijo—. Por eso te he preparado varias cosas, no sabía qué te apetecería.

En la bandeja había un plato lleno de dulces y pastas de té, un vaso de leche, una tetera con una infusión… Ahí había comida como para alimentar a veinte Ingrids.

—Eh… —comencé a balbucear, pero no me dejó siquiera empezar mi frase.

—Fue alucinante —dijo él de forma abrupta, como si llevase un rato esperando poder decirlo.

Yo parpadeé despacio, confusa. Al chico se le sonrojaron las mejillas y se recolocó las gafas en lo alto de la nariz.

—¿Alucinante el qué? —pregunté.

—Apareciste directamente en el agua, de la nada, ¡bam! —acompañó el relato con un movimiento exagerado de sus brazos.

¿Que yo había hecho qué? Sentí la boca seca.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté.

Él miró un segundo hacia la puerta, como si quisiera comprobar que no nos escuchaba nadie, y finalmente se sentó en el borde de la cama.

—Llegaste aquí viajando a través del agua —susurró—. Increíble. Te encontramos en el abrevadero de la plaza, pero estabas inconsciente. Lo cual es perfectamente normal, ¿eh? Tú no te preocupes, con un viaje tan intenso era lo esperable, por lo visto. Nos avisaron de que venías, claro. ¡Te encontraron en Borealia, la comarca del norte! Y fuiste capaz de llegar aquí tú sola. Para ser la primera vez que viajas, ¡guau! Diego nos lo contó todo, que te ayudó a saltar desde el acantilado y, efectivamente, ¡aquí estás! Es… Es alucinante, de verdad, he escuchado hablar tanto de ti que… —Carraspeó, un poco avergonzado después de su verborrea—. En fin, que estoy muy emocionado de conocerte.

—Frena un poco —dije. La cabeza me daba vueltas y no era una forma de hablar. Notaba las vueltas de verdad, exactamente igual que si me encontrase dentro de un barco en medio de una tormenta—. Viaje por el agua, comarca del norte, Diego… ¡No tengo ni idea de lo que me estás hablando!

—Diego es quien te encontró y te ayudó a saltar. En Borealia. ¿En el pueblecito del norte? ¿Cuando estaban a punto de llegar los Caballeros del Culto? Eso tienes que recordarlo, ¿no? Por lo visto, estuvieron a punto de pillaros.

Arrugué la frente, tensándome involuntariamente en la cama.

—¿Eso fue real? —exclamé.

Él asintió con vehemencia.

—No quiero ni imaginar lo que habrían hecho si hubieran sabido que eras… En fin, tú. ¡Por suerte todo quedó en un susto! Y hemos cuidado bien de ti —añadió, henchido de orgullo—. Me he encargado personalmente de prepararte esos remedios. Llevas durmiendo tres días.

Esa información cayó sobre mí como una losa, más incluso que todas y cada una de las locuras que había dicho previamente y que no era capaz de comprender.

—¡¿Tres días?! —chillé, presa de la angustia—. Mis padres estarán locos a estas alturas. Yo estaba en el campamento, ¿entiendes? Si llevo desaparecida tres días, los monitores les habrán llamado ya. Tienen que estar buscándome por todas partes… ¡Estarán desesperados!

Ah, no. Eso sí que no. La imagen de mis padres preocupados por mí era más de lo que podía soportar. De un manotazo, me liberé de las

mantas y saqué las piernas, decidida a ponerme de pie y largarme de allí, pero el chico se apresuró a detenerme.

—Oh, no te preocupes excesivamente por eso —dijo, sorprendentemente calmado—. El tiempo pasa a una velocidad distinta aquí.

—¿Cómo que aquí?

Sentía el corazón a toda velocidad, latiendo contra mis costillas como si también quisiera escaparse de la habitación y volver corriendo a casa. El chico miró a su alrededor, debatiéndose por unos instantes entre si debía o no debía responder a mi pregunta. Pareció ganar el sí, porque se acercó a mí y bajó la voz:

—¿Nunca has sentido que había algo diferente en ti? —me susurró —. ¿Nunca has sentido que podías percibir más cosas que los demás? ¿Una conexión especial con la naturaleza, como si te hablase de verdad?

Aquello paralizó mi instinto de escapar. Al menos, por un instante. Lo miré, todavía recelosa, sin atreverme a asentir o darle la razón, pero supongo que algo en mi expresión le hizo saber que no se equivocaba. Sonrió.

—Yo tenía cinco años cuando atravesé el portal por primera vez —dijo—. Suele ser así para la mayoría de las personas, lo habitual es que el don se manifieste muy pronto. Mi mentor me encontró enseguida y me trajo aquí.

Negué con la cabeza muy deprisa. El pánico volvió a apoderarse de mí y me erguí en mi asiento.

—¿Tú también? ¿Otra vez el cuento de lo de los portales? Igual que el chico del mercado —dije.

No me creía ni una palabra y estaba decidida a demostrárselo. Esta vez no pudo evitar que me incorporase lo suficiente como para correr la cortina. Para mi decepción, no encontré el paisaje del campamento al otro lado del cristal. En su lugar, descubrí una calle tranquila, un paseo en pendiente lleno de casitas blancas… y, entonces, para acabar con todo resquicio de normalidad, un hombre vestido con una capa elegante que cepillaba a su caballo. Tragué saliva. Seguía sin estar en Madrid.

—Vale. ¿Dónde estamos?

—Técnicamente, podríamos decir que estamos en Granada.

Concretamente, en el pueblo de Soportújar —respondió a mis espaldas —. De hecho, no sé si has estado alguna vez en Soportújar, pero, si paseas por la ciudad, te parecerá reconocer sus edificios, sus callecitas… y pensarás que, efectivamente, es tu Soportújar. Y de alguna forma es verdad, pero a la vez no es verdad. Al menos, no es el Soportújar que tú conoces.

Contuve la respiración.

—Nunca he estado en Soportújar —dije, simplemente.

A través de la ventana, me pareció ver que una niña pequeña, agarrada del brazo de su madre, alzaba su mano libre al aire y atraía hacia sí un dulce que había en un puesto a más de un metro de ella. Su madre la reprendió y lo devolvió utilizando el mismo método que ella: un movimiento grácil de sus dedos y el pastelito voló de vuelta al lugar al que pertenecía. El comerciante se rio y pareció que aceptaba las disculpas de la avergonzada madre. Sin asustarse. Sin reaccionar ante algo tan claramente sobrenatural como lo que acababan de ver mis ojos. No me atreví a girarme y enfrentarme al chico. Mi cuerpo entero estaba paralizado, se negaba a conceder credibilidad a lo que se mostraba delante de mis narices, pero cada vez tenía menos fuerzas para hacerlo.

Sin embargo, él continuó:

—Has viajado a Alboria —dijo—. Un mundo que puede parecerte parecido, pero que es absolutamente distinto al tuyo. Un mundo donde vive la gente como tú y como yo.

No lo dejé continuar. Toda la tensión que había ido acumulándose poco a poco en mi cuerpo pareció estallar de golpe ante esa última frase, expandiendo oleadas de ira por todo mi cuerpo.

—¡¿Como yo?! —exclamé. Respiré hondo, tratando de ordenar mis sentimientos—. Mira, no sé quién eres.

—Me llamo Tomás, soy el alquimista que ha estado cuidándote y… —comenzó en un hilo de voz, pero no le permití seguir.

—No sé quién eres y me da igual. No te conozco de nada —le corté—. Pero de algo estoy segura: tú a mí tampoco me conoces. Así que no me digas que aquí vive gente como yo porque no tienes ni idea de quién soy, ¿vale? Yo estaba en un campamento. Me tiré al agua en una excursión y desde entonces no he parado de tener pesadillas absolutamente surrealistas. Y ahora me he despertado en un sitio

totalmente desconocido para mí y me dices que, al parecer, llevo tres días así cuando mis padres deben de estar buscándome como locos. No te atrevas a hablarme de portales y de mundos paralelos porque te prometo que a la próxima voy a llamar a la policía —dije, muy firme, orgullosísima de estar sacando tanta vehemencia de vete a saber dónde. Pero estaba decidida: a mí no me iban a pillar. Yo ahí no pintaba nada y, si creían de verdad que podían seguir diciéndome tonterías y haciendo truquitos de magia y que yo acabaría por tragármelos, estaban muy equivocados. Me puse de pie de un salto, harta del espectáculo, y di un par de pasos hacia la puerta—. Ahora vas a decirme dónde estoy de verdad y cómo puedo volver a casa, porque si no…

—¡No deberías levantarte!

—¡Deja de decirme lo que tengo que…! —comencé.

Ese par de pasos fueron los únicos que supe dar, porque de repente sentí como se me nublaba la vista y la habitación se desvanecía a mi alrededor. Las piernas me flaquearon ya estaba segura de que acabaría por estrellarme contra el suelo cuando de repente sentí que algo me sostenía en el aire, a escasos centímetros de la madera.

No recuperé la visión de golpe. La habitación volvió a mí de manera paulatina, a la vez que se acompasaba el ritmo de mi respiración. Poco a poco se dibujó delante de mí la figura de una mujer con un vestido verde que tenía su mano alzada hacia mí. Los detalles se fueron añadiendo a la escena conforme parpadeaba. El vestido llevaba detalles de flores y hojas bordadas en hilo de oro. Era una mujer alta, muy alta, de cuello largo y tenía un rostro de esos que dan un poquito de miedo sin saber exactamente por qué. Hacia la izquierda llevaba una trenza larga y gruesa de pelo absolutamente blanco.

—¿Zaida? —dije, sin saber muy bien por qué.

Ella no me contestó. Miró al chico.

—Tomás, prepara la infusión para Ingrid, por favor —le dijo. No parecía especialmente contenta con él—. Está recibiendo más estímulos de los que debería para acabar de despertarse.

El muchacho asintió algo avergonzado y se acercó de nuevo a su bandejita. Solo entonces me di cuenta de que aquello que me sostenía

a escasos centímetros del suelo era… ¡nada! ¡Absolutamente nada! Estaba flotando en el aire. Empecé a chillar y a agitar los brazos, aterrorizada, y de nuevo esa mujer hizo algo con la mano que movió mi cuerpo hasta dejarme de pie en el suelo.

—¡¿Qué has…?! —Me miré el cuerpo y después la miré a ella, con los ojos como platos—. ¿Cómo has hecho eso?

Tomás me ayudó a volver a la cama y me dejé llevar, aturdida, sin perder de vista a la mujer que me había paralizado en el aire, exigiéndole una respuesta. Ella suspiró, apartó la pila de sábanas que había sobre la silla y se sentó sobre ella, cruzando una pierna encima de la otra.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas, Ingrid, pero vas a tener que relajarte.

—¡¿Relajarme?!

¿Esta mujer se estaba escuchando? ¡Que me había dejado suspendida en el aire! ¡En el aire! ¡Y sin apenas tocarme, como Darth Vader! ¿De verdad esperaba que me relajase?

—De lo contrario, perderás el conocimiento —dijo, tranquilamente. Le hizo una señal a Tomás, que comenzó a servir el contenido de la tetera en una taza. Me la tendió. Iba a rechazarla, pero la mujer se adelantó a mis intenciones—. Tómatela, Ingrid. Y come algo.

Tomás me sonrió, con la taza en una mano y un platito con galletas en la otra. Lo observé con recelo. Traerme comida me parecía una descarada maniobra para distraerme, pero… la verdad es que las galletas tenían una pinta estupenda. Me rugieron las tripas, delatándome, y Tomás sonrió aún más. Muy a mi pesar, me llevé una galleta a la boca.

Estaba buenísima, maldita sea.

¿Cuánto tiempo llevaba sin comer?

Cogí la taza con la otra mano, rendida.

La mujer se aclaró la garganta.

—Efectivamente, me llamo Zaida. Y Tomás te ha dicho la verdad —dijo, cambiando la posición de sus piernas. Eso hizo que se moviera la falda verde de su vestido. Era de una tela satinada, que brillaba ligeramente con la luz de las velas—. Has viajado a un mundo que desconocías. Un mundo, sin embargo, que siempre ha estado muy

cerca de ti. Existen varios portales que lo comunican con el tuyo. Concretamente, cinco. Y, a través de ellos, ambos mundos llevan conectados desde que tenemos uso de razón.

Dejé de masticar al instante. Eso no tenía ningún sentido. Tragué la galleta como pude.

—Este mundo comparte muchas similitudes con el tuyo, Ingrid. Pero al mismo tiempo hay una diferencia sustancial de la que seguro que te habrás percatado ya. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Me refiero a la magia, por supuesto.

Sentí que me mareaba de nuevo. Parecía que toda la habitación, sus ridículas cortinas, las velas y el mobiliario daban vueltas y vueltas a mi alrededor y tenía la sensación de que ni mi propia cama podía sostenerme.

¡¿Magia?! ¿Mundo paralelo? ¿Portales?

No sabía ni por dónde empezar a preguntar.

Me estaba tomando el pelo.

Seguro.

Segurísimo, vaya.

¿Y entonces por qué estaba tan seria? ¿Por qué me miraba con esos ojos? ¿Y por qué me daba la sensación de que las llamas de las velas brillaban ahora con más fuerza? El corazón iba a explotarme dentro del pecho.

—Verás, todos los habitantes de este mundo son brujos —lo dijo sin más, como si acabase de decir que dos y dos eran cuatro o que el sol salía por las mañanas. No había ningún atisbo de gravedad en su voz, pero tampoco ninguna risa, nada. Y, mientras tanto, yo estaba absolutamente quieta, petrificada en mi asiento, sin saber si era un buen momento para soltar una carcajada o si tenía que largarme de allí corriendo—. Ser brujo es un requisito indispensable para poder acceder a un lugar como este, así que no me cabe ninguna duda. Eres una bruja, Ingrid.

6

Bruja

—Es una broma —dije.

Pero nadie me respondió. Tomás y Zaida permanecieron callados. La única respuesta que obtuve fue el crujido de la madera y el murmullo lejano de la gente al otro lado de la ventana.

—Me estáis vacilando —insistí.

Las cejas de Zaida se elevaron un poco, como si le sorprendiese mi arrebato de impertinencia, pero no dejó de mirarme fijamente a los ojos cuando dijo con firmeza:

—Una parte de ti sabe que no es ninguna broma.

Miré a Tomás, esperando que a él le fallase la compostura y se echase a reír, pero permaneció tan quieto, tan serio y solemne como la mujer que tenía al lado. De algún modo, sentí que incluso se compadecía de mí.

—Dice la verdad, Ingrid —susurró—. Eres una bruja.

Parpadeé lentamente. Ahora eran ellos los que me miraban a mí, escudriñándome, esperando una reacción por mi parte.

Pero no, no había ninguna reacción.

Nada.

Yo seguía petrificada, con la infusión humeante en la mano. Toda

yo convertida en una estatua, imperturbable, que los miraba sin pestañear. ¿Dentro de mí? Ah, eso era otra cosa. Podía sentir perfectamente como si todo un ejército de saltamontes hubiera decidido jugar con mi estómago como si fuera una cama elástica. Y estaba bastante segura de que mis piernas se habían convertido en una masa de gelatina. Por no hablar de la palpitación en las sienes que estaba a punto de dejarme sorda. Pero ¿por lo demás? ¡Todo bien!

Me aferré a la taza como si fuera lo único en esa habitación que no estuviera girando a una velocidad vertiginosa y, por fin, abrí los labios.

—Vale —dije, en una voz más aguda de lo que me habría gustado.

Di un sorbito ligero a la taza, por hacer algo. Solo entonces me di cuenta de que me temblaban los dedos. La parte de mí que quería que todo aquello fuera una broma todavía gritaba en mis oídos, pero su voz cada vez era más tenue entre todas las demás. Todavía podía sentir en mi cuerpo la sensación que había vivido al atravesar el agua, así como la fuerza con la que Zaida había conseguido dejar mi cuerpo suspendido en el aire. Y eso era algo que me era muy difícil de negar.

Por mucho que quisiera, no podía convencerme de que eso había sido algo normal ni tampoco algo que me hubiera inventado. Yo había estado allí. Había sentido a la perfección ese tirón en mi estómago, ese hormigueo recorriendo todo mi cuerpo. Quería una explicación que encajase con lo que había vivido, ¿no? Bien, pues esta encajaba. Pero nunca en mi vida, ni en mis sueños más locos, hubiera imaginado que pudiera ser algo así.

Un burbujeo, al principio sutil, después mucho más intenso, empezó a sonar cerca de mí. Miré a la mesilla y descubrí que la tetera había comenzado a bullir de la nada, haciendo un ruido escandaloso.

—Ingrid, cálmate —me pidió Tomás, alarmado.

—¿Qué?

Tomás me señaló la tetera. Vibraba tanto que el tapón tintineaba sobre la superficie y parecía que en cualquier momento fuera a romperse.

—Lo estás haciendo tú —me dijo Tomás.

—¿Qué? —grité, espantada.

—El agua de la tetera. La estás haciendo hervir.

¿Cómo que lo estaba haciendo yo? ¿Qué podía tener yo que ver

con eso?

—Es por los nervios —intervino Zaida—. No controlas tu poder si estás tan nerviosa y eso puede ser peligroso. Te sugiero que respires hondo y te relajes.

Negué con la cabeza muy deprisa, tan asustada como incrédula, pero Tomás acudió a mi rescate. Estando los dos de frente, me di cuenta de que le sacaba una cabeza.

—Mírame a mí, olvídate de la tetera, mírame a los ojos. —Su voz tenía algo tranquilizador, me hablaba despacio, pidiéndome que imitase su respiración, y noté que poco a poco mi corazón latía más despacio, acompasándose a su ritmo—. Mira, mira a la tetera ahora, ¿ves? El agua ha dejado de hervir.

Lo comprobé con mis propios ojos. Tenían razón.

—Esto es imposible —dije, aun así, tratando de ordenar mis pensamientos—. ¿Cómo es posible que haya tenido este... poder toda mi vida y no me haya dado cuenta hasta ahora? Nunca me había pasado algo así.

—¿Estás segura?

Los ojos de Zaida se me clavaron en las retinas. Entonces recordé, involuntariamente, aquel primer incidente en el pantano, cuando era pequeña, esa escena terrorífica que se había repetido una y otra vez en mis pesadillas. Era cierto que hubo algo ahí, una voz bajo el agua, una sensación extraña que no había conseguido olvidar con el paso de los años. ¿Eso había sido real?

La sonrisa de Zaida se curvó ligeramente.

—Lo natural es que el don empiece a manifestarse cuando somos muy pequeños —dijo—. El problema es que hay un instinto en el ser humano de desechar todo lo que le parece una anomalía. Si hay algo extraño que no sucede normalmente, lo damos por imposible, lo achacamos a una imaginación desbordante. Lo he visto en tu mundo, Ingrid, una y otra vez: se abochorna a los niños con un exceso de imaginación, se les alecciona para ser cada vez más pragmáticos, menos intuitivos, como si eso de alguna forma los acercase a la verdad. Nada más lejos de la realidad. Llaman a eso madurar, pero la realidad es que están mutilando la parte que más nos hace humanos. Seguro que de niña sentías que podías hablar con la naturaleza, ¿me equivoco? Tal vez incluso estabas convencida de que podías entender

a los animales, o de que el agua trataba de decirte algo, o de que eras capaz de hacer cosas que parecían imposibles… Ah, pero, si lo hubieras hablado como un adulto, ¿qué te habrían dicho? Que no dijeses tonterías. Así, Ingrid, es como poco a poco muere la magia.

Tragué saliva.

Puede que hubiera conseguido relajarme lo suficiente como para que la tetera dejase de hervir, pero seguía sintiendo su burbujeo dentro de las entrañas.

—Entonces soy una bruja —dije muy despacio.

Zaida asintió, aunque inmediatamente después ladeó la cabeza.

—En realidad, no me gusta del todo la palabra «brujo» —explicó —. Y no únicamente por las connotaciones que tiene: varias generaciones, desde que podemos recordar, asocian ser una bruja a ser mala persona, ya lo sé, eso no es más que el producto de la ignorancia y no me preocupa en absoluto. Pero de alguna forma yo tampoco me he sentido nunca demasiado cómoda con la palabra, ¿sabes? Siempre me ha parecido un intento de homogeneizar a personas muy diferentes entre sí, con talentos distintos. ¿Cómo pueden ser lo mismo una bruja del agua que una hechicera? Es absurdo. Aunque, en fin, supongo que era necesario encontrar una palabra para que la gente entienda de lo que estamos hablando.

Parpadeé muy despacio y Zaida lo interpretó como una invitación a continuar.

—En realidad, hablamos de personas… —Hizo una pausa hasta encontrar la palabra correcta— diferentes. Son personas más sensibles de lo habitual. Seguro que has escuchado esto alguna vez. Creo que tu generación habla de ello a veces: personas que tienen una conexión especial con su entorno, que saben escuchar, ver y sentir las cosas que los rodean de una forma distinta al resto, más intensa. Personas que saben ver y percibir lo que para otros es invisible. Son personas a las que la naturaleza les ha hablado, sí, pero lo que es más importante: ellas han sabido escucharla.

Tenía la boca seca. Zaida prosiguió con su explicación.

—Todos los que nos denominamos brujos no dejamos de ser eso, personas sensibles a la magia. Eso es todo —sentenció con severidad —. Porque la magia está ahí, para todos, habita el mundo desde el principio de los tiempos. Qué digo habita, la magia nutre el mundo,

hace crecer las plantas, está en el agua que corre por nuestros cuerpos. La magia es lo que nos separa de ser unos meros espectadores en el universo, ¿entiendes? Pero no todo el mundo sabe escucharla, ni a todo el mundo le interesa tener la paciencia para aprender a hacerlo.

—Una bruja —repetí. Al parecer, seguía en bucle, y ni siquiera las reflexiones de Zaida conseguían sacarme de mi estupor.

—Una bruja del agua, concretamente —especificó ella. Ante mi confusión, añadió—: Existen cinco manifestaciones distintas: hechiceros, alquimistas, cambiaformas, brujos del destino o adivinos y brujos del agua.

—¿Y cómo sabes que yo soy una bruja del agua? —pregunté.

Esta vez, fue Tomás quien interrumpió su silencio con un carraspeo y señaló la tetera con su cabeza como si fuera una prueba irrefutable de mi don. Zaida, en cambio, agitó la mano izquierda como restándole importancia.

—Eso es lo de menos —dijo—. ¿Recuerdas que te he explicado que hay cinco portales que comunican este mundo con el tuyo? Bien, pues tú no atravesaste ninguna de esas puertas. No te hizo falta. Llegaste a este mundo a través del agua y eso es algo que solo los brujos del agua pueden hacer. Llegaste accidentalmente a un pueblo de Borealia, la comarca del norte. Allí volviste a saltar al agua y eso te trajo aquí, a Meridiem, la comarca del sur. Concretamente, al pueblo de Soportújar.

Sentí que la mandíbula se me desencajaba por completo. ¿Cómo era posible? La cosa que más miedo me daba en el mundo era nadar. El simple contacto con el agua me provocaba escalofríos y un rechazo tremendo, ¿y esa iba a ser la fuente de mi poder? Tenía hasta gracia. Si no fuera porque me parecía un auténtico problema, claro está.

—¿Me estás diciendo que puedo viajar a través del agua? —exclamé—. ¿Que puedo teletransportarme donde yo quiera?

Zaida sonrió. Me pareció que la palabra que había escogido le hacía un poco de gracia.

—Te estoy diciendo que, con la instrucción adecuada, podrás hacer muchas más cosas —me respondió—. Tiempo al tiempo.

Cogí una de las galletas que había en la bandeja en un movimiento inconsciente, dejándome llevar por la necesidad de llenar el vacío que me dividía entre volver a repetir que estaba segura de que

me estaban vacilando y asumir, por fin, que mi cabeza estaba empezando a dar espacio a esa posibilidad.

Era mejor estar callada.

Había algo en mi interior que comenzaba a revolverse, que acumulaba preguntas que querían subir por mi esófago: «¿Qué cosas puedo hacer? ¿Vas a enseñarme? ¿De verdad puedo ir adonde yo quiera? ¿Solo puedo hacerlo aquí o también lo lograré en mi mundo? ¿Y cómo lo conseguiré si tengo un pánico atroz al agua, si solo con pensar en ello me tiembla cada centímetro del cuerpo?».

Zaida se puso de pie y con su movimiento el vestido cayó grácil a sus lados, emitiendo destellos dorados que reflejaban la luz de las velas.

—Hay algo que debo contarte —anunció, dirigiéndose a mí. Había algo en ella que resultaba autoritario, que tenía un punto amenazante. Tragué saliva—. Hace muchos años que no creo en las casualidades. Al contrario, estoy convencida de que hay un motivo por el cuál estás aquí. ¿Vamos a dar un paseo?

Di un mordisco más a la galleta. Quise decirle que no con todas mis fuerzas. Quise recordarle que lo único que quería era irme a casa. En cambio, me sorprendí a mí misma levantándome y siguiéndola, arrastrada por mi propia curiosidad.

—Llévatelas —me dijo, señalándome las galletas.

Lo cierto es que me moría de hambre.

7

La sala de los espejos

La casa de Zaida era un torreón enorme.

Qué digo enorme: gigante.

Empezó a caminar delante de mí y me pareció que paseábamos durante muchísimos minutos, tal vez horas, recorriendo los innumerables escalones de su escalera de caracol. Cada planta albergaba distintas estancias. Nos asomamos en un par de ellas cuando Zaida quiso y en sus pasillos vi puertas que daban salones elegantísimos, una gran biblioteca con estanterías que llegaban hasta el techo… y también alguna que otra puerta cerrada custodiada por guardias. Aquello, evidentemente, llamó mi atención y Zaida me explicó que muchas de esas puertas en realidad no llevaban a salas, sino que eran pasadizos secretos que conducían a otros edificios de Soportújar.

Seguimos subiendo. De vez en cuando, me señalaba un cuadro que le parecía relevante y me daba datos sobre la historia del edificio y del esfuerzo que habían puesto en la comunicación subterránea en Soportújar. Me advirtió de que tenía que ser muy discreta sobre el tema de los pasadizos y me dijo que no podía contarme muchas cosas sobre su sistema de seguridad, por mi propio bien y el de todos los

demás. La máxima prioridad era que el edificio estuviera lo más protegido posible de visitantes no deseados.

—¿Protegido cómo? —pregunté, y mi voz rebotó contra la pared de piedra.

—Con un hechizo, por supuesto.

Ah, sí, claro, por supuesto.

No sabía si conseguiría acostumbrarme a que hablase de la magia con tanta naturalidad. Una parte de mí todavía tenía que luchar contra el impulso de salir corriendo de allí. Miré hacia arriba. Lo cierto era que la escalera de caracol que comunicaba todas las plantas parecía no terminar nunca; simplemente se difuminaba allá en lo alto, más lejos de donde me alcanzaba la vista.

—Por aquí —me indicó, sacándome de mis pensamientos.

Giramos hacia uno de los pasillos de nuestra derecha y llegamos a un pórtico. Después de tantas escaleras, la luz de la calle me cegó y me cubrí los ojos con las manos hasta que conseguí acostumbrarme. Cuando me los destapé, me di cuenta de que estábamos en un balcón muy alto con vistas al pueblo. Zaida me acompañó hasta la barandilla y se asomó ligeramente. Bajo nuestros pies, se extendían decenas de casitas blancas por la ladera de la montaña. Las calles de piedra estaban atestadas de gente, pero parecían muy pequeñitas desde allí arriba. A lo lejos, se dibujaba el horizonte de la sierra.

—¿Conocías Soportújar? —me preguntó. Yo negué con la cabeza —. Es un pequeño pueblo que en tu mundo está en lo que llamáis la provincia de Granada. Es posible que su nombre te suene, no obstante. Siempre se lo ha relacionado con la brujería. Creo que lo llaman «el pueblo embrujado».

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué lo llaman así? ¿Lo saben?

—Lo intuyen. —Sonrió—. Ha habido muchísima actividad mágica desde siempre y hay un motivo para ello. Aquí se encuentra uno de los cinco portales que comunican nuestros mundos, lo que significa que la conexión con la magia es especialmente fuerte. Y, por supuesto, eso implica que los brujos entraban y salían por el portal frecuentemente. La gente de tu mundo notaba la anomalía, veían cosas extrañas… Los pueblos de alrededor les tenían miedo y contaban leyendas. No es para menos. Es una de las comunidades mágicas más importantes del

mundo. Al menos lo era, antes de la Gran Guerra.

La Gran Guerra. Me pareció haber escuchado también algo al respecto cuando fui a parar al primer pueblecito en el norte. La gente estaba muy nerviosa y parecía que tenían miedo y hambre. Y había unos caballeros que aterrorizaban a todos.

—¿Por qué hay una guerra? —pregunté.

Zaida no me miró ni tampoco me contestó. En su lugar, retomó su paseo por el porche y yo la seguí, sin saber muy bien lo que buscaba. Finalmente se detuvo y me señaló la hiedra que recubría las paredes de la casa. En realidad, parecía marchita, un esqueleto de planta que abrazaba la piedra.

—Hace unos años, esta planta era tan verde y frondosa que a duras penas veíamos la pared —dijo muy seria y señaló esta vez el paisaje que se desplegaba al otro lado del balcón—. ¿Ves las montañas? ¿Los bosques? No son ni la sombra de lo que un día fueron. El mundo está enfermo. Lleva enfermo mucho tiempo, me encantaría decirte que no nos dábamos cuenta, pero te mentiría. Creo que simplemente éramos demasiado necios o demasiado cobardes para enfrentarnos a lo que sucedía.

Esta vez sí me miró directamente a los ojos.

—La magia se está muriendo, Ingrid —continuó—. Nuestros adivinos, los brujos del destino, lo vieron con claridad. Una de sus visiones advertía que la magia iba a morir, que nuestro mundo se encaminaba a ser un lugar frío, inhóspito, cada vez más alejado de sus raíces. Al principio no queríamos creerlo, pero mira a tu alrededor. La magia es cada vez es más escasa y frágil, y la muestra más evidente es la muerte de la naturaleza. Nuestro mundo está agonizando.

Yo no había conseguido apartar la mirada de sus profundos ojos verdes. Parecía angustiada.

—¿Por qué se está muriendo? —pregunté—. ¿Es por nosotros? ¿Por mi mundo?

—Es complicado. Hay muchos factores, pero ese desde luego es uno de ellos. Tu mundo ya no cree en la magia —respondió y devolvió la vista al horizonte—. Como te decía, los adultos de tu mundo enseñan a sus niños a desechar la intuición, señalan con el dedo a aquellos que tienen una sensibilidad elevada hacia las cosas que los rodean, los amoldan para encajar en una sociedad cada vez más

enfocada en la productividad, en la rapidez, en el desarrollo tecnológico. Una sociedad cada vez más alejada de la naturaleza… Y esta es la realidad ahora.

—Pero entonces… ¿mi mundo está enfermo también?

—Ambos mundos lo están. Son algo así como las dos caras de una misma moneda —me explicó—. Seguro que te has dado cuenta: sequías, incendios, enfermedades, desastres naturales… El mundo lleva años pidiendo auxilio.

La verdad es que lo que me decía me sonaba dolorosamente familiar. Al final, mis padres siempre habían vivido un poco al margen de la ciudad, refugiándose en la autocaravana para estar cerca de lo que para ellos era lo verdaderamente importante. Reflexionaban a menudo sobre esto: la ciudad los asfixiaba. Les preocupaba hacia dónde estaba derivando la humanidad, la desconexión profunda que teníamos con el planeta, cómo nuestros actos estaban poco a poco contribuyendo al deshielo, a la contaminación… Siempre me decían que vivíamos al margen del planeta, como si no fuera nuestro hogar. No podía decir que todo aquello me pillase de nuevas. Pero aun así había algo que no acababa de comprender.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con la guerra? —dije.

—Acompáñame —me respondió simplemente.

Uno de los arcos del pórtico conducía a una sala alargada. En cuanto lo atravesamos, contuve el aliento: cada centímetro, tanto de su suelo como de la pared, estaba cubierto por un mosaico de espejos pequeñitos que se reflejaban los unos a los otros, dibujando formas extrañas.

El efecto que se generaba era tan inquietante que me había cortado la respiración.

—¿Qué es este lugar? —dije.

Zaida ignoró mi pregunta y se dirigió en silencio hacia una de las esquinas de la sala donde parecía haber una pequeña fuente. A lo lejos, me había sido imposible reconocerla, porque también estaba cubierta por completo de espejos. Esta vez no la seguí. Me quedé en el centro de la sala, mirando impactada las versiones fragmentadas de mí

que me devolvía aquella sala tan extraña. No miraba a Zaida, así que no sé lo que hizo para que en aquel momento todos y cada uno de los mosaicos se unieran en una única imagen que se proyectó a mi alrededor con total nitidez. El susto me hizo trastabillar hacia atrás.

«¡¿Cómo has hecho eso?!», quise gritar, pero esta vez supe contenerme a tiempo. Estaba claro que era obra de la magia. Mi corazón empezó a palpitar con fuerza dentro de mi pecho mientras en el techo comenzaba a dibujarse la imagen de un bosque sin hojas, de campos yermos, paisajes desérticos y desoladores. La imagen de una devastación tan certera que era imposible que no me provocase una angustia en el fondo del estómago. De pronto, empecé a ver varias personas. Miradas de preocupación, una mujer que murmuraba unas palabras ininteligibles mientras sujetaba una piedra entre las manos, como si estuviera rezando.

Zaida empezó a hablar.

—Ante la escasez de la magia, los brujos lo hemos intentado todo para salvarla —dijo—. Hemos llegado a medidas desesperadas. Hemos hecho cosas que antes jamás nos habríamos planteado, porque creíamos que era lo correcto. Pero me temo que algunos brujos han… perdido de vista el objetivo que nos unía y se han dejado llevar por sus ansias de poder.

De pronto, en el bosque que proyectaban las paredes, apareció un grupo de caballeros. Todos portaban el mismo estandarte: un árbol envuelto en un remolino de agua. Los caballos estaban cubiertos por una vestimenta llena de hojas verdes y ellos llevaban un mismo uniforme encapuchado que me sonaba extrañamente familiar.

Los señalé con el brazo.

—¡Eh, yo los he visto! —Miré a Zaida—. ¡Estaban en el primer pueblo al que llegué! Y la gente empezó a comportarse de una forma muy rara, a esconder sus cosas, como si les tuvieran miedo.

Zaida asintió.

—Son los caballeros del Culto de Airón. Su cabecilla se hace llamar Airón, por supuesto. No es su nombre real. Ha escogido el nombre de un dios antiguo. El dios del agua, ni más ni menos —rio, irónica—. Lo cual da buena muestra de su tremendo egocentrismo. Pero mucho me temo que es uno de los brujos más poderosos que ha visto nacer este mundo. Su intención era buena al principio: al igual

que yo y que otros brujos más, formó parte de una misión para proteger la magia de su extinción. El problema es que ha llevado la misión demasiado lejos.

Fruncí el ceño. De repente, las imágenes mostraban a más caballeros cabalgando en la entrada de un pueblo. Aquello se fue convirtiendo poco a poco en la imagen de la violencia más pura y arbitraria que podía existir. Los caballeros entraban en las ciudades por la fuerza, cubriéndose los rostros con las capuchas, e infundían el terror con oleadas de magia oscura que tan pronto prendía fuego como sumergía ciudades enteras bajo una ola de mar. Un cuervo volaba al lado del cabecilla. No le vi el rostro. Al igual que el de los demás, estaba cubierto por su capa, aunque sí llegué a adivinar el comienzo de una sonrisa sedienta de poder. En la palma de su mano, tenía lo que me parecía una piedra preciosa.

—Ante la escasez de la magia, Airón se ha alzado para recopilarla a la fuerza. Para ser él quien controle la poca magia que pueda —continuó Zaida—. Lo ha cegado su ambición. Ha perdido el juicio. Está sometiendo al mundo a sus órdenes y se ha convertido en la auténtica amenaza para la magia. Si no lo detenemos, acabará por destruir el mundo.

De pronto, la imagen se detuvo y los miles de espejos que me rodeaban volvieron a ser solo espejos. Mi mirada asustada se replicó en todas partes, provocándome una sensación angustiosa. Zaida caminó hacia mí muy despacio, sus zapatos hacían ruido al clavarse en los espejos.

—Come —me dijo—. Estás pálida.

—¿Qué? —pregunté, sin saber a qué se refería.

Solo entonces me di cuenta de que miraba la bolsa de galletas que había cogido y que todavía tenía en la mano. Juro que mi cabeza había olvidado por completo que había estado todo ese tiempo arrastrándola conmigo. Estaba tan aturdida por todo lo que acababa de ver que ni siquiera tuve el instinto de preguntarme por qué, así que cogí una galleta y, obediente, me la llevé a la boca.

Ella sonrió y se dirigió de nuevo a la salida, dejando que todos los espejos se recreasen en la multitud de verdes que reflejaban su vestido.

Volvimos de nuevo a las escaleras de caracol, aunque en esta

ocasión para descender un par de plantas y salir a un balcón un poco más bajo, desde donde se podía observar el gentío de Soportújar a la perfección. Zaida no me había dicho nada en todo este trayecto, pero yo tampoco había abierto la boca. Las escenas de la sala de los espejos me habían dejado sin habla. Me llevé un nuevo trozo de galleta a la boca, con la vista fija en la plaza del pueblo y en la algarabía de los músicos, los comerciantes y los curiosos que recorrían sus rincones.

Las palabras de Zaida me sobresaltaron:

—Tú nos ayudarás a detenerlo —dijo, con firmeza.

Yo, que todavía tenía la vista puesta en Soportújar, tardé en entender a lo que se refería. ¿Estaba hablando de Airón?

Me reí sin poder evitarlo, pero ella no correspondió a mi risa.

Siguió con la vista perdida en el horizonte, muy seria.

—¿Yo? —dije—. Sí, hombre.

Alzó las cejas ante mi exceso de franqueza, pero no me arrepentí lo más mínimo de mi reacción. ¿De verdad esperaba que yo, que acababa de llegar y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, detuviese a un brujo? Es más: ¡al brujo más poderoso que había nacido en ese mundo, que lo acababa de decir! Ahí es nada. Era la idea más estúpida que había escuchado en mi vida.

Y de todas formas, aunque no lo fuera, aunque realmente estuviera en mi mano ayudarlos de cualquier modo, ¿por qué estaba tan segura de que iba a querer hacerlo? Miré el pueblo que veía al otro lado de la barandilla. Lo recorrí con los ojos, tratando de encontrar algo que me ligase a él, pero lo cierto era que el mundo que veía no era mi mundo, ¿no? No significaba nada para mí. Había estado viviendo sin él toda mi vida, sin ser consciente de su existencia. Por muy fascinante que fuera, por mucho que la curiosidad ardiera dentro de mí, la verdad era que yo no tenía nada que hacer allí.

Inconscientemente, me toqué el anillo, haciéndolo girar en mi dedo pulgar. Lo único que yo quería era volver con mi familia. Ver a mis padres. Asegurarme de que sabían que estaba bien.

Estaba a punto de decirlo en voz alta cuando Zaida se me adelantó:

—Parece que le guardas cariño a ese anillo —dijo.

Me sobresalté y lo escondí entre mis dedos, algo incómoda. Con un gesto de la mirada, me alentó a coger una nueva galleta de la

bolsa. Fruncí el ceño, sin comprender del todo tanta obsesión por alimentarme, pero le di un mordisquito rápido a una y contesté:

—Es un regalo.

Lo dije deprisa, sin darle mucha importancia. Inmediatamente después, abrí la boca de nuevo, dispuesta a decirle que ya iba siendo hora de que me explicase cómo podía volver a casa. Una vez más, me interrumpió:

—¿De quién?

Parpadeé, un poco sorprendida por su insistencia.

—De mi tía abuela —respondí aun así.

Zaida se irguió en la barandilla y me miró con mucha atención.

—¿Tu tía abuela? Debió de ser una mujer muy especial —sugirió —. No es tan frecuente tener una relación cercana con una tía abuela, a fin de cuentas.

—Lo era —respondí enseguida—. Para mí era como mi abuela, en realidad. Más que eso. Era una mujer increíble. Viajaba mucho, pero siempre volvía y me contaba historias. Algunas a veces eran un poco… ¿fantásticas?, pero a mí no me importaba, yo me las creía, ¿sabes?

Yo misma me sorprendí de mi propio ataque de sinceridad, pero Zaida me miraba muy detenidamente, en silencio, instándome a continuar.

—¿Te trajo el anillo de uno de esos viajes?

—Creo que sí —dije, antes de poder plantearme por qué le estaba contando mi vida a una completa desconocida—. Abu viajaba muchísimo, siempre me traía cosas. Pero esto era diferente. Decía que era un anillo especial, muy importante. Me dijo que no se lo quitaba ni para dormir, porque por nada del mundo podía perderlo.

—¿Y, pese a ser tan importante, te lo regaló así, sin más?

Su pregunta esta vez me sacó de mis pensamientos y la miré directamente a los ojos.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Nunca, jamás, hablaba tanto de mi tía abuela, y muchísimo menos sobre el anillo que me había regalado: siempre lo había sentido como un secreto entre nosotras, un vínculo íntimo del que a duras penas sabían mis padres. Ella me lo había repetido siempre: sería nuestro secreto. Eso, unido al dolor que me provocaba todavía pensar en ella, hacía que para mí fuera prácticamente imposible abrirme a contar

algo así…, y mucho menos a alguien como Zaida.

Un pensamiento cruzó mi mente. Una especie de pálpito. La sensación de que algo iba mal.

En apenas una décima de segundo, la vista de Zaida volvió a la galleta que todavía tenía en mi mano y, aunque apartó la mirada enseguida, a mí no se me pasó por alto. La tiré al suelo en un acto reflejo.

—¡¿Las galletas?! —grité, espantada. Esperaba equivocarme, pero la expresión de Zaida me dio la razón de inmediato: había algo raro en las galletas y la había descubierto—. ¿Me habéis drogado?

—Dios bendito, solo es una poción sencilla. Nosotros jamás… —comenzó a decir, pero fue demasiado para mí y no estaba dispuesta a escuchar ni una sola palabra.

Me aparté de ella y tiré la bolsa de las galletas al suelo como si quemasen.

—¿Eran para interrogarme? —exclamé otra vez—. ¡Con razón tanta insistencia con las puñeteras galletas!

Me había engañado. Sentía que llevaba horas escuchándola, interesándome por los problemas de su mundo, había llegado a compadecerles. Y, mientras tanto, ella había sacado partido de mi vulnerabilidad para aprovecharse de mí. Estaba colérica. Furiosa. Así que actué sin pensar. Simplemente seguí mi instinto y eché a correr por el balcón hacia las escaleras de caracol. No tenía ni idea de adónde iría después, pero si algo me había dejado claro era que no podía fiarme de Zaida. Que ahí no estaba a salvo.

—¡Guardias! —gritó ella a mis espaldas.

No llegué a alcanzar las escaleras. Un par de hombres robustos me interrumpieron el paso y me obligaron a cambiar de dirección. Pero detrás de mí estaba Zaida, así que estaba atrapada, a no ser… Miré el balcón. Podía ser una locura, pero era mi única escapatoria. De la barandilla colgaba una guirnalda festiva que comunicaba con la casita que había justo en frente. Parecía lo bastante robusta como para aguantar mi peso, así que no me lo pensé dos veces y me aferré a su cuerda, dejando que mi cuerpo quedase suspendido en el aire y se deslizase por ella, atravesando el pueblo desde las alturas.

A los chillidos de la gente que miraba espantada mi tirolina improvisada se unieron los rugidos de los guardias. Estaba a escasos

metros del suelo cuando un estallido de magia disolvió por completo la cuerda y me hizo caer. Me levanté como pude, justo a tiempo para ver que uno de los brujos aparecía frente a mí y me cortaba el paso una vez más.

Chillé sin poder evitarlo. Estaba preparada para escapar, pero ¡no para una persecución mágica! No tenía ni idea de qué hacer ni de cómo evitar que me llevasen la delantera. Seguí corriendo, metiéndome por una callecita que me pareció lo bastante estrecha como para que tal vez me perdieran de vista. El pueblo estaba lleno de soportales, túneles y laberintos de techo bajo por los que estuve corriendo un buen rato, mientras los guardias me pisaban los talones. Los sentía a escasos metros. Sus hechizos estuvieron a punto de alcanzarme en repetidas ocasiones. De pronto, un fogonazo me rozó el hombro e hizo que una pila de barriles cayera justo por donde yo quería escapar. De repente, era un árbol partido por la mitad. No iba a poder aguantar mucho tiempo más. Su magia era demasiado poderosa y a mí me empezaba a dar la sensación de que, encima, estaba corriendo en círculos.

Efectivamente, mi huida frenética me llevó a un callejón sin salida. Cuando me di cuenta, estuve a punto de chillar de pura frustración. Sentía las costillas clavándose en mis pulmones y me doblé sobre mí misma, tratando de pensar con rapidez, intentando recuperar la respiración, cuando de repente…

Ese chico.

El chico que había visto en el pueblecito del norte. Ahora estaba ahí, limpiándose tranquilamente los zapatos en una discreta fuente de piedra, sin nadie a su alrededor. Al verme, pareció tan sorprendido como yo. No dijo nada. Ninguno de los dos dijimos nada.

Le supliqué con los ojos que no me delatase.

Por un instante, me pareció que entreabría la boca para decir algo.

Pero no le dio tiempo. Antes de que él pudiera hacer nada (fuera para ayudarme o, probablemente, para entregarme a mis captores), los guardias aparecieron doblando una esquina. Estaba atrapada. Era el fin. No tenía ningún sitio donde ir.

Entonces, de repente, justo en el preciso instante en el que los hombres estaban a punto de vencer la distancia que los separaba de

mí, el agua de la fuente salió disparada hacia mí, formando una alta muralla que me separó de ellos. Los escuché gritar, asombrados. Pero yo no entendía nada. Yo solo podía observar aquella masa de agua, absolutamente paralizada. ¡¿Cómo era posible?! El agua se había puesto ahí, ¡sola!, y se mantenía en vertical como si estuviera dentro de un molde gigante. Era imposible. Sencillamente imposible. Casi parecía que me estuviera protegiendo de los guardias, pero estaba peligrosamente alta, a escasos centímetros de mí, amenazando con caerse en cualquier momento. El pánico se apoderó de mí sin que pudiera hacer nada para evitarlo y esta vez no pude contener los gritos de puro terror. En ese momento, confirmando mis sospechas, la torre de agua se desplomó y me empapó por completo, haciéndome caer de espaldas.

Tosí con violencia. Había tragado tanta agua que me resultó difícil recobrar el ritmo normal de la respiración. Cuando conseguí abrir los ojos, los guardias no estaban solos y cierta hechicera de pelo blanco a la que había tenido el gusto de conocer muy bien estaba a su lado, con los brazos cruzados, observando el estropicio que se había formado a mi alrededor.

Estaba definitivamente perdida.

De pronto, sentí un cosquilleo en los dedos y la miré, pero apenas tuve tiempo para reaccionar. El anillo parecía haber cobrado vida y, en menos de un segundo, se había deslizado por mi dedo y volaba por el aire en dirección hasta Zaida. Me levanté para tratar de perseguirlo, pero la hechicera, sin ningún esfuerzo aparente, atraía el anillo hacia sus manos. Con la misma templanza, se lo colocó en su dedo anular.

Sentí que la rabia me subía por el estómago y se concentraba bullendo en mis mejillas.

—Nos vas a ayudar, Ingrid —dijo—. Te guste o no.

De alguna forma, la tranquilidad con la que hablaba solo conseguía enfurecerme todavía más. Los guardias me alcanzaron con facilidad y yo no hice nada por impedirlo. Al robarme el anillo, Zaida había conseguido exactamente lo que se proponía: yo no iba a huir. Y lo sabía perfectamente. No me iría de allí sin mi anillo y haría lo que fuera por recuperarlo. Se había encargado personalmente de obtener una información tan valiosa sobre mí y ahora la utilizaría sin problemas para conseguir lo que quisiera de mí.

Caminó hacia mí despacio, como si no le preocupase en absoluto que yo me lanzase contra ella y le arrebatase lo que me pertenecía, como si estuviera convencida de que no tenía ninguna posibilidad.

Probablemente era cierto.

Apreté los dientes.

Ella negó con la cabeza.

—No quería llegar a este extremo, pero voy a tener que quedarme con esto —dijo, mostrándome su mano—. Te prometo que te lo devolveré, pero antes tienes que ayudarnos.

—Pero ¿cómo voy a ayudaros? Es absurdo, Zaida, mira a tu alrededor. —Señalé un pequeño grupo de curiosos que se habían arremolinado con poca sutileza en uno de los callejones, atraídos por nuestra persecución—. Cualquiera de esas personas puede ayudarte más que yo. Yo no hago magia, Zaida.

Se acercó a mí.

—En eso te equivocas. Lo acabas de hacer ahora mismo. —Me señaló el cuerpo—. Tú misma has creado esa barrera de agua de forma instintiva cuando te has sentido en peligro; tu cuerpo sabe qué hacer. El problema es que no la controlas y eres un peligro para ti misma. Por eso debo enseñarte. Mañana, al amanecer, empezaremos tu entrenamiento. —Se dirigió entonces a sus guardias—: Podéis marcharos, no os preocupéis. No va a ir a ninguna parte.

No dijo nada más. Dando la conversación por zanjada en ese preciso momento, se dio la vuelta, llevándose consigo mi anillo y todas mis esperanzas de volver a casa.

Yo me quedé ahí, empapada, en medio de la calle, mirando sus pasos lentos conforme se alejaba.

No parecía que tuviera alternativa.

8

Primer día de entrenamiento

Me despertaron al alba. Zaida se encargó personalmente de que fuera así.

Una muchacha abrió la puerta de golpe y, sin esforzarse lo más mínimo por no hacer ruido, descorrió las cortinas de mi habitación y dejó una pila de toallas encima de la silla.

—Despierta, chica. Zaida te está esperando.

Como toda respuesta, ahogué un rugido en la almohada y esperé a que se marchase. Por supuesto, había vuelto a la casa de Zaida y me encontraba en la misma habitación en la que me habían recogido el primer día. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No iba a irme sin mi anillo. Ni hablar. Por mucho que quisiera, por mucho que no hubiera nada en la vida que desease más que volver a mi mundo… Mi mundo. Mi mente se detuvo un rato en esas dos palabras. Sonaba tan extraño y tan surrealista pensar en algo así. Una parte de mí sabía que se había ido muy lejos, pero la simple idea de estar en una especie de realidad paralela me generaba una sensación de frío en el pecho. No estaba en el mismo mundo que mis padres. Ni que Laura ni que ninguna de las personas del campamento que hasta hacía unas horas me parecían el peor problema del mundo. No podía simplemente coger un teléfono y

llamarlas, no funcionaría, ¿o sí? No, claro que no, menuda estupidez.

Me froté los ojos, todavía a medio incorporar en la cama. Lo cierto es que tampoco había visto a nadie hablando por teléfono en este lugar. Probablemente se comunicaran, yo qué sé, con algún conjuro mágico, haciendo señales de humo o algo así. ¿No conseguían que los espejos proyectasen imágenes? Tenía que haber alguna vía mágica de comunicación, seguro; era absurdo que tuvieran que recurrir a los móviles. Pero eso, en el fondo, era una muy mala noticia para mí, porque significaba que no encontraría la manera de comunicarme con mi familia ni de decirles que estaba bien. Si quería volver a hablar con ellos, no tenía otro remedio que seguir las reglas del juego de Zaida.

—Chica —insistió la misma muchacha impertinente, chistándome con medio cuerpo asomado al otro lado de la puerta.

—Que ya voy —gruñí, antes de lanzarle mi almohada.

La escalera de caracol nos condujo esta vez a un largo pasillo de piedra al final del cual solo había una puerta. Zaida dejó que yo la atravesase primero y, cuando lo hice, todas las luces de la estancia se iluminaron de golpe. Era una sala perfectamente cuadrada, de paredes altas y oscuras, sin ventanas. Tampoco había muebles o decoración alguna, a excepción de cuatro grandes retratos que estaban colocados en línea en una de las paredes. Mis ojos se detuvieron sobre ellos sin que pudiera evitarlo; especialmente cuando me di cuenta de que una de ellas, la del medio, era la propia Zaida. Una Zaida más joven, con los pómulos redondeados y una expresión relajada en la frente, pero que mantenía el mismo gesto altivo de su cuello, la misma mirada desafiante. A su derecha, estaba un anciano con una sonrisa bonachona y un hombre con un cinto en el torso. A su izquierda, había una mujer que llevaba el cabello cubierto por una cofia.

Miré a Zaida, tentada a preguntarle por ellos, convencida de que debía de tratarse de gente muy importante, pero no me dio tiempo. Alzó la mano y, sin dejar de mirarme, hizo un gesto con sus dedos.

En ese preciso instante, el suelo comenzó a temblar. Caminé hacia atrás, asustada, hasta que apoyé la espalda en la pared, conforme comencé a ver que de las piedras del suelo emergía lo que parecía una

alberca llena de agua.

—¡¿Cómo has…?! —empecé a decir y yo misma entorné los ojos —. Un hechizo, ya.

Al menos hizo el esfuerzo de disimular una sonrisa.

—Es uno muy sencillo, en realidad —me explicó y miró a su alrededor—. Esta sala se concibió para esto. Es una sala de entrenamiento, diseñada para poder modificarla a tu antojo. Los jóvenes acuden aquí a diario. En un principio, era una mera sala de prácticas para los aspirantes, no se utilizaba más que para prepararlos para su Ceremonia de Iniciación. Desgraciadamente, desde la guerra, su uso ha cambiado bastante. Hemos tenido que utilizarla más de lo que nos gustaría.

Fruncí el ceño, mirando la alberca. Parecía sorprendentemente realista.

—¿Eso no es real?

—Ah, no, por supuesto que es real —me contestó—. Acabo de crearla.

Me dolía la cabeza.

—Vale —dije al fin, rendida, masajeándome la sien con los dedos —. Vale, de acuerdo. Bien. O sea que en esta sala puedes crear lo que quieras. ¿Como en la sala de los espejos en la que estuvimos ayer?

Zaida negó.

—Esa sala es especial, pero por un motivo diferente —me explicó —. La sala solo te muestra visiones de los brujos del destino. Muestra cosas que ocurrieron, cosas que están ocurriendo, cosas que ocurrirán y cosas que no ocurrirán nunca, pero en cualquier caso cosas que han visto los brujos del destino. Y eso no se puede manipular. Esta sala, en cambio, la podemos modificar a nuestro antojo y es perfecta para lo que tenemos que hacer hoy.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes, Ingrid?

Me llené la boca de aire y me quedé así, con los carrillos hinchados, pensando en la mejor manera de ordenar mis palabras. Miré los retratos, después a la alberca, ¡a esa especie de piscina que había emergido de la más absoluta nada! y, por último, a Zaida. Solté el aire en un bufido.

—Todo, no sé. Nada. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que

todo esto exista y nadie me lo hubiera dicho nunca? Si es algo tan normal, si hay tanta gente involucrada, entrando y saliendo de los portales…

—Me temo que ya no son tantas personas. Cada vez son menos, a decir verdad —suspiró—. El problema es que nuestros extraños poderes nos hacen peligrosos a los ojos de los demás. A muchos les asusta lo que no comprenden y tratan de eliminarlo. De lo contrario, habríamos entrado y salido por los portales sin la necesidad de ser discretos, pero la realidad es que los brujos hemos sido perseguidos desde que el mundo es mundo y eso nos ha obligado a guardar este lugar con un extremo secretismo.

—¿Todos los brujos vivís aquí?

Mi comentario la hizo reír.

—No, ¡por supuesto que no! Algunos sí, desde luego; yo entre ellos. Cuando descubres la magia, es natural querer vivir en un mundo que te permite comunicarte con ella a diario. —Respiró hondo—. Pese a ello, la mayoría tiene su vida en tu mundo. Su trabajo, su familia, su perro, ya sabes, una vida aparentemente normal, y vienen aquí solo de vez en cuando, cuando necesitan reconectar con esa parte de sí mismos o para ver a algún ser querido. De todos modos, Ingrid, no es que no quiera satisfacer tu curiosidad, pero tenemos mucho trabajo por delante y no dispongo de toda la mañana.

Sí, mi entrenamiento y todo eso, lo sabía. Sabía que Zaida estaba ardiendo en deseos por enseñarme sus trucos de magia para que pudiera empezar a ayudarlos cuanto antes en su misión, pero de pronto yo no podía parar de imaginarme a todas esas personas que conocía en mi vida normal: mis profesores, mi dentista, el conductor del autobús del campamento. ¿Serían brujos en realidad? ¿Llevarían una doble vida detrás de esa apariencia monótona y aburrida que me mostraban por las mañanas? ¿A cuántas personas así habría conocido ya sin darme cuenta? La idea se me antojaba tan extraña como emocionante.

Y luego, bueno, en realidad, cualquier pensamiento era bastante más apetecible que enfrentarme a la alberca que tenía a mi lado y que Zaida me señalaba en una clara invitación a entrar.

La hechicera carraspeó, insistente. Pero yo no me moví. Yo los miré a los dos, primero a la alberca y luego a ella, como si no fuese

capaz de sumar dos más dos.

—¿Pretendes que me meta ahí? —le espeté.

Ella parpadeó muy deprisa antes de contestar:

—¿Y cómo si no esperas que comencemos nuestra formación?

Yo empecé a negar con la cabeza, cada vez más rápido, cada vez más enérgica. Aquello parecía sorprendentemente profundo. Había accedido al entrenamiento, muy bien, pero ¿eso? Ah, no, eso no iba a suceder.

—No, es que… —dije—. No, no va a pasar. Mira, hay algo que no sé si entiendes, eso no va a ser posible porque…

—Tienes un pánico atroz al agua, sí. Me consta.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo? —Arrugué la frente—. ¿Cómo que te consta? Eh, eh, eh. Un momento. ¡Un momento! ¿Puedes leerme la mente o algo así? ¿Es uno de tus… poderes?

Zaida puso los ojos en blanco.

—¡Por toda la magia de Alboria, no! No puedo leerte la mente, pero no lo necesito —respondió, cruzándose de brazos—. Es más que evidente. Tu reacción ayer cuando tú misma te proporcionaste el escudo de agua, la reticencia a saltar incluso cuando estabas en peligro en la Borealia… Y, de todos modos, es relativamente frecuente tener un miedo irracional a la fuente de nuestro poder. Probablemente tuviste una experiencia con la magia a una edad muy temprana y, si nadie estaba ahí para explicártelo, te asustaste. Es algo natural.

Natural, decía. Sí, eso estaba muy bien. Solo me había costado años y años de pesadillas recurrentes y una incapacidad patológica para meterme en una simple piscina. Qué bien que le pareciese natural.

Miré la alberca y me asomé ligeramente para tratar de comprobar su profundidad. Sentí que me sudaban las manos. A Zaida se le suavizó la mirada.

—Un escalón será suficiente —me dijo y me tendió la mano.

La verdad, me sentí bastante ridícula. No es así como una se imagina su primera sesión de entrenamiento de magia. No es como si nunca me hubiera atrevido a fantasear con algo así, claro, pero, si lo hubiera hecho, jamás me habría imaginado temblorosa, cediendo mi mano empapada de sudor a una mujer que, pasito a pasito, me iba

guiando hasta el borde de una piscina que no debía de cubrir más de dos metros.

Sin duda, era patética.

Zaida se metió hasta la altura de los tobillos y yo la imité, mientras me debatía en secreto entre mi vergüenza y mis ganas de agarrarla por el brazo y pedirle que me prometiera que por nada del mundo me iba a empujar. Por suerte, mi orgullo ganó la batalla y permanecí calladita, sin hacer el ridículo más de lo debido.

Metí un pie, después el otro. Zaida me miró, toda ella expectante, sus ojos brillaban de anticipación.

—¿Qué? —dijo—. La sientes, ¿verdad?

Abrí los labios pensando mi respuesta. ¿Que si sentía…? Por un momento, pensé que se refería al agua y sí, claro que sí, ¿cómo no la iba a notar? Estaba fría y me había provocado un escalofrío en las pantorrillas. Pero no se refería a eso, claro. Zaida me estaba hablando de otra cosa. Se refería a una sensación más profunda, a una especie de revelación que había tenido que sentir al entrar en contacto con un elemento mágico como era para mí, supuestamente, el agua.

Pero ¿lo sentía?

Examiné rápidamente las sensaciones de mi cuerpo. Los dedos de mis pies fríos contra la piedra, mis piernas estremecidas, mis brazos. Mi corazón latía algo deprisa, sí, pero nada que no pudiera explicar el propio pánico que sentía ante la idea de resbalar y caer al fondo de la piscina.

La expresión de Zaida cambió de golpe y supe que la decepcionaba.

—Relájate, cierra los ojos —dijo muy rápido, y los cerró ella. Yo tardé en hacerle caso—. Trata de centrarte en las sensaciones de tu piel. Es posible que notes un pequeño burbujeo o unas cosquillas… También hay gente que lo describe como una pequeña electricidad.

Yo escuchaba todo lo que me decía, un poco incómoda, sin saber bien qué esperar. De vez en cuando, abría un poco un ojo para observar la reacción de Zaida, la expresión de absoluta paz que tenía en el rostro y que de repente me daba hasta un poquito de envidia, como si estuviese hablando en un idioma totalmente desconocido para mí.

—Ahora quiero que pienses en alguien a quien quieres mucho.

Piensa en tu madre, piensa en cuando te abraza —dijo muy despacio. Aquello me provocó un pellizco inesperado en el pecho. De repente, me parecía que hacía años que no sentía su abrazo—. Piensa en el calor que desprenden sus brazos cuando te acurrucas junto a ella. Quiero que lleves todo ese calor, quiero que lo notes muy dentro del pecho, está ahí, ¿verdad? ¿Lo notas? ¿Crees que podrías darle forma a ese calor? ¿Transformarlo en una bolita? Siente cómo va bajando poco a poco por tu estómago, cómo baja por tus piernas… Cómo llega a tus pies y empieza a bullir dentro del agua.

Poco a poco, su voz se apagó y no dijo nada más. Yo abrí los ojos y la miré.

Estaba esperando, claro. Su relato había sido impresionante, digna de una clase de meditación, y había conseguido incluso emocionarme hablando de mamá, pero… debajo de mis pies no pasaba nada en absoluto.

Los párpados de Zaida se abrieron y me encontré de frente con su mirada resignada.

Tragué saliva.

—Bueno, no te preocupes —se apresuró a decir—. Es normal si estás un poco bloqueada los primeros días.

Pero para mí ya era demasiado tarde. No me lo tragaba. Estaba claro que decepcionada conmigo. Y yo entendía del todo por qué, si a mí todo eso me daba igual, pero me ardían un poco los ojos.

—Te lo dije —le recriminé, frustrada—. Te dije que no sabía hacer magia.

—Te he visto hacerla, Ingrid —dijo Zaida—. Estaba allí. Lo presencié.

—¿Y cómo estás tan segura de que fui yo? —me atropellé. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza y ya no fui capaz de frenarlos—. ¿Y si fue alguien que lo hizo por mí? ¿Que hizo la barrera y lo de que viajase…? Igual hay alguien que está jugando conmigo, o contigo, y que quiere hacerte creer que soy yo la que tiene poderes cuando en realidad…

—Por todas las criaturas, niña. —Zaida me interrumpió con firmeza. De repente, me miraba con los ojos como platos—. ¿Qué te han hecho para que confíes tan poco en ti misma?

Au.

Eso había dolido.

Parpadeé muy deprisa, tratando de no hacer una lista exhaustiva de todas y cada una de las razones que explicarían algo así. Suspiré por la nariz. Y, entonces, contra todo pronóstico, Zaida me llevó una mano a la barbilla y me obligó a mirarla, en un gesto tan dulce como inesperado.

Un momento: ¿era eso un intento de ser… maja?

—Ingrid —me dijo, muy seria—. La verdad, me trae sin cuidado que no creas en ti, pero estás delante de la Hechicera Mayor de Alboria, una de las brujas más poderosas de la región y, por qué no, probablemente la más inteligente. Así que al menos no dudes de mi criterio y confía en mí.

Su intento era mejorable. Pero era algo.

Casi me hizo reír.

9

La cueva escondida

Pasó un día. Después otro. Luego otro más. Y, de pronto, todos los días comenzaron a ser iguales. Me levantaba con los primeros rayos del amanecer, desayunaba rápido y bajaba por las escaleras de caracol hasta llegar a la sala de entrenamientos. Zaida me esperaba allí, junto a la alberca, y día a día intentaba uno de sus trucos para conseguir que conectase con la magia.

En realidad, lo máximo que había logrado hacer era un leve burbujeo bajo nuestros pies. Zaida se había puesto muy contenta y había emitido un chillido agudo, como si por fin sus esfuerzos dieran el resultado que esperaba. Creo que no se dio cuenta de que no había sido por ella, o sí, pero no de la forma en la que ella pensaba. La realidad era que, si de verdad el burbujeo lo provoqué yo, fue fruto de la frustración y del agotamiento de escucharla hablar tan despacio, tan insistente, sobre cosas que ni entendía ni iba a entender nunca. Recuerdo que pensé que quería irme de allí, que no aguantaba más y que todo era absurdo y, de repente, pum, burbujitas. No había visto a Zaida tan contenta nunca.

El problema era que no había conseguido repetirlo, porque no tenía ni idea ni de qué había hecho ni cómo. Así que los últimos tres

días volvieron a ser una consecución de fracasos, de mañanas larguísimas de intentos frustrados y de la mirada decepcionada de Zaida.

Estaba agotada.

Ya no sabía cuántas veces le había pedido que lo dejáramos estar, que aceptase que se había equivocado conmigo, que me devolviese el anillo y me permitiese volver a casa. Pero entonces era cuando Zaida, si en algún momento había sido más cariñosa o paciente conmigo, volvía a su auténtico ser y se erguía, cruzada de brazos, para decirme simplemente que esa no era una posibilidad.

A veces creía odiarla.

Si hubiera llevado el anillo encima, estoy convencida de que en más de una ocasión me habría abalanzado contra ella y habría forcejeado aunque no hubiera servido para nada. Pero Zaida no traía el anillo a los entrenamientos, claro, era más lista que eso. A decir verdad, hacía dos semanas que no lo veía, y solo tenía su palabra para saber que efectivamente lo tenía ahí, guardado para mí, y que me lo devolvería en cuanto terminase de ayudarla.

Dos semanas.

¿Cómo habían podido pasar dos semanas? Si lo pensaba fríamente, me daban ganas de vomitar. A esas alturas, estaba segura de que mis padres se habrían vuelto locos y estarían buscándome por toda la sierra de Madrid. Por las tardes, después del entrenamiento, me permitían algo de tiempo libre, y yo lo aprovechaba para pasear por Soportújar. Me gustaba subir hasta lo alto del pueblo y quedarme allí, en lo alto del mirador, para observar el paisaje de la sierra y pensar en mis padres.

Les gustaría Soportújar. Era un pueblo bonito. Con sus casitas blancas, sus geranios coloridos en los balcones y sus vistas maravillosas a la sierra. Estaba lleno de vida. Costaba pensar que, en mi mundo, hubiera un tiempo en que los pueblos de alrededor hubieran vivido atemorizados por sus habitantes.

Cuando volviera a verlos, me encantaría llevarlos allí. Al Soportújar de mi mundo, al menos, al que se encontraba en Granada y no en la comarca mágica de Meridiem, quería decir. Estaba segura de que les gustaría el paisaje y de que nuestra perrita Chispa se lo pasaría bomba correteando por tanto callejón.

—Hola.

Di un respingo. Detrás de mí, me saludaba a lo lejos una chica que supongo que debería resultarme ligeramente familiar. ¿Tal vez había coincidido con ella en algún desayuno? Había hablado con varias personas en la casa de Zaida, pero la verdad era que no tenía ninguna intención de socializar con ellas.

Prefería estar sola.

—Hola —respondí, simplemente, y decidí que mi sesión en el mirador se había acabado.

Me marché de allí deprisa y continué caminando por el pueblo. Mientras bajaba por una de sus empinadas cuestas, observé de lejos la casa de Zaida. En realidad, solo yo la llamaba así. Me había dado cuenta de que todos, Zaida incluida, se referían al edificio como el Torreón de la Resistencia o, simplemente, el Torreón. Era un nombre lógico cuando estabas dentro y te zambullías en esa interminable escalera de caracol que parecía continuar hasta las estrellas. Pero, visto desde fuera, nadie habría dicho que fuera un torreón.

Zaida me explicó que se trataba de un hechizo muy potente con el que habían protegido la residencia. Estaba oculto al ojo humano, incluso al ojo de los brujos, por lo que desde fuera solo parecía una pequeña casita de dos plantas con un balcón sencillo. Nada podía indicar que dentro un pequeño grupo de brujos se preparaba para plantar cara al Culto de Airón: la famosa Resistencia.

Soportújar o, en realidad, toda la comarca de Meridiem, era una de las pocas regiones de Alboria que todavía se resistían a los avances del culto. Airón y su ejército ya habían tomado Borealia (la comarca del norte, donde aparecí por primera vez) y se estaba haciendo fuerte en Solis, la comarca del este. Solo era cuestión de tiempo que se hiciera con el control de las otras tres comarcas y llegase hasta Meridiem. Tan solo estaba reuniendo fuerzas. Puede que no supiera que la Resistencia estaba en Soportújar. Puede que estuvieran escondidos. Pero solo era cuestión de tiempo y sus habitantes se estaban preparando para la batalla.

Suspiré, todavía con la vista fija en el Torreón. Realmente, no me apetecía nada volver. Pasaba casi todo el día dentro de aquella casa, «por mi propia seguridad», decía Zaida, pero, por muy grande que fuera, yo no estaba acostumbrada a pasarme la vida encerrada entre

cuatro paredes. A fin de cuentas, mis padres y yo siempre habíamos vivido en la naturaleza, para mí no había nada más normal en el mundo que levantarme y respirar el olor de la hierba y de la tierra. Era más que normalidad: ya era una necesidad. Y nunca hasta entonces había sido tan consciente de lo muchísimo que lo necesitaba.

Miré al cielo esta vez. Un tono rojizo indicaba que quedaban pocas horas de luz, pero todavía podía arañar una hora para dar un último paseo. Tal vez, incluso, podía apañármelas para alejarme un poco de Soportújar sin que nadie se diese cuenta.

Eché una ojeada rápida a mi alrededor y empecé a caminar cuesta abajo hacia el final del pueblo. Después seguí andando un buen rato más hasta que, al fin, dejé las últimas casitas blancas a mi espalda y la naturaleza se desplegó a mi alrededor delante de mí. Mis pulmones se llenaron de olores conocidos y simplemente con eso comencé a sentirme mejor, un poco más cerca de casa.

Caminé un rato más, disfrutando de las sensaciones conocidas, y me perdí por un camino que se escondía en el bosque. Seguí andando un buen rato hasta que me pareció escuchar una voz masculina. Arrugué la frente. Me detuve frente a un árbol y esperé, quieta, intentando escuchar algo más. De repente, lo vi. Frente a mí, oculta detrás de un tronco roto, había una cueva. Era oscura, sinuosa, pero una pequeña laguna en el centro iluminaba su techo con pequeños destellos azules. Me asomé lo suficiente como para descubrir que, efectivamente, había un chico ahí dentro. Me daba la espalda, así que no podía verle la cara, pero aun así me di cuenta de que parecía concentrado. Estaba haciendo algún tipo de experimento con frascos de cristal encima de una piedra y a su derecha tenía un caldero enorme que hervía en el fuego.

—Diez mililitros más… —Su voz me sonó familiar y me asomé un poquito más. El chico leía instrucciones de un libro mientras cogía un cuentagotas con una delicadeza extrema y vertía el contenido sobre el caldero—, pero no, no es eso, ¿qué le falta? Le falta algo, pero ¿el qué?

Mi curiosidad murió de golpe cuando identifiqué su voz y decidí que yo no tenía nada que hacer allí. Traté de volver por donde había venido de la forma más sigilosa posible, pero una ramita en el suelo se rompió bajo mi pie y provocó un crujido lo suficientemente alto como

para que el chico se percatara de mi presencia.

Cuando se giró, se confirmaron mis sospechas: era Tomás, el muchacho que me había encontrado el primer día que desperté en el Torreón. El chico que parecía tan simpático y atento y que me había cuidado tan bien trayéndome aquellas galletas. Galletas, por cierto, que estaban envenenadas para hacerme hablar.

—¿Ingrid? —preguntó, con una sonrisa tímida.

—No sabía que eras tú —dije, seca, dispuesta a darme la vuelta.

—¡Ingrid, espera!

Suspiré. Tomás estaba corriendo hacia mí. Esto era lo último que quería. Lo había visto varias veces intentando acercarse a mí en el Torreón, pero siempre me las había apañado para escabullirme y evitar la conversación. ¿De verdad esperaba que fuéramos amigos? No es que yo fuera precisamente una experta en amistad, pero drogar a alguien para que lo pudieran interrogar no me parecía la mejor manera de empezar.

Me alcanzó con torpeza.

—Ingrid, lo siento —me dijo, recuperando el aliento—. Sé que te enteraste de lo de las galletas. Era una medida de seguridad, tienes que entenderlo.

—¿Una medida de seguridad? —Me giré y lo miré incrédula—. Pero si estaba sola, tirada en una cama, sin saber nada de vosotros ni de este mundo ni nada. ¿Cómo iba a ser una amenaza?

—Necesitábamos comprobar que era verdad —insistió—. Con la Gran Guerra…, bueno. Necesitábamos estar seguros de que no era una estrategia del Culto de Airón para descubrir nuestro escondite.

Apreté las mandíbulas.

—Fuisteis más allá de eso y lo sabes. Zaida aprovechó mi estado para sacarme información sobre mi… —Me interrumpió un nudo en la garganta—. Bueno, sobre una persona muy importante para mí. Y usó esa información. Me quitó mi anillo. No teníais ningún derecho a eso. Ahora, por culpa de tus galletas, estoy atrapada aquí. Zaida no me lo va a devolver hasta que no la ayude con una supuesta misión de la que no tengo ni idea y está empeñada en que tengo que aprender a usar mi magia, pero no tengo manera de saber si eso va a pasar alguna vez o si voy a tener que quedarme encerrada aquí para siempre y no volver a ver a mis padres nunca más.

Lo solté todo de golpe, irrefrenable e incontrolado. Tomás miró al suelo y las gafas se le deslizaron ligeramente por la nariz.

—No tenía ni idea de que usaría las galletas para eso, de verdad. No sabía nada de lo de tu anillo. De haberlo sabido… —Negó con la cabeza—. No está bien. A mí solo me dijeron que había que comprobar que efectivamente venías de Oscúritas y que no se trataba de un engaño. Zaida no me dijo nada más ni me contó su plan de hacer que te quedases con nosotros contra tu voluntad. Entiendo que estés enfadada, es decir, ¿cómo no vas a estarlo? Pero si algo sé de Zaida es que siempre hay un motivo de peso por el que hace las cosas que hace. Incluso cuando a veces cuesta comprenderla.

Vaya, con lo bien que iba.

—¿En serio la vas a defender? —le espeté, cruzándome de brazos.

—No, no, solo digo… —se aturulló—. Bueno, no sé. Son momentos complicados. Pero lo siento. Lo siento de verdad.

Apreté los labios, tratando de decidir si merecía mi confianza. No encontraba manera de justificar lo que hicieron, pero es cierto que el chico parecía avergonzado de verdad. Sus mejillas redondeadas estaban sonrojadas.

Respiré hondo, rendida.

La verdad era que tampoco me costaba excesivamente imaginar que Zaida hubiera tomado decisiones sin explicárselas del todo al pobre chaval que tenía delante. No tenía precisamente la pinta de ser un genio del mal. Más bien al contrario.

—Bueno, vale —dije—. Cuéntame. ¿Qué andas haciendo ahí?

Al sonreír, se le formaron un par de hoyuelos en las mejillas y se ajustó las gafas bien arriba en la frente.

—Ven, te lo enseño.

Me condujo al interior de la cueva. Había montado una buena: encima de una piedra lisa, se veía un mantelito y encima una veintena de botecitos colocados, cuidadosamente etiquetados, de diferentes tamaños, colores y formas. Algunos eran alargados y altos, otros tan pequeñitos que a duras penas contendrían un par de gotas, pero de colores tan intensos que costaba despegar la mirada de ellos. Al lado, un enorme caldero estaba en plena ebullición.

Contuve un poco la risa. Era curioso, en mi mundo había escuchado muchas cosas sobre la brujería. La gran mayoría eran

mentira, cuentos para niños, películas absolutamente exageradas que no se correspondían para nada con la realidad que estaba descubriendo poco a poco en Alboria. En cambio, Tomás… Bueno, Tomás quizá fuese lo más parecido al cliché de brujo que me había encontrado nunca. Le faltaba un sombrero de pico y un gato negro.

Ajeno a mi cavilación, el chico me enseñó su obra.

—Estoy tratando de mejorar la poción que voy a mostrar esta tarde en mi Ceremonia de Iniciación —me explicó.

Ah, sí, la Ceremonia de Iniciación. En las dos semanas que llevaba en Alboria, parecía que no se hablaba de otra cosa. No tenía muy claro en qué consistía, pero el Torreón se había llenado de estudiantes nerviosos que repasaban apuntes y ensayaban sin cesar. Entre ellos, claro, Tomás. Me extrañó, sin embargo. Recordaba perfectamente el día en que nos habíamos conocido, cuando yo estaba todavía tumbada en la cama, recuperándome de mi primer viaje a través del agua. Tomás había usado una poción para ayudarme con la recuperación y recuerdo que me había dicho que pensaba presentarla en su ceremonia.

—Pensaba que ya la tendrías acabada —le dije.

—¿La que probé contigo? Bueno, sí —enrojeció—. Estaba más o menos terminada, pero no puedo evitar pensar… No sé, como que es muy evidente. Cada año, por lo menos tres aprendices enseñan una elaboración parecida. Quizá podría tratar de sorprender con algo distinto, ¿sabes? Algo más complejo.

Sonreí.

—Eres un buen estudiante, ¿eh? —dije.

—No te burles.

—¡No lo hago! A mí es que nunca me ha ido demasiado bien en el colegio, aunque… No sé, tampoco es algo que me haya importado mucho —reconocí. Tomás me miraba encogido entre sus pociones. De repente, estaba un poco incómodo, como si se supiese juzgado o algo así. Me apresuré a corregirme—. Pero está claro que esto es importante para ti y eso es muy bonito.

Él se encogió de hombros.

—Me gustaría convertirme en Maestro Boticario —dijo, todavía con un poco de timidez—. Investigar, estudiar, aportar mis propias investigaciones a la Gran Biblioteca de Alquimia. Mi mentor me dijo

que, si saco buena nota en la Ceremonia de Iniciación, me considerarán para la Academia. Pero es una de las profesiones más difíciles, así que creo que no bastará con una poción sencilla; tengo que sorprenderles.

—¿De eso va la ceremonia? ¿Es como una selectividad?

Arrugó las cejas.

—¿Selectividad? —preguntó.

—En mi mundo, es un examen que se hace cuando se termina el instituto para ir a la universidad. La gente se pone muy nerviosa, porque la nota que saques puede determinar en buena medida si puedes estudiar lo que quieres.

Tomás ladeó la cabeza, pensativo.

—Entonces sí, es parecido, pero a la Ceremonia de Iniciación se presentan aprendices de todas las edades —me explicó—. No hay una edad establecida. Simplemente llega un momento en que tu mentor cree que estás preparado para ir por tu cuenta, que ya no lo necesitas. Y te presenta. Si apruebas, puedes ejercer un oficio, ser considerado un brujo ante la ley de Alboria y, en su debido momento, ser mentor tú también y adoptar un aprendiz.

Tomás había dejado una manta para no mancharse las rodillas con la tierra y yo me senté a su lado. El caldero dibujaba formas de colores y olía de una forma un tanto extraña. Miré a Tomás.

—¿Cómo es tu mentor? —le pregunté.

Mi pregunta le hizo sonreír.

—Se llama Pablo. Lo conozco desde… No sé, a veces me parece que desde siempre. Trabajaba en el orfanato en el que estaba cuando vivía en tu mundo. —Me miró por el rabillo del ojo—. Eh, no, no me mires así, ¿eh? No me gusta nada contarlo porque a todos se os pone esa cara, como de pena.

—Perdona.

—No pasa nada —dijo—. Si es que ni siquiera recuerdo a mis padres, los primeros recuerdos que tengo son de ese orfanato. Y estaba bien, ¿eh? No te pienses que era un lugar horrible ni nada de eso. Lo que pasa es que, bueno, a mí me costaba encontrar adoptantes, no sé muy bien por qué. Decían… Bueno, la directora decía que era un poco especial y que eso no era del todo bueno para los padres que quieren un hijo, ¿sabes? Que tenía que aprender a ser un poco más normal, lo

que quiera que fuera eso.

—No lo entiendo.

Tomás volvió a encogerse de hombros, con la vista muy fija en el caldero. Le dio un par de vueltas con una cuchara de madera y la dejó apoyada a su lado.

—Había algo diferente en mí, algo raro —reflexionó—. Supongo que es lo que nos pasa a todos los brujos, ¿no? Hay algo diferente en nosotros. Y diferente no es algo malo, claro, pero eso la gente no tiene por qué saberlo. Y yo me iba haciendo mayor. Pasaban los años, a mis amigos los adoptaban, pero a mí no. Pablo siempre estuvo muy pendiente de mí. Jugaba conmigo, me enseñaba a fijarme más en las cosas, me animaba a tener curiosidad, me hablaba de las plantas, de sus usos… y nunca jamás me dijo que tenía que dejar de tener tanta imaginación o que las cosas que decía fuesen una tontería, ¿sabes? Él me entendía.

Asentí. Me recordaba tanto a Abu que no pude evitar sentir una pequeña punzada de dolor en las costillas.

—Y entonces cumplí siete años —prosiguió Tomás y suspiró—. Y, en fin, no sé si lo sabes, pero a partir de los siete años lo de que te adopten en España es…, bueno, no digo que sea imposible, pero es más difícil. Y ya casi no me quedaban amigos de mi edad en el orfanato. Así que, el día de mi cumpleaños, Pablo me dijo que me iba a enseñar un lugar donde conocería a muchas personas como yo. Y me trajo aquí por primera vez.

—¿Te llevó a través de un portal? —pregunté, asombrada.

—Eso es, directamente al portal de Soportújar.

—Tuviste que flipar con todo esto.

Se rio.

—¡No te creas! —exclamó—. No sé. Digamos que Pablo llevaba años hablándome de este lugar de alguna manera, ¿sabes? Llevaba ya mucho tiempo enseñándome que las cosas no siempre son lo que parecen. Cuando llegué aquí, fue como si de repente todo tuviese mucho más sentido, ¿no? Como que todo encajaba. Y me gustó. Me gustó muchísimo. Así que Pablo me preguntó si me quería quedar aquí y le dije que sí. Y se convirtió oficialmente en mi mentor.

Suspiré profundamente. Su historia tenía un final feliz, pero aun así me había dejado un sabor agridulce. Había tenido que ser muy

duro para él enfrentarse a algo así.

—¿No has vuelto a tu mundo nunca? —le pregunté.

—¿A Oscúritas? —Negó fervientemente con la cabeza—. No. Creo que Pablo esperó lo suficiente conmigo. Creo que intentó que tuviera una familia en tu mundo, para que después pudiera ir y venir a Alboria cuando yo quisiera, como hacía él. Pero ¿con siete años? ¿Con esas perspectivas? ¿Qué clase de vida me esperaba en Oscúritas? ¿Casas de acogida, una y otra vez? No. Aquí tenía una familia. Zaida me dio una habitación, se encargó de que no me faltase nada, Pablo me enseñó todo lo que sabía e hice amigos enseguida. Aquí tengo un futuro, ¿entiendes? Puedo ser quien yo quiera. ¡Puedo incluso ser Maestro Boticario!

Me llené los pulmones de aire. No sabía ni qué decir.

Pareció darse cuenta.

—He tenido mucha suerte, Ingrid —me dijo—. No hay que ponerse triste. Le debo muchísimo a Pablo y quiero que esté orgulloso de mí, eso es todo. Además, ya es hora de que adopte un nuevo aprendiz. Hay muchos más niños ahí fuera que tienen una alta sensibilidad a la magia y están perdidos, desorientados, como lo estaba yo.

—Entonces ¿Pablo va buscando niños en mi mundo, en… en Oscúritas, para enseñarles la puerta a vuestro mundo? —pregunté, tratando de comprender—. ¿Eso es lo que hacen todos los mentores?

—Bueno, eso es lo que hacían hasta hace bien poco —me respondió—. Desde que empezó la rebelión del Culto de Airón, la misión de buscar aprendices se ha paralizado. Porque Airón así lo ha ordenado, básicamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Te ha contado Zaida lo de que la magia se está agotando, ¿verdad? Bueno, pues Airón se ha empeñado en que la poca que queda debe permanecer en manos de unos elegidos, ¿entiendes? En manos de los de siempre, vaya, de la gente que haya nacido en Alboria y que venga de una familia de aquí de toda la vida. De alguna forma, le parece que abrir tanto la magia a todo el mundo es lo que está haciendo que se desperdicie o algo así. No tiene ningún sentido, pero, en fin, está absolutamente loco y sediento de poder.

—Pero eso es muy injusto —dije—. ¿Qué pasará entonces con los

niños de mi mundo que sepan que hay algo diferente en ellos? ¿No van a conocer nunca vuestro mundo? ¿Cómo puede negarles algo así?

«¿Era lo que había pasado conmigo? —pensé—. ¿Por eso yo no había tenido ningún mentor? ¿Por eso nadie me había buscado, como Pablo había hecho con Tomás, para hablarme de la magia?».

—Eso le da igual —dijo—. Está obsesionado con su guerra, con racionar la magia entre los que estamos aquí y prohibirla a los de fuera. Si hasta dice que están pervirtiendo el verdadero significado de la magia. Dice que estará más segura si hay menos gente que tenga acceso a ella. En concreto, gente que controle directamente él, claro.

Sentí que el cuerpo me hervía de rabia. Nadie tenía derecho a tomar una decisión así.

Como si me leyese la mente, Tomás me dijo:

—Los frenaremos.

Chasqué la lengua, frustrada. Otra vez me estaba metiendo a mí en el saco.

—No sé por qué estáis todos tan seguros de que voy a poder ayudaros —rechisté—. Llevo dos semanas practicando con Zaida. ¡Dos semanas! Y no he conseguido hacer nada. No tiene sentido que se empeñe tanto conmigo, no sé hacer magia.

—Ya has hecho magia, Ingrid, yo te vi. Casi haces explotar una tetera delante de mí.

Me reí al recordarlo.

—Ven —me dijo de repente y me hizo ponerme de pie. Echó una última ojeada al caldero antes de caminar hacia la laguna que había en medio de la cueva. Lo seguí—. Yo sé que Zaida es muy seria e impone un poco. ¿Dónde has estado entrenando?

—Me llevó a una sala mágica, una que tiene retratos y que se puede modificar como tú quieras.

—¡Ugh! Odio esa sala —exclamó—. Siempre se empeña en entrenar allí y a mí me parece la cosa más antinatural del mundo. ¿Cuándo has conseguido conectar con la magia? Pues en la naturaleza, claro, no metida en una sala artificial bajo la atenta mirada de la Hechicera Mayor, digo yo.

La verdad es que eso tenía bastante sentido. Suspiré por la nariz.

—Venga, vamos a intentarlo, aquí y ahora —me dijo, ensanchando su sonrisa—. Aquí no hay nadie para juzgarte. Cero

presión. Solo tú, yo y una cueva escondida.

Aquello me provocó un pequeño burbujeo de excitación. La verdad era que, por primera vez en esas dos semanas, de verdad me sentía con las ganas suficientes de, al menos, intentarlo.

—Vale, ¿qué hago? —dije, cargada de energía.

Tomás me miró y de repente empezó a reír.

—No tengo ni idea —reconoció.

—¡Pues vaya plan!

—Yo qué sé, ¡concéntrate! ¡Piensa en un monstruo de agua e invócalo! —dijo, pero a esas alturas yo también estaba riéndome a carcajadas.

De pronto, una voz irrumpió en la cueva y rebotó en sus paredes:

—Lo que estáis haciendo es peligroso.

Esa voz nos cortó la risa de golpe. Me giré en su dirección, asustada por la interrupción, y, cuando vi quién era, arrugué los ojos. Ante nosotros avanzaba muy despacio el mismo chico que parecía tener que encontrarme en todas partes. El chico de ojos oscuros, el que me había lanzado al agua en Borealia y que hacía dos semanas estaba en Soportújar cuando Zaida me quitó el anillo. La verdad es que traía una cara de perros.

¿Peligroso? ¿Qué era tan peligroso?

Tomás dio un paso al frente.

—Solo estaba intentando ayudarla, Diego —dijo—. Sus entrenamientos con Zaida le están costando bastante.

El chico, ¿Diego se llamaba, entonces?, se acercó hacia nosotros a paso firme.

—La chica no controla su poder —le advirtió, muy serio—. No sabe lo que está haciendo. Tan pronto es incapaz de hacer nada como te levanta una columna de agua de cinco metros. No deberíais practicar sin Zaida. Ni en un elemento natural como este. Podríais acabar muertos.

Me crucé de brazos, herida en el orgullo.

No entendía a qué venía esa charla. No me conocía de nada. Habíamos coincidido brevemente (¡intensamente, sí, pero muy brevemente!) en el pueblo de Borealia, y ya entonces me había dado instrucciones como si fuera una niña pequeña que no se enteraba de nada. Después, me había lanzado por un precipicio sin darme ninguna

explicación. No es que estuviera esperando precisamente sus disculpas, pero ¿venir a echarme la bronca por estar intentando practicar? ¡Si era lo que me estaban diciendo que tenía que hacer!

—Bueno, ¿y qué esperas que haga? —le espeté, sin poder evitarlo —. A mí me encantaría volver a casa, ¿sabes? Si estoy aquí es porque Zaida está empeñada en que poseo unos poderes que no tengo.

Diego frunció el ceño, como si acabase de decir una tontería. Entreabrió los labios como para corregirme, pero entonces fue Tomás quien intervino:

—¿Ves lo que te digo? —le dijo—. Está convencida de que no es una bruja del agua.

Diego suspiró muy despacio y me miró unos segundos, pensativo, como si estuviese tomando una decisión. Al final, se acercó a nosotros, se remangó los pantalones y se quitó las zapatillas.

—De acuerdo, vamos a ver —dijo—. Antes de que hagáis cualquier tontería, es mejor que, al menos, sea con un poco de sentido común.

Su prepotencia me molestaba. Hasta que había aparecido, yo estaba tan tranquila compartiendo un momento distendido con Tomás, por primera vez desde que había llegado a Alboria me estaba sintiendo cómoda. ¿Por qué tenía que venir él con esos aires de saber lo que había que hacer en todo momento? Me resultaba profundamente irritante.

Diego alzó las manos hacia mí, con las palmas hacia arriba. Yo miré a Tomás y él me indicó con la mirada que podía confiar en él. Apreté las mandíbulas, disgustada, pero al final coloqué mis manos sobre las suyas. Entonces me miró a los ojos, con esos ojos marrones tan oscuros. Yo los iba a cerrar, como siempre me pedía Zaida que hiciera, pero él me detuvo.

—No quiero que cierres los ojos. No hace falta que los cierres, mírame a mí. —Yo tragué saliva, un poco incómoda—. Quiero que seas consciente de todo lo que hay a tu alrededor. La cueva. Las gotas de agua que caen de las estalactitas, ¿las oyes? Bien. Escúchalas. Muy bien. Seguro que notas que caen en el agua, ¿a que sí? Seguro que, si te concentras, puedes incluso sentir el tacto de esas gotas al rebotar en la superficie, como si fuese parte de tu propia piel.

¡Eso lo había notado! Estuve a punto de apartar mis manos de

golpe. ¡Lo había notado! ¿Cómo lo había…? ¿Cómo lo sabía? Lo miré con los ojos muy abiertos, buscando respuestas. Pero él seguía serio, muy serio, y no dejó de hablar en ningún momento, cosa que me impedía desconcentrarlo o hacerle ninguna pregunta:

—No quiero que pierdas de vista esa sensación —insistió—. La superficie del agua es una extensión de tu piel, ¿verdad? Bien, no te asustes. Concéntrate. Si te das cuenta, es como si el agua fuese una parte más de ti, como una mano o un pie. Puedes notar que araña la rugosidad de las piedras en la superficie, el calor del aire suspendido encima de ella. ¿Sí? Bien. Por eso va a ser muy sencillo, simplemente, elevarla un poco. Como si quisieras mover una parte de ti, sencillamente así. Solo un poco.

El chillido de Tomás me devolvió a la realidad. A mi lado, una masa de agua había tomado forma hasta quedar a la altura de mis ojos. Iba ahogar un chillido, pero Diego me apretó las manos con más fuerza para que no hiciese ningún movimiento brusco y me quedé así, frente a la masa de agua, mirándola directamente. Podía ver mi propio reflejo en ella. Era tan alta como la columna que había emergido el otro día cuando huía de los guardias, pero esta vez no me asustaba. Al menos, no tanto, aunque es cierto que seguía pareciéndome algo imponente. Pero mi respiración estaba pausada, subía y bajaba con ritmo, y me di cuenta de que el agua parecía respirar conmigo, exactamente a la misma velocidad.

Un escalofrío me recorrió la piel por completo.

«Cae», pensé. Y el agua cayó despacio, con tranquilidad, hasta ocupar su posición original.

Tomás empezó a aplaudir, fascinado, pero yo me quedé así unos segundos más, sin soltar a Diego, tratando de digerir lo que acababa de pasar. Zaida llevaba dos semanas intentando poner en práctica estrategias complejas que no llevaban a ningún lado y, de repente, Diego aparecía de la nada con una explicación que de verdad conseguía que entendiera cómo funcionaba mi poder. Podía mover el agua porque el agua era parte de mí. Eso era todo. Y era algo tan sencillo y, a la vez, tan increíble que sentía ganas de llorar.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté, con mi voz a punto de romperse.

Para mi sorpresa, Diego apartó las manos de golpe, como si mi pregunta le hubiera molestado. Pero no tuve tiempo para poder

analizar la expresión de dolor que había en su mirada ni mucho menos pude preguntarle al respecto, porque una nueva figura entró en la cueva y de inmediato su presencia llenó toda la estancia. No me costó distinguir su silueta: Zaida nos observaba con una expresión satisfecha.

¿Qué estaba haciendo ahí?

Miré a Diego y a Tomás, pero parecían tan sorprendidos como yo.

—Parece que estás preparada —dijo, simplemente.

10

La misión

Miré a Zaida, desencajada. Si Tomás y Diego estaban tan sorprendidos con su presencia como yo, significaba que no le habían avisado de que estaríamos allí. Pero yo ya empezaba a conocer lo suficiente a Zaida como para saber que en su mundo no existían las casualidades, y eso solo me dejaba con una explicación posible.

—¿Me estás espiando? —la acusé.

Pero ella ni siquiera se molestó en contestarme. Agitó la mano como si mi pregunta fuese un molesto mosquito del que quisiera deshacerse. En aquella ocasión, llevaba un traje de terciopelo rojo que arrastraba a la altura de los pies, por lo que tuvo que tirar de su falda con las dos manos para avanzar hacia nosotros sin mancharse con el barro de la cueva. Se dirigió primero a Diego, sin más preámbulos:

—Bien hecho, chico —le dijo. Diego solo apretó las mandíbulas y miró al suelo. Zaida entonces me observó a mí—. Ha sido impresionante, Ingrid. Qué me dices ahora, ¿eh? Ya no puedes seguir dudando de tus capacidades. Estás preparada para la misión.

Sus palabras cayeron sobre mí como si fueran un metal pesado, pero no tuve ni tiempo de quejarme o de exteriorizarlo porque fue Diego quien respondió en mi lugar:

—No está preparada, Zaida.

Me sorprendió. No podía estar más de acuerdo con esa afirmación, por supuesto, ¡llevaba dos semanas tratando de hacérselo entender! Y, sin embargo, una parte de mí no sabía si debía sentirse… ¿ofendida? Después de lo que acababa de hacer, después de un momento tan único como el que acabábamos de vivir juntos, sintiendo cómo el agua se elevaba a nuestro alrededor, ¿seguía pensando lo mismo? Arrugué las cejas.

—Está todo lo preparada que puede estar, dadas las circunstancias —respondió Zaida, tajante.

Diego dio un paso hacia ella.

—No ha usado la magia en su vida. No tiene ni idea de lo que hace ni de cómo controlar su poder ni de la envergadura de lo que puede hacer —bajó la voz, dirigiéndose a ella—. ¿En serio piensas enfrentarla a los miembros del culto así, sin instrucción, sin herramientas? No tiene nada que hacer. No durará ni un día.

—Lleva dos semanas de instrucción.

—Dos semanas en las que no ha conseguido nada.

—Hasta ahora —le corrigió la hechicera, insistente.

—¿Esto? —Diego señaló la laguna—. Esto ha sido una tontería comparado con a lo que se enfrentará.

—Pero es un comienzo. Es poderosa, no me cabe duda. Aprenderá.

Las mejillas de Diego se habían encendido con violencia.

—Es un peligro para sí misma, Zaida, lo sabes perfectamente.

—Diego, basta.

La última frase de Zaida retumbó por toda la cueva e hizo que incluso Diego se quedase callado.

Yo me revolví incómoda. Estaban hablando de mí, pero de algún modo parecía que esa discusión no tenía mucho que ver conmigo. ¿Alguien me había preguntado a mí si me apetecía ir a la famosa guerra? ¿Si me sentía preparada o si necesitaba un par de semanas más? Ah, no. Pero en cambio ellos ahí estaban, en pleno debate. Me crucé de brazos, a ver si así se daban cuenta de que no me gustaba nada que hablasen por mí como si mi opinión no importase en absoluto. Por supuesto, ni lo notaron. Miré a Tomás: al menos él parecía tan pringado como yo. Me sonrió para transmitirme en silencio que me entendía a la perfección. Ellos dos, en cambio,

siguieron a lo suyo, rebatiendo sus posturas e irguiendo los cuellos, ajenos a nuestra presencia.

Aquello era un auténtico duelo de egos, de miradas que se desafiaban a ver quién era el primero en apartarse. Perdió Diego, claro. La mirada y la firmeza de Zaida eran difíciles de soportar, incluso para alguien tan pagado de sí mismo como él.

Al fin, Zaida relajó algo su expresión.

—Sé perfectamente lo que opinas, Diego —dijo entonces—. Y conozco también de dónde viene tu preocupación. Es honorable y créeme que la tengo muy en cuenta. Pero precisamente por ello, precisamente por lo que sabemos, es por lo que no tenemos tiempo que perder. No podemos formar a Ingrid con el protocolo habitual; eso es sencillamente imposible. —Zaida se detuvo unos instantes antes de continuar—. Por suerte, si estoy en lo cierto, no le hará falta.

Diego soltó algo parecido a una risa triste y me pareció que negaba con la cabeza. Miró hacia el extremo de la cueva y luego de nuevo a Zaida.

—Ojalá no te equivoques —le dijo.

Sin añadir nada más, se giró y empezó a alejarse de allí. Lo vi marcharse en silencio, sin volverse hacia nosotros, sorteando las rocas, y desapareció por la grieta de la cueva. A mí se acumulaban las preguntas. Agité la cabeza y miré directamente a Zaida.

—¿A qué te referías? —dije—. ¿Qué es eso que sabéis Diego y tú?

—Eso ahora no importa, Ingrid. Lo que de verdad tiene que preocuparnos es la misión. El tiempo apremia y hay muchas cosas que todavía debes aprender.

Zaida entonces murmuró unas palabras que emergieron de su boca siseando como una serpiente. Todavía seguíamos justo al lado de la laguna, así que no tardé en darme cuenta de que el agua, que hasta entonces había sido una masa azulada y tranquila, comenzaba a proyectar una imagen. Zaida intentaba enseñarnos algo y estaba escogiendo una laguna cualquiera a modo de pantalla.

Miré a la hechicera, sorprendida ante aquel nuevo truco. Empezaba a preguntarme por el límite de su poder. No me quedaba claro, pero a veces me daba la sensación de que de verdad podía hacer cualquier cosa que se propusiera. Y eso a mí me resultaba tan inquietante como incomprensible. ¿Cómo era posible que alguien

como Zaida necesitase a alguien como yo? Antes de que pudiera acabar de plantearme la pregunta, empecé a distinguir en el agua los cuatro retratos que había en la sala en la que habíamos estado entrenando esos días.

—Verás, Ingrid —comenzó Zaida—. Como te dije, hace tres años, los brujos del destino tuvieron una visión: la magia estaba muriendo. Si no hacíamos nada para impedirlo, el mundo entero acabaría reducido a una masa yerma, los humanos nos destruiríamos y acabaríamos definitivamente con la naturaleza. Sería el fin. Así que decidimos impedirlo. Ya te adelanté que hicimos cosas insólitas, cosas que jamás nos habríamos planteado hacer, pero la situación requería medidas desesperadas. Esta, tal vez, fue la mayor de todas. Formamos un Aquelarre de Emergencia, una especie de comité formado por cinco brujos, que teníamos el objetivo de salvaguardar la magia que quedaba. Tirso, un alquimista; Gabriel, un cambiaformas; Carmela, una bruja del destino; Airón, un brujo del agua; y yo, que ya sabes que soy hechicera.

La agitación se apoderó de mí.

—Airón es un brujo del agua —exclamé, sorprendida—. ¿Como yo?

Zaida asintió, aunque procuró no concederle excesiva importancia y siguió con su hechizo, concentrándose en mover las imágenes del agua. A mí, no sé por qué, sí me parecía una información bastante relevante. ¿El malo malísimo de Alboria era el mismo tipo de brujo que yo y no habían considerado necesario contármelo?

Eso era raro.

Eso era muy raro.

Y yo no me fiaba ni un pelo de Zaida.

De pronto, los cuatro bustos que reflejaba la laguna comenzaron a salir de los cuadros, asomaron sus cabezas y rompieron los marcos que los enclaustraban. Ahora eran rostros que cobraban vida, que pestañeaban y se movían. Que hablaban entre sí, reunidos en un corrillo.

Zaida se dispuso a continuar con su historia:

—Lo más importante para nosotros era que, pasase lo que pasase, la magia no desapareciera —dijo—. Nos obsesionamos con encontrar un modo de que, incluso aunque el último de los humanos

desapareciera de este mundo, la magia siguiera viva, latiendo dentro de él. Así fue como decidimos crear los talismanes.

—¿Talismanes? —pregunté.

La imagen de la laguna contestó por Zaida. Del centro del corro, emergió una piedra preciosa de color rojo. Su brillo iluminó la cueva y se reflejó en las paredes, el vestido de terciopelo de Zaida y la cara concentrada de Tomás.

—Cinco, concretamente —respondió la hechicera—. Los talismanes son una especie de… repositorio de magia.

—Como un almacén —la apoyó Tomás.

—Algo así —dijo—. Son el resultado de la suma de numerosas aportaciones generosas de algunos de los brujos más poderosos. Este talismán que ves lo crearon los alquimistas y contiene una gran concentración de su poder. Nos pareció peligroso que los cinco talismanes estuvieran juntos en un mismo lugar, así que este lo colocamos aquí en Meridiem, concretamente en un lugar del portal de Soportújar, escondido y a salvo.

En el reflejo del agua, la imagen del brujo más anciano, de pelo cano y cejas tan frondosas como despeinadas, cerraba las manos alrededor de la piedra preciosa roja, la apretaba contra su pecho y, por último, la incrustaba en un pilar que se iluminaba con su contacto. A continuación, la imagen se detuvo en el brujo de la derecha, un anciano de pelo cano y cejas tan frondosas como despeinadas.

—Los hechiceros creamos el segundo talismán —dijo Zaida, y, acompañando sus palabras, la laguna nos mostró una piedra de color verde— y lo escondimos en la Comarca Magna, que es la comarca que se encuentra en el centro de Alboria y es la más extensa de todas. Se encuentra en su portal, en la Laguna Negra de lo que en tu mundo es la provincia de Soria.

Se repitió el patrón: le tocó el turno a un brujo que tenía un cinto en el torso. En su mano mostraba una piedra de un vistoso color amarillo.

—Los cambiaformas dejaron el suyo en la comarca del oeste o Imberis, concretamente en lo que para ti es Galicia —continuó la hechicera. Después, la única otra mujer que había aparte de Zaida y que llevaba el pelo cubierto por una cofia, hizo aparecer entre sus dedos una piedra preciosa de color violeta—. Los adivinos o brujos del

destino crearon otro talismán, que pusieron a buen recaudo en el portal de Borealia, que se encuentra en las cuevas de Zugarramurdi, que en tu mundo está en la provincia de Navarra.

Zaida se detuvo. No quedaban más retratos. Solo había cuatro brujos retratados en aquella sala, pero ella había dicho que eran cinco.

—Falta uno —dije.

Había un brujo más, al igual que sabía que faltaba un portal y un talismán. Faltaba un brujo y no me cupo duda. Debía de ser Airón. Después de la Gran Guerra, no habían querido conservar su retrato.

Zaida asintió. A mi lado, Tomás tragó saliva tan fuerte que hasta pude escucharlo.

—Como brujo del agua, Airón creó el último talismán —dijo Zaida. Pero, esta vez, la laguna no proyectó nada—. Y este se destinó al portal de la comarca de Solis.

Sin añadir nada más, Zaida hizo que la laguna reflejase un mapa de Alboria, con los cinco puntos brillando, iluminando cada uno de los portales en un color distinto. Verlo así me ayudó a comprender su composición. Alboria aparecía dividida en cinco regiones o comarcas cuyos portales conectaban con mi mundo en cinco puntos de España. La comarca del norte (Borealia) se comunicaba en su portal con Navarra; la comarca central (Magna), con Soria; la del oeste (Imberis), con Galicia; la comarca del sur (Meridiem), con Soportújar; y la del este (Solis), con Cataluña. Cinco puntos que en mi mundo probablemente fueran lugares llenos de misterio y leyendas.

—Un talismán en cada portal —susurré.

—Así es. Nos pareció que era la manera más efectiva de fortalecer el vínculo entre los dos mundos y asegurarnos de que la magia viviría siempre. —La sonrisa de Zaida tenía algo de melancólico—. Además, queríamos que los talismanes estuvieran separados entre sí.

—¿Por qué? —pregunté.

—Una acumulación de poder tan grande puede ser peligrosa si cae en las manos equivocadas —me respondió—. Alguien que se hiciera con los cinco talismanes se convertiría inmediatamente en el brujo más poderoso del mundo. Y nunca fue nuestro objetivo que algo así pudiera pasar. Precisamente buscábamos lo contrario: salvaguardar la magia por encima de todas las cosas. Por encima de nosotros.

Bueno, eso tenía sentido. De hecho, me había resultado incluso

fácil de comprender. Había cinco talismanes, escondidos en cada uno de los cinco portales de Alboria. Hasta ahí, todo claro. Solo había una pequeña cosa que no acababa de comprender: ¿qué pintaba yo en todo eso?

Miré a Zaida y a Tomás, un poco impaciente, y ellos se miraron entre sí.

Y, de pronto, lo comprendí.

Airón. Sus ansias de poder. Su obsesión por controlar la magia.

—Todo esto me lo estáis contando por Airón, ¿verdad? —adiviné —. Se le ha ido la pinza y ha empezado a coleccionar talismanes.

A Tomás se le escapó un poco la risa ante mi expresión, pero Zaida me miró muy seria, profundamente triste.

—No supimos verlo. No supimos darnos cuenta de lo que estaba ocurriendo y eso nos hace tan culpables como él —dijo, despacio—. No ocurrió de la noche a la mañana. Airón llevaba un tiempo diciéndonos que le parecía un error seguir reclutando aprendices en Oscúritas. Con la escasez de magia que había, creía que nos equivocábamos al extender su uso a cada vez más gente, gente que además no siempre terminaba por comprenderla y que a veces, y en esto tenía razón, no hacía un buen uso de ella. Le parecía que así solo estábamos poniéndola en peligro y estaba convencido de que el uso de la magia tenía que quedar reservada a unos pocos, a los brujos que realmente estuvieran comprometidos con la magia.

Aquello tenía un poco de sentido, en realidad.

—El problema —continuó Zaida— es que fue ganando adeptos y poco a poco cada vez era más gente la que seguía a Airón. Formaron entonces el famoso Culto de Airón. Una organización aparentemente inofensiva, un foro de debate sobre los buenos usos de la magia. Pero su discurso se fue volviendo más y más radical y, con ello, sus seguidores se tornaron más irracionales, más salvajes. No me cabe duda de que lo seguirían al fin del mundo sin hacerse preguntas. De alguna forma, es lo que está pasando. Lo primero que hicieron fue ir a recuperar el talismán que había creado Airón, reclamando que le pertenecía a él y solo a él.

—El de los brujos del agua, ¿no? ¿El que estaba en Solis? —dije, tratando de no olvidar ningún detalle.

La hechicera asintió.

—Eso ocasionó el principio de la guerra. Por aquel entonces, todavía no había ganado todos sus apoyos y conseguimos hacerle frente. Como resultado, su talismán se partió en dos y Airón solo pudo hacerse con una parte. Por suerte, la otra se escondió para que no pudiera encontrarla —dijo Zaida—. Pero eso no fue sino el principio de una guerra tan larga como dolorosa para todos. El Culto de Airón tomó la comarca de Solis e impuso su ley. Prohibió el comercio con otras comarcas y cerró el portal que lo comunicaba con Oscúritas, con el objetivo de que no pudiera acceder ningún otro nuevo brujo y de que el control de la magia quedase reducido únicamente a los miembros del culto.

Tomás intervino:

—Hace ya seis años que no hablamos con nadie de Solis —dijo—. Hasta las cartas están perseguidas. Y eso no es lo peor de todo… ¡porque después tomó Borealia!

—Así es —continuó Zaida—. Supongo que te diste cuenta. Cuando viajaste por primera vez a través del agua, apareciste en un pueblo de la costa de Borealia, la comarca del norte. Supongo que notaste el terror que había en el ambiente. No hace más de un mes que se hizo con su control.

Sí, recordaba perfectamente a los miembros del culto llegando a caballo y toda la algarabía que se montó alrededor, el caos de los comerciantes escondiendo mercancías prohibidas, el miedo de sus habitantes.

—Entonces ¿Airón manda en esas dos comarcas? —pregunté—. ¿Es algo así como un gobernador?

—Un líder supremo, más bien —me respondió Tomás, poniendo los ojos en blanco—. La gente lo adooora.

Fruncí el ceño.

—Y tiene también el talismán de Borealia, supongo —añadí.

—Efectivamente, acaba de arrebatarlo —me respondió esta vez Zaida—. Ya tiene dos de los cinco talismanes en su poder y cada vez se está haciendo más fuerte. Más poderoso. Supongo que no hace falta que te explique el peligro que eso supone. Y aquí, Ingrid, es donde comienza tu misión.

—No me lo digas. —Me crucé de brazos—. Quieres que recupere los talismanes que ha robado.

Una vez más, Zaida asintió.

—En efecto. Por primera vez, creemos que podemos adelantarnos a ellos. Tenemos informadores en el bando enemigo —me explicó—. Nos han hecho llegar que los miembros del culto acudirán a un torneo que se celebra en la Comarca Magna. Es la ocasión perfecta para pillarlos desprevenidos: no saben que los encontraremos allí y, en fin, los festejos siempre hacen que bajemos la guardia. No pretendo que te enfrentes a ellos, Ingrid. Si seguimos mi plan, podrás arrebatárselos sin que se den cuenta y traérnoslos de vuelta.

Me quedé en silencio unos instantes. El hechizo de Zaida se disolvió en el agua y desapareció para siempre mientras ella se frotaba las manos en su vestido de terciopelo. Yo tenía muchas preguntas.

—¿Y si me descubren? —dije al final.

—Nos encargaremos de que no lo hagan —respondió. Después caminó hacia mí despacio—. Saldrá bien, Ingrid.

Tragué saliva

—¿Cómo lo sabes?

—Porque así está escrito —dijo, y aquella confesión me dejó todavía más confusa. Se acercó lo suficiente como para apartarme el pelo detrás de la oreja—. No te dejes intimidar por reacciones como la de Diego. Mucha gente no creerá en ti, Ingrid, pero yo sí creo en ti. He vivido toda mi vida sabiendo que te conocería algún día y aquí estás. Si ese no es un motivo suficiente como para creer, ¿qué lo es?

Traté de contagiarme del optimismo que transmitía su sonrisa, pero una sensación desconocida e inquietante amenazaba con devorarme el estómago.

11

La Ceremonia de Iniciación

Aquella misma tarde, el Torreón era un ir y venir de personas. La escalera de caracol se había llenado de gente que correteaba en todas las direcciones, caritas nerviosas y expectantes y baúles que se transportaban escaleras abajo, llenos, supongo, de preparativos para la ceremonia. Por primera vez desde que había llegado, se respiraba un ambiente alegre en el Torreón de la Resistencia. Parecían los restos de una espontaneidad cotidiana que no se había vuelto a ver desde antes de la guerra.

Sobre la silla de mi cuarto, me habían dejado un vestido verde. Al verlo, resoplé. ¿Eso significaba que contaban conmigo? Si yo ni siquiera tenía claro que quisiera ir. No conocía a nadie. Es decir, sí, conocía a Tomás, pero hasta aquella misma mañana no había cruzado más de dos palabras con él y, aparte de él, tan solo me encontraría caras levemente conocidas y nada más.

A decir verdad, contaba con poder aprovechar el jaleo de la ceremonia para irme a la cama temprano. Había sido un día demasiado intenso. Dentro de mí, todavía parecía reproducirse la sensación que me había recorrido el pecho cuando miré frente a frente a aquella masa de agua que yo misma había elevado en el aire. Podía

sentirlo todo, absolutamente todo, si cerraba los ojos: la humedad en los pies, ese extraño calor en el estómago, la sensación de que aquella masa de agua estaba unida a mi piel, las manos de Diego bajo las mías.

Sentí un cosquilleo en la nuca.

Había sido lo más intenso que había vivido nunca.

Volví a abrir los ojos y me enfrenté de nuevo al vestido verde. Lo levanté para mirarlo bien y, al hacerlo, cayó una notita al suelo con mi nombre escrito. Me agaché para leerla: «Es el vestido tradicional de Alboria. Es un gran honor portarlo en el Día de la Gran Ceremonia de Iniciación. Te he guardado un sitio en la mesa presidencial, junto a mí».

¡Ugh, Zaida! Eché la cabeza hacia atrás, presa de la frustración. Era una experta en comprometerme a cosas sin preguntarme mi opinión primero. Todavía tenía en la cabeza sus palabras en la cueva, esa confianza tan ciega, tan irracional, que había depositado en mí. Me hacía pensar que había gato encerrado. Si de algo me había dado cuenta en esas dos semanas era de que no podía fiarme de las palabras de nadie. Todos callaban demasiado y me daba la sensación de que había intereses ocultos por todas partes. ¿Y ahora me reservaba un sitio en la mesa presidencial, ni más ni menos? Se había encargado personalmente de que no pudiera escabullirme aunque lo intentase.

El espejo de pie que había junto a la silla me devolvió mi reflejo, las mejillas casi tan rojas como mi pelo y mis ojos encendidos de rabia.

Traté de calmarme.

Había aguantado muchas cosas desde que había llegado allí; sin ir más lejos, estaba soportando todos los días el chantaje de Zaida a cambio del anillo de mi tía abuela. Podría aguantar una ceremonia de nada, ¿no? Una ceremonia era una tontería al lado de una misión suicida, a fin de cuentas. Agarré el vestido con las manos y lo superpuse sobre mi cuerpo, mientras valoraba mis opciones. Después cerré los ojos, tomé aire y empecé a quitarme las zapatillas con resignación.

El vestido era… No era incómodo, pero desde luego no era nada a lo que estuviera acostumbrada. A mí me gustaba ir en vaqueros. Los vaqueros eran algo así como mi uniforme, mi básico imprescindible,

un signo indiscutible de mi personalidad. ¿Ir al colegio? Vaqueros. ¿Ir de excursión? Vaqueros. ¿Boda de pariente lejano? ¡Ajá! Vaqueros. Mis padres ni siquiera habían intentado convencerme de lo contrario. Para mí, enfrentarme a una tela tan delicada y tan fina como aquella era como hacer un curso acelerado de ingeniería: no tenía ni idea de por dónde empezar. Lo deslicé sobre mi cuerpo y forcejeé un buen rato con las mangas hasta que descubrí el botón que bloqueaba la abertura de la espalda. Cuando conseguí sacar la cabeza, el pelo estaba encrespado y electrizado. Mi reflejo no mentía: parecía una esponja. Una esponja con un vestido pomposo y un ojo de cada color. No sabía si reír o llorar.

La talla era la correcta. La longitud de la falda llegaba a la altura de mis tobillos y ondeaba con mis movimientos. La cintura se ajustaba a mí, pero era lo suficiente holgada como para que pudiese respirar. En la espalda había una cinta que se entrelazaba y me daba la sensación de que podía ajustarse, pero estaba suelta y no sabía qué tenía que hacer con ella, así que la dejé así. De todas formas, lo que más odiaba eran las mangas, abullonadas en los hombros, como sacadas de hace un par de siglos. Como pude, me cerré el botón que me quedaba a la altura de la nuca y me peiné el desastre de pelo con los dedos.

En fin. Tendría que bastarles así.

Volví a las escaleras. Nadie me había indicado el lugar en el que se celebraría la Gran Ceremonia, pero no fue necesario. Había un gran grupo de gente muy arreglada, algunos con trajes y vestidos, y otros tantos con túnicas y accesorios como cofias, parches o cintas de cuero. Sus atuendos eran cuando menos peculiares y, en cambio, sentí que era yo quien acaparaba las miradas curiosas cuando me abrí paso hacia el Salón de Ceremonias. Me crucé de brazos, incómoda, al encontrarme con algunas de ellas. Algunos murmuraban cosas que no podía entender y yo… Yo solo quería que me tragase la tierra. Tenían que estar hablando de mis ojos, claro. ¿Qué otra cosa podía ser?

Vi a Zaida a lo lejos y caminé decidida hacia ella, deseando poder esconderme detrás de su vestido o camuflarme con el mantel hortera con el que habían cubierto la dichosa mesa presidencial.

—Ingrid. —Alzó la mano hacia mí y me indicó que me acercase. Cuando estaba casi a su lado, me miró de arriba abajo y, con

discreción, llevó una mano a mi espalda, tiró de las cintas de mi vestido y las ajustó para después cerrarlas en un lazo. Me dedicó una sonrisa cómplice—. Qué bien que hayas venido.

Genial. Ahora encima no podía respirar.

—¿Es que tenía otra opción? —pregunté, con falsa inocencia.

Como toda respuesta, Zaida me sonrió. Después se inclinó sobre la mesa para coger una copa e hizo tintinear una cucharilla en ella para llamar la atención de los invitados. Lo consiguió al instante y toda la sala, abarrotada de grupos que charlaban animadamente, quedó en silencio, expectante ante sus palabras.

—Amigos, amigas, que dé comienzo la Gran Ceremonia —anunció.

Y el público entero estalló en aplausos.

Desde la mesa presidencial, teníamos una vista privilegiada del escenario. Un grupo de chicos y chicas de varias edades saludaban desde allí al público, haciendo una ostentosa reverencia. Cuando los aplausos cesaron, abandonaron el escenario por los pasillos laterales y el público tomó asiento. Entonces me di cuenta de que en mi mesa no solo estábamos Zaida y yo, sino que a nuestro lado había varios brujos elegantes que tenían libretas y unas plumas alargadas. Debían de ser el tribunal, los encargados de dar una puntuación a los aprendices. Estaban muy serios. Les eché una ojeada curiosa. No me extrañaba que Tomás les tuviera tanto respeto.

Apareció un grupo de chicos y chicas de nuevo en el escenario. Lo único que tenían común era un cinto de cuero que les cubría la ropa.

—Son los cambiaformas —me susurró Zaida.

Los músicos que había al fondo comenzaron a tocar y, con ello, dieron comienzo a una coreografía de la que participaron todos, al principio bailando en un gran círculo, alzando sus brazos y uniendo las palmas de sus manos con sus compañeros. Hasta ese momento, nada lo hacía excesivamente distinto de los bailes de fin de curso que había vivido ya en varios colegios, pero todo cambió en el instante en que el primero de ellos adoptó la forma de una paloma. El público aplaudió. Y, entonces, la chica que iba detrás, una niña más bajita, se convirtió rápidamente en un gato. Me quedé mirando el espectáculo sin respirar, asistiendo a cómo, poco a poco, todos los miembros del círculo iban adoptando formas de animales en un baile hipnótico.

Giraban y giraban, se entrelazaban los unos con los otros, mutando su apariencia una y otra vez, hasta que era imposible seguirles la pista. No había visto nunca nada parecido. El público exclamaba, vitoreaba y aplaudía. Y, con una última señal de violín, todos y cada uno de ellos recuperaron su forma humana y sus cintos, e hicieron una última reverencia al mismo tiempo. Aplaudí, yo también fascinada.

—Ahora van los hechiceros —me informó Zaida, con una sonrisa que no se preocupaba en absoluto por esconder algo de orgullo personal ante lo que estábamos a punto de presenciar.

Eran los suyos, claro.

Una vez más, el escenario se llenó de muchachos de todas las edades, esta vez ataviados con un traje que solo tenía en común unos guantes largos que llegaban a la altura del codo. Algunos de ellos prácticamente alcanzaban la edad adulta y, en cambio, en medio de todos ellos, había un niño verdaderamente bajito que no tendría más de seis años. La imagen me hizo sonreír. Se veía muy pequeñito con esos guantes tan largos. Uno de ellos se le escurría todo el rato. Y entonces, de entre el público, un chico se levantó para acercarse a él y ayudarlo a colocárselo bien.

Era Diego. Miré a Zaida por el rabillo del ojo.

—Es su aprendiz —me explicó—. El aprendiz más joven de esta ceremonia.

Aquello me pilló por sorpresa. ¿Diego mentor? Me costaba imaginármelo. No tenía mucha idea de cómo funcionaba lo de los mentores, pero, por lo que Tomás me había explicado del suyo propio, me los imaginaba como personas con una gran empatía, con mucha paciencia y mano izquierda. Diego no daba el perfil para nada, ¡al contrario! Parecía que le gustaba llevar la razón en todo y era un experto en hacerme el vacío cuando hablaba de cosas que tenían que ver conmigo. Me costaba imaginármelo en ese rol.

Aunque era cierto que había conseguido ayudarme a hacer magia. Había sabido qué decirme exactamente para que pudiera conectar con el agua y entender su funcionamiento. Me frustraba reconocerlo, pero eso se le había dado sorprendentemente bien.

Me quedé observándolo mientras ajustaba el nudo del guante de aquel niño. Me pareció que le estaba diciendo algo, tal vez le estaba transmitiendo un último consejo antes de que comenzase su

ceremonia, e incluso vi que le apretaba el hombro y le recolocaba el pelo antes de abandonar el escenario. Alcé las cejas y sonreí sin poder evitarlo.

De inmediato, me obligué a apartar la mirada. Pero ¿qué hacía yo pensando en esas cosas? ¿Y qué me importaba a mí? No lo conocía de nada. Había tenido un momento de conexión en la cueva, sí, ¿y qué? El resto del tiempo había sido bastante desagradable conmigo. Ni siquiera entendía por qué me sorprendía tanto.

Volvió la música y, con ella, comenzó la ceremonia de los hechiceros. Tal y como sospechaba con Zaida, los hechiceros podían hacer… prácticamente de todo. Aquello fue un espectáculo visual, efectista, lleno de juegos elementos de fuego, objetos pesados suspendidos en el aire, luces y colores. Zaida aplaudía entusiasmada. Me iba a reventar los oídos.

A continuación, le tocó el turno a los alquimistas. A estos los identifiqué enseguida, y no ya solo porque todos llevasen la misma túnica o porque aparecieran cargados con maletines y calderos, sino porque distinguí a Tomás entre ellos. Por primera vez desde que había empezado la ceremonia, fui yo quien se irguió en el asiento, expectante. Sabía lo importante que era para él sorprender, hacerlo bien. Se jugaba mucho aquella noche. Los músicos entonaron una canción mucho más tranquila, adecuada para el ritmo pausado de esta exhibición, en la que los brujos terminaban sus mezclas preparadas frente a unas mesas en absoluto silencio y concentración. Tomás estaba nervioso. Le temblaron las manos al utilizar el cuentagotas y me pareció que en el último momento no tenía claro si había echado dos o tres gotas del último ingrediente, y aquello le hizo dudar unos segundos. Se limpió el sudor de la frente, dudando, pero decidió esperar. Y esperó un rato más. Apreté las manos, nerviosa. En su botecito no ocurría nada. El público esperaba impaciente, se oyó algún carraspeo en el fondo de la sala, y todo apuntaba a que su poción iba a ser un estrepitoso fracaso. Y entonces, como si nada, del botecito emergió una pequeña bola de humo rosa que no mediría más de un centímetro.

Y el público entero estalló en un rugido de júbilo y admiración.

Yo no entendía nada, ni sabía qué era esa bolita de humo ni por qué todo el mundo se ponía como loco al verla si era tan pequeñita,

pero tenía claro que eso debía de ser algo bueno. Debía de serlo porque el tribunal apuntaba rápidamente en sus libretas, así que yo misma me puse de pie y aplaudí con todas mis fuerzas, contenta por él. Tomás se ajustaba las gafas, sonriendo con timidez, sin perder de vista la reacción del tribunal. ¡Los había sorprendido de verdad! No tenía ni idea de qué había hecho, pero era evidente que, fuera lo que fuese, había sido algo raro y difícil de conseguir. Justo lo que necesitaba para obtener una muy buena puntuación en la ceremonia. Después de haber escuchado su historia, no podía estar más contenta. Si alguien se merecía cumplir su sueño (aunque fuese un sueño tan friki como convertirse en Maestro Boticario), desde luego era él. Su mentor tenía que estar muy orgulloso.

Los alquimistas abandonaron el escenario y fueron sustituidos por un grupo de brujos bastante más reducido. Había algo inquietante en ellos, algo que no sabía explicar bien. Y no solo porque llevaran unas cofias extrañísimas encima de las cabezas. No era eso. Había algo más.

—Son los adivinos, ¿verdad? —le pregunté a Zaida.

—Los brujos del destino, así es.

No sabía por qué, pero lo sabía. A su alrededor, se había generado un ambiente incómodo, espeso. Sus mentores los ayudaron a colocar sobre el escenario unos espejos idénticos a los de la sala a la que me había llevado Zaida la primera vez. En esta ocasión, no hubo música. Tal vez por no distraerlos. Por no sugestionarlos. Uno a uno, se fueron colocando en el centro del escenario, para cerrar los ojos mientras el espejo que tenían detrás proyectaba alguna imagen. Sin duda, de todos los espectáculos, era el más siniestro. ¿Esos espejos eran… sus visiones? Debían de serlo. Quería preguntárselo a Zaida, pero de alguna forma sabía que era mejor no decir nada en ese momento. Recordaba lo que me había explicado en la sala de los espejos: algunas de sus visiones sucedieron en el pasado, otras estaban ocurriendo en ese mismo momento, otras iban a suceder y algunas no sucederían nunca. Traté de recordármelo cuando vi algunas de esas imágenes en los espejos. Algunas de ellas me parecían verdaderas tonterías, unas parecían mostrar una versión antigua de la ciudad de Soportújar, pero otras eran verdaderamente oscuras e inquietantes. La última era una de ellas y me provocó una sensación angustiosa en el pecho. Parecía tratarse del fondo del mar. Había un oleaje furioso que chocaba contra

unas rocas. O no, tal vez no eran rocas. Parecían las escaleras de un castillo que emergía directamente desde el mar. Y había una criatura extraña, terrorífica, a la que no llegábamos a ver por completo. Sonó un chillido agudo, terrible, cargado de dolor. Y después…

… después estaba yo.

Era yo, no había ninguna duda. Mis ojos eran inconfundibles. Solo era una imagen de mi rostro, de mi expresión de terror, mis labios entreabiertos. Y, después de eso, nada más.

La sala entera quedó en silencio.

Los aplausos tardaron en llegar tal vez dos o tres segundos, lo suficiente para sentir que el tiempo se dilataba, que se ensanchaba y deformaba en el salón. Podía escuchar los latidos de mi propio corazón.

¿Qué hacía yo allí?

El público siguió aplaudiendo.

Yo creía que me iba a caer de la silla.

Reuní fuerzas para mirar a Zaida, pero ella no hizo lo mismo conmigo. Con la vista fija en el escenario, volvió a coger su copa y llamó la atención del público.

—Gracias a todos —dijo, con aparente alegría—. Cada año, esta ceremonia da muestra del gran talento que existe en Alboria. Cada año, nos muestra el infinito tesoro que tenemos cada uno de los habitantes al haber recibido el don de poder comunicarnos de esta manera con la magia. Pero este año es más especial si cabe. Es más importante que nunca que seamos conscientes del valor de nuestros mentores y asistir al potencial de lo que sus aprendices pueden hacer por la supervivencia de la magia.

Una vez más, aplausos. Aplausos ensordecedores a mi alrededor. Yo aplaudí también, aún aturdida, tratando de recuperarme a duras penas del estupor de verme ahí, en el espejo que reflejaban los brujos del destino. Por un momento, se me cruzó fugazmente el pensamiento de que no habíamos visto a ningún brujo del agua en la ceremonia, pero, antes de que pudiera analizarlo, Zaida siguió hablando:

—Muchos de estos aprendices nacieron en Oscúritas y no nos avergonzamos de decirlo —dijo—. Si no hubiera sido por nuestros valientes mentores, si no hubieran recibido esa mano amiga, jamás habrían descubierto su don. No dejéis que os engañen. Cada vez que

un niño abre los ojos a Alboria, la magia se hace más fuerte.

Los aplausos sonaban como los rugidos de un león. Zaida esperó a que acallasen.

—Hay personas que han aprovechado un momento muy duro para decir cosas como que la magia solo debe estar en manos de un grupo de expertos. Que no debe abrirse a todo el mundo. Pero quiero que sepáis que eso es solo un intento de jugar con vuestro miedo. Un plan para controlaros y que le cedáis el poder solo a él. Pero ¿sabéis qué os digo? —Zaida sonrió y alzó las manos hacia el público—. Que nos subestiman.

Los vítores de los asistentes eran tan fuertes que costaba escucharla. Zaida tuvo que elevar el volumen de su voz.

—¡Mirad a vuestros aspirantes! —exclamó—. ¡Os aseguro que la magia es hoy más fuerte que ayer! ¡Más fuerte con cada uno de ellos! Y, por eso, hoy vamos a demostrarles algo a ese grupo de brujos que se hacen llamar el Culto de Airón. Vamos a demostrarles que la magia no se controla. Que la magia no le pertenece a nadie. —Hizo una pausa—. ¡Y, sobre todo, vamos a demostrarles que no les tenemos ningún miedo!

Me recorrió un escalofrío. La emoción del público era evidente. Zaida sonaba valiente y su voz parecía la esperanza en un mundo al borde de ser abatido, pero que todavía encontraba las fuerzas para pelear.

Zaida esperó a que las voces se fueran acallando poco a poco y, cuando ya habían quedado reducidas a un murmullo uniforme, continuó:

—Hoy los brujos del destino han mostrado una imagen que sé que no está exenta de cierta controversia —dijo. Se me encogió el corazón. ¿Se refería a mí?—. Sé que muchos han dudado, pero yo no. Yo llevo tiempo sabiendo que llegaría el momento, he esperado pacientemente y el universo me ha dado la razón. —Efectivamente, Zaida se giró hacia mí. Abrí mucho los ojos, espantada. Tenía la atención de toda la sala sobre mí—. Ingrid se ha unido a la Resistencia y ya está lista para emprender su misión. Mañana mismo, partirá al alba para recuperar los talismanes que Airón nos ha arrebatado.

No hubo vítores esta vez. A sus palabras, les siguió un silencio sepulcral. A mí me temblaban las rodillas.

—Pero Ingrid no partirá sola —añadió.

No sé si lo que sentí fue sorpresa, alivio o indignación por estar enterándome de algo así allí, al mismo tiempo que todo el mundo. Probablemente, fuera una mezcla de todo. Empezaba a estar cansada de sentirme un títere de los planes de Zaida y de comprender, una y otra vez, que lo que yo opinara le traía sin cuidado.

De todas formas, bien pensado, era lógico, era hasta cierto punto esperable que alguien me acompañara. La idea de mandarme sola, a mí, que no tenía ni idea de este mundo ni prácticamente de hacer nada de magia, era demasiado surrealista. Supuse inmediatamente que Zaida me acompañaría. A fin de cuentas, se había encargado desde el primer día de tratar de enseñarme a controlar sus poderes.

Era lo más lógico. Lo más prudente.

—Diego la acompañará.

«Espera, ¿qué?».

—¿Qué? —exclamé, al parecer también en voz alta.

Me había puesto de pie sin pretenderlo, el corazón me latía a toda velocidad. Miré a Zaida, que parecía tranquila y segura de su decisión. Después, busqué a Diego entre el público y lo encontré enseguida. Parecía tan sorprendido como yo. Es más: parecía molesto.

Todo el público se había girado esta vez a mirarlo a él y se había formado un murmullo extraño, una especie de incomodidad unánime que me hacía comprender que me estaba perdiendo algo. La gente cuchicheaba y miraba a Diego con una expresión como de lástima. De compasión.

Sentí que mi estómago hervía de rabia. Lo último que necesitaba era eso: que obligasen a alguien a acompañarme en contra de su voluntad. Y más a alguien que iba a estar explicándome la vida durante toda la misión, tratándome como a una inútil que no se enteraba de nada. ¿De verdad no había nadie mejor en todo Alboria para venir conmigo?

Diego aguantaba la escena con estoicismo, pero no se me escapó la manera en la que miraba a la hechicera mayor.

—Zaida —dijo, simplemente.

Supongo que no le hacía falta decir mucho más en realidad. Por la expresión de su cara, dejaba muy claro que habría preferido que se lo tragase un dragón a tener que acompañarme. La hechicera alzó una

mano hacia él para acallar cualquier intento de queja por su parte.

—En estos días, has demostrado ser de gran ayuda para Ingrid —le dijo—. Has sido mentor hasta esta noche, tu aprendiz ha sorprendido al tribunal con un gran resultado pese a su juventud y ha quedado clarísima tu aptitud para enseñar. Ahora que tu aprendiz se ha certificado, ya estás libre para tomar a otro. Será Ingrid.

¡Lo que me faltaba!

¿Diego mi mentor?

Pero bueno, ¿es que nadie iba a consultar nada conmigo nunca?

—Pero Zaida… —se quejó el chico. Los murmullos a su alrededor crecían y él parecía querer escapar corriendo.

La hechicera lo interrumpió.

—Te agradecemos enormemente el sacrificio que vas a hacer por esta misión y no te quepa duda de que recordaremos siempre tu generosa contribución a la Resistencia —dijo Zaida y, ante un nuevo intento de queja de Diego, se apresuró a añadir—: Estoy segura de que tus… conocimientos en la materia serán de gran ayuda para Ingrid.

Ahora el murmullo ya no era un murmullo. La gente hablaba embravecida, escandalizada, y yo no entendía nada de lo que estaba sucediendo a mi alrededor. ¿Sus conocimientos? ¿Sus conocimientos de qué? ¿No debería yo tener un mentor que fuese un brujo del agua, por ejemplo? ¿Qué demonios pintaba Diego en mi enseñanza y por qué todo el mundo lo miraba así, tan atento a su reacción? Solo les faltaban las palomitas.

Zaida pidió silencio, alzando las manos. Después, añadió:

—De todas formas, soy consciente de la dificultad de la misión y del peligro al que los expongo. Por eso, me gustaría pedir un voluntario más. Alguien que se ofrezca a acompañarlos —continuó—. Creo que sobra decir que será considerado un gran mérito en el expediente de cualquier aspirante.

Pese a lo que pudiera prever, a sus palabras las siguió un silencio absoluto y nadie, absolutamente nadie en la sala, se movió ni un ápice. Algunos se miraron entre sí, buscando con los ojos a algún valiente que no aparecía, y de vez en cuando sonaba un discreto carraspeo al fondo de la sala. Pero eso era todo.

A mí me pareció que pasaba una eternidad. Esto era un poco como cuando creaban grupos de baloncesto en el colegio y me tenía

que quedar esperando a que uno de los dos bandos me escogiera, cosa que no ocurría nunca. Era igual de incómodo, igual de hiriente. Casi podía notar la incomodidad de Zaida a mi lado. «No, Zaida —quise decirle—, nadie quiere ayudarnos. Lo creas o no, a todo el mundo le parece una locura».

Pero entonces una vocecita emergió de entre el grupo de aprendices:

—Yo. Yo lo haré.

El murmullo de la gente escondió la voz del chico, que tuvo que abrirse paso entre las filas y alzar el brazo en alto para que por fin pudiera reconocerlo: era Tomás. Abrí la boca y miré a Zaida, horrorizada, esperando que dijese algo para quitarle la idea de la cabeza inmediatamente. ¿Tomás, en serio? Tomás era un cerebrito. Llevaba estudiando una cantidad de tiempo absurda para poder ser Maestro Boticario, era su sueño y lo tenía tan cerca, ¡si hasta parecía que había conseguido sorprender al jurado con esa… burbujita de humo, fuese lo que fuese! Tenía todas las posibilidades de cumplir lo que tanto había soñado. ¿Y pensaba tirarlo todo por la borda? No podía hacerlo. Ni hablar.

—Zaida, no puedes dejar que lo haga —dije.

Tomás tenía el pecho hinchado, los hombros atrás, la mirada alta. Aun así, no era difícil distinguir el temor que se ocultaba detrás de los cristales de sus gafas. Puede que fuera un muy buen alquimista, pero no daba ni la más mínima sensación de ser un aventurero.

—Es muy valiente por tu parte, Tomás —dijo Zaida, ignorándome por completo—. Y te estamos muy agradecidos.

Apreté las mandíbulas, furiosa.

Tomás asintió, muy serio, y dio un paso hacia atrás para volver a su sitio.

Todo esto era un error. Un tremendo error. ¿Cómo no podía darse cuenta? Todos y cada uno de los asistentes a la ceremonia estaban de acuerdo conmigo, no hacía falta más que ver sus caras, ¿cómo no iban a estarlo? La misión era una locura. Mandar a una novata, ¡porque eso era, a fin de cuentas!, a robarle dos talismanes a un brujo enloquecido que además había resultado ser uno de los más poderosos de Alboria. Normal que no hubiera voluntarios.

—Bien, así sea —volvió a hablar Zaida, elevando la voz para dar

por zanjada la ceremonia—. No nos detendremos ni un minuto más. Tomás, Diego e Ingrid partirán a…

No le dejaron continuar. La cabeza de un anciano se asomó de entre los hombros de varios brujos y su voz se expandió por la sala hasta llenarla por completo:

—¡Has perdido el juicio, Zaida! —le dijo.

¡Vaya, al fin alguien que decía algo con un poco de sentido!

—Soy consciente de que no todos compartís mi creencia —le replicó ella, muy tranquila—. Pero los brujos del destino fueron muy claros con respecto a la profecía y, hasta ahora, todo cuanto han adivinado se ha cumplido.

Arrugué las cejas. ¿La profecía? ¿Qué profecía?

—¡La profecía está llena de las habladurías de un chiflado! —volvió a gritar el señor enfadado. Después, señaló en medio de la sala, en algún lugar cerca de donde se encontraba Diego—. Ya hemos pagado bastante las consecuencias de creer a ciegas en alguien por culpa de una profecía, ¿no te parece?

Un nuevo revuelo se asentó en la sala y contagió a la gente. Esta vez, a Zaida le costó más acallar las quejas de la gente. Todos hablaban y daban su opinión sin orden ni concierto. En medio del caos, mis ojos se detuvieron en los de Tomás, buscando alguna respuesta en ellos. Buscando decirle: «Por favor, Tomás, por favor, no lo hagas. Estás loco». Creo que, a su manera, me entendió.

Pero no dijo nada. Solo me sonrió.

12

El camino

Si hubiera sido por Zaida, habríamos partido esa misma noche, pero la insistencia de Diego consiguió que invirtiésemos dos días más en prepararme para lo que se avecinaba. Menos mal que le hizo caso. Por lo visto, lo primero que tenía que hacer era llevar a mis compañeros a otro punto de Alboria utilizando el agua.

En otras palabras: teletransportarme.

Cuando Zaida me lo dijo, pensé que me estaba tomando el pelo. Me lo contó con tanta tranquilidad y naturalidad que hacía parecer que me estaba pidiendo algo tan sencillo como que me atase los cordones de las zapatillas. «Oh, pero si ya lo has hecho, Ingrid, dos veces, además», me dijo, y yo no pude evitar soltar una carcajada. Puede que lo hubiera hecho dos veces, sí, pero ninguna de ellas había sido verdaderamente consciente. ¿Cómo esperaba que pudiera repetirlo?

Durante dos días, practicamos sin descanso, desde que el sol aparecía hasta que se ponía en el horizonte. Primero, empezamos practicando con pequeños trucos que involucraban mover piedrecitas de un lado a otro de un lago, y después, cuando aquello ya había conseguido dominarlo, empezamos a probar con nosotros mismos. Al

parecer, lo único que tenía que hacer para que vinieran conmigo era cogerlos de las manos.

Yo estaba convencida de que no lo conseguiría, pero, pese a mis dudas, al segundo día de entrenamiento fui finalmente capaz de transportarnos a los tres de una punta a la otra del pueblo. Jamás se lo reconocería, pero era cierto que fue más fácil de lo que parecía. De todas formas, ni siquiera tenía la sensación de ser yo la que estuviera haciendo nada. Tan solo me colocaba en el agua, me relajaba y me concentraba en el lugar al que quería ir. Normalmente, me encontraba allí cuando abría los ojos.

Seguía sin acostumbrarme a esa sensación, sin embargo. Mi estómago se me quedaba flotando un buen rato, inestable, y más de una vez había sentido ganas de vomitar.

El mayor problema para mí era la idea de transportarnos a un sitio en concreto. ¡Como si yo supiera cómo hacer algo así! Con precisión, además, ¡como si fuera lo más fácil del mundo! Decía que tenía que concentrarme, pensar en la Comarca Magna, y concretamente, por si eso me ayudaba, en lo que en mi mundo era la ciudad de León. Allí era donde, según nuestros informadores, se celebrarían los festejos a los que acudirían los miembros del Culto de Airón. La idea era pillarlos desprevenidos, robarles los talismanes sin que nos descubrieran y volver a Soportújar.

Voilà! Maravilla. Un plan sin fisuras, sí. Todo eso sonaba muy bien, pero había un pequeñito problema: yo ni siquiera había estado en León. Ni en el León de Alboria ni en el León de mi mundo, vaya. ¿Cómo iba a ser capaz de llegar a su correspondencia en Alboria, en la Comarca Magna, si no tenía ni idea de cómo era ni de cómo imaginarlo?

A Zaida no le parecía un inconveniente, por supuesto. Ella estaba segura de que el agua me ayudaría a saber dónde tenía que ir y que todo iría como la seda.

¿Francamente? Su falta de dudas me resultaba muy irritante.

En esos dos días, Diego apenas me dirigió la palabra. De hecho, si me miraba era solo cuando estaba absolutamente obligado a hacerlo, como cuando tenía que cogerme de la mano para practicar mi técnica de teletransporte. Por lo demás, había conseguido afinar su técnica y se las apañaba para mirar al suelo, al techo, al agua o a cualquier otro

tipo de elemento que no fuese mi cara.

Si no hubiera sido porque sí me sentía culpable por estar arrastrándole a una misión suicida en contra su voluntad, me habría encantado decirle que no era conmigo con quien tenía que pagar su frustración. Tenía a Zaida ahí delante, ¿no? Zaida, con su fe inquebrantable y ese discurso tan raro sobre profecías, brujos del destino y la misión que no iba a fallar. Si quería rendir cuentas con alguien, en fin, tenía un blanco perfecto.

Pero, al final, el desplante de Diego solo hizo que Tomás y yo nos uniéramos más, a la fuerza, y ya nos habíamos acostumbrado a buscarnos en todas partes, a comer juntos en el comedor y a quedarnos un rato charlando en las escaleras del Torreón antes de irnos a dormir. Pero no siempre hablábamos. A veces, simplemente, nos íbamos a alguno de los balcones a mirar Soportújar en silencio y disfrutar de la leve brisa que se levantaba por las noches, sin decirnos nada.

Al tercer día de entrenamiento, Zaida decidió (ella sola, como siempre) que estábamos preparados para emprender nuestra marcha. Nos avisó a mediodía. Yo preparé una pequeña mochila con algo de ropa y un bocadillo y acudí a la misma laguna donde habíamos estado practicando. Cuando llegué, ya estaban todos allí. Al igual que yo, Diego llevaba apenas un pequeño macuto y se había atado una sudadera a la altura de la cadera. Tomás, en cambio, había elegido una mochila tan grande que podía hacerle perder el equilibrio en cualquier momento.

Sonreí al verlo.

—¿Te has traído todos tus libros? —bromeé.

—Todos no —se defendió—. Solo los más importantes.

Ay, madre, que iba en serio.

—No perdamos más tiempo —nos interrumpió Zaida—. Introducíos en la laguna hasta la altura de los tobillos, como habéis practicado. Es importante que acudáis de inmediato. No hay ni un minuto que perder. Cuando lleguéis a León, buscad sin preámbulos la Justa de Caballeros, ¿de acuerdo? Estarán allí. Mi contacto os esperará para daros más instrucciones y os ayudará a distraerlos para que podáis recuperar los talismanes. ¿Lo tenéis todo claro?

Tomás y yo nos miramos, conteniendo una risa nerviosa. «Todo

clarísimo», quise decir, irónica, porque lo cierto era que no, claro que no lo tenía nada claro. Desde la Ceremonia de Iniciación, Zaida no había podido ser más hermética ni enigmática. Le había preguntado una y otra vez por todas esas cosas que no había entendido. Había tanta información a medias, tantas cosas que creía haber escuchado sin comprender… ¡Por no hablar de la visión que los brujos del destino habían tenido sobre mí! Pero no, Zaida no había encontrado el tiempo para satisfacer mi curiosidad. «No hay tiempo que perder en explicaciones, Ingrid», me decía siempre, alentándome a que siguiera practicando y me preparase para la misión.

¿Y ahora me preguntaba que si lo tenía todo claro?

¡Pues claro que no!

—Muy bien —continuó la hechicera, totalmente ajena a mi frustración—. Entonces vamos allá. Yo me colocaré frente a vosotros, ¿de acuerdo? Haré un hechizo que refuerce tu potencia mágica para que no te quedes corta, Ingrid, pero ya sabes que debes ser tú, y solo tú, quien se comunique con el agua.

Se colocó justo delante de nosotros. En aquella ocasión, había escogido un vestido tan blanco como su pelo, y la visión de su reflejo estirado en el agua, una figura tan tan blanca, me provocó un escalofrío. Cerró los ojos y empezó a murmurar su hechizo en una voz tan bajita como imperceptible. A mi izquierda, Tomás me tendió una mano, mirándome a los ojos. La cogí con fuerza, respirando hondo. Cuando me giré hacia Diego, lo encontré con la vista fija en el agua, pero, eso sí, la mano tendida hacia mí. La agarré igual, con firmeza.

Cerré los ojos tratando de no dejar que eso me afectase. Tenía que concentrarme, y en los últimos días había conseguido aprender a hacerlo bastante bien. Escuché el murmullo de Zaida, cada vez más lejano, sus palabras, rítmicas, sonando de fondo como una canción, como el palpitar de mi corazón. El agua empezó a burbujear bajo mis pies, aumentando su intensidad, trepando por nuestras piernas hasta alcanzar la altura de la cintura.

«Llévame a Magna», dije dentro de mí.

Sentí la mano de Tomás apretarme con un poco más de fuerza justo antes de que el agua nos cubriera por completo y la voz de Zaida se perdiera en la nada.

Abrí los ojos con dificultad.

Tenía el pelo empapado pegado a la cara y me costaba respirar. Tomás tosía fuertemente a mi lado, agarrándose las costillas. Me sequé la cara como pude con el dorso de la mano y eché una ojeada a mi alrededor. Ya no estábamos en la laguna y el paisaje había cambiado por completo. Ahora nos encontrábamos en un bosque frondoso lleno de hayas, surcado por un riachuelo y una espesa vegetación que explotaba en distintos colores.

—¿Lo he conseguido? —dije, esperanzada—. ¡Lo he conseguido!

Salté, presa de la euforia. Jamás hubiera pensado que Zaida tuviera razón y que yo sería capaz de hacer algo así. Por mucho que lo hubiera hecho antes, nunca había sido un gesto consciente, y en cambio ahora… había hablado con el agua, se lo había pedido, había sentido el impulso de sus manos invisibles llevándome adonde yo quería. Cogí a Tomás por los hombros, que seguía todavía sin parar de toser, y lo zarandeé, emocionada.

Pero entonces, por supuesto, la voz de Diego a mis espaldas se apresuró a arruinarme el momento:

—Yo no estaría tan seguro —me corrigió.

Me di la vuelta para enfrentarle y no pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Por qué no, a ver? —pregunté y señalé a mi alrededor—. Hemos viajado, ¿no?

—¿Tú ves algo a tu alrededor que te recuerde a León? —dijo, mientras intentaba librarse del agua que se le había colado en las orejas.

Me encogí de hombros, confusa.

—Nunca he estado en León, ya os lo dije.

—Pues así no es —respondió, cortante—. Mira a tu alrededor: estás en un bosque. Aquí no hay nada. Deberíamos estar viendo una ciudad.

Yo resoplé, frustrada.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —le espeté—. Se supone que no es León León, ¿no? Que es el León de vuestro mundo, Magna, ¿no?

Diego respiró hondo, como si se diera cuenta del error.

—Magna es la comarca. Dentro de la Comarca Magna hay una ciudad que se llama León también, y se parece muchísimo a la que

existe en Oscúritas. Igual que hay un Soportújar tanto en Alboria como en tu mundo —me explicó como si hablara con una niña pequeña incapaz de comprender los conceptos más básicos de su existencia—. Ambos mundos son iguales, ¿entiendes? Es como si uno reflejase al otro. Puede que aquí llamemos con un nombre diferente a las regiones y a veces también a algunas ciudades, pero visualmente los mundos son casi idénticos y geográficamente…

—Que vale, que sí, que me he equivocado —lo interrumpí—. ¿Contento?

Diego abrió mucho los ojos.

—¡Pues claro que no estoy contento! —exclamó—. ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?

—Chicos… —Ambos nos giramos hacia Tomás, que nos miraba con una brújula en la mano. Al menos, algo parecido a una brújula. En realidad, aquel cachivache era mucho más que una brújula. Me acerqué para echarle un vistazo y descubrí que no solo marcaba la dirección, sino que incluía una multitud de símbolos que yo no entendía en absoluto. Tomás, claramente, sí—: Estamos a 157 kilómetros de León. No es tan terrible.

Respiré hondo, aliviada, aunque no tenía tan claro que fuesen buenas noticias.

—¿Podemos hacerlo a pie? —pregunté.

—Tardaríamos varios días —le respondió Tomás, negando con la cabeza—. Para cuando lleguemos, los festejos habrán terminado y habremos perdido nuestra oportunidad con el Culto de Airón. Creo que Ingrid debería volver a intentar transportarnos.

—¿Y si nos deja más lejos todavía? —replicó Diego.

Yo me crucé de brazos, ofendida y preparada para rebatirlo, pero pronto me di cuenta de que no tenía ningún argumento para hacerlo. En realidad, no terminaba de estar segura de lo que estaba haciendo y nuestro viaje me había dejado más agotada de lo que me hubiera gustado admitir. No podía asegurarles no volver a equivocarme por segunda vez y, encima, empeorar la situación. No podía cargar con una responsabilidad tan grande.

—Estoy de acuerdo —dije muy a mi pesar.

—Esperad. —Tomás irguió la cabeza—. ¿Escucháis eso?

Nos quedamos en silencio.

Al principio no oía nada, pero, al cabo de un rato, empecé a distinguir el trotar de un caballo, muy a lo lejos.

—¿Son ellos? —dije, asustada—. ¿Son los miembros del culto?

—Solo hay una forma de saberlo —dijo, y tiró de mí antes de empezar a correr hacia donde provenía el sonido.

En medio de la nada, rodeado de hierba y arbustos, había un camino de tierra que claramente llevaba a alguna parte. Nos escondimos cerca, cubriéndonos por un árbol, esperando a que se acercaran y pudiéramos identificarlos.

—Ahí vienen —dijo—. ¿Lo veis, a lo lejos?

—No parece el culto —le respondió Diego—. No veo sus emblemas por ningún lado.

—Es un carromato —añadió Tomás, unos segundos más tarde—. Será un comerciante.

—Entonces irá a la ciudad —dijo Diego, esperanzado.

Los dos se pusieron de pie al mismo tiempo y se echaron a la carretera, alzando los brazos para que el carromato se detuviese. Los seguí un par de pasos por detrás. El caballo soltó un relincho antes de pararse a escasos metros de mis compañeros. Lo dirigía un hombre regordete, de pelo blanco y una nariz bulbosa. Llevaba un cinto justo debajo de su barriga, lo que hacía que esta se pronunciase más todavía hacia el exterior.

—¡Buen día! —nos saludó, animado—. ¿Qué podemos hacer por vosotros?

Solo entonces me fijé en que detrás de él, en la parte cubierta del carromato, se asomaban tres cabezas más. Diego tomó la palabra:

—¿Vais hacia la ciudad? —le dijo—. Nos vendría bien un transporte.

El señor enarcó una ceja y nos miró de arriba abajo.

—Ya veo —murmuró—. ¿Cómo habéis acabado así? Debéis de tener una buena historia.

La verdad era que teníamos que ser un cuadro digno de ver. Frente a él, Diego tenía la ropa tan empapada que se le pegaba a la piel, y Tomás y yo no estábamos mucho mejor. Aquello era bastante difícil de explicar sin decir la verdad, pero eso era imposible.

Me habían repetido una y otra vez que por nada del mundo podía confesar que había viajado a través del agua, porque no debíamos

llamar la atención. Yo no entendía del todo por qué (a fin de cuentas, ¿no viajarían así todos los brujos del agua?), pero había comprendido a la fuerza que de nada me servía hacer tantas preguntas. ¿Que no podíamos decirlo? De acuerdo, pues no lo decíamos. Llegados a ese punto, lo único que de verdad me importaba era dar con esos talismanes, llevárselos a Zaida y que me devolviese el anillo de una vez para poder volver a casa.

Diego forzó una risa, que le salió sorprendentemente natural.

—¿Esto? Sí. Nos hemos caído a una poza —improvisó, y pasó un brazo por encima del hombro de Tomás—. Queríamos mojarnos los pies para refrescarnos, pero me he resbalado. Mis amigos se han tirado para ayudarme, menos mal. Pero, en fin, ¡ya ves cómo nos hemos puesto! Nosotros solo queríamos ir a las fiestas…, y mira nuestras pintas.

El hombre sonrió, aparentemente convencido por la mentira de Diego.

—Estáis de suerte entonces. Otra cosa no, pero aquí tenemos ropa para aburrir. —Señaló a sus compañeros con la cabeza—. ¡Os presento a Melpómene, la mejor compañía de teatro itinerante que conoceréis jamás! Recorremos todas y cada una de las comarcas llevando el mejor teatro a sus fiestas y celebraciones. Subid, anda. Mis compañeros os harán un hueco. Poneos algo encima o cogeréis frío. ¡Cuando cae el sol, refresca!

La amabilidad del conductor y su extraña compañía consiguió que me relajase un poco. Los actores (porque debían de serlo, ¿no?) nos ayudaron a subir, tiraron de nuestros brazos para tomar el impulso suficiente para saltar al interior de su carromato. Era más grande de lo que parecía. Dentro había sentados dos mujeres y un hombre, junto a numerosos bultos, baúles y trastos, pero aun así consiguieron encontrar un hueco para nosotros tres.

A mí me lanzaron también un poncho de lana.

—Una poza, ¿eh? —dijo, suspicaz, la mujer que estaba sentada a mi lado.

Yo no dije nada, solo sonreí. El cochero agitó las riendas y el caballo retomó su marcha.

Los baches del camino no impidieron que me quedase dormida durante un par de horas en el carromato. El viaje a través del agua me

había dejado exhausta. Sentía los músculos sin fuerza, entumecidos como si hubiera corrido una maratón. Cuando abrí los ojos, me habían arropado con una manta y mi cuello descansaba sobre una pila de cojines. Diego se había sentado detrás del todo y miraba concentrado el paisaje que dejábamos atrás.

Tomás tampoco tenía pinta de haber dormido nada. En su lugar, hablaba animadamente con los actores, preguntándoles curiosidades y entusiasmándose con anécdotas de los pueblos que habían recorrido hasta entonces. Por lo visto, eran originarios de Imberis, que para mí debía de ser una zona comprendida entre Galicia, Asturias y Cantabria. Llevaban días actuando en unas fiestas que describían como un carnaval y que parecía bastante bonito de ver.

—Me encantaría viajar allí —dijo Tomás—. He oído tantas cosas de Imberis. Dicen que su portal es uno de los que más actividad mágica ha tenido y por eso es uno de los que más han llamado la atención en el otro mundo, en Oscúritas, por su gran conexión con la magia. Allí, hasta los que no son brujos sospechan que de verdad existimos, ¿sabéis? Intuyen que hay algo.

—Ah, ¿sí? —le contestó la actriz.

Tomás asintió enérgicamente.

—Siempre me ha interesado mucho la manera en que los brujos hemos escondido los portales. La cantidad de leyendas que eso ha generado en Oscúritas, ¿no os parece fascinante?

—Únete a nosotros, cielo —rio la mujer con la que hablaba—. No te harás rico, pero recorrerás todos los rincones de Alboria. ¡Y degustarás cada una de sus delicias! Allá donde vamos, nos recompensan con comida y una cama en la que dormir. No se necesita mucho más para disfrutar de la vida, ¿no crees?

Tomás enrojeció.

—En realidad, soy alquimista. Acabo de presentar mi Ceremonia de Iniciación.

—¡Un alquimista! —exclamó ella, algo decepcionada—. Bueno, no serías el primer curandero que se une a una compañía de teatro.

—En realidad… —dijo, muy bajito—. En realidad no quiero ser curandero. Me gustaría ingresar en la Academia para ser Maestro Boticario.

Ahora los tres pasajeros que nos acompañaban abrieron los ojos

con asombro.

—Vaya, tenemos un cerebrito entre nosotros —vitoreó el hombre y las mejillas de Tomás se encendieron aún más.

Eso me hizo sonreír.

—No viajarás mucho si vives con la cabeza enterrada en libros, chico —repuso la primera mujer, alargando el brazo para coger un puñado de nueces de la cesta que tenía entre los pies.

Yo me recoloqué la manta.

—¿Y vosotros qué sois? —pregunté, adormilada.

Ambos se miraron como si hubiera hecho una pregunta muy divertida o muy inocente. Después, señalaron los cintos de cuero que llevaban en sus cinturas. No me había fijado en que lo llevaban los tres, al igual que el cochero.

—Somos cambiaformas, claro —dijo la mujer morena.

—Ah —contesté. Por lo visto, era algo muy obvio—. ¿Todos los cambiaformas sois actores?

Rieron de nuevo. Tomás no sabía dónde meterse y no me cupo ninguna duda de que, una vez más, había dicho una tontería.

—No, claro que no. No todos los cambiaformas somos actores —me explicó—. Pero casi todos los actores somos cambiaformas. Digamos que nuestra condición facilita mucho las cosas.

Sin decir nada más, cerró los ojos y su cuerpo se encogió hasta transformarse en un cuerpo totalmente distinto que era… ¡Era yo! Ahogué un grito. Tenía delante una versión absolutamente idéntica a mí, con los mismos ojos, uno marrón y uno azul, mi misma cara de sorpresa y el pelo rojizo empapado.

—¿Lo ves? Tan pronto puedo ser una muchacha en apuros… —dijo, y ¡hasta mi voz era igual! La miré con espanto, pero de inmediato adquirió una nueva forma, la de un viejo arrugado con las orejas desproporcionadamente grandes— como puedo ser un anciano mezquino y vengativo. ¡Dime qué otro tipo de brujo puede ser tan buen actor!

Con un nuevo pestañeo, recuperó su forma natural, la misma ropa que llevaba y su cinto.

—¿Podéis ser la persona que queráis en cualquier momento? —pregunté, asombrada—. ¿Personas reales? ¿E inventadas?

—Por supuesto. Pero no solo eso: podemos ser animales. Podemos

volar como las águilas o respirar en el agua como los peces. En realidad, ser otras personas es el truco más sencillo que podemos hacer —sonrió—. Así nos ganamos la vida.

Eso no me sorprendía tanto. Lo había visto en la Ceremonia de Iniciación. Era lo de que también pudieran transformarse en personas reales lo que me había impactado.

Tomás, en cambio, estaba absolutamente fascinado. Los miraba con los ojos como platos, atentísimo a cada una de sus palabras.

—Suena genial —suspiró.

Ella ladeó la cabeza y se llevó una nuez a la boca.

—Es una vida llena de aventuras, desde luego, pero hay que andarse con ojo —dijo.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Cuando te pasas la vida cambiando de forma, es fácil que olvides cuál es la tuya de verdad —respondió y acto seguido se llevó la mano al cinto—. Por eso tenemos los cintos, ¿entiendes? El cinto solo se mantiene en nuestra forma original. Es una manera de mantenernos con los pies en la tierra. Especialmente para nosotros, los actores. No importa cuántas veces cambiemos de forma o cuántos papeles interpretemos. Si tenemos dudas, solo tenemos que mirar hacia aquí. El cinto nos recuerda quiénes somos de verdad, para que no nos perdamos por el camino.

A su intervención le siguió un silencio que se prolongó durante varias horas. El sol ya bajaba por el cielo conforme nuestro carromato surcaba los campos de la vasta Comarca Magna. A ratos, alguno de los actores entonaba una melodía y sus compañeros lo seguían. Nos detuvimos en un pueblo cuando comenzaba a atardecer. Diego, que había estado callado desde que habíamos emprendido el viaje, se irguió en su asiento para mirarlos cuando vio que empezaban a desempacar.

—Pero no hemos llegado a la ciudad —se quejó.

El cochero ya se había bajado y estiraba las piernas, balanceando su espalda de un lado a otro, cansado del largo viaje.

—Llevamos horas de camino, chico —le respondió—. Pasaremos la noche aquí. Descansaremos en la posada, comeremos y tal vez ganemos alguna propina cantando en la taberna del pueblo.

Sus compañeros también se bajaron del carromato y empezaron a

recoger sus cosas y a tirar de un baúl y artilugios con los que parecía que fueran montar una especie de tenderete.

—Podéis quedaros aquí y descansar —nos indicó el cochero antes de irse, señalando los bultos del carromato—. Hay algo de comida en esas cestas.

Se marcharon y nos dejaron allí a los tres, mirándonos entre nosotros.

Nos habían dejado tirados. ¿Cómo podíamos tener tan mala suerte? Teníamos el tiempo muy justo (por mi culpa, no se me olvidaba) y algo así podía significar la diferencia entre llegar a tiempo o no a los dichosos festejos de León.

—¿Qué hacemos? —pregunté, agitada—. ¿Nos vamos? ¿Seguimos a pie?

Tomás hundió el brazo en su mochila gigantesca y empezó a rebuscar algo por el fondo.

—En serio, ¿qué llevas ahí? —le dijo Diego.

—¡Cosas útiles! —respondió, mientras seguía buscando—. Algún libro, libretas, pociones hechas, materiales… Nunca sabes lo que puedes llegar a… ¡Ah, aquí está!

Sacó de nuevo su brújula mágica. La agitó a conciencia y después la miró con detenimiento. Luego echó una ojeada al cielo y chascó la lengua.

—Pues es que aún nos queda un buen rato de camino y se está haciendo de noche.

—¿Y no podemos caminar?

—Estoy con Tomás —dijo esta vez Diego—. Los peligros siempre son peores por la noche.

—¿Y entonces? —pregunté.

Tomás se encogió de hombros, algo frustrado.

—Mucho me temo que nuestra mejor opción sigue siendo esperarlos —respondió—. Por lo menos aquí estamos a salvo. Seguramente, mañana madruguen para llegar a tiempo a las fiestas. Y un carromato siempre es más rápido que ir a pie.

Asomé la cabeza por el carromato para mirar el exterior. Lo habían aparcado justo a las afueras de la posada. De las ventanas iluminadas de la taberna provenía un jolgorio alegre y lejano, las risas y los aplausos del espectáculo. Suspiré. Parecía un pueblo pequeño y

tranquilo, apacible. Tal vez no era mala opción para pasar allí la noche. Volví a meterme hacia dentro y, más convencida, comencé a preparar las mantas para que nos sirvieran de colchón.

Me despertó, horas después, la algarabía del pueblo, los chillidos de los niños y los comerciantes. Cuando abrí los ojos, me encontré frente a frente con la cara de Diego, que dormía apaciblemente. Me fijé en la curva que hacían sus pestañas, su expresión tranquila, el movimiento rítmico de su respiración. Así dormido, tan tranquilo, no parecía tan borde ni tan enfadado como de costumbre.

—¿Quién anda ahí?

Aquella voz inesperada, proveniente del exterior, lo despertó de golpe.

Diego abrió los ojos rápidamente, sin darme tiempo a reaccionar ni a moverme, así que me encontró ahí, a escasos centímetros de él, examinándolo como una tonta. Traté de incorporarme a toda velocidad, con tan mala suerte que él hizo lo mismo y nos chocamos las frentes.

—¡Au! —grité, llevándome una mano a la zona dolorida.

—¡Qué cabeza tan dura! —exclamó, molesto.

—¡Anda que la tuya! —refunfuñé.

—¿Hola? —repitió aquella voz, esta vez asomándose en nuestro carromato.

Ni siquiera pude mirar al hombre a la cara. Antes de que lo intentase, Diego me tumbó de un golpe y me tiró una manta encima. Me quedé quieta, absolutamente confusa.

—¡Hola! —dijo Diego, y salió rápidamente del carromato—. Disculpad, estaba medio dormido.

—¿Una compañía de teatro?

Me destapé un poquito de la manta, lo suficiente como para poder ver entre hilo e hilo a Diego. Frente a él, había dos hombres vestidos con unas túnicas negras. No podía verlo bien desde mi escondite, pero me pareció distinguir un símbolo azul en una de sus armas. Un árbol envuelto en un remolino de agua. Lo había visto antes, pero ¿dónde?

La respiración se me cortó de golpe cuando lo recordé. Era el

símbolo del Culto de Airón. ¡Esos hombres eran miembros del culto! Sentí que el corazón se me encogía en el pecho.

—Sí. —Diego, en cambio, respondió con una sorprendente naturalidad—. Melpómene. La mejor compañía de teatro ambulante de toda Alboria.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de no hacer ningún sonido que revelase mi posición. ¡Nos iban a descubrir! A mi lado, Tomás roncaba tan tranquilo, ajeno a todo, sin saber que nuestras vidas corrían peligro. Me hubiera gustado poder taparle la boca con un calcetín. Como siguiera roncando así, nos descubrirían en segundos.

—Curioso —dijo la primera de las voces—. No pareces un cambiaformas. ¿Y tu cinto?

—No lo soy —respondió Diego con rapidez—. Eso es evidente. Pero la compañía es un buen transporte para otro tipo de encomiendas, seguro que me entendéis.

—Un momento —dijo el segundo caballero. Me asomé un poco para verlo mejor. Este era más larguirucho y los hombros se le encorvaban un poco. Le señaló—. Yo te conozco. ¿No eres…?

—Así es —respondió Diego, sin darle tiempo a terminar la frase.

Un momento, ¿lo conocían? Tragué saliva, interesada. ¿Los miembros del culto conocían a Diego? ¿Por qué?

—Discúlpanos, no te habíamos reconocido —se apresuró a explicar el primero—. Últimamente no podemos fiarnos de nadie, ¿sabes?, y menos de las compañías ambulantes. Te sorprendería la cantidad de escoria de la Resistencia que nos encontramos por lugares como este.

—Hay que andar con mil ojos, sí —le contestó Diego.

—No te molestamos más. ¡Sigue tu camino, compañero!

«¿Compañero?».

Sus pasos se alejaron, pero Diego tardó unos minutos más en volver a acercarse al carromato. Cuando lo hizo, sus ojos se toparon con los míos y detecté inmediatamente su incomodidad y su vergüenza. Aquellos hombres lo conocían perfectamente. Al final, ni siquiera había tenido que inventarse una excusa convincente para que nos dejaran marchar. Lo habían llamado «compañero» y eso había sido suficiente.

¿Qué me estaba ocultando? Ni siquiera era capaz de mirarme a los

ojos. ¿Sería posible que nos estuviera traicionando y que fuera una especie de espía del culto? Mi corazón comenzó a latir con violencia.

Me incorporé, dispuesta a salir del carromato y a exigirle que me diera una explicación. Pero una de verdad. Una larga y tendida. Estaba cansada de tanto secretito y no iba a aceptar que, como Zaida, me viniera con que no había tiempo para explicaciones. Porque, francamente, otra cosa no, pero tiempo teníamos de sobra. ¡Un viaje entero, sin ir más lejos!

—¡Buenos días, chicos! —exclamó una voz alegre.

Uno de los actores de la compañía llegaba a paso alegre en nuestra dirección y frustró con ello mi intento de hablar con Diego. La energía con la que nos saludó fue capaz de despertar incluso a Tomás.

—¿Qué tal? —le respondió Diego, algo seco.

—Fenomenal. Maravillosamente. De hecho —dijo, hinchando el pecho—, solo me paso para avisaros de que no vamos a continuar nuestro viaje.

—¿Qué? —Esta vez fue Tomás quien se incorporó y salió de la caravana de un salto—. ¿Por qué?

El actor ensanchó su sonrisa.

—Resulta que este es un buen lugar para nosotros. Anoche cosechamos un gran éxito en la taberna, ¡se nota que este pueblo tiene criterio! —rio, feliz, proyectando la voz hacia el exterior de la caravana. Después se acercó a nosotros y utilizó un tono confidente—: Estas cosas son imprevisibles, ya sabéis, no podemos dejar escapar esta oportunidad.

—Pero ¿y las fiestas de León? —dijo Diego—. ¿No haríais más dinero allí?

—Bueno, bueno… Hay más gente, sí, pero también más competencia —le respondió el actor, propinándole un codazo—. Esta vida es así, chico, tienes que saber cuándo improvisar.

Diego puso los ojos en blanco, pero el actor no esperó a su réplica y se dio la vuelta, emprendiendo su camino de vuelta al pueblo, donde el resto de los actores parecían estar organizando un buen alboroto. Diego y yo nos miramos, compartiendo la incredulidad.

Pero de nada servía enfadarnos. Eso no nos haría ganar minutos ni nos acercaría lo más mínimo a León. Habíamos decidido pasar la noche allí porque confiábamos en que partieran a la mañana

siguiente, pero claramente nos habíamos equivocado. Ahora solo teníamos que encontrar una solución.

—Bueno, ahora sí que no nos queda otro remedio, ¿no? —dije, tomando aire—. ¿Vamos a pie?

Tomás miró su brújula, aunque los tres sabíamos que era un gesto tan instintivo como inútil. A esas alturas, no teníamos otra alternativa.

13

El cuélebre

El cielo amenazaba tormenta. Las nubes se habían ido ennegreciendo y se apelotonaban las unas sobre las otras, oscureciendo nuestro camino por el bosque. Caminamos durante todo el día, sin descanso, siguiendo la dirección que nos marcaba la brújula mágica y que seguía el curso de un río de agua tranquila. Íbamos a paso rápido, aunque a menudo Tomás se detenía para contemplar alguna planta extraña que había captado su atención y garabateaba alguna nota en su cuaderno.

—¡Una uña de gato! —decía, por ejemplo, y cuando yo me giraba espantada ante la idea de encontrarme con una pezuña en medio del camino, me lo encontraba fascinado mirando un hierbajo de flores amarillas—. ¿Tú sabes la de pociones que puedo preparar con esto? Curan cualquier tipo de infección al instante.

—Tenemos prisa, Tomás —le recordaba Diego, siempre varios pasos por delante—. Tenemos que encontrar a los miembros del culto a tiempo. Las fiestas son el único momento en que podemos pillarlos desprevenidos. Si llegamos tarde…

Si llegábamos tarde, perderíamos nuestra oportunidad, se llevarían los talismanes consigo, continuarían acumulando más y más poder y avanzarían hacia el siguiente territorio, con lo que cada vez se

harían más indestructibles y peligrosos para el futuro de la magia. Sí. Lo sabía perfectamente. Era la tercera vez que nos lo explicaba desde que habíamos salido de Soportújar.

No le faltaba razón, seguramente, pero tanta presión no me ayudaba en absoluto.

—¡Una dama de la noche!

El nuevo chillido de Tomás hizo que Diego pusiera los ojos en blanco. Esta vez, nuestro compañero se había tirado al suelo para observar la planta con detenimiento y dibujarla en su cuaderno.

—Tomás… —le susurré.

La exasperación de Diego era tan evidente que temí que aquello lo hiciera saltar y, en realidad, no le faltaba razón.

—Es una dama de la noche —repitió él, concentradísimo, totalmente ajeno al resto del mundo. Dibujaba a una velocidad vertiginosa, deslizando el lápiz por la hoja y plasmando una versión casi idéntica de la planta que tenía frente a sí. Era bastante pequeñita. Me sorprendía que hubiera podido distinguirla. De hecho, el capullo estaba cerrado.

—Ey —insistí, agachándome a su lado—. ¿Por qué no te la llevas y la dibujas luego?

—¡No puedo llevármela ahora! ¡Perdería sus propiedades! —exclamó y entonces sí me miró a los ojos. Las gafas se le habían caído y las llevaba casi en la punta de la nariz—. En cuanto cae el sol, esta flor se abre, ¿ves? Es entonces cuando hay que cogerla y disecarla inmediatamente. Tiene mil usos. Es increíble, no imaginé que hubiera tantas por esta zona, ¡solo la había visto en libros!

—Chicos. —La voz de Diego sonó helada.

—Sí, sí, voy, ya lo sé. Solo quiero tomar un par de notas —se quejó Tomás.

—Chicos —repitió, más cerca.

—Dame un segundo, Diego, por dos minutos no vamos a perdernos nada. Solo tengo que…

—Chicos, no os mováis —dijo.

Entonces por fin eché la vista atrás. Diego estaba pálido. Miraba muy quieto a algún punto delante de nosotros en dirección al río y supe inmediatamente que algo no iba bien. Estaba claro: cuando girase la cara hacia el lugar donde miraba, lo que encontraría no me

iba a gustar nada.

Y, aun así, ni de lejos me podía imaginar lo que estaba allí, a escasos metros de nosotros.

Agazapado entre la maleza, totalmente camuflado con los juncos del río, se escondía un lagarto que empezaba a moverse con una lentitud extrema. ¿Era un lagarto? ¿O una serpiente gigante? Parecía totalmente cubierto por escamas y no alcanzaba a ver dónde terminaba su cuerpo. No, no era una serpiente. Fijándome bien, pude distinguir una de sus afiladas garras avanzando en nuestra dirección.

Iba a gritar, pero Diego me tapó la boca con la mano.

—Vamos a tener que movernos muy lento, ¿vale? —dijo—. Muy muy lento…

Pero, en ese momento, Tomás advirtió también su presencia y no pudo evitar soltar un chillido.

El monstruo, fuese lo que fuese, se puso en estado de alerta y se irguió lo suficiente como para que pudiera verle la cabeza: parecía la de un cocodrilo, alargada, con las dos fosas nasales muy pronunciadas y abiertas. Sus ojos, amarillos, refulgían de ira o, peor, de hambre. No me cabía duda: nosotros éramos su comida.

—Corred —dijo Diego.

No necesité escucharlo una vez más. Ese bicho había abierto la boca y sus enormes dientes afilados eran un motivo de peso para correr con todas las fuerzas que me permitían las piernas, derrapando por el camino. El monstruo nos seguía, zigzagueando por entre los arbustos con una sorprendente rapidez. Diego y Tomás corrían por delante de mí.

—¡¿Qué demonios es eso?! —chillé.

—¡Un cuélebre! —gritó Tomás en respuesta.

—¡¿Un qué?!

—¡Corre y punto! —respondió Diego—. ¡Hay que buscar un claro! A los cuélebres les gusta estar escondidos.

Miró a nuestro alrededor hasta que encontró la dirección correcta a la que debíamos dirigirnos.

—¡Por ahí! —nos indicó, con tan mala suerte que Tomás se detuvo un instante y me choqué contra su espalda, haciendo que su bolsa de suministros cayese y se derramase por el suelo.

Tomás hizo el ademán de agacharse, pero yo tiré de su brazo.

—¿Qué haces? ¡¿Estás loco o qué?!

—Mis apuntes. ¡Mis pociones! —me dijo—. No puedo dejarlas aquí.

—Ya te digo yo que sí —respondí, sin dar pie a una posible discusión. La criatura nos pisaba los talones y si algo tenía claro era que no íbamos a morir por una colección de hierbajos.

De repente, el monstruo se irguió y de su lomo cubierto de escamas se desplegaron dos grandes alas como de murciélago. Sentí que el corazón se me paraba de golpe. ¡¿Que encima volaba?! Si no supiera que era imposible, habría jurado que era lo más parecido a un dragón que había visto en mi vida.

No tuve tiempo de decir nada ni de reaccionar más allá de tirar del brazo de Tomás para intentar que dejase atrás sus cosas y echase a correr conmigo. No fui lo suficiente rápida. La criatura abrió sus fauces y pude ver casi a cámara lenta que todos y cada uno de sus dientes iban a hincarse en el cuerpo de Tomás.

No sé qué me pasó en ese momento. No sé cómo lo hice. No sé cómo conseguí ordenar todos mis pensamientos para lograr hacer algo con sentido, pero la cosa es que lo hice: lo vi. En los ojos amarillentos y feroces de la bestia que se inclinaba hacia nosotros, vi reflejada el agua del río y lo supe enseguida, lo sentí en lo más profundo del pecho, esa agua iba a ayudarme. No tuve que decir nada en voz alta ni concentrarme, como muchas veces decía Zaida, qué va. No tuve tiempo de pensar algo tan coherente como eso ni de respirar tranquila y conectar con la naturaleza. Más bien fue una llamada de auxilio instintiva, algo tan rápido, tan natural y tan primario como gritar. Y el agua me escuchó.

En menos de un segundo, un oleaje que nos superaba en altura no solo a mí, sino al increíble bicho gigante que teníamos delante, se elevó por encima de la superficie del río e impactó directamente sobre el hocico de la criatura. No creo que le hiciera daño. Me dio la sensación de que ese gesto, aunque a mí me hubiera ahogado al instante, solo había sido una patética salpicadura para ella. Pero fue suficiente. La distrajo justo antes de que se llevara a mi compañero de un mordisco.

Confusa, la criatura agitó la cabezota de lado a lado y emitió algo parecido a un estornudo gigante que nos impulsó varios metros hacia

delante.

—¡Levantaos, rápido! ¡Salid de ahí! —Diego corría hacia nosotros para ayudarnos.

La tierra bajo mis pies resbalaba, pero no había tiempo que perder. Diego derrapaba hacia mí con una expresión de horror en la cara y yo tuve el tiempo justo para ponerme de pie justo antes de notar una afilada garra arañando mi pantorrilla. Chillé de dolor, convencida de que era el fin, cuando Diego, delante de mí, alzó su mano derecha con los dedos bien abiertos hacia la criatura.

—*Cadere* —dijo, firme.

Aquello la empujó.

Cuando me giré, vi que la criatura caía sobre la tierra, provocando un temblor que se extendió por todo el bosque. El corazón me latía con tanta violencia en mi pecho que apenas pude oír a Diego diciéndome que huyera a esconderme. Lo intenté, pero era inútil. La pierna me dolía tanto que creí que iba a desfallecer. Esta vez fue Tomás quien tiró de mí y trató de sacarme de allí, dejé caer mi cuerpo sobre él para no apoyar la pierna.

Diego se quedó allí, gritando palabras que para mí no significaban nada. Su voz se engrosaba con cada una de ellas, adquiriendo una dimensión desconocida. Parecía duplicarse en varias voces y hacer temblar cada uno de los árboles que nos rodeaban.

—*¡Infirmitatem sanguinis!*

Detrás de mí, escuché rugir a la criatura. Cuando Tomás y yo nos giramos, descubrimos que Diego había conseguido debilitarla. Junto a ella, un árbol se había plegado alrededor de su cuerpo y había enredado sus ramas hasta apresarla contra el suelo.

Tomás y yo nos miramos. Ninguno de los dos lo dijo, pero sé que lo pensamos los dos: aquello había sido impresionante.

Diego vino corriendo hacia nosotros, pero antes hizo un alto en el camino para recoger la mochila de Tomás y meter dentro todos los botecitos que se habían ido cayendo por el suelo.

—Toma —dijo, lanzándosela—. Tendrás que curar a Ingrid. Es mejor que vayamos a otro sitio, aquí no estamos seguros. El cuélebre se liberará en cualquier momento.

Le hicimos caso, desde luego. No teníamos ganas de quedarnos a comprobar cuánto tiempo tardaba en encontrar la forma de escapar de

la trampa que le había creado. Caminamos unos minutos que a mí se me hicieron eternos hasta que encontramos algo parecido a una cueva en la orilla del río. Me ayudaron a sentarme y Tomás se apresuró a examinar mi herida.

—No es grave —me dijo—. Pero te molestará un buen rato. No va a ser fácil caminar.

—Genial, justo lo que necesitábamos —masculló Diego.

Tomás ignoró su queja y se agachó para curarme. Sacó un par de botecitos y los miró hacia la luz, examinando su contenido. Abrió algunos para olfatearlos y asegurarse de que contenían exactamente lo que él creía. Después, sacó un cuenco, unas cerillas y puso el contenido del cuenco a hervir. Unos segundos después, revolvió el brebaje con una espátula y se apresuró a colocarlo, espeso, sobre el corte de mi pierna. La sensación me pilló totalmente desprevenida.

—¡Au, au, au! —exclamé, abanicándome la piel dolorida.

Escocía muchísimo.

—Sí, duele un poquito —dijo, disculpándose con la mirada—. Pero tiene un gran poder cicatrizante… Es que era muy profunda. Y eso que el cuélebre solo te ha rozado.

Arrugué la frente y miré a mis compañeros.

—¿Alguien me va a contar qué leches es un cuélebre? —supliqué.

—¿No te has hecho ya una idea aproximada? —dijo Diego.

—Es una criatura de la zona —respondió, más amable, Tomás.

—Una criatura… ¿mágica? Porque parecía… —Me sonrojé un poco. No quería sonar idiota. Carraspeé—. Parecía un dragón.

—Sí, es algo parecido —dijo Tomás tan tranquilo—. Aparece frecuentemente en la zona norte de la Comarca Magna, aunque también se la ha visto por algunas zonas de Imberis. Bueno, en lo que en tu mundo es León, Asturias, Cantabria… Ya sabes. Y la criatura la has visto. Es como… una culebrilla.

—¡Una culebrilla! —reí, espantada—. A mí no me ha parecido una culebrilla.

—Empieza siéndolo, al menos —dijo—. El problema es que luego crece. Y se vuelve peligrosa. A veces ha llegado a cruzar el portal, ¿sabes? Por eso en tu mundo sospechan que existe, aunque la gente cree que es una leyenda. Igual que los trasgos, las ninfas, los duendes, los galtxagorris…

Abrí mucho los ojos.

—¿Me estáis diciendo que todo eso es real? —exclamé, no sé si más fascinada o aterrorizada.

Tomás sonrió.

—Vamos a ver, Ingrid —me dijo—. En estos días te has enterado de que la magia es real, de que los brujos existen y tú eres una de ellas… ¿Y te sorprende que existan las criaturas mágicas?

Lo cierto es que eso me dejó sin argumentos.

—No sé —murmuré—. Supongo que siempre pensé que eran cuentos.

—Detrás de los cuentos y de las leyendas casi siempre hay algo de real. Normalmente es porque alguien ha visto algo raro, porque hay un portal cerca… o incluso la leyenda puede ser un cuento para esconder la verdad. ¡Por ejemplo! —dijo, súbitamente emocionado—. La Laguna Negra. Seguro que has oído hablar de las leyendas de la Laguna Negra de Soria, ¿a que sí? Si hasta Antonio Machado escribió un poema sobre eso.

Mi cara no dejó lugar a dudas: no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

—¡En serio! ¿Antonio Machado? Si es un poeta superimportante que… ¡Bah! —resopló—. Pues total, se inventó una leyenda para tratar de proteger la laguna de los curiosos. Y si lo hizo es porque resulta que la laguna es el portal que comunica ambos mundos y que lleva directamente a la Comarca Magna. ¿Así que todo lo que se decía sobre la laguna? ¡Un truco para alejar a la gente! Y ha funcionado durante muchos años.

—Entonces… ¿Machado era un brujo? —pregunté.

—Uno importantísimo, además. Hizo mucho por proteger la magia de Alboria —dijo, y, con un par de toquecitos más del algodón en mi pierna, dio por finalizada su obra—. Ya estás lista.

Diego recogió sus cosas a toda velocidad.

—Menos mal —exclamó, emprendiendo la marcha—. Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

No esperó a que yo me pusiera de pie o a que Tomás terminase de cerrar todos los botes que había abierto para curarme. El muy borde se marchó sin más, dejándonos atrás, y se llevó consigo la brújula de Tomás para empezar a inspeccionar el terreno sin preocuparse por si

podía caminar sin dolor.

—¿A este qué le pasa? —resoplé, cuando me aseguré de que ya no podía escucharme.

Tomás me miró discretamente sin dejar de recoger sus bártulos.

—Ha vivido muchas cosas —dijo, discretamente—. Algunas cosas, un tanto difíciles. Pero, créeme, es una suerte tenerlo dentro de la Resistencia.

Yo alcé una ceja. ¿Una suerte? No lo tenía tan claro. Su actitud, sus formas… Acababa de salvarnos la vida, sí, pero había algo raro que me impedía llegar a confiar en él del todo. No olvidaba el encuentro con el Culto de Airón en el carromato de la compañía de teatro. Lo habían llamado «compañero», como si lo conocieran de toda la vida. Y la manera en la que todos lo miraban, en la que todos murmuraban cosas sobre él en la Ceremonia de Iniciación… Había algo en él que no iba bien. Algo que no sabía. Pero sospechaba que tarde o temprano iba a acabar por enterarme.

Un trueno sonó a las afueras de nuestra cueva justo cuando estaba terminando de levantarme.

—¡Daos prisa! —gritó Diego.

—Tiene razón —asintió Tomás, mirando al cielo. Se había ennegrecido tanto que parecía cuestión de tiempo que nos cayera una buena tormenta—. Como tardemos mucho, conoceremos a los reñuberos.

—No me lo digas, ¿otra criatura mágica?

Tomás sonrió.

De verdad que me iba a costar acostumbrarme a eso.

14

La profecía

Al parecer, los famosos reñuberos (o nuberus, como los llamaban en Imberis) eran unos pequeños seres que habitaban en las nubes y de vez en cuando se entretenían haciendo fechorías como lanzar piedras de granizo a los pastores, nieve o a veces incluso rayos. Por suerte, no nos los encontramos durante el camino, y llegamos a León acompañados por una lluvia suave que casi me parecía agradable.

Habíamos caminado despacio. Mucho más de lo que nos habría gustado a cualquiera de los tres. El ungüento de Tomás había detenido por completo el sangrado y estaba empezando a formar una leve cicatriz a una velocidad vertiginosa. Aún con todo, caminar me dolía bastante y no podía ir tan deprisa así que, para cuando llegamos, ya comenzaba a atardecer.

Diego tenía razón: León era una ciudad grande, viva y llena de parques, con edificios altos y majestuosos que dibujaban formas en el horizonte. La piedra húmeda de la lluvia brillaba y reflejaba la luz del atardecer. Había banderolas en todas partes, guirnaldas que zigzagueaban sobre las callejuelas y restos de confeti y de lo que sin duda había sido una gran fiesta. Pero lo que no había, y eso era tal vez lo más inquietante de todo, era mucha gente. No al menos la que se

podía esperar durante lo que se suponía que eran los festejos más importantes de toda la comarca.

Diego miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

—Estarán todos en el recinto ferial, seguramente —dijo Tomás, aunque tampoco sonaba muy optimista.

Caminamos un poco más por las calles empedradas de la ciudad hasta que llegamos al destino que nos había indicado Zaida. No nos resultó difícil identificarlo, no había ninguna duda de que debía de tratarse de ese lugar: era una carpa enorme y majestuosa que desplegaba numerosos estandartes. Y, sin embargo…, una vez más, lo único que faltaba allí era la gente, los signos de que de verdad allí estaba a punto de celebrarse la Justa de Caballeros que tanta expectación generaba.

¿Dónde estaba todo el mundo? Si no era allí, ¿dónde?

A escasos metros de la carpa, una señora barría el portal de su casa.

Eso era todo.

Miré a Diego y solo encontré desesperación en sus ojos. No nos hizo falta hablar. Sabíamos perfectamente que lo que veíamos alrededor tenía muy pero que muy mala pinta. Me pareció ver un cartel en el suelo, pisado y sucio, pero me agaché para recogerlo de todos modos.

«¡Fiestas de la comarca! Del 18 al 20 de agosto. Disfruta de una fiesta milenaria de Alboria».

—Eh, disculpe —dijo Diego, dirigiéndose a la señora que barría su portal—. Perdone. ¿Qué día es hoy?

—Jueves —respondió ella tan tranquila, sin apartar la vista de su tarea.

—¿Jueves qué? —insistió él—. ¿Qué día del mes?

Ella, entonces sí, nos miró a los tres a los ojos.

—Pues… —dudó unos instantes—. Es 21, claro.

—¡Mierda! —exclamó Diego.

—¡Esa boca! —le reprendió la mujer.

Tomás, Diego y yo nos miramos sin comprender. Diego parecía particularmente derrotado.

—¿Cómo es posible? —pregunté—. ¿Hemos llegado…?

—Tarde —terminó Diego por mí—. Hemos llegado tarde.

—¿Un día entero tarde? —Negué con la cabeza—. No es posible.

Tomás me miró y se rascó la nuca.

—Bueno —dijo—. Supongo que Zaida no contó con que nos transportaríamos 157 kilómetros más lejos, que después una compañía de teatro ambulante nos dejaría colgados a medio camino, que luego nos atacaría un cuélebre…

—Ni que nos pararíamos cada cinco minutos a dibujar plantas —refunfuñó Diego.

Tomás se quedó en silencio, dolido. Yo fulminé a Diego con la mirada.

—Eh, eh, no es culpa de Tomás —lo defendí—. Aunque hubiéramos caminado más rápido… ¿Un día de diferencia? No lo habríamos conseguido ni aunque hubiéramos venido corriendo. Si quieres culpar a alguien, cúlpame a mí. Si hubiera sabido transportarnos bien a la primera, nada de todo lo demás habría pasado y los habríamos pillado a tiempo.

Diego caminaba de un lado a otro, tratando de calmarse. Al rato, más relajado, se acercó de nuevo a nosotros.

—Tienes razón. Tenéis razón. —Después miró a Tomás y le dio un golpe en el hombro—. Perdona, Tomás.

—No pasa nada —respondió.

—Y tampoco es culpa tuya, Ingrid —respondió a regañadientes, aunque esta vez sin mirarme—. Es absurdo pretender que una aprendiz lo haga todo bien a la primera, y más… con tan poca instrucción. Tampoco yo estoy siendo el mejor mentor para ti, soy consciente.

Ese arranque de humildad me pilló totalmente desprevenida. Tanto que no supe qué responder y tan solo emití un ligero balbuceo del que me arrepentí al instante. Por suerte, no tuve mucho más tiempo de seguir avergonzándome a mí misma, porque alguien empezó a chistarnos a lo lejos.

—¡Chist, chist!

Los tres miramos en su dirección al instante. En el edificio colindante, justo al lado de la señora que barría su portal, había un cartel que anunciaba una posada. Un hombre estaba apoyado en la puerta. Llevaba una capa como las que había visto que algunos brujos usaban en la ceremonia, una especie de túnica que se cruzaba en el

torso y que llegaba a la altura de los tobillos. Me miró discretamente, pero fue lo suficiente hábil como para señalarme con los ojos el interior de la posada. Después, se metió dentro.

—Quiere que lo sigamos —dije.

Miré a mis compañeros.

—¿Creéis que es nuestro contacto? —preguntó Tomás.

—Podría ser —respondió Diego—. Vamos.

Dejamos pasar un par de minutos antes de abrir la puerta.

En su planta inferior, junto al recibidor, la posada era en realidad una cafetería animada en la que sí que encontramos algo de ambiente. En la barra había varias personas tomándose un café y hablando animadamente con el camarero. En la mesa de la ventana, un grupo de ancianos jugaban a un juego de cartas que se movían solas. Las miré un segundo largo, atenta a la baraja que cobraba vida propia con los ojos como platos.

—Córtate —me dijo Diego al oído—. Se nota a la legua que no eres de aquí.

—Pero es que se mueven —le respondí muy bajito, impactada.

—Son hechiceros, Ingrid, eso es una tontería.

El hombre que nos había invitado a entrar había escogido la mesa del fondo. Iluminado solo por una vela, tenía un aspecto de lo más siniestro. La luz tintineaba, marcaba todas sus arrugas y acentuaba los surcos de su piel, lo que le hacía parecer un esqueleto. Llevaba el cabello cubierto por una capucha.

Cogí a Diego de la mano para que se detuviese.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —susurré.

Negó con la cabeza.

—No lo sabemos —respondió, serio—. Por eso es importante que no contestéis a sus preguntas. No hasta que estemos seguros de que podemos confiar en él.

—Pero lleva una capucha… —mencioné.

—Pero no es como la del Culto de Airón. No lleva el emblema ni el broche, ¿lo ves? El símbolo del culto no está. —Agitó la cabeza—. Eso no quita que no pueda ser un miembro de todos modos. Los hay encubiertos. Pero de lo que estoy seguro es que de no lleva el uniforme del Culto de Airón.

Asentí, aun sin estar tranquila del todo, y lo seguí para sentarnos

en la mesa de al lado. Una camarera se apresuró a recibirnos aun antes de que hubiéramos terminado de tomar asiento, y Diego nos pidió tres batidos de chocolate sin preguntar siquiera. Mi tripa emitió un rugido involuntario. La verdad, no iba a decirle que no a un batido de chocolate.

Esperamos a que nos lo trajera en silencio, sin mirar al hombre que tomaba su bebida tan tranquilo. Una vez que la camarera se marchó, nuestro vecino de mesa se dirigió a nosotros. Lo hizo casi sin mover los labios, sin mirarnos, con la mirada fija en el frente.

—¿Os envía Zaida? —dijo.

—¿Quién eres? —preguntó Diego, cortante.

—Zaida me dijo que seríais tres. —El hombre continuó su discurso ignorando su pregunta—. Un alquimista, un hechicero y la bruja del agua. Debéis de ser vosotros. Estuve esperándoos todo el día de ayer, durante la Justa de Caballeros. Me dijeron que llegaríais a tiempo.

Diego y yo nos miramos, debatiendo en silencio si podíamos confiar en él. Tenía demasiada información sobre nosotros. Información certera. Era nuestro contacto. Debía serlo. Ambos parecimos llegar a la misma conclusión a la vez, porque Diego abrió la boca y respondió:

—Tuvimos una serie de contratiempos.

—Imagino. —El hombre le dio un largo trago a su bebida—. Bien, pues el festejo ha terminado. Se han ido.

Diego cerró los ojos con fuerza. A su lado, Tomás suspiró hondo, con la mirada fija en la mesa.

Yo sencillamente no me lo podía creer. Era imposible. Todo lo que habíamos hecho, cada ensayo en esa sala horrible del Torreón de la Resistencia en Soportújar, nuestro viaje, el recorrido hasta aquí… ¿Todo había sido para nada? ¿Simplemente habíamos llegado demasiado tarde? ¿Habíamos fracasado? Traté de imaginarme la expresión de Zaida cuando volviéramos a Soportújar con las manos vacías. ¿Qué íbamos a decirle? ¿«Ey, al menos lo hemos intentado»? Zaida no tenía pinta de ser una persona que se conformase con eso.

—¿Y los talismanes? —preguntó Diego, aunque creo que sabía la respuesta tan bien como yo.

—Se los han llevado.

Dejé escapar el aire que llevaba un tiempo conteniendo, abatida.

—O sea, que les hemos perdido la pista —dije yo—. Así, sin más.

—No del todo —dijo el hombre. Entonces llevó una mano bajo la túnica y dejó un papel doblado encima de su mesa—. Conseguí escucharles lo suficiente como para conocer su siguiente destino. No será tan sencillo, sin embargo. No los encontraréis tan desprevenidos como en la celebración, así que, si decidís seguirlos, debéis tener muchísimo cuidado. Todo apunta a que allí sea el mismo Airón quien los esté esperando. En caso de que sea así, os aconsejo que os retiréis. No es seguro.

Después, dejó también un par de llaves encima de la mesa.

—¿Y eso? —preguntó Diego.

—Os he reservado dos habitaciones aquí mismo, en la primera planta —le respondió—. Está a punto de anochecer, ahora no podéis ir a ningún lado. Pensaos bien qué vais a hacer y partid al alba.

Diego alargó la mano para llevarse el papel y metérselo deprisa en el bolsillo de su chaqueta. Cogió unas llaves para él y me tendió las otras a mí. Me las guardé.

—Gracias —le dijo.

Pero nuestro contacto no había terminado su intervención. Se limpió los labios con una servilleta y aprovechó el momento para hablar:

—También os recomiendo que seáis más discretos —dijo—. Podría reconocer a la bruja del agua a kilómetros. No os vendría mal que se cubriera un poco el rostro y, especialmente, los ojos.

Diego asintió sin decir nada más, pero a mí esa información me agitó algo en lo más profundo del estómago. ¿Que se me reconocía a kilómetros? ¿A qué se refería?

—¿Por qué? —dije, no pude evitar mirarlo esta vez. Tomás me propinó un golpecito en la pierna por debajo de la mesa—. No, quiero saberlo. ¿Por qué se me reconoce? ¿Qué tiene que ver con mis ojos?

El hombre tardó en contestar. Dio un trago, se lamió el labio superior y se detuvo unos segundos mirando al techo que se me hicieron larguísimos.

—La marca de agua en los ojos —dijo al fin, esforzándose concienzudamente en cubrirse la boca para que nadie salvo nosotros pudiera escucharlo—. La profecía.

Mi corazón se paró. Pude sentirlo. Dejó de latir por completo y me

dejó lívida, paralizada en mi asiento. No era la primera vez que escuchaba oír hablar de la supuesta profecía. En la Ceremonia de Iniciación, habían hablado de ello, pero Zaida nunca había querido darme explicaciones después. Todo el mundo actuaba de una forma superrara conmigo cada vez que se mencionaba.

Traté de recuperar la respiración y, de paso, ordenar mis pensamientos.

—¿Qué dice la profecía? —dije al final.

Diego posó su mano sobre la mía.

—Ingrid… —dijo.

—No —lo interrumpí—. Quiero saberlo.

—No es el momento, ¿no te das cuenta? —Miró a su alrededor.

—Nunca parece ser el momento —le rebatí—. Y está empezando a parecerme que nunca queréis que sea el momento porque tiene algo que ver conmigo. Y, si es así, creo que tengo derecho a saberlo.

El hombre dio un último sorbo a su bebida y empezó a recoger sus cosas con rapidez. Lo miré sin dar crédito. ¿Iba a irse así, sin decirme nada más? Lo miré, agitada, dispuesta a dejar de lado la discreción y perseguirlo por toda la ciudad de León si era necesario. Por suerte, no hizo falta. Pasó justo por mi lado antes de marcharse.

—El Último Brujo —me susurró.

Lo seguí con la mirada hasta que abandonó la posada y esperé unos segundos. Mi pecho subía y bajaba a gran velocidad. Me aseguré de que nadie nos estaba mirando y entonces sí me incliné sobre la mesa.

—El Último Brujo —repetí y miré a mis dos compañeros con toda la firmeza que pude reunir—. ¿Qué es eso y qué tiene que ver conmigo?

—Solo es una profecía, Ingrid —me respondió Diego—. Algo que vieron los brujos del destino hace tiempo. Pero recuerdas la sala de los espejos, ¿verdad? Los adivinos ven cosas que sucedieron, cosas que sucederán y otras que no sucederán nunca. Créeme, darle importancia a estas cosas es un error.

Solté una risa incrédula.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Zaida ha organizado toda esta misión sin parar de mencionar la profecía —dije—. Que si confía en ella, que si tiene fe… Mira, Diego, algo me dice que si no fuera por

profecías, estaría tranquilamente en mi casa jugando con mi perra, así que no me digas que no tiene importancia porque sí la tiene. Tengo derecho a saberlo.

Diego se mantenía serio, con la mirada fija en sus manos juntas sobre la mesa. No quería dar su brazo a torcer y yo no podía entender por qué. Tomás, en cambio, se aclaró la garganta y se inclinó hacia él.

—Diego —murmuró—, creo que Ingrid tiene derecho a saber lo que está pasando.

—Es un error, Tomás —contestó haciendo que no con la cabeza, convencido—. Toda la profecía es un error, lo sabes perfectamente. Mira dónde está Airón ahora por culpa de esa estúpida profecía.

—¿Airón? —pregunté confusa, pero luego agité la cabeza e insistí —. Mira, yo quiero saberlo. Igual tienes razón y es una tontería, pero debes dejar que sea yo la que decida si merece la pena creer en ella o no, ¿vale?

Diego apretó las mandíbulas unos segundos, pero finalmente asintió.

—El Último Brujo es… —comenzó a explicar, pero Tomás alzó una mano y le interrumpió.

—Shhh —dijo—. No en voz alta. Tengo aquí una copia en algún lado.

Acto seguido, Tomás metió la mano en su gigantesca mochila y durante un segundo casi se me escapó una sonrisa. Pues claro que tenía a mano una copia de la profecía. ¿Había algo que no llevara en ese cacharro? Pero no estábamos para bromas. En ese momento no.

Me mordí un carrillo.

—Aquí —dijo, y me tendió un cuaderno atiborrado de anotaciones con pociones, dibujos y elaboradas descripciones.

Lo abrió hasta dejarlo justo en una página concreta en la que había una especie de poema. Y yo lo leí para mí.

En el momento en que caiga la última hoja de los almendros
y la magia se marchite en un invierno eterno,
el cielo se partirá en dos
y se estremecerán sus criaturas.
Pero, antes de su último aliento,

el Último Brujo emergerá de las aguas turbulentas.
Su corazón joven
portará la marca del agua
y traerá consigo la llave
que libre a la magia de su destrucción,
prometiéndole un nuevo amanecer.

La leí una segunda vez.

Y luego una tercera y una cuarta, deteniéndome en cada una de sus palabras, buscando alguna que me provocara un estallido de realidad. Pero nada. No sucedía nada.

Para mí, todo eso no era más que una amalgama de palabras bonitas a las que no acababa de verles el sentido. Me quedé así unos instantes, con el cuaderno en la mano y más preguntas todavía. Miré entonces a mis compañeros y los descubrí con la peor cara de póquer que había visto en mi vida.

—No entiendo ni una palabra —reconocí—. ¿Qué quiere decir esto? ¿ Y a qué se refiere con el Último Brujo?

Tomás se frotó la frente.

—Ya te he dicho que es un texto muy interpretable —me dijo—. Hay distintas teorías. Parece que por un lado se refiere a que es el Último Brujo del agua. Aunque, en realidad, algunos lo están interpretando como una especie de metáfora, como que se trata del último brujo en sí, aquel que se alzará justo antes de la destrucción de la magia y que conseguirá salvarla.

—Vale, pero ¿y esto qué tiene que ver conmigo?

Se miraron incómodos. Después Tomás señaló mi ojo con relativa discreción.

—La marca de agua —me dijo.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Se refería a mi ojo azul? Pero eso significaría… Eso significaría que estaban insinuando que yo era el Último Brujo… No me atreví a formularlo en voz alta ni a pensarlo siquiera. La simple idea era tan absurda que me provocaba náuseas. Así que me limité a negar con la cabeza muy rápido y a reírme de manera nerviosa, esperando dejar muy claro que lo que sugerían Diego y Tomás una tontería del tamaño de un piano.

Diego tomó aire y, antes de expulsarlo, aprovechó unos segundos para buscar las palabras que me iba a decir a continuación:

—La realidad, Ingrid, es que hasta que nació Airón hacía cientos de años que no nacía ningún brujo del agua. No había ninguno. Se creía que se habían extinguido —dijo—. Pero entonces los brujos del destino formularon esta profecía y, al poco tiempo, nació él, por lo que automáticamente todo el mundo interpretó que se trataba de él. Lo miraban como si fuera un milagro, ¿entiendes? Como si fuese la respuesta que llevaban años esperando. Y eso le dio alas. Por eso sintió que era el encargado de salvar la magia de nuestro mundo y por eso tiene a tanta gente que lo sigue sin hacerse preguntas. Y también por eso va por ahí robando los talismanes y nadie se atreve a frenarlo.

Mis sienes palpitaban con tanta fuerza que parecía que me iba a estallar la cabeza. Pero me mantuve en silencio. No dije nada. Lo escuché todo en silencio. También a Tomás, que tomó las riendas del discurso.

—Airón siguió adelante con sus planes. Pero hace poco los brujos del destino tuvieron una nueva visión —continuó Tomás, con una pequeña sonrisa—. Una visión que completaba la profecía y que hacía ver que tal vez no la habíamos interpretado bien. Una visión que sugería que Airón en realidad no era el Último Brujo. Así que Zaida se aferró a esa idea y formó la Resistencia, sabiendo que en algún momento llegaría el verdadero. Y entonces… llegaste tú.

Tragué saliva.

Tomás esperó unos segundos antes de completar su intervención.

—Y ahora creemos que el Último Brujo es… —carraspeó y, entonces sí, me miró directamente a los ojos— la Última Bruja.

15

La Elegida

Me levanté sin decirles ni una sola palabra. Muy despacio y con una calma extraordinaria, cogí mi mochila y me giré sobre mí misma, dándoles la espalda.

—Ingrid —escuché a Diego.

—¿Ingrid? —escuché también a Tomás.

Pero no me volví hacia ellos. No pensaba hacerlo. ¿Para qué? No me interesaba nada de lo que pudieran contarme. Llevaban mintiéndome desde el primer día. Todos. ¡Todos! Zaida la primera, por supuesto, secuestrando mi anillo y chantajeándome con él, pero ¿sin contarme algo así? Había una profecía, una profecía lo suficiente importante como para haber generado que el tal Airón se volviese completamente loco y formase un séquito de fanáticos por el mundo. ¡Y ahora estaban convencidos de que esa profecía en realidad trataba sobre mí! Que yo, ¡yo entre todas las personas!, era la Última Bruja, la supuesta responsable de la salvación de la magia y de su destrucción definitiva. ¡Y Zaida no me había dicho nada! Me había metido en una misión peligrosa ocultándome algo tan importante como eso. Aunque ¿de qué me sorprendía? En realidad, nunca había llegado a fiarme de Zaida. El verdadero problema, lo que de verdad me escocía en la base

de la garganta, eran ellos dos. Diego y Tomás. ¿Cómo habían podido?

Me sentía tonta. La más tonta del mundo. Tonta de remate.

Habían jugado conmigo todo este tiempo. Me habían tratado así, como la tonta que era, seguramente pensando que, si todo iba bien, podía resolverles el «problemilla» de la muerte de la magia sin llegar a saber nunca que era la protagonista de la profecía, a ver si así con un poco de suerte no me volvía loca como Airón y era lo más cómodo para todos.

No, no pensaba escuchar ni una sola palabra más. Quería marcharme. Es más, ¡iba a marcharme! Todavía no sabía adónde y era cierto que estaba anocheciendo, pero en cuanto amaneciera tenía claro que me iría y no iban a volver a verme ni en pintura.

Sujeté las llaves con firmeza, agradecida de que nuestro contacto al menos nos hubiera dado un par de habitaciones. No quería verlos y por nada del mundo me apetecía compartir otra noche con ellos. Iba tan decidida hacia las escaleras de la posada que no me di cuenta de que, junto a la barra, había una figura encapuchada que no me quitaba los ojos de encima.

«Habitación 122, habitación 122… La encontré». Los dedos me temblaban, pero conseguí introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Estaba entrando en mi habitación cuando Diego me alcanzó y me agarró del codo.

—Ingrid, espera, por favor.

—Déjame. —Me zafé como si su piel quemase.

—Deja que te lo expliquemos —dijo esta vez Tomás, que lo había seguido escaleras arriba a toda velocidad.

Me giré hacia ellos, incrédula.

—¿Explicarme el qué? —exclamé más alto de lo que me hubiera gustado. Ambos pusieron cara de susto. Sé que se morían de ganas por pedirme que fuera más discreta, pues por nada del mundo teníamos que llamar la atención en un lugar como aquél, pero no debieron de atreverse a llevarme la contraria en un momento así. Al darme cuenta, yo misma bajé un poco la voz, pero no por ello aflojé la seriedad de mi mirada—. ¿Qué me vais a explicar? Me habéis mentido todo este

tiempo. ¿De verdad pensabais no decirme nada nunca? ¿No os parecía que yo debería tener derecho a saber que había una profecía que me situaba en medio de toda la guerra de Alboria?

Diego tenía la mirada triste, abatida, cuando se acercó a mí.

—Yo no creo en la profecía —dijo—. Odio las profecías.

—¿Y eso a mí qué me importa? Zaida cree en la profecía. Airón cree en la profecía —le respondí—. Por culpa de la maldita profecía, estoy aquí, ¿no? Yo creo que es lo suficiente importante como para saber algo de ella. Es que… Es que no puedo entenderlo, de verdad. ¿Cómo no me dijisteis que yo era la única bruja del agua aparte del malo malísimo que quiere destruirnos a todos? ¿Cómo no me dijisteis que éramos los dos únicos brujos del agua de este mundo?

Una nueva punzada de dolor llegó cuando empecé a recordar. La ceremonia de Tomás: había visto alquimistas, cambiaformas, hechiceros y adivinos…, pero ningún brujo del agua. Y luego Zaida le había mandado a Diego que fuera mi mentor, cuando lo lógico habría sido designar a un brujo del agua y no a un hechicero, claro. Me entraron ganas de reír. De reírme de mí misma, en realidad. De repente era tan obvio, tan evidente… ¿Cómo no lo había visto? ¿Cómo no me había dado cuenta de que hasta ese momento no había conocido a ningún otro brujo del agua? ¿Cómo no había sido capaz de identificar las señales? Toda la fe estúpida que profesaba Zaida en mí… No era por mí, era por la profecía. ¡Si hasta había aparecido en la visión de una bruja del destino en la Ceremonia de Iniciación! Y yo, aun así, no me había enterado de nada. Había dejado que jugasen conmigo, que evitasen darme explicaciones porque «nunca había tiempo».

Debían de pensar que era la tía más tonta de la faz de la tierra.

Diego volvió a intentar acercarse.

—Ingrid, yo te juro que no estoy de acuerdo con nada de todo esto —susurró—. Me has visto enfrentarme a Zaida. Me has visto intentar convencerla de que no estabas preparada para esto. Siempre me ha parecido una locura. Si hubiera dependido de mí, habría quemado la maldita profecía hace tiempo y jamás te habríamos involucrado en esto.

Solté el aire en un resoplido. Lo había evitado hasta entonces, pero en ese momento sí que lo miré a los ojos. Tomás se encontraba a

apenas un par de pasos detrás de él, con los hombros encogidos.

—¿De verdad? —dije, alzando una ceja—. No solo llevas mintiéndome a mí desde el principio. Vi cómo hablaste con los Caballeros del Culto. Te reconocieron, ¿verdad? Saben quién eres. Te llamaron «compañero». Pero supongo que también tengo que fiarme de ti, ¿no?

Diego entreabrió los labios como si quisiera decir algo, pero se arrepintió al instante. Detrás de él, Tomás solo agachó la cabeza.

—¿Sabéis qué? He tenido suficiente —anuncié, agarrando el pomo de la puerta—. Ya me da igual si Zaida no quiere devolverme el anillo. Solo quiero volver a casa.

Y, de un portazo, Diego y Tomás desaparecieron de mi vista.

Las horas pasaron mientras yo, tirada encima de la cama de aquella habitación, miraba el techo sin saber qué hacer. Mi cabeza era un cúmulo de emociones contradictorias. Habían llamado a mi puerta varias veces, claro. Al principio con más insistencia. A medianoche, lo volvieron a intentar. No había respondido ninguna vez, pese que había escuchado la voz de Tomás al otro lado pidiéndome que le abriera, diciendo: «Ingrid, ábreme, te juro que nada es lo que parece. Sé que nos hemos equivocado al no contártelo, pero te prometo que lo hicimos con buena intención. Diego no es un traidor, pero hay cosas que no sabes. ¿Me dejas que te las cuente? Ábreme, por favor».

Pero yo solo cerré los ojos y respiré hondo. Si sus explicaciones no hubieran llegado tan tarde, tal vez habría querido abrirle la puerta. Ahora ya no me importaba. Todo me daba igual. Lo único que quería era que me dejasen sola y centrarme en averiguar cómo volver a casa. Porque la realidad era que no sabía cómo podía hacerlo. Había llegado a través del agua, sí, ¿tal vez pudiera volverlo a hacer? No tenía ni idea de cómo empezar ni si volvería a equivocarme si lo intentaba. Mi único intento de transporte no había salido bien y eso que había contado con la protección de Zaida y que iba acompañada de dos brujos más. ¿Y si lo hacía y terminaba metiéndome en líos?

Tal vez fuera mejor idea atravesar un portal, como hacían el resto de los brujos. Sonaba bastante menos peligroso. No había visto

ninguno, pero en Soportújar había uno, eso estaba claro. Ahora estaba demasiado lejos de allí, pero existían cuatro portales más en Alboria, uno en cada comarca, así que debía de tener uno cerca de donde me encontraba. Pero no lograba recordar dónde me habían dicho que estaba ni sabía cómo podía dar con él. ¿Cómo iba a conseguirlo si nadie quería ayudarme?

Apreté las mandíbulas, agitada.

De pronto, escuché un burbujeo en la mesita de noche.

Cuando entreabrí un ojo, descubrí un jarrón con una flor rosa. El agua que la mantenía viva estaba hirviendo.

Solo entonces noté que también me ardían las manos. Me las miré, alarmada. Estaban rojas e inflamadas. Y temblaban presas de una energía que no era capaz de controlar.

¿Era yo?

Era yo.

Era yo la que estaba haciendo hervir el agua.

Traté de respirar despacio, inhalando y exhalando hondo, hasta que el agua dejó de burbujear. Sin embargo, fue demasiado tarde para la flor, que cayó exhausta y achicharrada sobre la mesa. La miré espantada. Me froté las manos contra las sábanas, como si estuvieran sucias. ¡¿Eso lo había hecho yo?! Me las miré de nuevo, aterrorizada.

Cualquiera diría que tener poderes mágicos sería algo increíble. Emocionante. Pero la realidad era que todavía no había sido capaz de sentir que los controlaba plenamente. Aparecían justo cuando los necesitaba, sí, pero también surgían en momentos así, cuando mi corazón latía demasiado deprisa, y eran tan intensos que sentía que me atropellaban. Que actuaban por su cuenta.

Eran mucho más fuertes que yo y me daban… Me daban miedo. Esa era la palabra. Miedo. A veces sentía que podían llegar a hacer daño. A mí o a las personas que me rodeaban. Sentía que no sabría cómo evitarlo.

Y ahora encima me enteraba de que creían que yo, ¡yo!, era la Última Bruja. La Elegida. La salvación definitiva, ¡la solución a los problemas de Alboria! Me costaba respirar. ¿De verdad creían que era yo? ¿Que yo podía salvarlos? Había visto la fe en los ojos de Zaida. Había escuchado su confianza ciega. La tranquilidad con la que me defendió en la Ceremonia de Iniciación, delante de toda esa gente. Y,

en cambio, ahí estaba yo, con las manos encendidas, con una rabia que me superaba a mí misma, sintiendo que me crecían sombras dentro del pecho.

Zaida me había dicho que sentir la magia por primera vez sería algo bello, especial. Tomás lo describía también como el momento más bonito de su vida. El momento en el que todo tuvo sentido. Pero yo no me sentía así. A mí la mía me parecía peligrosa.

¿Y si se equivocaban conmigo? Se equivocaron con Airón. Airón también iba a salvar el mundo, ¿no? Todos confiaban en él. Airón tenía los mismos poderes que yo. Exactamente los mismos. Y precisamente ese poder, y esa misma profecía, lo había hecho enloquecer y se había convertido en el verdadero peligro para el mundo mágico. ¿Cómo estaban tan seguros de que no habían vuelto a equivocarse?

¿Y si mi poder también era algo… malo?

Eché un último vistazo a la flor sin vida y cerré los ojos con fuerza.

Tenía que tranquilizarme. Iba a irme a casa, sí. Me quemaba por dentro la idea de abandonar el anillo de Abu, pero, después de tantas mentiras, ni siquiera tenía claro que fuesen a cumplir su promesa. Tal vez era hora de aceptar que lo había perdido para siempre y sencillamente volver a casa. Al menos, vería a mis padres. Y a Chispa. Y tal vez incluso a Laura, si es que para cuando volviera todavía no habían cancelado el campamento para siempre y llamado a la policía por mi desaparición.

Mis ojos ardieron con una violencia inesperada al acordarme de todos ellos y, esta vez, no pude contener una larga lágrima que resbaló por toda mi mejilla hasta encontrarse con la almohada. Los echaba tanto de menos… El campamento, que hace unos días me había parecido la peor pesadilla del universo, ahora me parecía una zona de confort maravillosa. Allí no era la Elegida de ninguna profecía. Allí no tenía la responsabilidad del mundo sobre mis hombros ni un poder que controlar ni había criaturas mágicas que podían matarme por el camino. En el campamento solo tenía que lidiar con malas compañeras, sí, pero a eso estaba acostumbrada de sobra. Y, al menos, tenía a Laura para reírnos de todo.

Me sorbí la nariz.

Habría dado cualquier cosa por volver. Incluso habría perdonado a Laura. Fui consciente en ese momento de que quizá incluso la hubiera perdonado ya. Su actitud cuando Ana había tirado mi anillo al agua, esa pasividad con la que había presenciado toda la escena sin mover un dedo, en su momento me había parecido una traición imperdonable, pero de repente ya no me parecía para tanto. Al menos Laura no me había mentido.

Sí, tenía que volver. Lo tenía claro. No había vuelta atrás. Pero ¿y qué diría cuando volviese a mi mundo? ¿Qué les contaría si me preguntaban dónde había estado? ¿Podría decir la verdad? «Veréis, he llegado a Alboria, un mundo mágico con hechiceros y criaturas en el que, por lo visto, soy la protagonista de una profecía. ¿Vuestro verano qué tal?». La imagen de Laura, Ana y ¡Montse! escuchándome decir algo así me hizo reír un poco. Era una locura. Más me valía inventarme una mentira decente.

Pero a mis padres podría decirles la verdad. Mis padres me creerían.

¿Verdad?

Aquello me provocó una nueva inquietud en el estómago.

Abu sí me habría creído, al menos de eso estaba segura. Ella era la primera que contaba historias sobre mundos a los que viajaba aunque no la creyera nadie y defendía a pies juntillas que lo que opinasen los demás le importaba un pimiento. Me llevé los dedos al pulgar, al lugar donde siempre había estado su anillo. De alguna manera extraña, siempre había sentido que me protegía y en ese momento me sentía desnuda, más sola que nunca, sin él. Renunciar a recuperarlo era un pensamiento tan doloroso que me impedía respirar, pero esperaba que, allá donde estuviera, Abu pudiera perdonarme.

Y así, con los dedos todavía rozando la piel vacía de mi pulgar, poco a poco me fui quedando dormida.

Me despertaron unos nuevos golpes en la puerta. Rodé por la cama y me tapé la cara con la almohada, dispuesta a ignorarlos.

—¡Ingrid!

Genial. Encima era Diego.

Estaba loco si pensaba que iba a abrirle. Además, miré mi reloj. Pero ¡si eran las cuatro de la mañana! Este tío había perdido la cabeza del todo.

—¡Ingrid, ábreme!

—Diego, márchate, vas a despertar a toda la posada —gruñí al fin.

—¡Es urgente! —insistió.

Probé a enredar las sábanas encima de la almohada, a ver si así conseguía amortiguar mejor sus gritos, pero no fue suficiente como para ocultar lo que me dijo a continuación:

—Tienen a Tomás.

Una punzada de miedo me atravesó el pecho. ¿Tenían a Tomás? Todavía estaba demasiado adormilada como para analizar la información, pero aquello me despertó de golpe. ¿Quién tenía a Tomás? Me quedé paralizada unos instantes, debatiéndome. Todavía seguía enfadada. Mucho.

Pero era Tomás.

Visualicé sus ojos bonachones. Ese gesto tan suyo de subirse las gafas cada vez que se le resbalaban por la nariz.

—Ingrid —insistió Diego.

Gruñí, frustrada, odiando cada instante del maldito viaje que estábamos haciendo y todas y cada una de las decisiones que nos habían llevado hasta ese momento.

Me levanté de la cama de un salto, sin fijarme en mis pintas y en que probablemente mi pelo estaría tan encrespado que parecería un puercoespín pelirrojo. Abrí la puerta. Diego parecía agitado, descompuesto. Tamborileaba los dedos en el marco de la puerta frenéticamente y sus ojos negros miraban hacia todas partes. Nunca lo había visto así.

—¿Quién tiene a Tomás? —le pregunté directamente.

—No lo sé —me respondió—, pero ha desaparecido. Creo que han sido ellos.

—Ellos.

—El Culto de Airón —susurró.

—Sí, ya lo sé, pero ¿por qué iban a hacerlo? ¿Qué pueden querer de Tomás?

Diego señaló hacia sus lados en un gesto elocuente. Sí, tenía razón. No era un lugar seguro para hablar de algo así. Resignada, lo

dejé entrar en la habitación y cerré la puerta tras él.

—Creo que nos han seguido —me dijo—. Alguien ha debido de identificarnos, tal vez aquí mismo en la posada. Deben de haber descubierto que somos de la Resistencia e incluso que…

Se rascó el cuello, incómodo.

—Que venís conmigo, ¿no? —completé yo—. La Última Bruja y todo eso.

Diego asintió.

—El culto sabe que nos traemos algo entre manos —me explicó—. Y saben también que hay una nueva interpretación de la profecía, una que sugiere que él no es el Último Brujo del agua. Por supuesto, desconocen cómo eres ni cómo te llamas ni deberían saber dónde estás, porque hemos sido muy cuidadosos todo este tiempo. Pero tienes que entender que, para Airón, el hecho de que haya un nuevo Elegido es un asunto peligroso.

—Porque perdería su poder —adiviné.

Él movió la cabeza hacia los lados.

—Al menos se lo cuestionarían, sí —concluyó—. Si tú eres la Última Bruja, él no lo es. Y eso no le deja en buen lugar. Le resultará más difícil justificar su intento por hacerse con todos los talismanes y que todo el control de la magia recaiga en su persona.

—Qué bien —resoplé—. Ahora resulta que el mayor villano de Alboria quiere matarme.

—No nos precipitemos.

—¿No? —pregunté con sorna—. ¿Y entonces para qué se han llevado a Tomás?

Se encogió de hombros, abatido.

—¿Para interrogarlo? —dijo—. No lo sé. Pero necesito saber qué ha pasado con él. Tomás no se iría así en medio de la noche.

Asentí. Probablemente por primera vez desde que le conocía, Diego y yo estábamos de acuerdo en algo.

—Voy a cambiarme, sal de aquí —dije, empujándolo hacia la puerta.

16

La Laguna Negra

Cogí mis cosas a toda velocidad. Diego no se había movido ni un milímetro cuando salí a la puerta y echamos a correr los dos, escaleras abajo. Me fijé entonces en que tenía la enorme bolsa de Tomás colgada al hombro, lo que significaba que él no se la había llevado consigo.

Eso, desde luego, no era buena señal. Tomás jamás iba a ninguna parte sin ella. ¡Si casi había dejado que el cuélebre lo matase mientras trataba de recoger sus botecitos! La posibilidad de que Tomás se hubiera marchado o hubiera regresado a casa por voluntad propia se volvía cada vez más improbable. Conociéndolo, era imposible que se hubiese marchado en medio de la noche sin portar su bolsa.

No quería dejarme llevar por el pánico. Tomás era listo. Era, de hecho, la persona más inteligente que había conocido en mi vida. Sabría cuidar de sí mismo, seguro que estaría bien. Miramos los alrededores de la posada en la noche quieta y húmeda de León, sin saber bien por dónde empezar ni adónde ir. Diego abrió la mochila de Tomás y hundió la cabeza dentro. Rebuscó unos segundos hasta sacar una linterna.

—Por supuesto que llevaba una linterna —dijo con una sonrisa

triste.

—¿Hay algo que no lleve?

Parpadeé muy deprisa y me sorbí la nariz, tratando con todas mis fuerzas de que Diego no notase que me escocían los ojos.

—Vamos a mirar por los alrededores, ¿vale? —me dijo—. Igual… Igual simplemente ha bajado a despejarse y estamos asustándonos sin motivo.

Agradecí su intento por mantener la calma, pero a esas alturas no me servía de mucho. Sabía tan bien como yo que la situación tenía muy muy mala pinta. Diego alumbraba el suelo con la linterna y caminamos unos minutos así, sin un rumbo fijo, hasta que llegamos a la altura de un pequeño parque.

—Diego, aquí —exclamé.

La luz de la linterna había iluminado un rectángulo blanco que me llamó la atención. Nos acercamos para examinarlo. Efectivamente, se trataba de un cuaderno. Estaba mojado por la llovizna, pero todavía podía identificar la caligrafía de Tomás. Encima de sus páginas, había una flor perfectamente cortada.

—Es una dama de la noche —dije, triste—. La flor que solo se puede coger por la noche.

Diego echó la cabeza hacia detrás, frustrado.

—Ha debido de bajar en plena noche para coger una —dijo.

La rabia me invadió por completo. No podía creerme que esas personas hubieran querido hacer daño a alguien como Tomás, que era incapaz de matar a una mosca y salía pacíficamente para recolectar plantitas. Había que tener algo muy malo por dentro para ser capaz de hacer daño a alguien así.

Guardé el cuaderno en su mochila con mucho cuidado, esperando que pudiera seguir utilizándolo cuando volviéramos a verlo y me aferré a esa idea.

—Bueno. Ya no hay duda, ¿no? —dije—. Su cuaderno estaba en el suelo, no se ha llevado la mochila… Tomás no se ha ido.

—Lo tienen ellos, estoy seguro.

—Pero ¿cómo lo han encontrado? —pregunté, abatida.

—Probablemente hubiera un miembro del culto por aquí. —Se rascó la nuca, pensativo—. Seguramente nos estaban esperando y Tomás les ha puesto la oportunidad en bandeja al salir por la noche

completamente solo.

—Pero ¿y adónde se lo han llevado?

Diego pareció recordar algo de repente y se llevó la mano a la chaqueta. Ahí tenía el papel que nos había dado nuestro contacto misterioso en la posada. Lo abrió delante de mí.

«Nos reuniremos al alba en el agua más oscura.
Desafiaremos la magia del lago y burlaremos sus leyendas.
Recuperaremos lo que es nuestro,
para devolverle a la magia sus días de gloria».

Qué… críptico. Diego y yo nos miramos a los ojos.

—No sé lo que significa —reconoció—. Parece una nota interna, ¿no? Algo que se dijeron en clave para comunicarse sin que nadie más los entendiera.

—Sí, os gusta mucho lo de hablar en clave por aquí —murmuré con fastidio. De repente, se me iluminó la mirada—. Espera. Creo que sé de lo que hablan. Tomás me habló de un lugar así. Me dijo que había una laguna mágica que un poeta trató de proteger. Dijo algo de que se había inventado una leyenda. ¿Puede ser eso?

—¿Una laguna? —preguntó, pensativo—. ¿Dónde?

—No lo sé. No lo recuerdo. Era algo así como la laguna oscura o…

Diego alzó las cejas.

—¿La Laguna Negra? —me preguntó, y yo asentí muy convencida —. Bueno, eso tendría sentido, está en Soria. También está en la Comarca Magna.

—No está lejos, ¿no? —dije esperanzada, pero Diego en cambio parecía más preocupado todavía—. ¿Por qué tienes esa cara?

—Porque no son tan buenas noticias —dijo—. La Laguna Negra es un portal. ¿Recuerdas?

Contuve el aliento. Era cierto. Tomás me lo había contado y Zaida también lo nombró como uno de los cinco portales, pero, con tanto nombre nuevo y tanta región por recordar, casi lo había olvidado.

—Y que se dirijan a un portal solo puede significar una cosa —me dijo, muy serio.

—Que van a por su talismán —terminé la frase.

Diego asintió.

—Recuperar lo que es nuestro, dicen, ¿ves? —Me señaló el punto exacto en la nota—. «Devolverle a la magia a sus días de gloria». Quieren el talismán.

Yo cerré los ojos con fuerza.

Después de tanta mentira, después de que me hubieran ocultado algo tan importante como mi papel en la profecía, me había prometido a mí misma volver a casa. Dejar todo esto atrás. Me había logrado convencer de que iba a dejar que se las apañasen solos y se salvasen a sí mismos.

Y en cambio…

A ver, seguía muy enfadada (¡lo estaba de verdad!) y, además, estaba convencida de que nada de lo que estaba ocurriendo era asunto mío y de que no deberían haberme involucrado en esto sin contarme toda la información. Pero la realidad era que, cuando Zaida había pedido voluntarios para ayudarme en la misión por recuperar los talismanes, todo el mundo había guardado silencio. Todos menos Tomás. Un chico con un talento extraordinario y el sueño de convertirse en Maestro Boticario. No tenía por qué hacerlo. No tenía por qué ayudarme. Y, en cambio, había dado un paso adelante. Se había arriesgado por mí. Por mí o, bueno, por la profecía. Por lo que fuese. Pero no podía evitar sentir que le debía una, aunque me hubiera mentido.

—Tenemos que ir a buscarlo —dije.

Una parte de mí estaba muy irritada conmigo misma.

La expresión de Diego se iluminó y, por un momento, me pareció que iba a darme un abrazo. Por suerte, se contuvo a medio camino y se rascó un brazo para disimular. Debió de ver la mirada con la que le advertía que no se acercase ni un centímetro. Puede que estuviera dispuesta a salvar a Tomás, pero todavía me quedaba cabreo para unos cuantos días.

—De acuerdo, ¿cómo llegamos hasta allí? —pregunté, seca.

Diego tomó aire y lo soltó de golpe.

—No podemos llegar andando. Serían varios días.

—¿Y un carruaje de esos como el que cogimos para llegar hasta aquí? —sugerí.

—Serían unas… —calculó— quince horas. Imposible.

Solté un resoplido.

—En serio, ¿qué tenéis en este mundo contra los coches?

Diego me miró como si acabase de decir la mayor tontería de mi vida.

—Sé que es difícil de entender para alguien de Oscúritas, pero aquí la productividad, la rapidez… no lo es todo, ¿entiendes? —me dijo—. No si entra en conflicto con el bienestar de la naturaleza.

Puse los ojos en blanco.

—Solo digo que ahora nos vendría muy bien que alguien nos llevase —gruñí.

Diego extendió las palmas de sus manos hacia mí.

—Por suerte, tenemos a una bruja del agua entre nosotros.

—¡Ja! ¿Yo? —Me crucé de brazos—. Ni hablar.

—¿Por qué no? Ya lo has hecho antes.

—Y mira lo bien que nos ha salido —repliqué—. Acabamos 157 kilómetros más lejos de donde pretendíamos llegar.

—Bueno, era tu primera vez. Hoy lo harás bien.

—¿Y si no?

—Lo harás bien, confía en mí.

Alcé una ceja.

—No confío en ti, Diego.

Pensaba que mi comentario le ofendería, pero encajó el golpe con elegancia y asintió con la cabeza.

—Suena justo —me respondió—. Tampoco hace falta, de todas formas. En quien debes confiar es en ti.

Qué fácil era decirlo.

Sonaba maravilloso. Era una frase perfecta para ponerla en la portada de una libreta y llenarla de colorines y dibujitos de unicornios.

Diego miraba a nuestro alrededor, buscando algo en el parque que pudiera sernos de utilidad y no se detuvo hasta que encontró una pequeña fuente de agua. Y cuando digo pequeña digo…, bueno, muy pequeña. Era una de esas fuentes en las que es necesario apretar para beber. Aun así, a él debió de parecerle suficiente porque se colocó junto a ella, conforme.

—Si la otra vez te equivocaste es seguramente porque no pensaste

específicamente en la ciudad de León —me dijo—. Igual fuiste poco concreta. El fallo sería ese, seguramente. No creo en absoluto que fuera un problema de tu poder. Esta vez lo harás bien. Lo único que tienes que hacer es pensar en la Laguna Negra.

—Pero si nunca he estado en la Laguna Negra —me quejé—. No puedo imaginármela ni visualizarla.

—No hace falta —respondió deprisa—. La magia lo hará por ti. Está viva, Ingrid, solo necesita escucharte. Pero para eso tienes que hablar con claridad. Tal vez te ayude incluso decirlo en voz alta. El agua sabrá entender a lo que te refieres y te llevará hasta allí.

Yo no lo veía tan claro. Además… ¿esa fuente? Tenía que estar tomándome el pelo. Me acerqué lo suficiente como para presionar el botón y, haciendo un esfuerzo considerable, conseguí un chorrito con el que hubiéramos tardado media tarde en llenar una botella. Con suerte.

—¿Y exactamente qué esperas que haga con esto?

—No necesitas tirarte al mar para viajar —me respondió con tranquilidad—. A ver, ayuda, pero podemos hacerlo perfectamente. Solo tienes que conseguir que el agua nos envuelva por completo. No hace falta que estemos sumergidos en ningún sitio, ¿entiendes? Es suficiente con que nos envuelva es suficiente.

Observé sus movimientos unos segundos, fijándome en la seguridad con la que hablaba, y poco a poco mi mente pasó del escepticismo a la curiosidad. Se me escapaba algo, pero estaba a punto de descubrirlo. Me crucé de brazos.

—Para que solo haya dos brujos del agua en este mundo —le dije —, pareces conocer muy bien cómo funciona mi magia.

Lo pillé desprevenido. Lo supe al instante, en cuanto vi su expresión de sorpresa. No tuvo tiempo de disimular ni de inventarse una excusa de las suyas para enmascarar la realidad.

—Sí —me reconoció.

Bien. Al menos no trató de negármelo. Era la señal que estaba esperando para expresar en voz alta un pensamiento que se me había instalado en la mente poco a poco, como una pesada mosca en la que no reparas durante un tiempo, pero que, cuando la descubres, te obsesiona hasta volverte loco.

—Conoces a Airón, ¿verdad? —dije sin medias tintas.

Tenía que ser así. Era la única opción que encajaba.

Desde el primer momento, Diego había sabido demasiado. Había sido el único que había entendido a la perfección qué podía y qué no podía hacer, había sabido anticiparse, interpretar mi magia mejor que yo, y sabía perfectamente cómo conseguir despertar mi poder. O era una persona tremendamente intuitiva o… tenía muchas cosas que contarme.

Diego esbozó una sonrisa triste.

—Sí, lo conozco —reconoció. Después se corrigió y clavó su mirada en el suelo—. Lo conocía, en realidad. Antes de que fuese Airón.

¡Lo sabía! Habría gritado de satisfacción si no fuera porque Diego parecía verdaderamente triste.

Me quedé callada. No me resultaba difícil adivinar cómo se sentía. Tenía que ser muy duro ver como un amigo tuyo se levanta una mañana convertido en el líder malvado de un movimiento que pretende controlar la magia y hacerse con el control de Alboria.

Diego respiró hondo.

—Por eso no me gustan las profecías —añadió con la vista ahora fija en la fuente—. Sacan lo peor de la gente. Él no era así. Él no habría sido así si no le hubieran hecho creer que era el Elegido. Si no le hubiesen llenado la cabeza con todas esas historias de que él y solo él debía salvar la magia y que el futuro de toda la humanidad dependía también de él. La culpa no es suya. No es solo suya, al menos.

Me quedé pensativa unos instantes. Recordé de nuevo aquel encuentro en el carromato, esa extraña manera de relacionarse con los miembros del culto, como si lo conocieran. Me había parecido todo muy raro. Ahora algunas piezas del puzle empezaban a encajar. Por la expresión de Diego, parecía que había tenido una relación bastante estrecha con Airón. ¿Podía ser ese el motivo de una reacción tan extraña?

—Ellos —dije—, los miembros del culto… ¿Creen que eres de los suyos?

Noté la punzada de dolor que se clavó en sus ojos negros. Se encogió de hombros, fingiendo a duras penas su indiferencia.

—No lo sé —respondió—. Supongo que sí.

Asentí. Seguía teniendo un montón de preguntas, pero por el momento estaba bien así. No me hacía falta conocer mucho mejor a Diego como para ver que era un tema difícil para él y, si no nos equivocábamos, era bastante probable que nos enfrentásemos a Arión en la Laguna Negra. Debía de ser un momento bastante complicado para él.

Diego se aclaró la garganta.

—¿Estás lista? —Tras dar una palmada, recuperó su humor habitual y dio por zanjada la conversación.

—Claro que no —le respondí yo con una sonrisa y mucha sinceridad.

—Perfecto. Vamos allá.

Me tendió las manos y puse las mías encima. Había algo en ese gesto que me provocaba un cosquilleo y no conseguía decidir si era agradable o no. Él hacía algo con eso. Debía de tratarse de un hechizo, no lo sabía con certeza, tal vez un hechizo como el que había realizado Zaida para ayudarme a viajar desde Soportújar. Fuese lo que fuese, el contacto de Diego conseguía que mis sentidos estuviesen más despiertos, más alerta, como si de pronto agudizase mi oído lo suficiente como para identificar una música que sonaba a lo lejos. Así sentía de pronto el agua de la fuente. Podía escuchar que caían pequeñas gotitas sobre la piedra, que poco a poco eran más, que el chorrito aumentaba su caudal hasta alcanzar unas dimensiones con las que sí podía trabajar. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo. No tuve que hacer nada. No tuve que decir nada. Yo quería que el agua viniera a mí, que reptase hacia mis pies, que trepase por mis piernas y me subiera por todo el cuerpo, y el agua hizo exactamente eso, como si leyese mis intenciones, como si pudiese ver dentro de mí y saber lo que necesitaba. Diego y yo seguíamos mirándonos a los ojos, frente a frente, cuando entreabrí los labios para decir:

—Llévanos a la Laguna Negra.

El agua acarició cada centímetro de mi piel hasta abrazarnos por completo y entonces, sí, sentí un vuelco en el estómago mientras nos desvanecíamos en la noche.

Aparecimos en un bosque tan oscuro como frondoso. Lo primero que sentí fue la humedad de la tierra llenando mis pulmones. El olor de los árboles y el aroma pegajoso del musgo y de la hierba se me

instalaron en lo alto de la nariz y me hicieron sentir a salvo. Por un momento, me sentía como si hubiera vuelto a casa.

—¿Dónde estamos? —dije.

A nuestro alrededor, apenas había luz, y todo cuanto veía eran árboles y una espesura negra que no podía distinguir a lo lejos. Aún no había amanecido del todo y el cielo, aunque ya había perdido su color azabache, todavía era de un gris azulado que no era capaz de iluminar el camino. Diego encendió de nuevo la linterna y la proyectó hacia los lados hasta que encontró un hueco entre los árboles. Se asomó y después se giró hacia mí, sonriente.

—En la Laguna Negra —dijo—. Lo has conseguido.

Me reí sin poder evitarlo, presa de una emoción difícil de contener. ¡Lo había hecho! Había logrado transportarnos a la Laguna Negra.

—Muy bien —dije, tratando de no dejarme llevar demasiado por la euforia. Todavía quedaba lo más importante—: Vamos a buscar a Tomás.

Puede que estuviéramos en la Laguna Negra, pero todavía tuvimos que caminar unos cuantos minutos para llegar hasta ella. Amaneció lentamente, por lo que poco a poco fuimos pudiendo seguir nuestros pasos con comodidad hasta apagar la linterna, y me sobrecogió la belleza de aquel bosque. Era uno de los lugares más bonitos que había visto en mi vida y la vegetación emergía de cualquier parte, abundante, en cientos de tonos de verde, a veces anaranjada, húmeda y viva. Diego no habló en ningún momento, por suerte. En ese momento, estaba sin palabras y cualquier intento de hablar me habría resultado tan artificial como molesto.

No hacía falta saber que aquel lugar escondía un portal como para sentirlo en cada centímetro de mi cuerpo: la magia estaba por todas partes.

Unos minutos más tarde, atisbamos la laguna. Estaba vacía. Allí no había nadie. No había miembros del culto. Solo la laguna, su agua oscura y enigmática, y el vaivén pausado de sus olas en la orilla. La niebla se agarraba a las piedras de alrededor, trepando por la superficie de las montañas que la rodeaban. Imaginé por unos instantes aquellas leyendas. Los poetas que habían inventado cuentos, las historias que debían de circular a su alrededor augurando

monstruos y magia negra. No era difícil de comprender por qué.

Caminamos despacio hacia ella, acompañados del único sonido de nuestros zapatos crujiendo contra las ramas y las hojas secas. Aquello me inquietó de repente. Si me paraba a pensarlo con atención, casi diría que el ambiente estaba demasiado silencioso y la tranquilidad me resultaba muy espesa como para ser natural. No se escuchaba ningún ruido, ni siquiera el correteo de un animal ni el silbido del viento entre las hojas de los árboles.

—Aquí estamos. —El susurro de Diego me sobresaltó—. Parece que hemos llegado antes que ellos.

Tragué saliva.

Creo que no hacía falta que ninguno de los dos lo dijera en voz alta. La idea de que hubiéramos conseguido adelantarnos parecía… demasiado fácil. Y había algo inquietante en el ambiente, algo que no era capaz de explicar, pero que me agitaba en el fondo del estómago.

—¿Y si nos hemos equivocado? —dije yo—. A lo mejor no era aquí. Igual no hemos entendido bien el mensaje.

Diego arrugó las cejas y negó con la cabeza.

—No, estoy casi seguro… —dijo, pero su voz se apagó a media frase—. No lo sé, espero que no. En cualquier caso, ya estamos aquí. Creo que tenemos que aprovechar nuestra ventaja.

—¿A qué te refieres?

Señaló la laguna. Su superficie reflejaba el cielo como un espejo.

—Tenemos que coger el talismán —me dijo, firme—. No sabemos si están a punto de llegar o no, pero una cosa está clara: Airón ha ido portal por portal arrebatando los talismanes para hacerse con más poder. Hemos llegado hasta aquí, ¿no? Pues vamos a adelantarnos. Lo cogemos y lo llevamos a Soportújar. Es la única manera de evitar que lo haga él.

Respiré hondo, mirando la vasta laguna que se desplegaba ante mí. Cualquiera hubiera dicho que a esas alturas debería haberme acostumbrado, pero no podía evitar sentir todavía un temblor en las rodillas cada vez que veía una masa de agua de esas dimensiones. Sobre todo porque intuía que encontrar el talismán involucraba hacer algo que no me iba a gustar en absoluto.

—¿Dónde está el talismán, Diego? —pregunté para asegurarme.

—En el fondo de la laguna.

Respiré hondo por la nariz al confirmar mis temores.

Ya me parecía que todo estaba resultando demasiado fácil.

—¿Y cómo esperas que lo encuentre ahí abajo? —pregunté.

—Bueno —dijo, súbitamente inseguro—. Cada portal tiene su propio sistema de seguridad, así que no será tan sencillo…

—¿Y cuál es el sistema de seguridad de este portal?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —exclamé, sorprendida.

—¿Te crees que van contándolo por ahí? Es un sistema de seguridad. Está pensado precisamente para que no pueda ir cualquiera coleccionando talismanes —me explicó—. Por eso no tengo toda la información, pero no importa. Estoy seguro de que, cuando bajes, encontrarás la manera.

Alcé las cejas.

—¿Cuando baje yo? ¿Y tú qué?

—Bueno, tiene que bajar alguien que sepa respirar debajo del agua —me respondió como si estuviera diciendo algo totalmente evidente—. Y tú deberías de ser capaz de respirar debajo del agua, ¿no?

—Ni hablar —respondí, categórica.

—¿Cómo que no? Airón podía. Estoy bastante seguro de que los brujos del agua pueden hacerlo.

—Bueno, pues yo no puedo —aseguré, un poco molesta por su insistencia. La verdad era que tampoco lo había intentado nunca, pero no necesitaba hacer la prueba para sentir que era imposible. Había estado a punto de ahogarme no una sino dos veces en mi vida. Podía recordar a la perfección la sensación de asfixia en mis pulmones, la angustia de no poder avanzar a la superficie, la sensación de que la vida abandonaba mi cuerpo. Si era capaz de respirar debajo del agua, ¿cómo es que no lo había hecho ya?

Diego afiló la mirada.

—Tienes miedo —dijo.

Aquello lo sentí como un ataque frontal, con la misma violencia con la que habría recibido un cuchillo afilado dirigido directamente a mis costillas. Mi reacción instintiva fue la de negarlo inmediatamente, como había hecho tantas y tantas veces, pero en esta ocasión me quedé callada, bloqueada delante de él. Tenía a mi lado una laguna

enorme en la que debía sumergirme y solo eso podría resumir a la perfección la peor de mis pesadillas. Pero a eso encima teníamos que sumarle que para hacerlo debía usar mi poder, algo que tenía que ser maravilloso y mágico y que a todas luces debería haber aprendido a controlar ya, pero que a mí todavía me parecía una criatura salvaje y peligrosa, imposible de domesticar.

Podría intentar negarlo, sí, pero ¿de qué me serviría? Las rodillas me temblaban, tenía las manos sudorosas. ¿Miedo? No, no tenía miedo. Estaba aterrorizada.

Diego se colocó frente a mí una vez más.

—Es normal tener miedo —me dijo—. Está bien, de hecho. Todos tenemos miedo. No tienes que intentar ocultarlo ni fingir que no existe.

Evité su mirada, abochornada. Pero él continuó.

—El miedo es útil. Te ayuda a prepararte, te avisa de los cientos de peligros y posibilidades que hay de que algo vaya mal, sí, pero lo hace para que sepas estar alerta. Su objetivo es ayudarte. El miedo es un compañero de viaje y no mirarlo a la cara no va a hacer que desaparezca. —Me dijo esta última frase en voz bajita—. Solo hay que saber cuándo hay que escucharlo… y cuándo toca seguir adelante.

Me quedé meditando sus palabras unos instantes. Nunca lo había pensado así. Nunca había pensado en el miedo como un compañero y aquello me produjo una extraña sensación de calor en el estómago. Yo siempre había vivido de espaldas al miedo, escondiéndolo de todos, negando que estaba ahí, pero al mismo tiempo me había pasado toda la vida controlada por él: inventándome excusas para no meterme en el mar, renunciando a planes para no tener que dar explicaciones, engañando a los profesores de clase de natación… El miedo siempre me había parecido mi peor enemigo. Algo que solo podía hacerme daño y hacerme sufrir. Y, en cambio, llegaba Diego y me pedía que lo mirase directamente a los ojos.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Eres un buen mentor —dije en un arranque involuntario de vulnerabilidad.

—Claro que lo soy —respondió él.

—Y… ¡ya te lo has cargado!

—Bueno, pero te he hecho reír —sonrió también. Después señaló

la laguna con un gesto de su cabeza—. Ahora qué, ¿vamos a por ese talismán?

Yo me mordí el interior de los carrillos. Quería ser valiente, de verdad que sí, pero lo que me pedía superaba con creces aquello a lo que podía enfrentarme.

—No puedo respirar debajo del agua, Diego, de verdad que no —dije, atropellando mis palabras—. Llámalo miedo o lo que tú quieras, ya trabajaré en ello, pero hoy no. Tienes que creerme, te prometo que no voy a ser capaz. ¿No hay otra manera?

Aquello acabó por convencerlo. Diego miró la laguna, buscando soluciones mentalmente, y al final ladeó su cabeza hacia los lados.

—Creo que tengo una idea —dijo y empezó a caminar hacia la orilla. Lo seguí. Sin más dilación, metió los pies en el agua y me invitó a hacer lo mismo—. Creo que podrías fabricar una burbuja. Vi a Airón hacerlo alguna vez.

—¿Una burbuja?

Jamás se me habría ocurrido.

—Una burbuja grande en la que quepamos los dos —explicó—. Así no tendrías que respirar debajo del agua y podemos, sencillamente, desplazarnos por el fondo. Además, de esa manera puedo acompañarte. Formularé un hechizo que aporte firmeza a la burbuja, por si te asustas o si te desconcentras.

—Pero ¿y cómo hago yo una burbuja?

—Pues imaginándotela, claro.

Diego hacía que todo sonase fácil. Tanto que a veces rozaba lo irritante. Que me la imaginase, ¿no? Bien. Metí los pies también en el agua, situándome justo a su lado. Me crucé de brazos, cerré los ojos y me imaginé una burbuja grande que nos rodeaba a los dos, como si fuese una pompa de jabón. Estaba convencida de que eso no habría servido de nada. Abrí los ojos esperando poder articular un «te lo dije» tan grande que temblasen todas las lagunas de Soria, pero, para mi sorpresa, me encontré frente a frente con mi creación. Nos rodeaba una burbuja gigante, hecha del mismo agua del lago. Tal y como me había asegurado, dentro podíamos respirar a la perfección. Tal vez aguantase también dentro del agua.

—Te lo dije —anunció Diego, sonriente.

Yo estaba demasiado sorprendida para enfadarme.

—Bien —continuó sin esperar más y posó una mano sobre mi hombro—. Ahora formularé el hechizo para ayudarte, ¿vale? Estoy aquí en todo momento. Pase lo que pase, no te separes. ¿Preparada?

Preparada o no, asentí y comenzamos a caminar hacia el fondo.

Al principio me embargó una sensación extraña. La burbuja era firme, tanto que tenía que empujar para avanzar hacia delante y el movimiento no me parecía del todo natural. Y la mano de Diego me ponía nerviosa.

—¿Vas bien? —Su voz sonaba muy cerca de mi nuca.

—Sí, creo que sí —dije, sin mucha convicción.

La burbuja, de repente, me parecía demasiado pequeña para mi gusto. Avancé más deprisa, con la intención de acabar con aquello cuanto antes. Poco a poco, el agua fue alcanzando lo que sería la altura de nuestras caderas y seguimos avanzando hasta que empezó a rebasar la altura de la nariz y nos hundimos por completo. Miré a Diego sin poder evitarlo, con la respiración agitada. En ese momento, el agua ya nos rodeaba por todas partes y estábamos caminando por el fondo. Su idea había funcionado y la profundidad de la laguna se desplegaba ante nosotros en un espectáculo de colores y formas que me fascinaba y aterrorizaba a partes iguales. La luz se filtraba entre las olas, dibujando ondas y espirales en nuestro camino, iluminando algunos de los pececillos que se acercaban curiosos a nuestra burbuja.

Y, de repente, lo vi.

—¡Allí! —chillé.

Un brillo verde había captado mi atención. Estaba segura de que era lo que estábamos buscando, lo sentí en el fondo de mi ser. El verde que había visto no pertenecía a ningún elemento natural de esa laguna, no era ningún efecto de la luz ni ninguna alga o piedrecita como las que veíamos al fondo. Aquella piedra verde brillaba con un color único, hipnótico, y parecía flotar en medio de la laguna como si esperaba que la encontrásemos.

—Es el talismán, ¿verdad?

—Es el talismán de los hechiceros —afirmó Diego, emocionado. Su mano apretó algo más mi hombro. Me pareció que temblaba.

Contuve la respiración. Estábamos muy cerca, cada vez más cerca, a escasos centímetros de poder alcanzarla. Pero entonces, cuando intenté avanzar en su dirección, me di cuenta de que la burbuja ya no

se movía. Lo intenté una vez más, pensando que algo la bloqueaba en el fondo, pero ya no solo no podíamos caminar hacia delante, sino que tampoco podíamos balancearla hacia los lados ni rectificar hacia atrás.

Algo no iba bien.

Tardé un par de segundos más en distinguir un reflejo en el agua.

Diego y yo nos miramos.

No estábamos solos.

Nos habían tendido una trampa.

17

El Último Brujo

De repente, nuestra burbuja salió despedida a la superficie del agua. Diego se agarró a mí mientras toda la laguna temblaba y daba vueltas a nuestro alrededor. Durante unos segundos, perdí la noción del espacio y no pude distinguir el cielo del agua, dónde era arriba y dónde era abajo, hasta que finalmente lo vi.

Frente a nosotros había un brujo que llevaba una enorme capa azul. Estaba flotando a un metro por encima de la Laguna Negra, rodeado de aguas turbulentas que parecían hervir bajo sus pies. Su pelo rubio y largo ondeaba al viento, tenía las manos extendidas hacia el agua y nos miraba con una sonrisa desafiante.

Al verlo, se me heló el corazón. Y ya no solo por aquella demostración de poder que habría bastado para aterrorizar a cualquiera. Es que yo no podía apartar la mirada de sus ojos.

Uno era azul. El otro marrón.

Como los míos.

Nunca jamás en mi vida había visto a nadie que tuviera la misma mirada que yo y encontrarme frente a esos ojos me provocaba una mezcla de emociones imposible de descifrar. De alguna manera, era como mirarme en un espejo. Y, en cambio, sus ojos, esos ojos en los

que tanto me parecía reconocerme, refulgían llenos de una ira que rozaba la locura.

Cuando abrió la boca, el eco de su voz inundó toda la laguna.

—¿Así se presenta ante mí la supuesta Última Bruja? —dijo—. ¿Envuelta en una burbuja para poder respirar debajo del agua?

Escuché unas risas a lo lejos y así me percaté de que, en la orilla, no muy lejos de nosotros, había algunos brujos más que también llevaban puestas las vestiduras del Culto de Airón. Todos sin excepción le reían la burla a su cabecilla, pero lo que me alertó de verdad fue que me pareció que ocultaban un cuerpo en medio de todos ellos, una figura pequeña que no se movía en absoluto.

—Tienen a Tomás —le susurré a Diego.

Él no dijo nada. Solo me cogió la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Qué clase de bruja del agua necesita ayuda para nadar? —continuó Airón. No era capaz de descifrar si aquello lo divertía de verdad o si le ofendía profundamente. Alzó la mano hacia nosotros—. Permíteme que te ahorre el bochorno.

Con ese simple gesto explotó la burbuja en la que nos encontrábamos. Sin embargo, nunca llegamos a caer al agua. De pronto, el oleaje que nos rodeaba se convirtió en unos gruesos barrotes que nos rodearon hasta tomar la forma de una prisión flotante. Llevé mis manos a las barras, intentando aflojarlos o estirarlos para liberarme, pero eran sorprendentemente fuertes y sólidos, como si los hubiera transformado en un bloque de hielo.

—La verdad es que tengo que daros las gracias —continuó Airón y se acercó flotando hacia nosotros—. Habéis hecho exactamente lo que quería. Al parecer, este talismán es peculiar y permanece escondido salvo que la laguna quiera mostrarlo. He de reconocer que ha sido un poco antipática conmigo. Pero tú —me miró directamente— has sido la herramienta perfecta para encontrarlo.

Lo escuché confundida. ¿La laguna no había querido mostrarle el talismán? ¿Por eso había tenido que raptar a Tomás? ¿Para atraernos y que lo ayudásemos a encontrarlo?

No conseguía comprenderlo. ¿Cómo podía un brujo tan poderoso tener problemas para una misión que en apariencia era tan sencilla como aquella?

A mi lado, Diego le respondió con firmeza.

—Si la laguna no te mostró el talismán, será porque sabía que tus intenciones no eran buenas —le espetó con valentía—. Porque pretendías robarla para ti, por pura ansia de poder. Y no porque de verdad quieras proteger la magia. —Aguardó un segundo y de pronto bajó algo el tono, acercando su rostro a los barrotes como si también pretendiera acercarse a él—. Eso debería hacerte reflexionar, Héctor. Ni siquiera la magia está de tu parte ya.

Miré en su dirección, sorprendida.

¿Héctor?

¿Así que ese era su nombre? Recordé que Zaida había mencionado alguna vez que Airón no era su nombre real, pero me sorprendía que Diego conociera el verdadero. Diego sabía demasiadas cosas.

Airón lo fulminó con la mirada.

—¿Que la magia no está de mi lado? —siseó—. Si la magia tiene alguna oportunidad es gracias a mí. Oscúritas lleva años viviendo de espaldas a la magia. ¡Años! Años en los que las gentes de Alboria hemos presenciado una y otra vez sus muestras de egoísmo. Hemos sido meros espectadores de cómo destruían la naturaleza, de cómo cortaban y quemaban nuestros bosques, de su maltrato reiterado a los océanos, al aire, a sus criaturas... ¿Y qué hemos hecho nosotros para impedírselo? ¿Les hemos plantado cara? No, les hemos tendido la mano —rio esta vez—. Les hemos abierto los portales, ¡hemos salido a buscarlos! Los hemos formado como nuestros aprendices. Y, cada día que fingíamos que el problema no existía, cada día que hacíamos oídos sordos su egoísmo, la magia moría un poquito más que el anterior.

Nadie dijo nada. Ni siquiera Diego se atrevió a rebatirlo. Yo misma me quedé paralizada, mirándolo, sin saber qué pensar.

Airón continuó, acercándose más todavía a nosotros.

—Llevamos demasiado tiempo desoyendo el grito de ayuda de la magia, pero eso se acabó —sentenció—. Es por gente como Zaida, con sus estúpidas pretensiones de abrir Alboria a todo el mundo, por lo que la magia está asfixiada y enferma, pero yo voy a encargarme de arreglarlo. ¡Claro que la magia está de mi parte! La profecía habló. La profecía me eligió a mí. ¡A mí! Dijo que un brujo portaría la marca de agua y salvaría la magia. Y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Tengo el peso de Alboria sobre mis hombros. ¿Ansias de poder, dices? Ansias de supervivencia, Diego. Ansias de liderazgo. De salvaros a todos. Lo sabrías si no fueses un cobarde.

Esta vez sí, Diego se aferró a los barrotes.

—¿Y si la profecía se equivoca? —le dijo de repente. A mí se me encogió el corazón. Me parecía tan valiente como idiota que se atreviera a hablarle así—. No tienes por qué hacer esto. Así no. Tiene que haber otra manera, Héctor. Tiene que haber una forma de que no acabemos matándonos entre todos.

Por un momento, Airón se quedó en silencio y me pareció que las palabras de Diego habían removido algo en su cabeza. Si fue así, le duró poco. Cambió su expresión al instante y acabó por sonreírle con cierto desdén.

—Vas a hacerme llorar, hermanito —le respondió.

Un momento.

¿Hermanito?

Miré a Diego, horrorizada. En sus ojos negros, encontré una expresión de dolor imposible de esconder.

El corazón me dio un vuelco.

Eran hermanos.

Diego y Airón, o Héctor, eran hermanos.

La verdad cayó sobre mí como una losa. Era una mentira más, una de tantas y tantas que me habían dicho en los últimos días, pero tal vez esa fuera la primera que podía comprender de verdad. Diego lo miraba devastado, envuelto en una mezcla de lástima, vergüenza y miedo. Ahora comprendía por qué conocía tan bien la magia de los brujos del agua: la había vivido en su propia casa. Sin duda, habría estado allí cuando Héctor aprendía sus primeros trucos y habría presenciado con orgullo que poco a poco iba haciéndose fuerte, dueño de su poder. Pero también habría estado allí cuando el poder le cambió, también habría estado a su lado cuando la profecía le llenaba la cabeza de pájaros y lo llevaba a emborracharse en sus delirios de grandeza, hasta cambiarse el nombre por el de Airón. Había tenido que ser durísimo para él. Ver así a alguien a quien quieres, ¡alguien de tu misma sangre! Verlo destruirse a sí mismo y verlo hacer daño a su alrededor y no poder hacer nada para impedirlo tenía que ser desolador.

Con razón odiaba la profecía.

Sentí una profunda compasión por él.

Le apreté la mano que todavía tenía sujeta en la mía.

Pero el contacto no nos duró mucho más. El agua empezó a arremolinarse alrededor de los barrotes de hielo y nuestra prisión comenzó a girar sobre sí misma. De pronto, una columna de agua emergió de la profundidad y partió nuestra prisión en dos. Yo me quedé ahí, dando vueltas sobre mí misma a una velocidad vertiginosa, mientras que la jaula de Diego era arrastrada hacia la orilla.

—Tú y yo ya hablaremos —escupió mirándolo, antes de clavar sus ojos directamente en los míos—. Primero tengo que hablar con tu amiguita.

Su promesa me heló la sangre. Airón se acercó a mí, muy decidido, sus ojos de colores clavados en los míos como si fuesen mi reflejo en el agua. Por un instante, me pregunté si se sentiría como yo. Si, al igual que yo, esa visión le producía la misma inquietud, la misma atracción extraña que a mí. Se me cortó la respiración.

—Ahora —me dijo, muy serio—. Vas a coger el talismán por mí. Me lo vas a entregar y después vas a atravesar este portal para volver a tu mundo. Y nunca más volverás a poner un pie en Alboria. ¿Me has entendido?

Fruncí el ceño, tratando de comprender lo que me pedía. ¿Tenía que entregarle yo el talismán? ¿Acaso no lo había conseguido ya, en el momento en que nos había tendido la trampa? Lo observé detenidamente; era verdad que no lo tenía por ninguna parte. Desvié mi mirada hacia la laguna y un pequeño destello verde me hizo saber que estaba en lo cierto: Airón no había cogido el talismán. Y si no lo había hecho aún significaba que no podía hacerlo por sí mismo. Que me necesitaba.

Diego había dicho que cada talismán tenía su propio sistema de seguridad. Y fuera cual fuese el de este, parecía estar burlando los intentos de Airón. Puede que Diego tuviera razón. Puede que la laguna, sencillamente, jamás fuera a entregar el talismán a alguien que no tuviera buenas intenciones.

Ese pensamiento me provocó una sensación cálida en el vientre, un fuego que fue expandiéndose por mi pecho y que me subió por la garganta y me envalentonó.

—¿Y si no lo hago? —lo desafié.

Mi arrebato lo pilló por sorpresa. Hubo un murmullo entre sus seguidores, los escuché desde la orilla. Pero Airón no perdió los papeles. No se dejó llevar su cólera, si es que la sentía. En su lugar, se limitó a sonreírme con una templanza que hizo que me temblasen las piernas.

—Bueno, si no lo haces, vamos a tener un problema —me respondió despacio—. Porque solo puede haber un Último Brujo del agua, y sería una pena que la gente se confundiera por culpa de una vulgar estafadora que no es capaz ni de respirar debajo del agua. Así que, si no colaboras, me obligarás a tomar alguna decisión desagradable.

Se acercó a mí lentamente, flotando sobre la laguna.

—¡Ingrid! —escuché a Diego gritar a lo lejos.

Yo quise hacer algo, quise defenderme, liberarme de la prisión, pero estaba atrapada, bloqueada por el miedo. Tenía que concentrarme, sentir la magia, como otras veces. «Vamos, vamos —me dije—, concéntrate, siente el agua que te rodea». Conseguí algo. El movimiento de mi mano derecha desplazó una masa de agua que se hinchó hasta formar un pequeño oleaje que impactó directamente sobre a Airón, empujándolo.

Sentí un breve estallido de alivio por haber conseguido conectar con mi poder. Al menos, hasta que comprendí lo patético e inútil que había sido mi gesto. Lo que había hecho no llegaba ni a la categoría de un simple chapoteo. Sus esbirros rompieron en carcajadas desde la orilla. Airón sonrió también.

—Digna elegida de una profecía —se burló, sin dejar de acercarse a mí.

El corazón me latía violentamente dentro del pecho. Airón estaba tan cerca que podría tocarlo. Tanto que estaba convencida de que podría acabar conmigo en un instante, antes siquiera de que pudiera pestañear. Y, entonces, un gesto instintivo me llevó a mirar la mano que tenía alzada hacia mí.

Si había algún rastro de esperanza en mí, esta se evaporó por completo.

En su dedo corazón, Airón llevaba el anillo de mi tía abuela.

No sabía cómo se había hecho con él. Se suponía que estaba

custodiado por Zaida. ¿Significaba eso que había conseguido irrumpir en Soportújar? ¿Habría herido a Zaida para conseguirlo? ¿Y cómo había logrado saber el valor sentimental que ese anillo tenía para mí? No me podía creer que llegase tan lejos en su intento de hacerme daño. ¿Qué ganaba con todo eso? Solo era un anillo. Un anillo viejo que probablemente ni siquiera valiese nada en una joyería.

Sentía un dolor sordo en la base de la garganta.

Ajeno a mis pensamientos, Airón continuó su discurso:

—Dime, ¿sabías que un 70 por ciento de nuestro cuerpo es agua? —me dijo—. Te sorprendería saber lo que eso significa para alguien como yo. Puedo jugar con esa agua a mi antojo. Podría dejarte seca hasta morir. De golpe o despacio, haciendo que dejase de funcionar poco a poco cada órgano de tu cuerpo.

A lo lejos, escuchaba a Diego forcejear con su cárcel de hielo, invocando hechizos que de momento parecían tener poco resultado. Airón era demasiado fuerte. Demasiado poderoso. Sus ojos desiguales desafiaban a los míos y empecé a pensar que de verdad no había nada que pudiéramos hacer para detenerlo. Que hacía tiempo que habíamos perdido esta guerra.

—Y, sin embargo —añadió Airón, esta vez acercando su cara a la mía hasta dejarla muy cerca—, creo que a ti prefiero ahogarte. Me parece lo justo. Si de verdad eres la Última Bruja, no tendrás nada que temer. —Los miembros del culto volvieron a reír, encantados ante esta nueva muestra de superioridad—. ¿Eres la Elegida? Demuéstramelo.

Con un pequeño chasquido de sus dedos, un remolino de agua se formó a mis pies. Un remolino que fue creciendo y haciéndose más y más grande hasta que me cubrió por completo. Entonces me arrastró hacia las profundidades negras de la laguna sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Al principio forcejeé como pude, pataleando y moviendo brazos y piernas con gran fuerza para tratar de nadar hacia la superficie, pero el agua se enredaba en mis pies, tiraba de mí hacia el fondo y era mucho más fuerte que yo. No sé cuántos segundos más logré seguir luchando contra el oleaje. Entre brazada y brazada, mis extremidades fueron volviéndose más pesadas, más difíciles de mover, y un dolor agudo se me instaló en el pecho debido a la falta de aire. Sentí que poco a poco la vida abandonaba mi cuerpo y me pareció ver un

destello verde frente a mí justo antes de cerrar los ojos y descansar.

«Ingrid…».

A mi nariz llegó el olor inconfundible de la crema solar. A lo lejos, muy muy a lo lejos, escuchaba de fondo el piar de los pájaros y el chapoteo feliz de otros niños. Había estado allí antes. Me miré los pies. Unos pies pequeñitos, los pies de una niña de seis años que nadaba con curiosidad, atraída hacia las profundidades del pantano. Miré mi bañador, mi favorito, el bañador de *La sirenita*. Estaba nadando donde no debía, mucho más lejos de donde mi madre siempre me indicaba, y ya ni siquiera hacía pie.

«Ingrid…».

Aquella voz. Esa voz había emergido del fondo del agua. De la nada. Era imposible. Mi primer instinto me llevó a asustarme, a patalear y dar brazadas descoordinadas que no conseguían sacarme a la superficie. Iba a hacerlo, mis extremidades se tensaron, preparadas, cuando un estallido de claridad me hizo detenerme de golpe: yo ya había estado allí. Una vez, dos, mil veces. Yo había estado allí, yo ya había estado en ese pantano, una y otra vez en mis pesadillas. Pero siempre acababan igual. Siempre terminaban en ese preciso momento, cuando yo me asustaba, me cansaba de nadar y los brazos de mi madre acababan por sacarme del agua, como había ocurrido de verdad cuando tenía seis años.

«Ingrid…».

Pero nunca había llegado a escuchar bien aquella voz. Nunca había llegado a tratar de saber qué tenía que decirme. Nunca me lo había preguntado siquiera. Hasta entonces.

Esa vez no forcejeé. No intenté resistirme ni luchar contra la sensación de que el agua me arrastraba y me hacía perder el control. Simplemente, permití que mi cuerpo flotase, me dejé mecer por su oleaje mientras el agua me susurraba al oído:

«Si Ingrid ayuda a la magia, la magia ayudará a Ingrid».

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. No me podía creer que en algún momento esa voz hubiera podido darme miedo. Sus palabras me transmitieron el amor más puro, un sentimiento bello

y transparente: esa voz era paz. Asentí despacio, conmocionada, sin saber qué otra cosa podía hacer.

Y una tranquilidad nueva y desconocida para mí se expandió dentro de mi pecho.

Abrí los ojos.

Cuando lo hice, me di cuenta de que ya no estaba en ese pantano, pero sí seguía debajo del agua. Eran otras las profundidades en las que me encontraba, pero lo que había vivido estaba lejos de ser un simple sueño.

«Ingrid…».

Porque aquella voz también estaba allí, conmigo, dentro de la Laguna Negra. Y me sentí más segura, más acompañada que nunca. Mi pecho subía y bajaba con normalidad, tan rítmico y natural que tardé unos segundos en comprender que estaba respirando debajo del agua. Sonreí.

Tardé todavía un par de segundos más en darme cuenta de que no estaba sola ahí abajo. Cuando giré la cabeza, me encontré frente a frente con un par de ojos verdes que me estaban mirando con curiosidad. Me sobresalté sin poder evitarlo y la brusquedad de mi movimiento también hizo que la criatura se encogiese un poco sobre sí misma. «¡No, no te vayas!», pensé. No quería asustarla. Alcé la mano hacia ella despacio, poco a poco. Era muy grande. Tenía una cabeza redonda, un cuello alargado como el de un dinosaurio, y un cuerpo regordete como el de un hipopótamo. Pero lo más extraño, lo que la hacía verdaderamente maravillosa, era que su cuerpo entero era transparente, como si ella misma estuviera hecha de agua, y estaba recubierta de pequeñas escamas traslúcidas que reflejaban los colores de la laguna.

Solo había tres puntos brillantes en ella: dos eran sus ojos. El tercero era el talismán verde que llevaba colgado en el cuello.

Así que ese era el sistema de seguridad de la Laguna Negra. La criatura.

No era una leyenda. La Laguna Negra albergaba una criatura mágica de verdad que protegía a un talismán con su vida y solo lo mostraría a quien ella escogiera. Desconocía lo que los hombres habían inventado en tanta leyenda y cuento sobre la laguna, pero no me cupo duda de que se quedaban cortos. Esa criatura era alucinante.

El ser más bonito que había visto en mi vida.

Detuve la mano a escasos centímetros de su cabeza, esperando a que fuera ella quien diera el siguiente paso. Cuando venció la distancia que nos separaba, la acaricié despacio. Podía sentir mi corazón latiendo a gran velocidad mientras pasaba los dedos por su textura escamosa, pero no tenía miedo. La criatura me había elegido, eso lo tenía claro. Me había escogido a mí para enseñarme el talismán. Y ahora giraba su cuerpo, mostrándome su lomo, y no necesité hablar su idioma para entenderla. Me subí sobre ella, me aferré a su cuello y me preparé para emerger de nuevo a la superficie.

Un nuevo remolino de agua se formó a nuestro alrededor y nos impulsó, a la criatura y a mí, a salir a la superficie. Los miembros del culto gritaron sorprendidos y furibundos al descubrir que seguía con vida. Airón no dijo nada. No gritó. Lo encontré con la mirada desencajada clavada sobre nosotras. Su expresión era una mezcla de desconcierto e ira.

Entonces, era cierto.

Airón de verdad creía que yo era una farsante. Creía que yo no era una bruja del agua de verdad. Había confiado tanto en su profecía que de verdad se consideraba el único, el Último Brujo, la salvación definitiva de Alboria. Había llegado a convencerse de que yo tenía que estar mintiendo. No mentía cuando le decía todas esas cosas a su hermano: él era el primero que se las creía.

Verme a mí a lomos de la criatura de la Laguna Negra le había roto los esquemas por completo. No solo no me había muerto ahí abajo, sino que encima la criatura me había escogido a mí y no a él para tenderle su talismán.

Aproveché la ventaja que me dio su aturdimiento para encontrar a Diego en la orilla. No podía confiarme. Lo necesitaba luchando conmigo. Me sorprendió lo fácil que me resultó liberarlo. De algún modo, era como si el agua me escuchase, como si estuviera dentro de mi cabeza. Respondía a mis intenciones sin tener que expresarlas en voz alta, comportándose como un miembro más de mi cuerpo, como una extensión de mí misma. Miré la jaula de hielo de Diego, abrí los dedos hacia ella e inmediatamente el hielo se derritió sin más. No había sido tan fuerte en mi vida.

Diego me miró casi tan sorprendido como su hermano, como si en

vez de a mí estuviera viendo a un fantasma.

La criatura entonces giró su cabeza en mi dirección, como si me pidiera permiso antes de echar a volar en dirección a Airón. Él seguía flotando varios centímetros por encima de la superficie del agua, pero cada vez le suponía una mayor dificultad. El agua se revolvía bajo sus pies y, por muchos gestos e intentos de movimientos mágicos que hiciera, desobedecía sus intentos de domarla.

«Fuera de aquí», pensé. E inmediatamente el agua de su alrededor tomó la forma de una mano gigante que levantó a Airón por los aires y lo arrastró hacia la orilla.

—El anillo —le susurré a la criatura, esperando que me entendiese.

Lo hizo. Revoloteó hasta tomar posición, se alzó en el aire y me sumergió en picado en el lago con gran velocidad, para respirar una gran cantidad de agua. Inmediatamente después, salió a la superficie. Me agarré a la criatura como pude, apretándome contra su cuerpo, y entonces ella expulsó un gran chorro de agua por la boca dirigido hacia la mano del brujo. Yo misma vi, desde mi posición, que el anillo salía disparado y rodaba por la orilla.

Airón rugió de impotencia. No podía hacer nada. No podía atacarme. La laguna se había negado a colaborar con él y le habíamos arrebatado el anillo sin dificultad. La criatura me hacía fuerte, invencible, y él había perdido toda su ventaja sobre mí. Y, aun con todo, no se dio por vencido. Antes siquiera de que yo pudiera tratar de llegar a recuperar mi anillo, Airón se puso de pie con dificultad y alzó sus manos al cielo, murmurando palabras que desde mi posición no podía escuchar.

Algo cambió en el cielo e incluso la criatura se estremeció. Las nubes se estaban apelotonando, cada vez más negras y congestionadas. Puede que Airón no pudiera controlar el agua de la laguna, pero al parecer podía seguir utilizando el resto del agua que había a su alrededor.

Empezó a llover.

Primero suavemente, pero cada vez más fuerte, con más cadencia y velocidad, hasta el punto de que las gotas casi me hacían daño al contacto con la piel. Miré a Diego en un gesto instintivo. Aquello no era una lluvia normal. Pronto, las gotas se habían transformado en

una sábana espesa que me impedía ver nada a mi alrededor. Escuché un trueno demasiado cerca, justo antes de que Airón llamase a sus esbirros con un grito gutural y los obligara a entrar en la batalla.

Me aferré a la criatura, asustada. Había perdido de vista a Diego y a Tomás, y solo escuchaba gritos de fondo, una batalla escondida entre el ruido de la lluvia. De pronto me parecía escuchar una voz de mujer, una hechicera agresiva, implacable, y la réplica de Diego me sonaba débil, la sentía lejana. ¿Dónde estaban? Quería ayudarlos, pero no veía nada. Quería llegar al anillo, aunque también lo había perdido. Y, por encima de todas las cosas, había algo importante que debía hacer. Algo que no podía esperar por nada del mundo.

—Tenemos que encontrar a Tomás —le dije a la criatura—. Ayúdame.

Pero ni siquiera tuvimos tiempo a ponernos en marcha. Antes de que la criatura pudiera moverse, escuché el graznido de un cuervo a escasos centímetros de mi oído. Por un momento, creí que había sido producto de mi imaginación. La busqué entre la lluvia y me pareció que se trataba de una sombra, de un efecto óptico de una tormenta cada vez más negra y densa. Pero volvió a volar a nuestro alrededor, más cerca, y ya no me cupo ninguna duda: sí que era un cuervo. Un cuervo de ojos rojos y un pico tan negro como amenazante.

Pero ¿qué estaba haciendo allí un cuervo en medio de la tormenta?

¿De dónde había salido?

Me sujeté al cuello de la criatura. Tratamos de alejarnos, pero el ave se adelantaba a nuestros movimientos, nos seguía de un lado a otro y sus garras, negras y afiladas, estuvieron a punto de desgarrarme la piel en varias ocasiones. Volamos a toda velocidad, desesperadas, pero con un rumbo fijo: el agua.

El cuervo no podría atacarnos debajo del agua.

Para mi sorpresa, el cuervo decidió seguirnos y cayó en picado con nosotras como si no significase una muerte segura para él. Y entonces, en el preciso instante en que se zambullía en la laguna, la forma de su cuerpo cambió, alargándose y mutando hasta adoptar otra completamente diferente: la de una anguila.

El corazón se me paralizó.

Eso no era un animal.

Era un cambiaformas.

Uno de los miembros del culto era un cambiaformas. E iba a por mí. Y yo no tenía ni idea de cómo enfrentarme a algo así.

No supe reaccionar a tiempo. Para cuando me di cuenta, la anguila había conseguido retorcerse alrededor de mi pie y tiraba de mí con una fuerza descomunal. No paró hasta que consiguió separarme de la criatura y me arrastró hasta el fondo de la laguna. Me retorcí y forcejeé hasta que por fin conseguí librarme de ella y nadar hacia la superficie, pero me sirvió de poco. Ya no veía a la criatura por ninguna parte. Y, cuando creí haberle ganado algunos centímetros de ventaja a la anguila, giré la cabeza hacia ella y me quedé sin respiración.

Ya no era una anguila. Había vuelto a cambiar su forma y ahora un tiburón nadaba hacia mí a una velocidad superior a la de cualquier humano. El cambiaformas me dejó ver sus dientes. Si conseguía alcanzarme, estaba perdida.

«Piensa, piensa, piensa».

Justo cuando estaba a punto de alcanzarme, mis manos cobraron vida propia y generaron un enorme chorro de agua que me propulsó por el agua, alejándome del tiburón con rapidez. No me detuve hasta que llegué a la orilla.

No era una buena idea a largo plazo, lo sabía. Por mucho que el tiburón me asustase, yo no podía estar mucho tiempo fuera del agua. El cambiaformas me seguiría a todas partes, pero al menos en el agua yo podía tener alguna ventaja sobre él. En la superficie podría transformarse en cualquier cosa y, en cambio, yo no tenía manera alguna de defenderme.

Pero necesitaba ver a Tomás. Necesitaba comprobar que estaba bien.

Fuera del agua, la espesa lluvia volvía a no dejarme ver lo que ocurría a mi alrededor, así que intenté que me guiara el oído y eché a correr allá de donde venían los gritos. Seguí corriendo. No paré de correr con toda la velocidad que me permitían las piernas. Entonces, por el rabillo del ojo, descubrí a Diego defendiéndose de los ataques de un miembro del culto: era una mujer, una hechicera que avanzaba agresiva hacia él con las dos palmas abiertas y una mirada enloquecida en los ojos. Diego había adoptado una posición defensiva

y retrocedía en cada golpe. Me pareció evidente que era menos fuerte que ella. Solo podía defenderse, aguantar. Pero ¿durante cuánto tiempo más?

Me detuve en seco.

Diego no lo conseguiría. Necesitaba mi ayuda.

Mientras ellos luchaban, el oleaje de la laguna seguía vivo, salvaje. Cerré los ojos un instante, solo un instante, para pedirle al agua que lo protegiera. Cuando los abrí, una ola emergía de la laguna y se lanzaba directa contra la hechicera, golpeando y bloqueando sus hechizos. Diego me buscó con la mirada al darse cuenta y, cuando se encontró con mis ojos, asintió con la cabeza a modo de agradecimiento.

Al menos, parecía que aquello le daba un respiro.

Me sorprendí deteniéndome unos instantes para observar mi alrededor. Tal vez no estábamos perdidos. Tal vez incluso podíamos llegar a ganar esa batalla. En mi estómago notaba un burbujeo de esperanza. La laguna estaba de nuestro lado, Diego parecía que empezaba a pelear en igualdad de condiciones con esa hechicera y hacía un buen rato que no veía a Airón. No sabía dónde estaba, pero sospechaba que, aparte de la lluvia, tampoco había mucho más que pudiera hacer. Estaba acorralado, indefenso. Su elemento, que era el agua, había decidido no obedecerle.

Tal vez incluso consiguiéramos detenerlo, recuperar los dos talismanes que había robado y poner fin a la guerra. Mi corazón latía con fuerza ante esa posibilidad. Estaba tan cerca. Tan cerca de conseguirlo, de recuperar también el anillo de Abu, de volver a casa…

Pero lo primero era Tomás.

¿Dónde estaba Tomás?

De pronto lo vi.

Envuelto entre la lluvia, distinguí su figura inconfundible, sentado en el suelo, no muy lejos de mí, todavía escoltado por un miembro del culto. Pero nada me importaba ya, nada me daba miedo, ni él ni el cambiaformas que me pisaba los talones. Avancé con seguridad hacia él, me sentía preparada para cualquier cosa.

Pero entonces la figura negra que escoltaba a Tomás se giró hacia mí y todo lo que pensaba que sabía se difuminó en la lluvia.

Creía que estaba preparada para cualquier cosa, pero no era

verdad.

Debajo de la capucha del Culto de Airón, unos ojos familiares me miraban con tristeza.

Era Laura.

18

El talismán de la hechicería

—Ingrid…

Su voz se clavó en mi pecho, afilada como un cuchillo.

—¿Laura? —susurré como pude.

Las preguntas se me amontonaban en la garganta y luchaban por salir, desordenadas, buscando una explicación. ¿Cómo era posible que estuviera allí si era una persona de mi mundo? ¿También era una bruja? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Por qué no me lo había contado? ¿Y por qué iba vestida como un miembro del culto?

—Ingrid, escúchame.

Esa intención en su mirada, preparada para darme explicaciones, hizo que algo hiciera clic dentro de mi cabeza. Durante un segundo, mi inocencia me había llevado a pensar que aquel encuentro era una coincidencia de mal gusto, pero de pronto la realidad se mostraba ante mí con una claridad insoportable. Y me sentía la persona más tonta del mundo.

Pues claro que no era una coincidencia.

—Eres una de ellos… —murmuré—. Siempre lo has sido.

Laura había estado allí, en el momento preciso, desde el primer día. Me había buscado en el campamento, había venido a hablar

conmigo cuando nadie más lo hacía. Había logrado ganarse mi confianza, había conseguido que hablara con ella, que le contase cosas que no le habría contado a nadie… Me preguntó por mi anillo, por supuesto. ¡Era tan tonta! Se lo había contado a todo y le había puesto en bandeja mi punto más débil, mi mayor vulnerabilidad. Mi mente no paró de analizar la información, de repasar todos y cada uno de los momentos que habíamos vivido juntas en el campamento y que ahora se desvelaban ante mí como una auténtica patraña. Laura debía de haber esperado pacientemente al instante indicado, en la excursión al kayak. Quién sabía si incluso se había compinchado con Ana y su grupito de abusonas para conseguir que lanzasen mi anillo al río y que así saltase a Alboria.

—Ingrid, no es lo que parece.

Su comienzo de excusa me pareció tan típico, un cliché tan grande, que, si no hubiera sentido mi corazón roto en mil pedazos, me habría encantado reírme a carcajadas.

—Tú me has traído hasta aquí —dije en su lugar, con voz herida —. Lo tenías planeado desde el principio.

Sus ojos vidriosos estaban cargados de culpa, pero en ningún momento rebatió lo que le decía. No trató de desmentirlo. No hizo nada. Y yo no pude más. Aparté la mirada de golpe, concentrando todos los esfuerzos de mi cuerpo en no llorar.

Creía que por primera vez en mi vida había hecho una amiga.

Y era mentira.

Todo había sido mentira.

Sentí que mis fuerzas se desvanecían, abandonaban mi cuerpo y se perdían en la oscuridad de la noche mientras yo me quedaba ahí, apenas un cuerpo vacío e incapaz de defenderse.

A lo lejos, Airón soltó una carcajada. Parecía que algo había hecho que cambiasen las tornas. Mi conexión con la laguna se había disipado también y el agua ya no le ofrecía resistencia. Tenía que hacer algo. Si no lo hacía, todo nuestro esfuerzo no habría valido para nada, Airón acabaría con nosotros y se llevaría los talismanes. Lo sabía. Pero era incapaz de moverme, de reaccionar.

De alguna forma, supuse que era incapaz de que me importase.

—Ingrid. —La voz de Tomás me sonó como si estuviera muy lejos, aunque se encontraba a escasos metros de mí—. Ingrid, levántate.

Solo entonces fui consciente de que en algún momento me había arrodillado en el suelo. Había perdido por completo la noción sobre mí misma o cuanto me rodeaba y, si no hubiera sido por la advertencia de Tomás, no habría visto que el mismo cuervo que me había atacado volvía hacia nosotros, implacable.

Me levanté como pude. Sentía las extremidades pesadas y torpes, pero logré llegar hasta donde estaba Tomás. Tenía atadas las muñecas. Era un nudo complicado, extrañamente firme. Me apresuré a tratar de deshacerlo, pero era inútil. No cedía.

—Es una cuerda mágica, no lo vas a conseguir así —me dijo Tomás.

Laura seguía a nuestro lado. Podía sentir su presencia justo ahí, aunque me esforzase por no mirarla.

Podría haberme detenido mientras trataba de ayudar a Tomás. Podría haberme apresado también. No tenía ni idea de cuál era su poder, pero yo no estaba en condiciones de defenderme de ninguno, y estaba segura de que un simple empujón me devolvería al suelo. Sin embargo, Laura no hacía nada. Por un momento, me pareció que se debatía sobre si debía hacerlo. Entreabrió los labios, mientras yo seguía forcejeando inútilmente contra la cuerda, pero tampoco llegó a pronunciar ninguna palabra.

—¡Ingrid, cuidado! —gritó Tomás.

El cuervo me atacó de nuevo y esta vez sí logró arañarme el hombro con sus garras afiladas. Grité de dolor, sin poder evitarlo. Y, de algún modo, ese dolor me devolvió adonde estaba, me despertó de golpe, encendió algo dentro de mí que se estaba apagando.

Nos estaban venciendo.

Eso es lo que estaba pasando. Lo vi claro a mi alrededor.

Si yo no hacía algo al respecto, nos vencerían y no iban a limitarse a robar el talismán. Nos harían daño. A nosotros y a mucha otra gente. Porque, después de este talismán, vendría otro, y después el otro más, y luego quién sabe qué sería lo siguiente.

Tomás me miró directamente a los ojos. Tenía el pelo empapado por la lluvia y las gafas tan empañadas como inservibles, pero aun así había determinación en su mirada.

—Puedes hacerlo, Ingrid —me dijo—. Vamos.

No sé de dónde saqué las fuerzas. Tuve que desenterrarlas de

debajo de un montón de emociones que me impedían respirar: la traición de Laura, las mentiras de unos y otros, la inseguridad, la profecía, el miedo, el discurso de Airón… Pero miré a Tomás y decidí que se merecía que al menos intentase sacarlo de allí. Él se había arriesgado por mí. Ahora era mi turno.

Caminé hacia la laguna, decidida, y no paré hasta que el agua me cubrió hasta la altura de la cintura. Y entonces grité. Grité desde lo más profundo del estómago, desde un lugar desconocido para mí y que me daba un poco de miedo. Y, cuando creía que ya no me quedaba más aire, el agua de la laguna gritó conmigo.

Su superficie empezó a temblar, se agitó y recuperó su fuerza poco a poco hasta que volví a sentirla como parte de mí. La ventaja que había recuperado Airón frenó de golpe. La Laguna Negra volvía a estar de mi lado.

Solo entonces lo vi.

Airón no estaba lejos de mí. Su melena rubia estaba empapada por la lluvia y se le pegaba a la piel de la cara, dibujándole sombras siniestras. Mi movimiento lo había vuelto a dejar sin capacidad de reacción y miraba en todas las direcciones, buscando algo, desesperado. Su pecho subía y bajaba con violencia.

Iba a huir, lo supe de inmediato. No podía hacer otra cosa.

Pero teníamos que impedírselo. Era ahora o nunca.

Hice acopio de todas mis fuerzas para ir en su busca, pero el cuervo se puso en mi camino una vez más, obligándome a forcejear y lanzarle una nueva oleada de agua para evitar que me atacase. Por el rabillo del ojo, vi que Airón aprovechaba la situación para correr decidido hacia un punto fijo entre las rocas. Había algo que brillaba entre ellas.

Y entonces lo comprendí. Había encontrado el anillo de mi tía abuela.

Sentí que la rabia se apoderaba de mí, la sentí quemarme por dentro, pero no me dio tiempo a correr hacia él para arrebatárselo. En el mismo instante en que se colocó el anillo en el dedo, Airón soltó un silbido que hizo que todos sus seguidores se girasen hacia él y emprendieran su huida.

Miré a mi alrededor, impotente, mientras el cuervo desplegaba sus alas y nos abandonaba en la laguna.

Nos habían dejado solos.

Laura tampoco estaba en ninguna parte.

Mi cuerpo cayó sobre el agua, exhausto. Habían huido. Se habían llevado los talismanes y mi anillo, pero la batalla parecía haber terminado y, por un segundo, solo por un segundo, dejé que mi cuerpo descansase. El agua, antes turbulenta, se había convertido en una balsa que me mecía tranquila, balanceándome como si quisiera que me relajase hasta quedarme dormida.

Me dejé llevar por la sensación, notando que el agua y yo respirábamos a la vez, de forma pausada, subiendo y bajando lentamente bajo el cielo. Airón se había llevado también las nubes consigo y ahora el agua reflejaba la luz del sol.

Noté un cosquilleo en mi brazo derecho y abrí los ojos.

La criatura de la laguna se encontraba frente a mí. Sentí un alivio tan grande que por un momento creí que iba a llorar. No estaba herida. El cambiaformas me había apartado de ella y la había perdido de vista durante parte de la batalla, pero no habían conseguido hacerle daño. Su piel no parecía tener ni un rasguño. Estaba claro que había sabido esconderse.

El talismán seguía brillando en su pecho.

—Chica lista… —susurré.

Puede que Airón hubiera huido, pero, al menos, no había conseguido llevarse ese talismán.

Los ojos verdes de la criatura brillaban con más fuerza y le devolví la mirada, en silencio, unos segundos. Después, muy despacio, los cerró y apoyó su frente sobre la mía.

No sabría describir la sensación que me provocó el contacto de su cabeza acuosa contra mi piel. Era demasiado intenso como para definirlo con palabras. Un escalofrío recorrió mi cuerpo por completo. Poco a poco, las dos empezamos a girar en el agua, frente con frente, como si fuéramos un único ser en medio de la Laguna Negra.

Luego se separó y volvió a mirarme.

Yo la miré también, con lágrimas en los ojos.

Entonces, la criatura agachó su cuello hacia mí e hizo que el talismán resbalase por él para tendérmelo.

Sentí que me quedaba sin aliento.

¿Me lo estaba entregando?

Lo tomé entre las manos con mucho cuidado. Los dedos todavía me temblaban cuando la criatura alzó la cabeza. Me pareció que quería que me lo pusiera, así que me lo colgué del cuello, tal y como lo había llevado ella hasta entonces.

—Gracias… —susurré emocionada, sin saber bien qué decir.

A modo de respuesta, la criatura asintió.

La perdí de vista unos instantes después. Después de un chapoteo feliz a mi alrededor, se alejó nadando hacia la profundidad de la laguna.

Vi que Tomás y Diego me esperaban en la orilla.

Tomás parecía sano y salvo, y Diego había conseguido liberarlo de sus cuerdas con algún hechizo. Ambos corrieron hacia mí y, en cuanto llegué a tierra firme, se abalanzaron para abrazarme con tanta fuerza que pensé que acabaríamos los tres de nuevo en el agua.

—¡Qué pasada, Ingrid! —decía Tomás contra mi hombro—. ¡Ha sido increíble!

—Alucinante —le daba la razón Diego.

Pero yo me quedé en silencio, sin saber bien qué decir.

Me limité a abrazarlos fuerte, a apretar las yemas de mis dedos en sus espaldas. Había sido increíble, sí. Una criatura mágica, que para todos era una leyenda, me había elegido para entregarme uno de los talismanes. Me había elegido a mí. Lo había sentido. Sabía que era un momento precioso. Mágico. Y aun así… una parte de mí era incapaz de disfrutarlo. La traición de Laura todavía me escocía en la garganta y me hacía sentir pequeña y vacía.

Me separé del abrazo y me sorbí la nariz. No era el momento de pensar en ello. Había algo muchísimo más importante. Me dirigí rápidamente hacia Tomás y lo examiné de arriba abajo.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Te han hecho daño?

—Qué va —dijo, tranquilo—. En ningún momento. Solo querían utilizarme como cebo para que vinierais. Por lo que escuché, Airón llevaba un tiempo intentando hacerse con el talismán y no lo conseguía. Pero en León nos escucharon hablando, descubrieron dónde estábamos y… os tendieron una trampa. —Resopló, cabizbajo

—. Siento mucho haber salido por la noche sin avisaros. Si no lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

—No te preocupes —me apresuré a decir—. No es tu culpa, Tomás. Tú no sabías que nos estaban siguiendo.

—Es un alivio que al menos te tratasen bien —le respondió Diego.

Lo descubrí cabizbajo, avergonzado, como si no se atreviese del todo a mirar a Tomás a los ojos. Aquello me hizo sentir mucha lástima. Mi primera reacción, lógicamente, había sido preocuparme por Tomás, abrazarlo, comprobar que estaba bien. Pero no me había olvidado de Diego. Lo miré con impotencia. Después de lo que había visto hoy, después de todo lo que había escuchado…, no sabía ni qué decirle. No podía imaginarme cómo debía de sentirse.

—Airón… —tanteé, despacio.

—Es mi hermano —respondió él sin rodeos—. Sí. Comprenderás que no es algo que me guste ir contando por ahí.

Tragué saliva.

—¿Zaida lo sabe? —pregunté con cautela.

—Claro que lo sabe. Por eso me nombró tu mentor —dijo y no se esforzó por ocultar una mueca de fastidio—. En su momento me pareció un poco cruel, cuando menos. Como te imaginarás, preferiría no tener nada que ver en esta guerra.

—Pero sabes cómo funciona la magia del agua. Lo has vivido en casa, ¿no? —le dije—. Por eso sabes cómo ayudarme.

Diego asintió.

—Y empiezo a entender que puede que Zaida tenga razón —añadió, y nos miró tanto a Tomás como a mí—. Tenemos que frenarlo como sea. Yo no quería enfrentarme a él. Por nada del mundo. Yo confiaba… Yo pensaba que me escucharía, que solo necesitaba que alguien lo hiciera entrar en razón, pero la profecía le ha nublado la cabeza. Es incapaz de escuchar a nadie. Ni siquiera al verte con sus propios ojos es capaz de entender que la profecía está equivocada.

Respiré hondo, incómoda.

Diego se dio cuenta.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—La profecía… —respondí, dubitativa—. Puede que Airón no sea el elegido, estoy de acuerdo. Pero ¿y qué pasa si ha vuelto a ocurrir? ¿Y si también se están equivocando conmigo?

—¿Por qué dices eso? —preguntó entonces Tomás.

Señalé la laguna con las manos abiertas, como si fuese lo más evidente del mundo.

—Bueno, he fracasado, ¿no? —exclamé—. Se supone que la Última Bruja iba a salvar la magia y todo eso, pero miradme a mí. Me mandan a una misión para recuperar los dos talismanes robados y, ¿qué consigo? Nada. Airón se los ha llevado otra vez. Y, de paso, ha conseguido hacerse con mi anillo.

Tomás me miró con los ojos como platos. Parpadeó un par de veces y se ajustó las gafas en el puente de la nariz antes de hablar:

—¿Cómo que no hemos conseguido nada? —dijo y señaló el colgante verde que llevaba atado al cuello—. ¡Pero si has conseguido impedir que se llevasen un tercer talismán! Talismán que, por cierto, te ha entregado ni más ni menos que la criatura de la Laguna Negra. Y has conseguido reducir el poder de Airón. ¡Has hecho que tuviera que huir! ¡Como las ratas! ¿Es que no has visto cómo te miraba? Estaba flipando, le has roto todos los esquemas. ¿Qué más necesitas para creer que eres de verdad la Última Bruja?

Suspiré por la nariz, conmovida por la seguridad que irradiaba Tomás. A su lado, Diego parecía un poquito menos entusiasta.

—A mí no me mires, yo odio las profecías —gruñó. Me reí sin poder evitarlo. Razones no le faltaban, desde luego, y estaba bien así. Yo misma estaba de acuerdo en que la dichosa profecía solo nos estaba trayendo problemas a todos. Creí que no iba a decir nada más, pero, en el último momento, añadió en voz más baja—: Dicho esto, lo que has hecho hoy está lejos de ser un fracaso.

Sonreí, sorprendida. Viniendo de Diego, aquello era un piropo de dimensiones descomunales.

—Gracias —dije, notando que me sonrojaba un poco. Les cogí las manos a los dos y las apreté con fuerza—. Gracias a los dos. Hace unas horas no pensé que pudiera decir algo así ni de broma, pero me alegro mucho de haber vuelto a veros el pelo.

Ambos se rieron, pero me di cuenta de que Tomás todavía parecía un poco mortificado al respecto.

—Sentimos haberte mentido —me dijo. Después volvió a abrir la boca, preparando lo que probablemente sería una retahíla enorme de explicaciones, pero me apresuré a cortársela de raíz.

—No os preocupéis —le dije—. En serio. Después de lo que he visto hoy… No quiero darle más vueltas. No tiene importancia.

Mentí. Tenía importancia, claro que la tenía. Pero también era cierto que, al lado de la traición de Laura, las mentiras de los chicos ya casi me parecían una chiquillada. O tal vez simplemente estaba demasiado cansada como para seguir enfadada. Habíamos vivido muchas cosas aquel día. Había pasado mucho miedo. También por ellos. No había un enfado en el mundo que valiese la pena en aquel momento. Solo quería volver a Soportújar, entregarle el talismán a Zaida y volver a casa. No veía la hora de abrazar a mis padres.

Me dispuse a hacerlo, preparada para emprender la marcha, cuando Tomás dijo de repente:

—Conocías a esa chica, ¿verdad? —Me pilló desprevenida—. A la adivina del Culto de Airón.

Arrugué las cejas.

—¿Adivina? —pregunté, un poco sorprendida—. ¿La chica que estaba contigo? ¿Era una bruja del destino?

Tomás asintió.

Así que eso era Laura. Una adivina. Reflexioné sobre ello un instante, tratando de imaginármela, buscando comprender y llenar los vacíos de información que me faltaban en nuestra historia. Pero aquello solo me hizo sentir peor. Laura era un miembro del culto. Era mala. Me había traicionado. Y eso era todo cuanto debía saber de ella. El resto, ¿qué importaba?

—No —respondí al fin—. Creía que la conocía, pero he descubierto que no. En realidad, no la conozco en absoluto.

19

Amanecer

Soportújar estaba justo como lo dejamos. Tan quieto y tan tranquilo que por un momento me hizo pensar que no había pasado nada y que los últimos días habían sido solo un sueño del que nos acabábamos de despertar. Sus casitas blancas reflejaban un amanecer anaranjado en la ladera de la montaña. Los pájaros cantaban. Era una mañana más en la sierra de la Alpujarra y no había ningún signo de la batalla que habíamos vivido a muchos kilómetros lejos de allí.

—Ya estamos en casa —suspiró Tomás.

«Todavía no», pensé yo, pero por primera vez sentía que, al fin, no me faltaba mucho. Seguimos caminando, cansados, atravesando los pasadizos y soportales que nos conducían pueblo arriba, y la quietud con la que nos había recibido poco a poco se sustituyó por algunos curiosos que se asomaban por entre las casas y que sacaban la cabeza por los balcones. Conforme seguíamos subiendo, se fue formando un murmullo cada vez más fuerte y nos dimos cuenta de que algunas personas bajaban de sus casas para salir a recibirnos a la puerta.

—¿Lo ves? Lleva un talismán —escuché en un susurro.

—Es Ella, te lo dije —decía otro.

Miré a Diego. Después a Tomás. Por último, al talismán verde que

brillaba en mi pecho. Sonreí algo incómoda a un grupo de niños que me saludaba enérgicamente como si me conocieran de toda la vida y aceleré el paso cuando atisbamos la pequeña casita que escondía bajo un hechizo el Torreón de la Resistencia.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —le susurré a Tomás antes de llamar a la puerta.

—Zaida no es la única que cree en la profecía —me respondió—. Muchos estaban esperando que volvieras de la misión y aquí estás. Con un talismán en el pecho. Han recuperado la fe gracias a ti.

No sabía si algo así se suponía que tenía que hacerme sentir bien, pero yo, echando la vista atrás, contemplando todos los ojos que me miraban con aquella mezcla de curiosidad y esperanza, solo podía sentirme responsable. Culpable. Porque no sabía si iba a estar a la altura.

Y, tal vez, porque tampoco sabía si quería estarlo.

—Vamos —dijo Diego, con la mano en el pomo de la puerta.

Pero esta se abrió de golpe sin que él tuviera que llegar a empujarla. Zaida nos estaba esperando.

—¡Ingrid! —exclamó, alzando los brazos hacia mí.

Jamás podría haber adivinado lo que pasó después.

Contra todo pronóstico, Zaida se abalanzó hacia mí y me arropó entre sus brazos con el entusiasmo de una abuela que recibe a sus nietos en Navidad. Miré hacia los lados, con la cara espachurrada entre su trenza blanca, y me encontré a Diego con las cejas alzadas.

—Ingrid, estamos tan orgullosos de ti… —dijo la hechicera mientras me liberaba.

—¿Gracias?

Su recibimiento me había dejado cuando menos confusa. ¿Desde cuándo estas muestras de cariño? ¿A qué venía todo aquello? Solo entonces me percaté de que había un hombre detrás de Zaida; un anciano con la cabeza envuelta en un turbante blanco, que aguardaba paciente junto a las escaleras. Parecía un brujo del destino. Arrugué la frente.

—Tenemos mucho de que hablar —me dijo Zaida—. ¿Me acompañas?

Me giré hacia mis compañeros. Los miré una última vez y les sonreí antes de seguir a la hechicera.

Zaida me llevó directa a la sala de los espejos, seguida por ese hombre tan extraño que casi parecía su sombra, discreto y silencioso, siempre dos pasos detrás de ella. Había algo en aquella sala que no me gustaba. Cada vez que pasaba por ella, me envolvía una inquietud difícil de describir, y aquella vez no fue una excepción. En el momento en el que se abrió la puerta y se desplegó ante mí ese gigante mosaico de espejos, tuve que contener la tentación de retroceder.

Esta vez, además, en medio de la sala había un atril de piedra.

La puerta se cerró detrás de nosotros. El anciano se colocó en una de las esquinas y Zaida se dirigió a mí, ensanchando su sonrisa.

—Has conseguido el talismán de la hechicería —suspiró.

Vaya, así que no pensaba andarse con rodeos. ¿Ese era el motivo que se escondía detrás de tanto abrazo y tanta alegría por verme? Debí haberlo imaginado. Me apresuré a quitarme el talismán, me pasé la cuerda que lo sostenía por encima de la cabeza y se lo tendí. Ella lo cogió al instante y lo miró desde distintos ángulos. Su color verde se reflejó en sus ojos llenos de emoción.

—Yo misma forjé este talismán con mis propias manos —me dijo, con voz suave—. Un día en que el optimismo superó nuestras diferencias. De verdad creímos que con ello salvaríamos la magia.

Casi había olvidado que ese era su talismán, el de los hechiceros. Entendía lo importante que había sido para ella y supuse que se merecía una explicación. A fin de cuentas, ella nos había mandado a por otros dos y habíamos fracasado. Traer con nosotros el talismán de la hechicería no entraba en ninguno de sus planes.

—Hay cosas que… —comencé a decir, rascándome la nuca— no fueron del todo como habíamos planeado.

Pero no tuve tiempo de continuar. Antes de que pudiera abrir de nuevo la boca o empezar siquiera a relatarle alguno de los problemas a los que nos habíamos enfrentado desde el momento en que salimos de Soportújar, la sala entera cambió. Los espejos, que hasta entonces habían reflejado la sala en un juego de ilusiones ópticas y colores, se unieron de repente para mostrar una sola imagen: a mí. A mí, una y otra vez, miles y miles de rostros míos a lo largo de la sala.

—Lo sé —respondió Zaida sin añadir nada más.

Sentí una fuerte opresión en el pecho. Empecé a recorrer la sala, mirando todas y cada una de las imágenes que me rodeaban. Ahora ya

no todas eran sobre mí. Algunas de ellas me mostraban con Diego y Tomás en el preciso instante en que me confundí al intentar viajar a León y después discutía con Diego. Un poco más arriba, casi en el techo, podía ver el momento en que nos subíamos al carromato de la compañía de teatro ambulante y en los mosaicos del suelo distinguí perfectamente la figura del cuélebre que nos atacó por el camino.

Me giré sobre mí misma, mirando en todas las direcciones, sin poder dar crédito a lo que veía.

Todo. Estaba todo.

Todo nuestro viaje. Incluso aquello que no había visto con mis propios ojos. A mi izquierda, descubrí el momento preciso en el que Tomás trataba de cortar una flor en plena noche. Un par de caballeros encapuchados lo atacaban por la espalda y conseguían reducirlo sin dificultad. Se me formó un nudo en el estómago. Frente a mí, los espejos mostraban la mirada de la criatura de la Laguna Negra y todos los mosaicos que lo rodeaban exhibían imágenes de la batalla, figuras que se movían en el agua, la tormenta turbulenta. El cambiaformas parecía moverse por todas partes.

Me costaba respirar. Sentía que me mareaba. Por un momento, pensé que iba a vomitar.

¿Qué significaba todo aquello? Miré al hombre que acompañaba a Zaida, que casualmente tenía toda la pinta de tratarse de algo así como el jefe de los brujos del destino. Eso era. Por eso estaba allí. Zaida me había hablado mucho de esta sala y solo mostraba imágenes que hubieran visto ellos. Y eso solo podía significar una cosa.

Sentí que la ira me subía por la garganta.

—¿Lo sabías? —dije, mirando a Zaida—. ¿Lo sabías todo?

La cabeza me iba a toda velocidad y los pensamientos se me apelotonaban sin orden ni concierto. ¿Cuándo habrían visto estas imágenes? ¿Las veían en el momento en el que sucedían o se trataba de una premonición? Di un par de zancadas hasta llegar a la hechicera.

—Todo nos salía mal y tú lo sabías —escupí—. ¿Por qué no hiciste nada?

Ella aguantó mi mirada sin alterarse. No cambió su expresión ni un ápice. Incluso su voz sonó tranquila cuando dijo:

—Todo ocurrió exactamente como debía ocurrir.

La escuché, estupefacta. Miré después al anciano. Justo en ese instante agachaba la cabeza para mirarse las manos. Yo no me lo podía creer.

—¿Como debía ocurrir? Raptaron a Tomás —repliqué, muy seria —. Pudieron haberle hecho mucho daño. ¡En la misma Laguna Negra pudieron dañarnos! Seguro que lo visteis. ¿Cómo no hicisteis nada? ¿Por qué no lo impedisteis?

Zaida respiró hondo.

—Estábamos preparados para intervenir si era estrictamente necesario, pero no lo fue —dijo con severidad. Aquello me tranquilizó un poco. Solo un poco—. Os seguíamos de cerca y por supuesto que habríamos acudido en vuestro auxilio si hubiéramos creído que no lo ibais a conseguir. Pero la cuestión, Ingrid, es que no lo necesitasteis, y no me arrepiento en absoluto de haberte dejado sola. Porque lo conseguiste. Tú sola. Lo hiciste. Y esa es la prueba que necesitaba.

Oh, no, otra vez no.

Iba a hablarme de la profecía. Lo veía venir. ¿Iba a venirme con ese cuento de que era la Elegida y todo eso? Porque, si era así, iba a echarme a correr, de verdad. No podía escucharlo ni una sola vez más, me negaba en rotundo.

—Que se equivocaron con Airón —dijo en cambio Zaida, para mi alivio—. Que la profecía no hablaba de él. Y eso significa que podemos vencerlo.

Sentí que se me relajaban los hombros. Zaida me miraba con los ojos llenos de esperanza. Había servido para desenmascarar a Airón, para demostrarle que se equivocaba, y tal vez incluso aquello le hiciera perder unos cuantos seguidores. Respiré hondo. Ese sí era un pensamiento que podía gestionar y que no suponía una presión sobrehumana sobre mí. De hecho, debía reconocer que incluso me hacía sentir bien.

Le sonreí.

—Solo por eso, te estaré eternamente agradecida —añadió—. Y no es solo un decir. De hecho, tengo algo para ti.

Al mismo tiempo en que Zaida terminó de pronunciar esas palabras, los espejos de toda la sala se unificaron y adoptaron el mismo color que el atril de piedra que había en el medio de la sala. Miré a Zaida, confundida. ¿Que tenía algo para mí? No sabía qué

podía ser, no se me ocurría nada. Lo único que de verdad podía hacer por mí, lo único que de verdad quería, ya no podía dármelo. Airón se lo había robado. Yo misma se lo había visto en su dedo corazón.

Con un gesto de cabeza, Zaida me señaló el atril, y yo comencé a caminar hacia él. Para mi sorpresa, en el momento en que puse un pie sobre el suelo, los azulejos de debajo se tiñeron de turquesa. Me detuve, sobresaltada. Lo mismo sucedió cuando di la segunda pisada, que expandió el color a los mosaicos de alrededor como si estuviese andando por encima del agua. El pulso se me aceleró involuntariamente ante esa sensación. No entendía nada de lo que estaba pasando. Cuando llegué al atril y elevé la cabeza, encontré sobre su superficie de piedra una caja pequeña.

Miré a Zaida antes de atreverme a abrirla y lo que me encontré dentro me paralizó el corazón.

—¿Cómo es posible?

Eso fue lo único que pude preguntar. La voz se me rompió a mitad de la frase.

Ahí dentro, como si nada hubiera pasado, estaba el anillo de Abu. Zaida sonreía. Cogí el anillo con las manos temblorosas, lo miré de arriba abajo, lo giré hacia los lados, sin poder creerme lo que veía. El anillo estaba igual que siempre. Tenía los mismos desperfectos, la misma marca de óxido en uno de los ribetes, y la piedra brillaba azul como nunca. Era el mismo, no me cabía duda. ¡Lo había recuperado! Las lágrimas me cayeron por las mejillas antes de que pudiera tratar de controlarlas, pero me dio igual. Me puse el anillo, como siempre, en el dedo pulgar y después apreté la mano contra mi pecho mientras cerraba los ojos. No me importó convertirme en un mar de hipidos y sollozos ni mostrar esa clase de vulnerabilidad delante de Zaida ni del anciano ese que no había abierto la boca en ningún momento. A mí todo eso me daba igual. Había recuperado mi anillo y eso era lo único que importaba. Estaba convencida de que lo había perdido.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunté, cuando conseguí calmar un poco el ritmo de mi respiración—. En la Laguna Negra vi que lo llevaba Airón.

La hechicera torció la cabeza hacia un lado, misteriosa.

—Viste que Airón llevaba uno igual —me corrigió—. Pero no ese. Este ha estado aquí todo este tiempo, a buen recaudo, como te

prometí.

Yo la observé con el ceño fruncido, sin entender nada.

—¿Uno igual? —repetí.

La hechicera asintió y, con su gesto, la trenza se agitó sobre su vestido.

—¿Recuerdas cuando te hablé de la creación de los talismanes? —Asentí, aunque confusa. ¿Qué tenían que ver los talismanes con mi anillo? Zaida prosiguió—. ¿Recuerdas que te dije que Airón creó el talismán de la magia de agua y lo escondió en el portal de la comarca de Solis? Ya sabes que fue el primero que quiso recuperar cuando se alzó y comenzó la guerra. Bien, pues, si recuerdas, también te dije que aquella primera batalla partió el talismán por la mitad. —Hizo una pausa para sonreír y clavar su mirada directamente en mi mano—. Él solo se llevó una. La otra nunca la encontró. Cree que se perdió en la batalla y es mejor así.

Se me cortó la respiración. ¿Estaba insinuando…?

Miré a mi anillo.

No podía ser.

No podía estar insinuando lo que yo creía que estaba insinuando.

—Tu tía abuela era una mujer muy inteligente —continuó—. Supo que el talismán estaría más seguro en Oscúritas, lejos de su alcance. Y ahí es donde debe estar.

No sabía ni qué decir.

Tenía la boca seca.

Mi anillo, el anillo de Abu, ¿era un talismán? ¿Uno de los cinco talismanes que guardaban la magia de Alboria? La mitad de uno de ellos, en realidad, ¿no? Pero en cualquier caso… guau. Me miré el dedo pulgar, sentí que de repente el anillo se había vuelto más pesado que nunca. Aquello era una responsabilidad enorme y me dejaba con un millón de preguntas en la punta de la lengua. Especialmente, sobre Abu.

—¿Era bruja? —dije en un hilo de voz.

Zaida no me respondió. Me di cuenta al instante de que no pensaba hacerlo, se lo vi en la mirada. En su lugar, se acercó a mí, depositó una mano sobre mi hombro y me dio un apretón cariñoso.

—Estaría muy orgullosa de ti —me dijo simplemente y a mí se me formó un nudo en la garganta—. Llévatelo, Ingrid. Este talismán

siempre estará a salvo contigo —se detuvo unos instantes antes de añadir—: Supongo que no puedo convencerte para que te quedes en Alboria.

Me sorbí la nariz y negué categóricamente con la cabeza, no tuve que pensármelo dos veces. El viaje ya se había alargado mucho más de lo que me hubiera gustado y no veía el momento de abrazar a mis padres, de volver a nuestra caravana y jugar con Chispa. Nunca la normalidad me había parecido tan maravillosa como entonces. Me iba a costar encontrar la forma de explicar mi ausencia, estaba claro, y todavía tenía que pensar si podía atreverme a decirles la verdad. Pero estarían allí, de eso estaba segura. Y eso, en ese momento, era lo más importante del mundo para mí.

—No —respondí—. Necesito volver. Necesito ver a mi familia.

—Es una pena —dijo Zaida, aunque después sonrió—. Pero te hice una promesa y voy a cumplirla. Espero que siempre guardes ese anillo, no solo como un recuerdo de tu tía abuela, sino también como un símbolo de nuestra gratitud. Alboria estará siempre en deuda contigo.

—Lo haré —dije, emocionada, mientras giraba el anillo en mi dedo.

—Muy bien. —Me tendió la mano—. Es hora de que vuelvas a casa.

Epílogo

A través de la ventana, una joven clavaba sus ojos en la luna. El cielo estaba distinto aquella noche, las nubes se revolvían inquietas y dibujaban sombras en los tejados. Se frotó los ojos, los tenía doloridos por resistirse al cansancio, y se incorporó un poco más en su cama, acomodándose en los cojines.

No quería tumbarse. No podía tumbarse. Sabía que, si lo hacía, el sueño la vencería, y no había nada en el mundo que odiase más que dormir. Parpadeó deprisa, tratando de despejarse, y llevó la mano a la pila de agua que reposaba en su mesilla de noche. Se mojó los dedos y después se los acercó a la frente y al cuello. Eso, normalmente, ayudaba. La mantenía alerta. Devolvió entonces los ojos a la luna, cubierta parcialmente por una nube espesa y alargada. El problema no era dormir. El problema era lo que veía cuando lo hacía.

A menudo, deseaba no ver todas esas cosas. No saberlas. Fantaseaba con poder ser como los demás y no sentir ese vuelco en el estómago, esa sensación de urgencia espantosa cuando las imágenes se sucedían una detrás de otra en su cabeza. A veces, cuando estaba despierta, era capaz de controlarlas, de alejarlas de su mente. Correr ayudaba. Hacer ejercicio, correr muy deprisa, escuchar música muy alta. A veces era suficiente y lograba tener un día de paz, tal vez incluso dos. Pero, cuando estaba dormida, era imposible. En el

momento en que cerraba los ojos, las imágenes eran imposibles de detener.

—No te duermas, Laura —se dijo—. Vamos, no te duermas.

Lo intentó un rato más, fijándose en las nubes, tratando de encontrar parecidos en sus formas. Pero, en la mesilla, la luz de la vela temblaba, demasiado tenue. Y, por mucho que quiso evitarlo, el parpadeo de sus ojos se fue volviendo poco a poco más lento hasta que se cerraron.

Solo fue un instante, pero fue suficiente para que ocurriese.

Ahogó un grito al despertar.

Como siempre.

Como cada vez que le pasaba.

Pero aquella vez, cuando abrió sus ojos, tenía los de Airón justo encima de los suyos. Uno marrón, otro azul. Su mirada le heló las entrañas.

—La has visto, ¿verdad? —le dijo.

De nada le servía negarlo. Lo sabía perfectamente.

Bajó la mirada.

—Muéstramelo —le exigió el brujo, alzándole la barbilla.

No trató de resistirse. Aquello se había convertido en una rutina odiosa a la que, sencillamente, se había acostumbrado. La joven alargó la mano hacia la pila de agua y, con cuidado, colocó la piel junto a su superficie, un contacto leve pero suficiente para conseguir su propósito. Inmediatamente, el agua comenzó a proyectar las imágenes que acababa de ver en su cabeza, una a una.

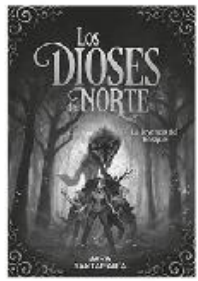
Laura no quería verlas. Otra vez no. Así que apartó la mirada, la fijó en algún lugar del suelo, y esperó en silencio mientras Airón las observaba, con la cabeza inclinada sobre la pila.

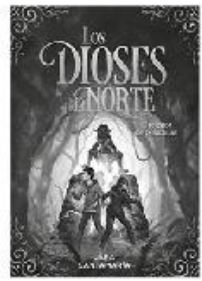
Cuando terminó, se giró hacia ella.

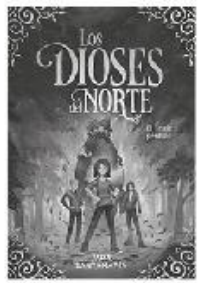
—Encuentra a la bruja del agua. —Su voz fue una ráfaga de aire frío en medio de la noche—. No debimos dejar que se marchara.

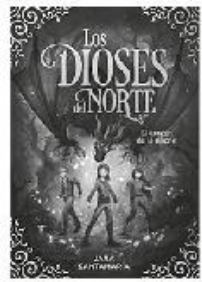
Si te ha gustado este libro, no te pierdas la saga

Los DIOSES del NORTE

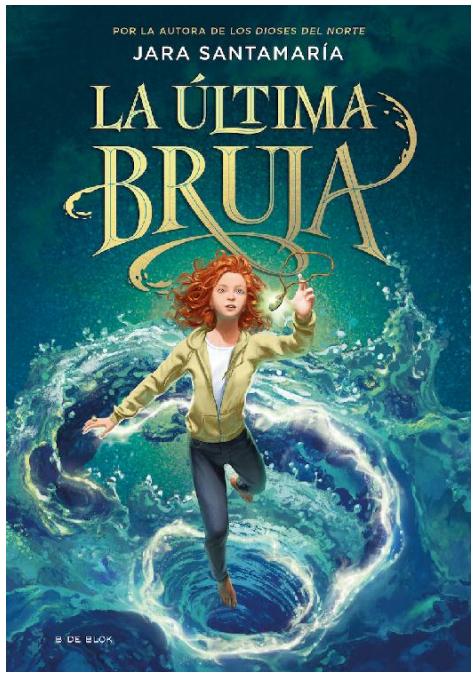








Una nueva serie de fantasía que no te puedes perder, por la autora de *Los dioses del norte*, Jara Santamaría, llena de magia y aventuras



Antes de su último aliento,
el Último Brujo emergerá de las aguas turbulentas
y librará a la magia de su destrucción,
prometiéndole un nuevo amanecer.

Ingrid nunca ha terminado de encajar en ninguna parte. Siempre se ha sentido rara, distinta, especial... y no en un buen sentido. Sin embargo, está a punto de descubrir que el mundo en el que vive no es el único que existe.

Igual que la luz necesita la oscuridad, nuestro mundo está conectado a otro de muy similar, pero diferente. Está aquí mismo, pero oculto. Es el lugar donde habita la magia.

Pero la magia está agonizando y, si llegara a desaparecer, se pondría

en peligro la existencia de los dos mundos. La última esperanza es la que reza una antigua profecía: un último brujo ha de salvar la magia que se desvanece poco a poco y restaurar el equilibrio entre los dos mundos.

¿Pero cómo podrá salvarse la magia, si ya nadie cree en ella?

No te pierdas la nueva serie fantasy de Jara Santamaría.

Jara Santamaría nació el 10 de enero de 1990 en Zaragoza. Periodista de formación, se dedica a escribir desde muy joven. Con 17 años recibió el Premio de la Fundación Jordi Sierra i Fabra por su novela *Te comerás el mundo*. En 2016, su segunda novela, *Londres después de ti*, fue galardonada con el premio literario La Caixa/ Plataforma.

Actualmente compagina su trabajo en comunicación con su carrera literaria.

Penguin Random House Grupo Editorial

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Jara Santamaría
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Antonio Caparo
Lettering de portada: © Estudio Santa Rita

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19048-20-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinkidsES
Twitter: @penguinkidsES
Instagram: @penguinkidsES
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La última bruja

1. Canica
2. En las profundidades
3. La excursión
4. Despierta
5. Zaida
6. Bruja
7. La sala de los espejos
8. Primer día de entrenamiento
9. La cueva escondida
10. La misión
11. La Ceremonia de Iniciación
12. El camino
13. El cuélebre
14. La profecía
15. La Elegida
16. La Laguna Negra
17. El Último Brujo
18. El talismán de la hechicería
19. Amanecer

Epílogo

Sobre este libro
Sobre Jara Santamaría
Créditos